HOFFMANN

CUENTOS FANTÁSTICOS

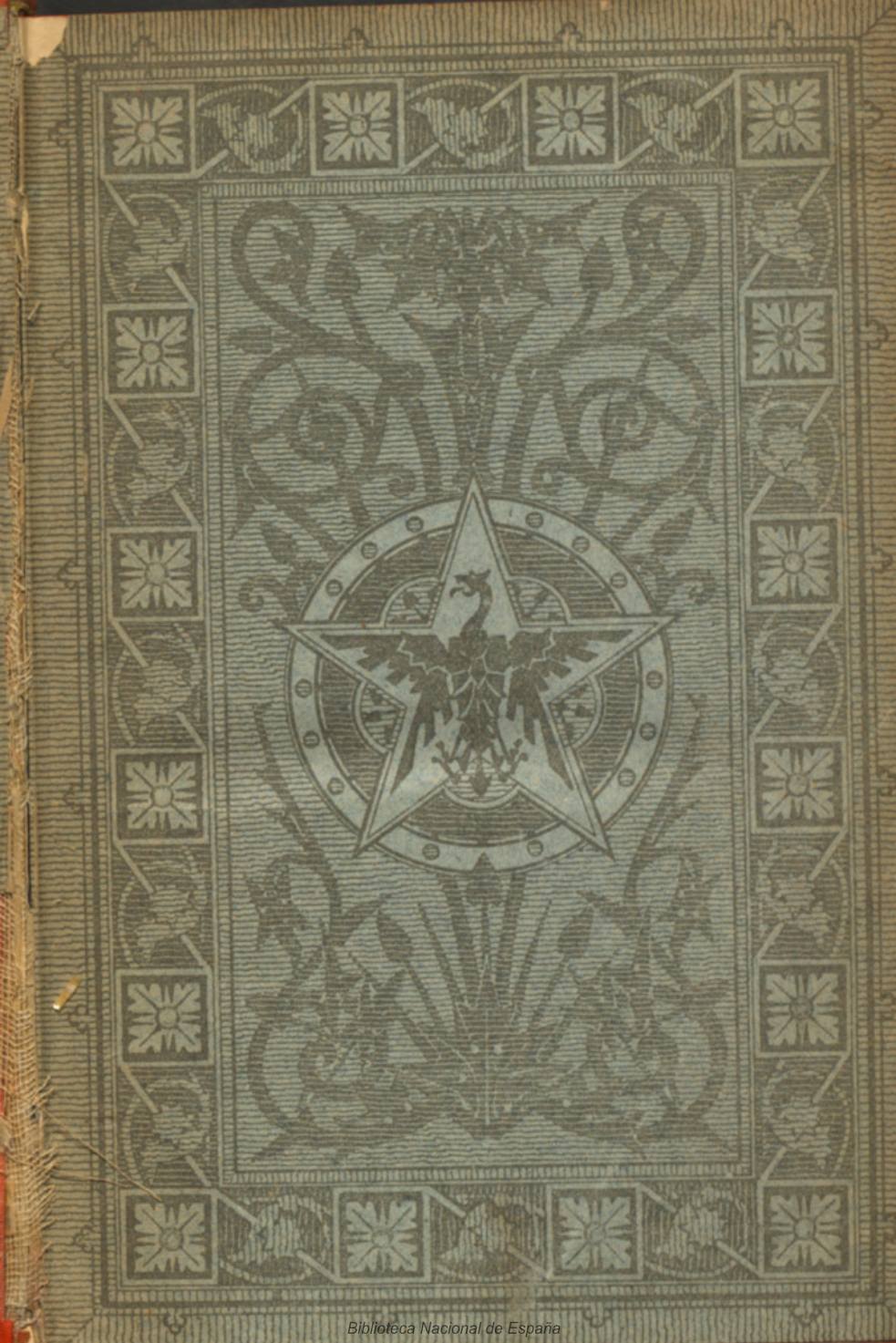
2
83160

HOFFMANN

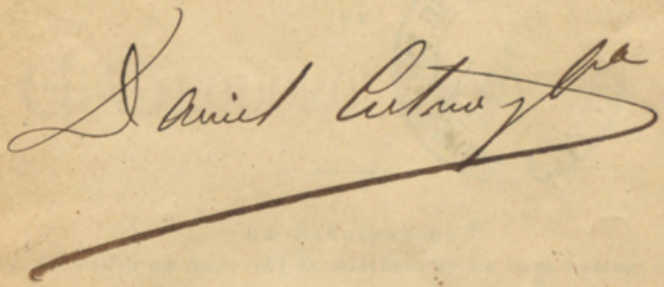
SHOUT
SHARE
IT

2
83160

Biblioteca Nacional de España



Biblioteca Nacional de España



Cuentos Fantásticos de Hoffmann

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS.
BARCELONA

ES PROPIEDAD

R

CUENTOS FANTÁSTICOS

DE

E. T. A. HOFFMANN

MINISTERIO DE FOMENTO · BIBLIOTECA · 1888

La Fascinación
El canto de Antonia - El misterio de la casa desierta
El reflejo perdido - Coppelius
Annunciata
La puerta tapiada - Oliverio Brusson

Traducción de Enrique L. de Verneuil

ILUSTRACIÓN DE

H. XUMETRA

BIBLIOTECA NACIONAL

BARCELONA

BIBLIOTECA « ARTE Y LETRAS »

DANIEL CORTEZO y C.ª - Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1887

F. COMAS

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.ª

LA FASCINACIÓN

LA FASCINACIÓN

Los sueños son como la espuma de las olas, que apenas formada se desvanece,» decía el anciano barón H..., alargando el brazo hacia la campanilla para llamar á su ayuda de cámara, Kaspar, pues ya había pasado con mucho la hora de acostarse: el viento soplaba furioso, y María, hermosa joven que tenía casi oculta la cabeza en un espeso chal, luchaba en vano contra el sueño. Á pocos pasos estaba Ottmar, hijo del barón, grave estudiante á quien gustaba filosofar sobre todas las cosas.

—Padre—dijo el joven—¿cómo puede usted creer que los sueños no sean fenómenos misteriosos que nos ponen en comunicación con el mundo invisible?

—Amigo mío—replicó el barón—yo opino como los materialistas, que no ven nada de sobrenatural en esos pretendidos misterios de la naturaleza, producidos á expensas de nuestra imaginación.

—Pero ¿no podría ser—objetó María, la hermosa doncella—que los sueños de que tan poco aprecio hacéis fuesen resultado de la fermentación que se opera

en el cerebro, y que sustrae á nuestro espíritu de la dominación de los sentidos durante las horas de sueño, permitiéndole vagar en las sublimes regiones no limitadas por el espacio ni por el tiempo?

—Querida hija—repuso el barón—al oirte hablar así, figúrome estar escuchando las enfáticas divagaciones de nuestro amigo Alban. Ya sabes hasta qué punto llega mi incredulidad respecto á todos los sistemas que los visionarios de hoy improvisan. Los sueños son el fruto de la sobrexcitación febril de nuestros órganos, y veo la prueba de ello en las desagradables sensaciones que producen mientras duran, y hasta después. Si los sueños establecieran verdaderas relaciones entre nosotros y el mundo invisible ¿por qué no serían una iniciación en las inefables dichas que las religiones nos hacen esperar más allá de la vida terrestre?

Ottmar iba á promover un debate sin fin sobre el asunto; pero el barón no le dió tiempo.

—Hagamos punto aquí—interrumpió—pues no estoy de humor para discutir; y por otra parte, el día de hoy, 9 de Setiembre, despierta en mí un recuerdo de la juventud que siempre me produce dolorosa impresión.

—Sin embargo—replicó el estudiante—¿no está demostrado que la influencia magnética...?

—¡Oh!—exclamó el barón—no pronuncies jamás esa palabra delante de mí, porque eso del magnetismo me subleva; quien profesa ese arte odioso paga con su vida más pronto ó más tarde la culpable curiosidad que le impele á levantar el velo con que Dios oculta sus obras. Recuerdo muy bien, hijos míos, que en la época en que yo estudiaba en el colegio de Berlín, había entre nuestros profesores un hombre cuyas facciones no se borrarán jamás de mi memoria, pues no podía mirarle sin experimentar secreto espanto. De estatura gigantesca, y flaco como un esque-

LA FASCINACIÓN

leto, tenía uno de esos semblantes que apenas osaría concebir la más extravagante imaginación; y además estaba dotado de una fuerza y destreza admirables. Algunas veces nos refirió que, siendo mayor al servicio de los daneses, habíase visto obligado á expatriarse á consecuencia de un duelo; pero ciertas personas suponían que en vez de matar lealmente á su enemigo, que era un general, habíale asesinado. El mayor era hombre de carácter muy duro y de una severidad sin ejemplo con todos los colegiales; pero ciertos días, su carácter cambiaba completamente; entonces parecía muy benévolo y afectuoso; y en aquellos momentos de expansión, cuando nos estrechaba la mano, su contacto hacía circular por nuestras venas un fluido singular que nos sometía á su influencia por no sé qué simpatía inexplicable. Aquellos días de calma eran raros, pues pronto recobraba su carácter rígido y la severidad que tanto nos atemorizaba.

Algunas veces se exaltaba hasta el delirio; veíamosle, vestido con su antiguo uniforme rojo, recorrer á grandes pasos las salas del colegio, esgrimiendo su tizona en el vacío, cual si se hallase frente á un furioso adversario; después hacía ademán de pisotear un cadáver, y al mismo tiempo profería horribles imprecaciones. Otras veces trepaba á los árboles con la rapidez de un gato montés, ó bien corría como una fiera, lanzando agudos gritos. Estas crisis duraban con frecuencia todo un día; pero al siguiente el mayor estaba tranquilo, sin recordar las extravagancias de la víspera, si bien su carácter parecía cada vez más intratable y violento. En la ciudad y en el colegio decíanse las cosas más extrañas acerca del mayor; algunos aseguraban que poseía secretos para curar todas las enfermedades por la imposición de las manos, y hasta con una sola mirada; y esta opinión se había arraigado de tal modo, que cierto día el mayor se vió obligado á

servirse de su bastón para alejar á varias personas que le rogaban hiciese en ellas la prueba de su misterioso poder. No faltó quien llegase á decir que aquel hombre estaba en relación con los espíritus infernales, y que un día ú otro su vida terminaría por una catástrofe. Sin embargo, fuera cual fuese su conducta con los demás alumnos, manifestábase respecto á mí sumamente benévolo y cariñoso. No os referiré todas las extrañas escenas que entre nosotros mediaron; pero voy á citaros un hecho que nunca he podido olvidar. En la noche del 9 de Setiembre de 17..., soñé que el mayor se acercaba á mi lecho, y que, fijando en mí una mirada penetrante, cubríame los ojos con la mano derecha, diciéndome: «¡Mísera criatura terrestre, reconoce en mí á tu señor! ¡Yo tengo, como Dios, la facultad de leer en tu pensamiento!» Cuando hubo pronunciado estás palabras, parecióme que algo agudo y frío, como una hoja de acero, atravesaba mi frente, penetrando en el cráneo; entonces proferí un grito de espanto, despertéme inundado de un sudor frío, salté de la cama, haciendo un esfuerzo, y corrí á la ventana para refrescarme. ¡Cuál no sería mi espanto al divisar, á la luz de la luna, al temible mayor, que vestido siempre con su uniforme rojo, abría la puerta del colegio que daba al campo y cerrábala tras sí con estrépito...! Al punto caí en tierra privado de sentido.

Al día siguiente, cuando referí á nuestro inspector lo ocurrido, asegurôme que sin duda había soñado; pero como el mayor no llegase á la hora de costumbre, ni mucho tiempo después, fueron á buscarle á su cuarto. La puerta estaba atrancada por dentro, y se necesitó una palanca para derribarla. En medio de la habitación vióse al mayor tendido é inerte; tenía los ojos vidriosos, la boca llena de una espuma sanguinolenta; y su mano, rígida ya por el frío de la muerte,

oprimía la empuñadura de su espada. Nada bastó para volverle á la vida.

El barón no dijo una palabra más. Ottmar, que había escuchado atentamente, parecía meditar con la frente apoyada en una mano; y María estaba muy agitada. En aquel momento, el pintor Franz Bickert, antiguo amigo de la familia, que había entrado silenciosamente en la sala durante el relato del barón, comenzó á reir estrepitosamente, diciendo: ¡Vaya unas historias alegres para las niñas á la hora de acostarse! En cuanto á mí, amigos míos, tengo un sistema del todo opuesto al de nuestro querido barón. Sé por experiencia que los sueños de la noche se producen por las sensaciones experimentadas durante el día, y he aquí por qué tengo siempre buen cuidado, antes de acostarme, de alejar toda preocupación penosa, alegrando mi espíritu con algún recuerdo agradable del tiempo pasado. Es una receta excelente contra la pesadilla. Debéis tener en cuenta además, amigos míos, que esos sueños terroríficos que á veces nos atormentan, cuando nos figuramos caer de una torre, ó que nos cortan la cabeza, y otras mil cosas más ó menos desagradables, son resultado de algún dolor físico que influye en nuestras facultades morales. Escuchad: ahora recuerdo un sueño. — Yo tomaba parte en cierta orgía; un oficial y un estudiante se traban de palabras y arrójanse los vasos á la cabeza; procuro separarlos; en la lucha me siento gravemente herido en la mano, y el dolor me despierta... En efecto, con un alfiler clavado en la colcha me acababa de hacer un rasguño, y mi mano sangraba. He tenido otros sueños espantosos, y...

—¡Ah! — exclamó María — por favor os pido que no contéis esas cosas, pues me hacen mucho daño...

—¡No hay favor que valga! — exclamó Bickert. — Habéis de saber que en sueños fuí convidado una vez

á un thé magnífico por la princesa Amaldasongi. Al entrar en el salón, luciendo mi más rico traje, preparábame ya á dirigir la más elocuente declaración amorosa á la noble dama, cuando de pronto eché de ver, al fijar una mirada satisfecha sobre mi persona, que se me había olvidado el calzón...

Este chiste de Bickert fué acogido por una ruidosa carcajada; pero sin dejar á sus oyentes tiempo de recobrarse, el alegre artista continuó la narración de sus sueños.

—Ahora voy á contaros—dijo—otra cosa más inconveniente y humillante. Una noche soñaba que sólo tenía veinte años y que iba á bailar un rigodón con una mujer hermosísima; había gastado mi último escudo para engalanar un poco mi único traje; llego, penetro entre la brillante multitud que se oprime á la puerta del salón, y de repente, un maldito perro de aguas abre la puertecilla de una estufa delante de mí y me dice: «Señor galán, por ese agujero es por donde habéis de pasar...» Otro sueño: anoche me figuré que me había convertido en hoja de papel, y que un aprendiz de poeta, armado de una pluma de pavo, muy mal cortada, desgarrábame en todos sentidos, escribiendo en mi blanca superficie sus rimas mutiladas á fuerza de tachones. En fin, sabed que hace poco soñé que un cirujano me desmontaba los miembros uno por uno, cual si fuese una muñeca de madera, y complacíase cruelmente en ver el efecto que producirían mis pies puestos en medio de la espalda, ó el brazo derecho adaptado á la pierna izquierda... Por último...

Pero al llegar aquí, el barón y sus hijos proferían tales carcajadas, que el amigo Franz Bickert se vió obligado á renunciar á sus cuentos. Entonces Ottmar tomó la palabra.

—Nuestro amigo—dijo—se pone en contradicción

con su sistema al referirnos esos sueños, pues ó quiere que nos desternillemos de risa, ó no ha sabido imaginar cuentos conformes con su teoría. Como quiera que sea, no quedo menos persuadido de que la virtud magnética...

—Vamos—interrumpió el barón—no volvamos á tocar ese asunto. Prefiero que María nos haga un ponche para que todos conserven el buen humor.

Bickert aplaudió la idea, y mientras que la joven hacía sus preparativos, el pintor se ocupó en reanimar el fuego de la chimenea. Cuando el ponche estuvo hecho, Ottmar llenó los vasos, y Bickert vació el suyo, diciendo:

—Jamás me ha parecido este licor tan agradable como cuando lo preparó la hermosa María, que parece comunicar un perfume celestial á cuanto ella toca. La influencia misteriosa de su belleza produce ese efecto encantador; y en mi concepto, es el magnetismo más incontestable...

—¡Vaya, veo que volvemos al magnetismo!—interrumpió el barón;—á fe mía que no saldremos esta noche de lo fantástico y de lo extravagante... María es realmente una hermosa y buena hija; pero gracias á vosotros, paréceme que algún día la tomaré por un sér del otro mundo. Procuremos, pues, vivir en paz, sin turbar esta existencia común que tan dulce me parece...

—Sin embargo—replicó Ottmar—muchos deseos tengo de referir á nuestro amigo Bickert un hecho que Alban me confió y que me ha impresionado profundamente. Durante su residencia en la Universidad, Alban se relacionó con un joven llamado Teobaldo, que á primera vista seducía á todos cuantos le miraban; era un joven de carácter afable y muy sensible; pero poco á poco, desde que comenzó á ser amigo de Alban, su carácter cambió; veíasele siempre triste é

inquieto, y aunque de espíritu meditabundo, comenzó á exaltarse gradualmente. Sólo Alban ejercía cierto dominio sobre aquella naturaleza irritable, cuya energía se agotaba en estériles luchas contra las mezquindades de la vida.

Después de graduarse en la Universidad de J..., Teobaldo debía volver á su ciudad natal para casarse con la hija de su tutor y vivir pacíficamente con la cuantiosa renta que sus padres le habían dejado. Todas sus aspiraciones, sin embargo, resumíanse en el estudio del magnetismo animal, del que su amigo Alban le había dado las primeras lecciones, y proponíase nada menos que proseguir hasta los últimos límites de lo posible el desarrollo de los misteriosos fenómenos de esa ciencia.

Poco tiempo después de haber vuelto á sus hogares escribió á Alban una carta desesperada, anunciándole que durante su ausencia, un oficial de tropas extranjeras, alojado provisionalmente en casa de su tutor, se había enamorado de la joven, consiguiendo que ella participase de su pasión. Cuando el oficial hubo de marchar con el cuerpo de ejército á que pertenecía, su amada se entristeció tanto, que su juicio sufrió alguna alteración, y llegóse á temer por su vida. El pobre Teobaldo, pues, no sólo debía lamentarse de haber perdido el corazón de su prometida, sino de verse expuesto á perder el único objeto de su amor. Alban le contestó al punto que su desgracia no era irreparable, y que el magnetismo le devolvería infaliblemente la mujer amada. Teobaldo, aprovechándose de este consejo, previo el permiso de la madre de su novia, fué todas las noches á sentarse junto á ésta en el momento en que, cediendo al sueño, era víctima de dolorosas pesadillas, durante las cuales repetía de continuo el nombre del oficial. Teobaldo ejerció así gradualmente en la joven la influencia cuya virtud

secreta le había enseñado Alban, y cuando podía someterla al estado de sonambulismo, conversaba con ella, evocando los dulces recuerdos de sus juegos de la infancia, y de su tierno y mutuo afecto. Poco á poco, la joven se dejó dominar por el ascendiente mágico de la influencia que la rodeaba, y siempre que volvía al estado de sonambulismo, sus sensaciones y respuestas á las preguntas que le dirigían, referíanse naturalmente á Teobaldo y á sus recuerdos de la infancia. La dominación del joven llegó á ser tan completa, que su novia acabó por no vivir más que con su vida y su voluntad; parecía que el alma de su amigo se hubiese confundido con la suya propia, y que sólo existiese en ella...

Aquí llegaba Ottmar en su historia, cuando de repente María, cambiando de color, profirió un grito agudo, y seguramente hubiera caído en el suelo si Bickert no hubiese estado junto á ella para recibirla en sus brazos. Todos acudieron á socorrerla, pero nada bastó para hacerla volver en sí: parecía muerta.

—¡Dios mío—exclamó Ottmar—sólo Alban podría salvarla!...

En aquel mismo momento abrióse la puerta y apareció Alban, que adelantándose con paso grave, se acercó á la joven y le dijo, cual si hubiera podido oirle: «¿Qué tenéis, María?...» La hija del barón se estremeció al oir aquellas palabras, hizo algunos movimientos y murmuró: «¡Dejadme, hombre maldito, quiero morir al menos sin padecer!...» Alban se sonrió, y fijando sus miradas en los presentes, les dijo: «No temáis nada; es un ligero acceso de fiebre, y pronto quedará dormida; de aquí á seis horas, cuando despierte, le daréis doce gotas del licor contenido en este frasco.»

Así diciendo, entregó á Ottmar un frasquito de plata, saludó, y retiróse como había venido.

—¡Bien!—exclamó Bickert;—he aquí otro doctor

VIUDA DE CAMPELLO Y C.ª EDITORES CALLE DE CALLABS. BARCELONA

maravilloso... la mirada penetrante, la voz profética, el frasco de elíxir; nada falta.

—Amigo Bickert—dijo el anciano barón—la noche termina muy tristemente. Desde que Alban se marchó, con frecuencia he pensado que algún fatal acontecimiento nos le volvería á traer. ¡Dios quiera que mis presentimientos me hayan engañado!

—Pero, amigo mío—replicó Bickert—me parece que debéis considerar como muy feliz y oportuna la llegada de Alban, pues al fin y al cabo es un doctor hábil y no habréis olvidado que en cierta época en que la hermosa María se quejaba de crisis nerviosas, contra las cuales eran impotentes todos los remedios, Alban supo curarlas en pocas semanas por medio de ese magnetismo que aborrecéis. Yo creo que es preciso desechar preocupaciones demasiado exageradas contra las ciencias modernas, pues la naturaleza oculta en su seno miles de secretos, cuyo descubrimiento futuro costará numerosos siglos...

—Á fe mía—interrumpió el baron—no estoy más atrasado que cualquiera otro, ni soy enemigo de los progresos de la ciencia; pero á decir verdad, mi aversión al magnetismo proviene en gran parte de no haber comprendido nunca á ese Alban, a quien mi hijo aprecia tanto. Inútilmente me esfuerzo para reconocer alguna expresión de verdad en la fisonomía cambiante de ese hombre singular; sé que debo estarle muy agradecido por la curación de mi hija; y con la mejor voluntad le ofrecería todos los tesoros de un rey; pero debo confesaros, querido Bickert, que una repulsión invencible me ha impedido siempre manifestarle mi gratitud. Á pesar mío, cada día me es más odioso; y cuando le miro, paréceme tener á la vista á ese diabólico mayor danés que en otro tiempo me atemorizó tanto.

—¡Ah!—exclamó Bickert—he aquí, pues, sin ir más lejos, el secreto de ese inexplicable odio. No es Alban

el que preocupa vuestra imaginación, sino ese maldito mayor danés; el buen Alban paga las culpas de ese hombre maléfico, sin tener su nariz ganchuda y sus negros ojos penetrantes; pero aunque fuese un poco visionario, debéis dispensarle esta ligera falta, puesto que quiere y practica el bien. Dejemos á un lado las flaquezas del hombre y rindamos culto á la alta ciencia del médico.

—Lo que decís, amigo Franz—interrumpió el barón levantándose—no es la expresión de vuestro pensamiento; tratáis de disminuir mis inquietudes; pero cuantos esfuerzos hagáis serán inútiles, pues bajo la forma humana de ese Alban veo un sér infernal del que todo se debe temer. Escuchad, amigo mío, lo mejor será que ambos vigilemos á ese hombre, pues en él hay, os lo repito, algo de temible y maléfico.

Los dos antiguos amigos se estrecharon la mano antes de separarse. La noche estaba oscura y silenciosa; María, entregada al parecer á un sueño letárgico, se despertó á las seis horas, y entonces se le propinó el medicamento prescrito por el doctor Alban. Algunos momentos después sentíase perfectamente bien y no recordaba la menor cosa de su accidente de la víspera. Aquel día no se presentó Alban á la hora de reunirse la familia para comer; pero envió á decir que una larga correspondencia le tenía muy ocupado.

María á Aldegonda

«Querida amiga de mi infancia: ¡qué feliz me ha hecho tu carta! Al reconocer tu escritura creí morirme de alegría. ¡Con qué placer he leído las buenas noticias de tu hermano Hipólito, mi *prometido* adorado! Tu pobre amiga, querida Aldegonda, ha estado muy enferma, y no podría expresarte los padecimientos que experimentaba. Parecíame ver al revés todas las cosas de la vida; el menor ruido me atravesaba la cabeza

como un aguijón, y hasta cuando no dormía era presa de los sueños más extravagantes que imaginarte puedas; una secreta inquietud consumía lentamente todas mis fuerzas, sentía llegar la muerte con todos sus terrores, y más que nunca ansiaba vivir. Todos los médicos perdían el tiempo reconociéndome, cuando mi hermano Ottmar presentó en casa uno de sus amigos que me ha curado de una manera maravillosa.

»En casi todos mis sueños se me aparecía un hombre grave y hermoso, que á pesar de su juventud inspirábame el más profundo respeto. Este personaje fantástico me atraía hacia sí por el imán de una ternura misteriosa, y fácil te será comprender hasta qué punto llegaría mi sorpresa, querida Aldegonda, cuando reconocí por todos los rasgos de su fisonomía al hombre que yo había soñado, en el amigo que mi hermano nos presentaba. Alban, este es su nombre, me sometió á pesar mío á la influencia de su mirada; pero en vez de las convulsiones nerviosas que siempre me agitaron, experimenté como una calma letárgica que adormecía todos mis sentidos; mis sueños se desvanecieron; dormía profundamente, y la vivacidad febril de mis sensaciones desapareció. Sin embargo, paréceme á veces que durante el sueño me creo dotada de un nuevo sentido; entre Alban y yo establécese una comunicación misteriosa; me hace preguntas, y yo le digo lo que pasa en mí cual si leyese en un libro. Otras veces, el mismo Alban es quien me preocupa; paréceme hallar en mí su pensamiento, y que por su sola voluntad enciende en mi sér un foco de luz, el cual resplandece ó se extingue, según que por ella me atraiga ó me rechace: es una especie de estado en el que experimento una dicha inefable, superior á todo cuanto la vida física pueda ofrecer. Tal vez te rías de mí, querida Aldegonda, creyendo que estoy loca ó enferma; pero de todos modos, te aseguro que jamás

LA FASCINACIÓN

he amado tanto á Hipólito, ni deseado con mayor ansia su vuelta. Desde que Alban me sometió á esa fuerza misteriosa, que él llama *magnetismo*, según creo, figúrome que por él amo á Hipólito con más acendrado cariño. Alban, ese hombre sublime y benéfico, nos protegerá á los dos hasta después de nuestra unión.

»Algunas veces, no obstante, me inspira temor; extrañas sospechas rasgan el velo de entusiasmo con que rodeo la figura de Alban en el fondo de mi alma; tengo horas de fascinación, durante las cuales imagínome verle en medio de todos los atributos usados, según dicen, para practicar culpables sortilegios; sus nobles facciones se descomponen, y sólo veo ya un hediondo esqueleto, cuya osamenta cruge bajo los anillos de los inmundos reptiles que en ella se enroscan.

»Por lo demás, Alban merece toda mi confianza; le doy á conocer ingenuamente todas mis sensaciones, y manifiéstole las dudas que me inspira; pero él se muestra impasible á mis miradas. Siempre es el mismo hombre amable y afectuoso; y al observar su majestuosa calma, me avergüenzo de mis locas ideas.

»He aquí, querida Aldegonda, la historia de mi vida interior. Mi corazón se siente ahora más aliviado, porque ya no tengo secretos para ti. Consérvate buena, y hasta muy pronto.»

Alban á Teobaldo

«... Toda existencia es el premio de una lucha: es la lucha misma; y la victoria pertenece al más fuerte, porque la fuerza es la ley natural de todas las cosas; el ser dominado aumenta con la suya propia la de su vencedor.

»La fuerza del espíritu, así como la fuerza física, tiene sus combates y sus victorias; una mediana inteligencia domina y somete á menudo una fuerza física inmensa; está en nosotros como un reflejo de

Dios, que nos da el imperio sobre todos los seres.

»Ignoramos los misterios de la unión del espíritu con el cuerpo; el descubrimiento de esta ciencia nos iniciaría en la omnipotencia de Dios. Sólo nos es dado ejercer, para la satisfacción de nuestros deseos, en el círculo que se nos trazó, la suma de fuerza que nos ha sido comunicada para disfrutar de la creación.

»He hallado en mi camino una joven cuyo aspecto hizo vibrar en mi alma cuerdas simpáticas; comprendía yo que toda la fuerza estaba de mi parte para atraer su vida á la mía; mas era preciso luchar contra otra influencia extraña que la había dominado. Esta joven amaba y era correspondida; y por lo tanto hube de concentrar en un solo punto todas las fuerzas de mi voluntad. La mujer ha recibido de la naturaleza una organización pasiva; en el sacrificio que *voluntariamente* hace de su persona para explayar su alma en el seno del sér que la domina por su superioridad, es en lo que reside la dicha del amor.

»Me bastó permanecer una semana junto á la hermosa María para conocerla bien, y entonces apliqué á la exquisita delicadeza de sus órganos la acción oculta del magnetismo, de esa ciencia de que el vulgo se ríe. Entre la joven y yo establecí relaciones simpáticas, cuya cadena no podían romper la ausencia ni el alejamiento; y muy pronto quedó bajo mi dominio en accesos de alucinación que su padre y su hermano tomaron por una dolencia nerviosa. Amigo del segundo, que admiraba, sin comprenderlas, algunas experiencias que me complacía en hacerle ver, fuí llamado á la casa de María en calidad de médico, y al punto me reconoció por un estremecimiento misterioso que aseguraba mi imperio, pues bastan mis miradas y mi secreta voluntad para sumirla en el sonambulismo, es decir, para atraer su alma á la mía. Desde que vivo cerca de ella, la imagen de Hipólito se borra poco á

poco de su memoria, y muy pronto desaparecerán los últimos obstáculos.

»Ese Hipólito es coronel, y en este momento está lejos de aquí con motivo de la guerra. No deseo que sucumba; y hasta quisiera que volviese, pues su presencia agregaría un encanto más á la victoria, cuyos frutos saborearé muy pronto. Hasta la vista, querido discípulo...»

La campiña, sembrada de hojas muertas, parecía estar de luto; espesas nubes de color plomizo deslizábanse en el cielo impelidas por el viento del otoño. Deseoso de llegar cuanto antes á la casa, porque el día tocaba á su fin, divisé, al dar vuelta á una colina, el pueblo de*** situado en un valle solitario, como un nido de alondra entre dos surcos. En aquel instante oíase el lúgubre tañido de la campana de la iglesia que tocaba á difuntos, y varios enterradores esperaban en el cementerio á que el anciano sacerdote terminara su última oración para sepultar un ataúd en la fosa. Me reuní en el camino con algunas personas que volvían lentamente, y las seguí escuchándolas. «Nuestro pobre amigo Franz, decía una de ellas, reposa ya en el sueño de los justos.»—«Dios nos haga la gracia de acabar como él», añadió otra. Por aquella buena gente supe que el difunto se llamaba Franz Bickert, antiguo pintor que había terminado su carrera casi del todo retirado en un pequeño castillo gótico ruinoso que se divisaba en la altura más inmediata al pueblo. El sacerdote me invitó á visitar aquella propiedad, de la cual el buen Bickert había hecho donación para que después de su muerte sirviera de asilo á los pobres inválidos del país. Las paredes del primer piso estaban adornadas con numerosos frescos, que representaban bajo todas las formas imaginables á un diablo acechando á una joven dormida: en el rincón de un vetusto armario encontramos algunas hojas de papel, al

parecer desprendidas de un cuaderno, y que sin duda estaban allí por casualidad; recogílas maquinalmente y ví que eran notas aisladas, frases sin principio ni fin; pero conseguí descifrar, no sin trabajo, el desenlace de la historia de María.

Cierta noche, el anciano barón H.... se dirigía á su alcoba apoyado en el brazo de su amigo Franz Bickert, y al llegar al centro de la galería, divisaron un fantasma que llevaba una lamparilla y parecía salir de la habitación de la joven. Ante aquel espectáculo, el barón, poseído de terror, exclamó: «¡Es el mayor, amigo Franz, es el mayor danés!...»

El fantasma se desvaneció sin que se oyera ruido alguno, y el barón entró en la habitación de su hija presa de la mayor inquietud. María reposaba, bella como un ángel del cielo, y en sus labios vagaba una dulce sonrisa. Hipólito había vuelto de la guerra; el matrimonio debía efectuarse al día siguiente, y junto á la encantadora joven dormida veíase el traje de boda sobre el sofá.

Al día siguiente los novios fueron á la iglesia; pero en el momento de arrodillarse al pie del altar, María cayó en tierra...

Estaba muerta... El magnetizador había absorbido su alma.

Todos aquellos que la habían amado, siguiéronla muy pronto á la tumba.

Y nadie supo lo que había sido del doctor Alban.

EL CANTO DE ANTONIA

EL CANTO DE ANTONIA

Los compañeros del alegre club de Serapión se han reunido por la noche á primera hora en casa de Teodoro. La nieve, impelida por un viento helado, azota los cristales de las ventanas, haciéndolos retemblar en sus marcos de plomo; pero en la vieja chimenea arde un montón de leña que despide brillantes fulgores, y su cálida claridad acaricia con mil caprichosos reflejos oscuros tapices, cuya vetustez contrasta con la loca alegría de las personas reunidas en la habitación. Muy pronto se encienden las pipas, improvísanse asientos, y todos se colocan, por orden de antigüedad, al rededor de un velador donde llamea en un bol el ponche fraternal. Todos los individuos de la asamblea están allí; nadie falta al llamamiento del deán; la copa de Bohemia se ha llenado y circula; la conversación se anima, y el

tiempo pasa; pero el ponche y las historias se renuevan; los espíritus se exaltan poco á poco, y todos rivalizan en excentricidad...

—Amigo Teodoro—exclama de improviso uno de los jóvenes—parécemе que la conversación acabará muy pronto si no nos propinas una de esas historias que hacen dormir de pie, y que tú refieres tan bien; pero adviértote que necesitamos algo extravagante y conmovedor, fantástico y antinarcótico...

—Bebamos—contesta Teodoro;—tengo lo que deseáis, y si os place, voy á referiros una anécdota bastante original de la vida del consejero Krespel. Este digno personaje, que ha existido en carne y hueso, era verdaderamente el hombre más singular que he conocido en mi vida. Cuando fuí á la Universidad de H*** para asistir á los cursos de filosofía, no se hablaba en la ciudad más que del consejero Krespel. Figuraos que mi hombre gozaba en aquella época de gran reputación como jurista y diplomático. Un principillo de Alemania, cuya vanidad era bien conocida en todo el dominio, había llamado á Krespel á su residencia para encargarle la redacción de una memoria destinada á justificar sus derechos sobre cierto territorio próximo á su principado, territorio que pensaba reclamar ante el Tribunal del Imperio. El asunto tuvo buen resultado, y en el exceso de su alegría, el príncipe prometió á su favorito, en recompensa de la famosa memoria, satisfacer el deseo más exorbitante que pudiera concebir. El honrado Krespel se había quejado siempre de no haber podido encontrar casa alguna á su gusto, é imaginó mandar construir una á expensas del príncipe, quien llevó su condescendencia hasta el punto de ofrecerse á comprar el terreno que el consejero eligiera; pero este último se contentó con un jardinillo que aquél poseía á las puertas de su residencia, en un sitio de los más pintorescos. Krespel se ocupó ante todo en

reunir y hacer transportar los materiales del futuro edificio, y desde entonces se le vió todos los días, vestido con un traje extravagante, hecho por él mismo, muy ocupado en desleir la cal, tamizar la arena y formar pilas de ladrillos.

Terminados estos preparativos, sin llamar á ningún arquitecto, ni ocuparse al parecer en plano alguno, cierta mañana, nuestro hombre fué á buscar á la ciudad de H*** á un hábil maestro de obras, y rogóle que enviara á su jardín al día siguiente el número necesario de albañiles para edificar la casa. El maestro quiso, naturalmente, discutir y arreglar el precio de la mano de obra, y no fué poca su sorpresa cuando Krespel le dijo gravemente que aquella precaución era inútil, y que todo se arreglaría sin discusión ni entorpecimiento. Al día siguiente, al rayar el alba, cuando el maestro de obras llegó, vió una zanja en forma de cuadrado regular, y Krespel le dijo: «Quiero echar aquí los cimientos de mi casa, y después haréis que levanten las cuatro paredes de recinto hasta que me parezcan bastante altas...

—¡Cómo!—exclamó el maestro de obras.—¡Sin ventanas, ni puertas, ni tabiques interiores! ¿Lo habéis reflexionado bien?

Y miraba á Krespel cual si creyese que estaba loco.

—Haced lo que os digo, buen hombre—replicó friamente el consejero;—todo se hará á su debido tiempo.

Fué necesaria la seguridad de que se le pagaría generosamente, para que el maestro de obras se aviniese á emprender aquella construcción, que le parecía absurda. Los albañiles dieron principio á su tarea alegremente, burlándose del propietario; trabajaban día y noche, y comían y bebían bien á expensas del consejero, que casi siempre estaba á la vista. Los cuatro muros se elevaban cada vez más, hasta que un día Krespel gritó: «¡Basta ya!» Los albañiles se detuvie-

ron como verdaderos autómatas, bajaron de sus andamios y colocáronse en círculo al rededor del consejero, mirándole con una expresión irónica que parecía decir: «¿Qué haremos ahora, maestro?...—¡Paso, paso! —gritó Krespel, después de reflexionar dos minutos; luego corrió hacia un extremo del jardín, volvió hacia los muros, contando los pasos, encogióse de hombros con aire descontento, repitió la misma pantomima en todos los lados del recinto, y al fin, herido al parecer de una idea súbita, dirigióse con la cabeza baja hacia un punto de aquel y gritó con todas sus fuerzas: «Por aquí, muchachos, por aquí; coged los picos y practicad la abertura de una puerta.» Así diciendo, trazaba con un carbón en la pared las dimensiones exactas. El nuevo trabajo fué cosa de poco tiempo; Krespel entró en la casa, sonriendo como hombre satisfecho de su obra; pero el maestro albañil le advirtió que las cuatro paredes tenían solamente la altura de dos pisos. Krespel, sin escucharle, paseaba en el interior, seguido de los peones, que llevaban azadas y martillos; medía y calculaba y daba sus órdenes al punto: «Aquí una ventana de seis pies de alto por cuatro de anchura, decía; allí otra más pequeña, de tres pies de elevación por dos de ancho.» Y á la palabra seguía la obra.

—Ahora bien, amigos míos, sabed que cuando se efectuaba ese singular trabajo, asunto de las conversaciones de todo el mundo, fué cuando yo llegué á H***; y á fe que era muy divertido ver á centenares de curiosos con la nariz pegada á la verja del jardín de Krespel, que daban *vivas* cuando se desprendía alguna piedra ó se abría otra ventana. Todos los demás trabajos de aquella famosa construcción se ejecutaron de la misma manera, sin plan preconcebido, y sólo por las inspiraciones espontaneas del consejero. La chocante singularidad de aquella obra, la confianza en el buen éxito, y más que todo la generosidad de Krespel,

EL CANTO DE ANTONIA

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS.
ELONA

animaron el celo de sus trabajadores, y así es que, gracias á su actividad, la casa quedó terminada muy pronto. El conjunto exterior era tan extravagante como irregular; no había dos ventanas que se asemejaran, y todos los detalles parecían absurdos; pero examinada interiormente, aquella habitación era en realidad la más cómoda que se pudiera imaginar, según pude reconocerlo por mí mismo cuando, á los pocos días de haber conocido á Krespel, éste me invitó á visitarle. El consejero coronó su obra con una opípara comida, á la cual debían asistir únicamente los trabajadores que habían efectuado la construcción; el festín, por demás espléndido, debió ofrecer un golpe de vista muy original; los manjares, exquisitos, fueron devorados con ansia por bocas que seguramente no podían apreciar cosas tan delicadas; y terminado el banquete, las mujeres é hijas de los albañiles improvisaron un baile en el que tomó parte el consejero Krespel; cuando sus piernas, no muy seguras ya, rehusaron sostenerle más tiempo, empuñó un violín y tocó, para que sus convidados pudieran saltar hasta el amanecer.

El martes siguiente encontré al consejero en casa del profesor M***: jamás había visto una figura más extraña; todos sus movimientos eran tan bruscos y torpes, que á cada momento temía que rompiese alguna cosa; pero sin duda estaban allí acostumbrados á sus rarezas, pues la señora de la casa no se atemorizó al verle agitarse junto á una bandeja de porcelana de la China, ni menos cuando comenzó á saltar frente á un espejo de cuerpo entero. Llegada la hora de la cena, observé un cambio en el consejero Krespel; en vez de entregarse á sus pantomimas, dióle por charlar; emitía las más diversas ideas una después de otra, y hablaba de todo con singular volubilidad, siendo tan pronto su voz chillona como grave y lánguida. Al discutirse un punto sobre música, elogióse á un compo-

sitor de moda: Krespel sonrió y dijo irónicamente: «¡Yo quisiera que cien legiones de diablos se llevasen al infierno á esos músicos de la murga!» Y al cabo de un momento gritó de improviso con voz estentórea: «¡Es un serafín para la armonía; es el genio del canto!» Y al decir esto, furtivas lágrimas humedecían sus ojos. Estas últimas palabras se referían á una célebre cantatriz de quien había hablado una hora antes con entusiasmo, y á no comprenderlo nosotros así, hubiéramos podido creer que nuestro hombre estaba loco.

Los criados sirvieron una liebre: Krespel separó los huesos y reclamó las patas, que le fueron entregadas alegremente por la hija del profesor, encantadora niña de cinco años. Los hijos de la familia parecían apreciar mucho al consejero, y no tardé en conocer la causa: acabada la cena, Krespel sacó del bolsillo una caja que contenía varios útiles de acero, y comenzó á tornear con los huesos de la liebre una infinidad de juguetes liliputienses, que sus amiguitos se repartían, profiriendo exclamaciones de placer.

De repente, ocurriósele á la sobrina del profesor M*** preguntar al consejero: «¿Cómo sigue, amigo mío, nuestra querida Antonia?» Krespel hizo una mueca, como el glotón que muerde una naranja agria; su faz pareció nublarse, y contestó entre dientes: «¿Nuestra querida Antonia?» El profesor, echando de ver el mal efecto producido por la inoportuna pregunta, dirigió una mirada de reprensión á su sobrina, y para distraer al consejero de su mal humor, preguntóle, estrechándole cariñosamente la mano: «¿Cómo van los violines?» Al oir esto, el semblante de Krespel pareció serenarse, y replicó al punto: «Muy bien, querido profesor; ahora desmonto el célebre violín de Amati, que por una feliz casualidad pude adquirir últimamente, y espero que Antonia hará lo demás».— «Antonia es una niña encantadora, repuso el profe-

sor.» — «¡Un ángel!» exclamó Krespel, sin poder reprimir un sollozo. Y levantándose bruscamente, cogió el bastón y el sombrero y salió presuroso, como un hombre trastornado. Parecióme tan extraño aquel proceder, que no pude menos de preguntar al profesor algo sobre la historia del consejero.

—¡Ah!—me dijo—es un hombre muy singular; construye violines con tanta habilidad como la que tiene para redactar sus memorias; cuando acaba de hacer uno de esos instrumentos le prueba durante una hora ó dos, haciéndole producir sonidos deliciosos; después le cuelga en la pared junto á los demás y no vuelve á tocarle. Si puede comprar el violín de algún maestro célebre, le toca una vez, desmóntale después pieza por pieza y guarda los pedazos en un cofre muy grande, que ya está lleno. —¿Pero quién es esa Antonia? pregunté con impaciencia. —Es un misterio, contestó gravemente el profesor. El consejero vivía hace algunos años en una casa aislada de la calle ***, con una anciana ama de gobierno; sus singulares costumbres excitaron la curiosidad de sus vecinos, y para sustraerse á ella trabó algunos conocimientos, á fin de presentarse en varios salones. Como era amable, se le cobró cariño; y todos le tenían por célibe porque jamás hablaba de su familia. Al cabo de cierto tiempo se ausentó por algunos meses, y el mismo día de su vuelta vióse por la noche su habitación iluminada; una deliciosa voz de mujer mezclaba sus notas con las de un piano y de un violín, que producía mágicos sonidos. Los transeúntes se detenían en la calle, y los vecinos escuchaban en las ventanas. Á eso de la media noche el canto cesó; entonces oyóse la voz del consejero, dura y amenazadora; otra voz de hombre parecía dirigirle reconvenciones, y de vez en cuando las quejas de una joven interrumpían la discusión. De repente, la mujer profirió un grito penetrante; después

resonó en la escalera un ruido como de pasos apresurados; un mancebo salió de la casa llorando, subió á una silla de posta que le esperaba cerca de allí, y la casa volvió á quedar silenciosa. Todos se preguntaban el secreto de aquel drama; pero como al día siguiente se presentase Krespel tranquilo y sereno, según costumbre, nadie osó interrogarle. Sin embargo, la anciana ama de gobierno no pudo resistir á la tentación de referir en voz baja, á cuantos querían oirla, que el consejero había traído consigo una joven llamada Antonia; que un pretendiente, perdidamente enamorado de ella, los había seguido, y que había sido necesaria la cólera del consejero para expulsarle de la casa. En cuanto á las relaciones de Antonia con Krespel, eran un secreto que la anciana no conocía aún; pero dijo que su amo secuestraba odiosamente á la joven; no la perdía de vista jamás, y hasta prohibíale cantar para distraerse. Por eso el canto de Antonia, que sólo se había oído una vez, sirvió de asunto á una maravillosa leyenda del barrio: ninguna cantatriz obtendría ya aplausos en la ciudad, porque, según aseguraban, sólo Antonia sabía cantar.

Lo que me había dicho el profesor impresionó de tal modo mi espíritu, que todas las noches pensaba en ello, hasta el punto de llegar á enamorarme locamente de aquella á quien no había visto; ya no pensaba sino en los medios de introducirme en casa de Krespel para ver á la misteriosa Antonia, jurarle un amor eterno y sustraerla á su tirano. No obstante, las cosas tomaron un aspecto muy pacífico, pues apenas hube encontrado dos ó tres veces al consejero, y halagado su manía hablándole de violines, él mismo me rogó que fuera á verle a su casa. Dios sabe lo que experimenté al oir aquella oferta; parecióme que el cielo se abría ante mí. El consejero Krespel me enseñó todos sus violines, sin perdonar uno solo, y por cierto que

tenía más de treinta; uno de ellos, de construcción muy antigua, estaba suspendido a mayor altura que los demás, y adornado con una corona de flores.

—Este violín—me dijo Krespel—es la obra maestra de un autor ignorado, y sus sonidos magnetizaban con su irresistible encanto. Jamás tuve valor para desmontar ese instrumento y estudiar su estructura, porque me parece que está animado y que yo sería su asesino; muy rara vez le toco, y sólo para mi Antonia, que cuando escucha sus sonidos experimenta las más dulces sensaciones.

Al oir el nombre de Antonia me estremecí, y dije al consejero con el acento más cariñoso:

—Mi buen amigo, ¿no me concederíais la gracia de tocar delante de mí, aunque sólo fuese un momento?

Krespel sonrió con ironía, y contestóme con voz gangosa, recalcando cada sílaba: «No, señor estudiante, no puede ser.» Esta contestación me desconcertó; no repliqué una sola palabra, y Krespel acabó de enseñarme las curiosidades de su gabinete.

Antes de separarnos sacó de una cajita un papel doblado y me lo entregó, diciéndome con la mayor gravedad: «Joven, veo que apreciáis las artes; servíos pues aceptar esto como un recuerdo precioso.» Y sin esperar contestación, empujóme suavemente hasta la puerta, cerrándola apenas hube salido. Al abrir el papel ví que contenía un pedazo de cuerda de violín de media pulgada de largo, con la siguiente inscripción: «Fragmento de una de las cuerdas de violín con que el divino Stamitz montó su instrumento la última vez que tocó.» A pesar del proceder algo brusco del consejero, no pude resistir al deseo de volver á su casa; y no fué poca fortuna, pues en mi segunda visita encontré á la bella Antonia con Krespel, ocupada en arreglar las piezas de un violín que él desmontaba. Era una joven cuya intensa palidez me llamó la atención;

bastaba una sola mirada para que se ruborizara súbitamente, y volvía á quedar blanca y fría como el alabastro. Me admiró que el consejero se mostrara esta vez sumamente cordial y afable, sin que nada revelase en su conducta al celoso tirano de que me había hablado el profesor. Conversé largo rato con el consejero delante de Antonia, y escuchóme benévolamente. Mis visitas se repitieron, siendo bien acogidas siempre, y así se estableció entre nosotros una dulce y franca intimidad, sin que lo echaran de ver los charlatanes, que no habrían dejado de murmurar. Las extravagancias de Krespel me hacían reir á menudo, pero confieso que sólo Antonia me llamaba la atención, y que únicamente por ella toleraba las rarezas del consejero. Siempre que suscitaba la conversación sobre la música, irritábase como un gato cuando le tiran de la cola, y de grado ó por fuerza debía renunciar á la discusión y marcharme con las orejas gachas.

Cierta noche le encontré muy alegre; había desmontado un antiguo violín de Crémona, y acababa de descubrir un importante secreto para el arte. Aprovechándome de su viva satisfacción, conseguí aquella vez hacerle hablar de música; criticamos las pretensiones de muchos violinistas que la multitud admiraba; Krespel se reía de mis ocurrencias, y Antonia fijaba en mí sus hermosos ojos. «¿No es verdad—dije al consejero—que para el canto y el acompañamiento no imitáis nunca á esas pretendidas notabilidades?» Las pálidas mejillas de la joven se colorearon ligeramente: y como si algún fluido eléctrico hubiese recorrido todo su sér, corrió hacia su pequeño piano y entreabrió los labios como para cantar... Krespel no la dió tiempo, hízola retirarse, y empujándome por la espalda, exclamó con voz estridente: «¡Muchacho, muchacho, muchacho!» Después, volviendo á su proceder ceremonioso del primer día, añadió: «Soy demasiado cor-

tés, señor estudiante, para rogar al diablo que os estrangule; pero ya es bastante tarde, como veis, y hay suficiente oscuridad para que os rompáis el cuello, sin que yo me tome la molestia de arrojaros por la escalera. Por lo tanto, volved á casa, y conservad un buen recuerdo de nuestro antiguo amigo, sí... entendedme bien... si por casualidad no volvéis á encontrarme en mi domicilio. Al decir esto, estrechóme la mano como la primera vez, y me condujo fuera de la habitación sin que pudiese dirigir á la bella Antonia una triste y última mirada.

El profesor M*** se complació en burlarse de mí, diciéndome que ya podía darme por despedido para siempre de la casa del consejero. Poco después salí de la ciudad con el alma entristecida: pero poco á poco la ausencia y el alejamiento mitigaron mi profundo pesar; la imagen de Antonia, y el recuerdo de su canto celestial, que no me había sido dado oir, borráronse insensiblemente de mi memoria, y aquella reminiscencia, al fin adormecida, sólo fué ya para mí como un sueño misterioso.

Dos años después hallábame viajando por el mediodía de Alemania; en mi camino volví á encontrar la ciudad de H***; y á medida que me acercaba, una sensación de angustia oprimía mi corazón. Era de noche; en el horizonte divisábanse las campanas de la iglesia, veladas por la azulada bruma que precede á la oscuridad; el aire me faltó de pronto, y hube de apearme del vehículo para recorrer á pie el camino que faltaba. Poco á poco, aquella sensación tomó un carácter más extraño; creí oir en los aires las dulces notas de un cántico celestial, y después reconocí voces que salmodiaban. «¿Qué es eso, qué es eso?—pregunté con un acento de espanto que sorprendió á la persona á quien me dirigía.—¿No veis—me contestó—que el cementerio está á nuestra izquierda? Es un entierro.—En

aquel instante, el camino en pendiente me permitía dominar los alrededores, y al punto ví que colmaban una fosa. Mi corazón se oprimió dolorosamente, pareciéndome que en aquella tumba se encerraba toda una vida de felicidad y de esperanzas. A pocos pasos de la ciudad encontré al profesor M*** apoyado en el brazo de su sobrina; los dos volvían de aquella lúgubre ceremonia; pasaron junto á mí sin verme, y observé que la joven lloraba.

Entonces no pude contener ya mi impaciencia: en vez de entrar en la ciudad, envié á mi criado con el equipaje á la fonda donde en otro tiempo me hospedaba, y corrí sin aliento á la casita del consejero. Al abrir la verja del jardín, ví á Krespel, conducido por dos personas vestidas de luto, entre las cuales se agitaba como un hombre desesperado; vestía el raído traje gris que él mismo confeccionara años antes, y nada había cambiado en su persona; pero de su sombrero de tres picos pendía una larga gasa negra, y en su cinturón, del mismo color, balanceábase un arco de violín á guisa de espada. Al observar aquello me estremecí, y no pude menos de murmurar: «¡Está loco!» Los hombres que le acompañaban se detuvieron á la puerta de la casa; Krespel los abrazó, sonriendo de una manera extraña; pronto se alejaron, y entonces la mirada del consejero se fijó en mí...

—¡Sed bienvenido, señor estudiante; vos me comprenderéis!...

Y cogiéndome de la mano, condújome al gabinete donde estaban alineados sus violines; cubríalos un ancho crespón negro; pero el violín del maestro desconocido no estaba allí; en su lugar veíase una corona de mirto... Todo lo comprendí al punto. «¡Antonia, Antonia!» exclamé en un acceso de doloroso delirio; pero Krespel permanecía inmóvil delante de mí con la mirada fija y los brazos cruzados.

—Cuando espiró—díjome con una emoción que en vano trataba de ocultar—el alma de ese violín produjo un sonido doloroso al romperse, y la caja armónica se hizo pedazos. Ese antiguo instrumento, que ella amaba, no podía sobrevivirla, y le he encerrado en su ataúd.

Al pronunciar estas palabras, el consejero, cambiando la expresión de su rostro, comenzó á entonar con ronco acento una canción grotesca, y sosteniéndose en un pie, dió algunos saltos en derredor de la sala; la gasa pendiente de su sombrero enganchábase en todos los violines, y como de pronto me rozase la cara, no pude reprimir un grito penetrante.

—¡Muchacho, muchacho! ¿Por qué gritas?—preguntóme el consejero deteniéndose al punto.—¿Has visto al ángel de la muerte? Siempre se adelanta á la ceremonia...

Al decir estas palabras, avanzó hasta el centro de la habitación, y levantando con ambas manos sobre su cabeza el arco que llevaba pendiente del cinturón, rompióle con violencia y arrojó los pedazos lejos de sí, exclamando:

—¡Ah! ¡ya soy libre, del todo libre! ¡Ya no construiré más violines! ¡No, se acabaron los violines! ¡Nunca más violines!

El pobre Krespel pronunció estas palabras con un tono extraño, semejante á un ronco aullido, y después continuó su carrera al rededor de la habitación, sosteniéndose siempre en un pie. Helado de espanto, quise huir; pero con nerviosa mano detúvome cuando iba á retirarme.

—No os mováis, señor estudiante—me dijo—ni toméis mis convulsiones por un acceso de locura; la causa de todo esto es que hace pocos días mandé que me cortaran una bata, con la cual quería asemejarme al Destino, ó á Dios...

El infeliz me dijo otras mil extravagancias, hasta

que al fin, desfallecido por su exaltación, cayó como muerto. La anciana ama de gobierno acudió presurosa al oir mis gritos, y en sus brazos dejé á Krespel.

Cuando volví á ver al profesor M***, sostuve que el consejero estaba loco.

—Espero que no será así—me contestó:—la fermentación del pensamiento, que abrasaría el cerebro de otro hombre, se resuelve por la acción en nuestro pobre amigo, y su agitación desordenada, prevaleciendo sobre su excitación nerviosa, le salvara. La muerte súbita de Antonia le ha trastornado; pero apuesto á que dentro de dos días volverá á sus costumbres y á su antiguo género de vida.

La predicción del profesor se realizó: al día siguiente Krespel estaba sereno, sólo que se le oía repetir con frecuencia que ya no construiría más violines ni tocaría ninguno.

Todo esto no había aclarado para mí el misterio que rodeaba las relaciones de Antonia con el consejero Krespel; y cuanto más pensaba en el asunto, confirmábame más en la creencia de que debía haber existido entre aquellos dos seres algo odioso. Antonia se me aparecía siempre en sueños como una víctima; y no quise salir de H*** sin provocar una explicación. Mi cabeza se exaltaba por momentos; no pude contenerme más, y dirigiéndome á la casa del consejero, penetré en su gabinete como una bomba. Estaba tranquilo y sereno, sentado junto á una mesa, y entreteníase en tornear algunos juguetes de niño.

—¡Hombre execrable!—exclamé.—¿Cómo puedes disfrutar un solo momento de paz? ¡La conciencia te debe morder el corazón como una serpiente!..

El consejero me miró con aire de asombro, dejando á un lado su cincel.

—¿Qué queréis decir, amigo mío?—preguntó.—Tened la bondad de sentaros.

Aquella sangre fría me irritaba más; acusèle altamente del asesinato de Antonia, y le juré que en mi calidad de abogado iba á valerme de todos los medios posibles para promover una investigación judicial sobre las causas de aquella desgracia. Mi irritación se desahogó al fin en un flujo de palabras, y el consejero seguía mirándome tranquilamente.

—Joven aturdido—me dijo, cuando hube acabado de hablar, con una gravedad solemne que me confundió—¿con qué derecho quieres penetrar los secretos de una vida que siempre te fué extraña? ¡Antonia no existe ya!... ¿Qué te importa lo demás?...

En la calma de aquel hombre había algo tan profundamente triste, que al punto comprendí la insensatez del paso que acababa de dar, y pedí mil perdones al consejero, suplicándole me refiriese algunas de las particularidades de la vida del ángel que lloraba. Entonces cogióme de la mano, me condujo hacia el balcón, y con la vista fija en el jardín, me contó una historia conmovedora; pero he olvidado todo lo que no se refería á la hermosa Antonia.

Desde su juventud, el consejero Krespel tuvo una decidida afición á coleccionar á toda costa los violines de los antiguos maestros; y sus pesquisas le condujeron á Italia y á Venecia, donde pudo oir, en el teatro de San-Benedetto, á la famosa cantante Angela***. Su encantadora belleza no hizo menos impresión que su talento como violinista en el corazón del consejero; un secreto enlace los unió; pero la hermosa cantatriz, ángel en el teatro, era un demonio en la casa; de modo que Krespel, después de mil escenas borrascosas, resolvió refugiarse en el campo, donde se consolaba lo mejor que podía con un excelente violín de Crémona. Pero la *signora* Angela, muy celosa, en su calidad de italiana de pura sangre, fué á desalojar á su esposo de su retiro; cierto día penetró en la sala, donde Krespel

hacía una improvisación, y apoyando su linda cabeza sobre el hombro de su marido, miróle con ojos llenos de amor. El consejero, cuya imaginación vagaba en las regiones ideales, hacía volar el arco con tal ardimiento, que involuntariamente rozó el cuello satinado de Angela.

—*¡Bestia tedesca!*—exclamó la cantatriz.

Y cogiendo encolerizada el violín de Crémona, descargó con él un golpe en la mesa de mármol, y lo hizo pedazos.

El consejero permaneció un instante como petrificado; pero después, obedeciendo á uno de esos movimientos nerviosos que no se analizan, cogió á la hermosa cantante, arrojóla por la ventana de su propia casa, y huyó de Alemania. Sin embargo, muy pronto se arrepintió, al recordar que Angela le había acariciado con la dulce esperanza de que muy pronto sería padre. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando al cabo de ocho meses recibió, en el fondo de Alemania, una carta de las más cariñosas, en la que su mujer, sin recordarle en modo alguno el incidente ocurrido entre los dos, anunciábale el nacimiento de una niña, suplicándole que fuése á Venecia! Krespel, sospechando algún lazo, mandó tomar informes; así supo que su linda esposa había caído sobre unas platabandas llenas de flores, las cuales habían amortiguado el golpe, y que, resultado feliz, Angela no tenía ya desde entonces ni caprichos ni cóleras; el remedio conyugal había sido maravilloso. El buen Krespel se conmovió al saber todo aquello, y al punto dió orden de enganchar los caballos á su berlina; mas apenas estuvo en el coche, ocurrióle una reflexión. «¡Diablo! pensó, ¿y si mi señora no se hubiese curado aún radicalmente y me fuera necesario arrojarla otra vez por la ventana?» La pregunta era difícil de contestar.

Krespel optó por volver á casa; pero escribió á su

EL CANTO DE ANTONIA

querida esposa una larga epístola, felicitándola de que su hija tuviese, así como ella, un lunar detrás de la oreja. El consejero permaneció en Alemania; pero desde entonces mantuvo con Angela una activa correspondencia, en la que las protestas de amor, los proyectos del futuro, las quejas y las dulces súplicas volaban sin cesar desde Venecia á la ciudad de H***. Cierto día, Angela fué á Alemania, y alcanzó un gran triunfo en el teatro de F***. Aunque no estuviera en su primera juventud, encendió pasiones, hizo algunos felices y una infinidad de víctimas.

Sin embargo, la hija de Krespel crecía; llamábase Antonia, y su madre adivinaba en ella una cantatriz de primer orden. Krespel, sabiendo que su esposa se hallaba tan cerca, ardía en deseos de ir á verla para abrazar á su hija; pero el temor á las locuras de Angela le retuvo, y permaneció en su casa entre los violines, que no le contrariaban nunca.

En aquella época, un joven músico que infundía grandes esperanzas, se enamoró de Antonia; Krespel, á quien se consultó, tuvo una satisfacción al saber que su hija iba á casarse con un artista sin rival en el violín; y esperaba de un día á otro la noticia de la boda, cuando una carta sellada de negro por mano extraña, anunciôle que Angela acababa de morir, víctima de una pleuresía, precisamente en la víspera del matrimonio de su hija: el último ruego de la cantatriz invitaba á Krespel á ir en busca de la huérfana, y en su consecuencia marchó sin perder momento.

El joven novio, que no había querido separarse de Antonia en momento tan doloroso, hallábase presente cuando el padre llegó. Una noche que estaban reunidos, Krespel hablaba de la difunta, y Antonia, sentándose de pronto al piano, cantó con aire tan melancólico, que hubiérase dicho al oirla que el alma de su madre se estremecía en su voz; Krespel no pudo con-

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS
BARCELONA

tenerse; los sollozos le ahogaban, levantóse, y estrechando á su hija entre los brazos, exclamó: «¡Oh! ¡si me amas, no cantes más, porque me destrozas el corazón... no cantes nunca!»

Antonia fijó en su padre una larga mirada en la que se adivinaban lágrimas, cual si la joven comprendiese que se desvanecía para ella un sueño feliz. Su negro cabello flotaba como ondas de ébano sobre sus hombros de alabastro; su talle se doblaba como un lirio que está á punto de quebrarse... y Krespel lloraba al verla tan hermosa, porque un instinto fatal revelábale el porvenir. Antonia palidecía, y el consejero sorprendió en su rostro una señal de muerte, contemplando con terror aquel germen que á cada hora debía desarrollarse.

—No, no, amigo mío—decía más tarde Krespel al doctor R***, médico famoso;—esas manchas de un rojo vivo que coloran las mejillas de Antonia cuando canta, no son producidas por la animación... ¡No; es lo que yo temía!

—Pues bien—replicó el doctor—no debo ocultaros mi inquietud; bien sea que esa niña haya hecho esfuerzos prematuros para cantar, ó ya que la naturaleza dejara en tan hermosa obra un defecto orgánico, creo que esa sonoridad de la voz, impropia de las facultades ordinarias de su edad, es un indicio de peligro, y no la doy seis meses de vida si la permitís cantar.

El consejero se estremeció; parecíale ver un hermoso arbusto cubierto con sus primeras flores, y una mano despiadada que se disponía á cortarle de raíz. Su resolución fué rápida; hizo ver á su querida Antonia las dos sendas del porvenir: por la una el casamiento y las seducciones de la vida de artista, que terminarían muy pronto en la tumba; por la otra la conservación de la existencia junto á su anciano pa-

dre, para quien era la última alegría y la última felicidad. Antonia comprendió el sacrificio que su padre imploraba; arrojóse en sus brazos sin pronunciar palabra; Krespel despidió al novio, y dos días después llegaba á H*** con su querida hija; pero el joven no podía renunciar así á la felicidad que se había prometido, y marchó en pos de Krespel, á quien alcanzó á la puerta de su casa. El consejero le rechazó duramente.

—¡Oh!—exclamó la pobre Antonia—¡dejadme verle, oirle una vez más, y después morir!

—¡Morir!... ¡Morir!...—repetía el consejero fuera de sí: —¡Verte morir, a ti, hija mía, el único sér que me hace amar este mundo! ¡Pues bien, hágase tu voluntad; pero si mueres no maldigas á tu desgraciado padre!

El sacrificio quedó resuelto: el joven músico se sentó al piano; Antonia cantó, y Krespel empuñando su violín no dejó de tocar, con la vista fija en Antonia, hasta que vió aparecer las manchas purpúreas en sus pálidas mejillas. Entonces interrumpió bruscamente el concierto, hizo una seña al joven músico para que se retirase, y Antonia cayó al suelo privada de sentido.

—Al pronto creí—me dijo Krespel al acabar de referirme esta triste historia—que mi pobre hija estaba muerta, y cogiendo al maldito novio por un brazo, grité: «¡Marchaos pronto de aquí, porque mi hija está tan pálida, que soy capaz de hundiros un cuchillo en el corazón para colorar sus mejillas con vuestra sangre!...» Sin duda tenía yo un aspecto terrible en aquel instante, porque el taimado se precipitó como un loco por las escaleras, y jamás he vuelto á verle.

Cuando el consejero levantó á su hija, ésta abrió los ojos y volvió á cerrarlos casi al punto. El médico, á quien se había ido á buscar, dijo que el accidente,

aunque grave, no tendría tal vez enojosas consecuencias; y en efecto, á los pocos días, la joven pareció del todo restablecida. Su amor filial era conmovedor; con la más admirable resignación habíase sometido á las manías y caprichos del consejero, y ayudábale con angelical paciencia á desmontar los violines viejos que compraba para construir otros nuevos. «No, padre mío, decíale á menudo con melancólica sonrisa, ya no cantaré más, puesto que te aflijo; no quiero vivir ni respirar más que para ti.» Y Krespel, al oir aquellas palabras, sentíase feliz.

Cuando hubo comprado el famoso violín que encerró en el ataúd de Antonia, al ver ésta que también iba á desmontarle, miró tristemente á su padre, diciéndole: «¡Cómo, también ese!» Parecióle al consejero que una voz interior le aconsejaba respetar aquel instrumento, y hasta probarle. Apenas hubo preludiado, la joven exclamó batiendo palmas: «¡Esa es mi voz, es mi voz! ¡Todavía canto!»

Y decía verdad: las notas perladas del maravilloso instrumento parecían caer del cielo; Krespel estaba conmovido; el arco creaba prodigios bajo sus dedos. Algunas veces decíale Antonia con dulce sonrisa: «Padre, quisiera cantar»; y entonces Krespel, tomando el violín, tocaba algunas variaciones deliciosas.

Pocos días antes de mi segundo viaje á H***, el consejero creyó oir, durante una noche serena, las teclas del piano en la habitación contigua, pareciéndole que los dedos de Antonia las recorrían rápidamente. Quiso levantarse, mas hubiérase dicho que una mano de hierro le sujetaba... Después figurósele que la voz de su hija murmuraba débilmente, cual si estuviera lejos; poco á poco las modulaciones se acercaron, llegando á un *crescendo*, del que cada nota le traspasaba el corazón como una flecha; de repente, una aureola azulada disipó las tinieblas en el fondo de la habitación, y vió

á Antonia en brazos de su novio; sus labios se tocaban, y sin embargo, el canto celestial continuaba siempre... Poseído de un espanto indecible, el consejero permaneció allí hasta que vió despuntar el alba, presa de una angustia indefinible... Parecíale que un círculo de hierro paralizaba su pensamiento.

Cuando el primer rayo de la aurora coloreó con sonrosados tintes las cortinas de su lecho, despertó como de un sueño penoso y corrió á la habitación de Antonia. La joven estaba tendida en un sofá, con los ojos cerrados y las manos unidas; en sus pálidos labios vagaba una sonrisa dulce, pero fija; parecía dormir, soñando en el cielo.

Hubiérase dicho que era el ángel de la divinidad.

¡Su alma se había elevado al paraíso!

EL MISTERIO DE LA CASA DESIERTA

EL MISTERIO

DE LA CASA DESIERTA

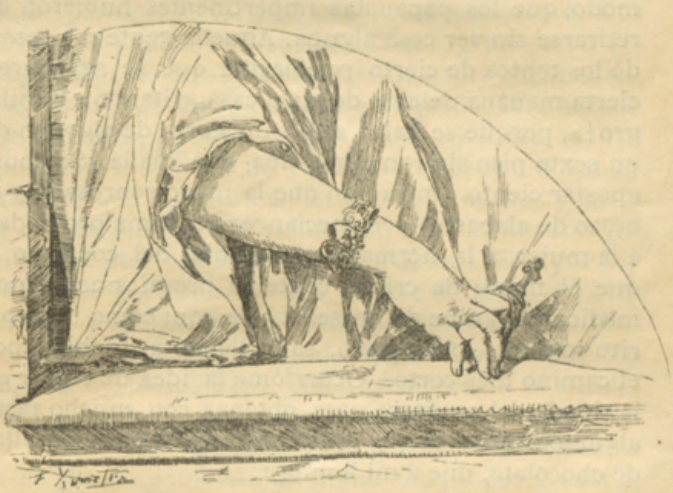
EL aspecto de los numerosos y brillantes edificios de la Residencia de V***, y la belleza de los productos del arte y de la industria con que diariamente se enriquece, constituyen las delicias de los curiosos y son la maravilla admirada de todos los viajeros. La calle principal, flanqueada de soberbias casas, y que conduce á la puerta de***, sirve de paso continuo á lo más escogido de la sociedad, que pasa allí el tiempo visitándose. En los pisos bajos hay lujosas tiendas; y en los superiores hállanse habitaciones de las más cómodas: es el barrio de la aristocracia.

Más de mil veces había recorrido yo aquel paseo, cuando cierto día mi vista se fijó en una casucha, cuyo aspecto contrastaba singularmente con los alrededores. Figuraos un cuadrado de piedras con cuatro ventanas, que formaba un solo piso; su altura no excedía apenas de la de un entresuelo de las magníficas casas contiguas á derecha é izquierda; el tejado de aquel barracón, agrietado por todas partes, hallábase ya rui-

noso, y los vidrios rotos se habían sustituído con pliegos de papel gris ó azul. Las cuatro ventanas estaban cerradas; las del piso bajo se habían tapiado; y en la puerta, estrecha, baja y sin cerradura, inútilmente se hubiera buscado una campanilla ó llamador. Este deterioro indicaba una soledad completa; aquella casucha parecía abandonada hacía cien años, y aunque en rigor nada tiene de particular una casa desierta, el hecho de hallarse en un barrio tan rico, y en un terreno que podía reportar á su propietario una renta considerable, podía dar origen á las suposiciones: yo no podía pasar por delante de aquella especie de ruina sin forjarme las más diversas historias.

Cierto día en que los elegantes se codeaban en el paseo, estaba yo de pie, apoyado en un guardacantón frente á la casa desierta: un hombre á quien no había visto hacía mucho tiempo detúvose delante de mí y me distrajo de mi preocupación; era el conde P., un soñador, por lo menos tan curioso y fantástico como yo. También había pensado mucho sobre el misterio de la casa desierta, pero sus suposiciones iban mucho más lejos que las mías, pues llegó á crearse una historia tan extravagante, que apenas hubiera podido admitirla como verdadera la más atrevida imaginación. Juzgue hasta qué punto quedaría chasqueado aquel pobre conde cuando después de buscar el más trágico desenlace para su historia, supo que la famosa casa desierta era simplemente el taller de un confitero, cuya tienda estaba contigua: habíanse tapiado las ventanas del piso bajo para ocultar á los transeúntes el aspecto de los hornillos y crisoles; y las ventanas del primer piso estaban calafateadas para preservar del sol y de los insectos los confites almacenados allí. Estos malditos datos produjeron en mí el efecto de una ducha helada; y ya no había sueño posible ni poesía; no se necesitaba más para echar por tierra todas las ilusio-

nes de un hombre sensible, dispuesto á exaltarse. Sin embargo, á pesar de la explicación material que se me había dado, no podía menos de mirar la casa desierta con un sentimiento inexplicable que me estremecía; mi espíritu rechazaba con cólera la idea de que hubiera confites en vez de los fantasmas que tan poderosamente me habían preocupado; y no perdía la esperanza de ver algún día al mundo fantástico tomar



posesión de aquella vivienda. La casualidad debía lanzarme de nuevo muy pronto en la vía de las suposiciones.

Algunos días después de encontrar al conde P., pasé á eso de las doce de la mañana por delante de la casa desierta, y ví agitarse suavemente una cortinilla de sarga verde en la ventana más próxima á la tienda del confitero; una mano blanca, muy bien torneada, que tenía el dedo meñique adornado con un magnífico brillante, se deslizó debajo de la cortinilla; después ví un brazo de alabastro que ostentaba una pulsera de oro;

la mano depositó un frasquito de cristal en la saliente de la ventana y desapareció.

Permanecí inmóvil con la vista fija, cual si tuviese los pies clavados en el suelo, haciendo al parecer una figura tan extraña, que en menos de diez minutos una multitud de curiosos se agrupó á mi alrededor, siguiendo con la vista la dirección de mis miradas; pero ya no había mano sonrosada ni brazo de alabastro; de modo que los papanatas impertinentes hubieron de retirarse sin ver cosa alguna. Aquella gente me recordó los tontos de cierto pueblecillo que se agruparon cierta mañana delante de una casa gritando: «¡milagro!», porque se había caído un gorro de algodón de un sexto piso sin romperse una sola malla. Se podía apostar ciento contra uno que la mano sonrosada y el brazo de alabastro pertenecían en legítima propiedad á la mujer, á la hermana ó á la hija del confitero, y que el frasco de cristal contenía prosaicamente una medida de jarabe de grosella. ¡He aquí cómo un espíritu inquieto, pero justo, sabe llegar á su objeto por el camino más corto! Ocurrióme la idea de entrar en la tienda del confitero para obtener con mucho tacto alguna confidencia; y mientras tomaba unas pastillas de chocolate, dije á mi hombre:

—Amigo mío, habéis elegido muy buen sitio para vuestro establecimiento, y no debe faltaros comodidad, gracias á esa casa vecina, donde habéis establecido el laboratorio.

—¿Quién diablos ha podido deciros—exclamó el industrial mirándome con sorpresa—que yo me utilizo de la casa de al lado? Ciertamente me convendría; mas á pesar de todos mis esfuerzos, aún no se ha concluído el negocio. Por lo demás, y bien reflexionado, no lo siento, porque en esa casa deben ocurrir cosas extraordinarias que perjudicarían singularmente al inquilino aficionado á la tranquilidad y al reposo.

Dios sabe, querido lector, hasta qué punto me preocuparon estas palabras; intenté hacer hablar á mi hombre; pero todo cuanto pude averiguar de él, á fuerza de preguntas, fué que la casa desierta pertenecía á la condesa S***, la cual residía en sus tierras y no había vuelto hacía algunos años. Por lo demás, la casa presentaba el mismo aspecto desde tiempo inmemorial, y nadie parecía cuidarse de hacer la menor reparación para preservarla de una ruina inminente. Dos seres la habitaban: un anciano criado y un perro decrépito que no cesaba de ladrar. La gente baja del barrio estaba convencida de que en aquella casa habitaban duendes, pues en ciertas épocas, y sobre todo al aproximarse la fiesta de Navidad, oíanse ruidos muy extraños que turbaban el silencio de la noche; y hasta en ciertas ocasiones oíase un estrépito atronador. Alguna que otra vez, la voz cascada de una vieja parecía esforzarse para entonar una especie de canto del otro mundo, y apenas se distinguían algunos monosílabos franceses mezclados con una lengua desconocida. En fin, añadió el confitero, conduciéndome á la tienda, ¿veis ese tubo de hierro que sobresale de aquella pared? Pues bien, en medio del verano he visto salir á veces por ese conducto un humo muy espeso, cual si en el interior de la casa hubiera un fuego infernal. En varias ocasiones me quejé al viejo criado, que nos amenaza á cada instante con algún incendio; pero el tunante pretende que eso es el carbón de su cocina. Sólo el diablo sabrá lo que come ese viejo, pues el humo que sale de la chimenea esparce al mismo tiempo un olor nada apetitoso.

En aquel momento, la puerta de la tienda hizo resonar un timbre agudo al abrirse. El confitero se excusó para ir á despachar al parroquiano, y como yo iba detrás de él, comprendí al punto por la señal de cabeza que me hizo disimuladamente, que la persona que

acababa de entrar era la misma de quien hablábamos. Figuraos, querido lector, un hombrecillo flaco y seco, con la piel apergaminada y amarillenta, nariz puntiaguda, labios muy delgados, ojos de color verde gris, sonrisa estúpida y cabellos empolvados en forma de pirámide; su traje se componía de un levitón muy gastado por el uso, que en otro tiempo debió ser de color de café; calzón ceñido sobre medias grises, y zapatos de punta cuadrada con hebillas de similor. De las bocamangas de su levitón sobresalían dos puños muy robustos que cuadraban bastante mal con la voz de falsete y quejumbrosa con que el viejo pidió naranjas y castañas confitadas, mazapán y otras golosinas. El confitero se apresuró á servirlo; mientras que el viejo, sacando de su bolsillo una escarcela de cuero rojizo ya muy gastada, tomó de ella algunas monedas roñosas, y pagó, murmurando frases incoherentes.

—¿Estáis enfermo, vecino?—le preguntó el confitero:—paréceme veros triste; pero eso será la edad ¿no es cierto? Es la edad...

—¡Hoho, hoho! ¿Quién dice eso?—refunfuñó con expresión de enojo el satánico vejete, haciendo una pirueta tan pesada que los vidrios de la tienda retemblaron, y pisando, en su evolución, una pata del perro negro que le acompañaba, el cual profirió agudos aullidos.

—¡Maldito animal!—exclamó el viejo, abriendo la bolsa en que llevaba los confites para arrojar uno al perro, que calló por glotonería, sentándose al punto con la gracia de una ardilla.

—Buenas noches, vecino—dijo el vejete cuando su perro se hubo comido la golosina,—buenas noches; el pobre anciano gastado por la edad os desea buena suerte y larga vida.

Así diciendo, estrechó la mano del confitero con sus

dedos huesosos, pero tan fuertemente, que el buen hombre profirió una exclamación de dolor.

—Ya habéis visto, caballero—me dijo el industrial cuando hubo salido su parroquiano—la especie de *factotum* del conde S***, y el guardián de la casa desierta. Algunas veces me he quejado del ruido que hacía por la noche; pero á todo me responde «que espera á la familia de su señor hace tantos años, que es de creer que no vendrá nunca.» No sé nada más, y con esto tengo el honor de saludaros, porque ha llegado la hora en que nuestras hermosas damas vienen á sentarse en la tienda y se disputan las dulzuras que diariamente invento para sus bonitas bocas.

Al salir de la tienda del confitero comencé á buscar mentalmente una relación entre el canto triste y singular que se había oído en la casa desierta y el brazo encantador que poco antes vi bajo la cortina de sarga, persuadiéndome al fin de que, por una ilusión de acústica, el confitero habría creído que era una voz de vieja el canto dulce, aunque plañidero, de alguna hermosa mujer perseguida y cautiva de un odioso tirano. Otra vez volví á pensar en el humo denso que salía del cañón de la chimenea, y en el frasco de cristal colocado en la ventana; y deduje, sin buscar ya más, que la hermosa desconocida era víctima de un abominable sortilegio. En el vejete creí ver un hechicero disfrazado; mi cerebro se exaltó, y miles de figuras diabólicas se me representaban en mis insomnios. Por un inefable encanto, el brazo de alabastro se unió en mi pensamiento con un hombro más blanco que la nieve, que mis ojos creían ver; después la figura adorable de una joven surgió ante mí velada en aquella especie de alucinación; y parecióme que la plateada bruma que me ocultaba en parte las facciones encantadoras de aquel ángel se escapaba en forma de onda sin fin del frasco de cristal. Para conseguir la libertad de aquel

sér encantador concebí los más descabellados proyectos; profería maquinalmente las exclamaciones más caballerescas; pero de pronto parecióme que una mano de esqueleto me golpeaba el omóplato, rompiendo en mil pedazos el frasco maravilloso; y entonces la aparición se desvaneció, dejando tras sí el eco moribundo de una triste queja.

Al día siguiente corrí á primera hora á situarme frente á la casa desierta, y observé que habían puesto persianas, pues no estaban la víspera; de modo que parecía una tumba. Durante todo el día no dejé de rondar por los alrededores, y llegada la noche volví á pasar por delante de la casa; la puertecilla, sin cerradura, estaba entornada, y el viejo asomaba la cabeza por fuera. Al ver esto, resolví hablarle, y acercándome á él, preguntéle cortésmente:

—¿No vive en esta casa el consejero de Hacienda Binder?

—No—contestó el vejete sonriendo con desconfianza;—jamás ha puesto aquí los pies ni vendrá nunca, y todo el mundo sabe que habita lejos de este barrio.

Al pronunciar estas palabras retiró la cabeza y dióme con la puerta en las narices. Le oí toser y arrastrarse pesadamente, produciendo como un ruido de llaves, y parecióme que bajaba en el interior por una escalera. Por la puerta entornada había observado que en el vestíbulo había tapices muy roídos, y sillones antiguos de tela escarlata.

Á la mañana siguiente, á eso del medio día, una fuerza irresistible me atrajo al mismo sitio, y esta vez ví, ó creí ver, en la ventana del primer piso, la cortinilla de sarga verde medio levantada; un diamante brilló, y después una mujer encantadora, apoyada en la saliente interior, tendióme los brazos con aire suplicante. Preguntándome si soñaba, busqué con la vista un sitio donde pudiera continuar mis observaciones

sin llamar la atención de la multitud; al otro lado de la calle divisé un banco de piedra, frente á la misma casa, y al punto fuí á sentarme en él. Entonces levanto la vista: sí, allí está la encantadora joven que mi mente había adivinado, pero permanece inmóvil y su vaga mirada no se fija en mí, por lo cual comienzo á creer que lo que mis ojos han visto es sólo una magnífica pintura. De repente pasa junto á mí un quinquillero, y suplícame le compre algún objeto para estrenarse con suerte, porque no ha vendido nada en toda la mañana. Al pronto le rechazo con dureza, pero insiste, y expone á mi vista todo sus objetos, ofreciéndome un espejito de bolsillo, que coloca á cierta distancia de mis ojos, lo cual me permite ver con mucha claridad la ventana de la casa desierta y la angelical figura de la joven. Aquel objeto me tienta poderosamente, y le compro sin regatear; mas apenas hago uso de él, un acceso de catalepsia parece fijar fatalmente mis ojos en el espejito, sin que me sea posible apartarlos; de repente creo ver los hermosos ojos de mi seductora desconocida, interpuestos entre el espejito y yo; un sentimiento de ternura inefable hace palpitar mi corazón...

—Tenéis un precioso espejito—me dice de pronto una voz junto á mí.

Despiértome como de un sueño, y no es poca mi sorpresa al verme rodeado de un círculo de personas que no conocía, y que sonríen con expresión equívoca, cual si mirasen á un loco.

—Tenéis un espejo maravilloso—repite la misma voz;—pero ¿podría saberse qué preocupa tanto vuestra atención? ¿Estáis acaso en relaciones con los espíritus?

El individuo que me dirigía esta pregunta, me pareció una persona formal; vestía con elegante sencillez, y la dulce expresión de su semblante inspiraba con-

DANIEL PONTES Y C.ª EDITORES CALLE DE PALLARS BARCELONA

fianza. No pude menos de confesarle sin rodeos lo que experimentaba, y preguntéle si no había observado también aquella admirable figura.

—A fe mía, caballero — contestó — creo tener ojos bastante buenos, y Dios quiera que no necesite las antiparras hasta de aquí á muchos años. He visto la figura de que habláis; pero creo que es un retrato al óleo, pintado por un excelente artista...

Me apresuré á mirar de nuevo, pero ya habían corrido la cortinilla.

—Ved, caballero—añadió mi interlocutor—el anciano criado del conde S***, dueño de esa casucha, acaba de descolgar el retrato para limpiar el polvo, y ha vuelto á cerrar la ventana.

—¿Estáis seguro?—pregunté con aire consternado.

—Tan cierto como que estoy vivo. Mirando el objeto en el espejito, una ilusión óptica os ha engañado, y lo mismo me hubiera sucedido á mí á vuestra edad, con tan ardiente imaginación.

—Pero yo he visto mover la mano y el brazo—exclamé de nuevo, presa de un asombro difícil de describir.

—No digo lo contrario—replicó mi interlocutor, sonriendo con irónica cortesía. Y dando media vuelta, alejóse diciendo: — Desconfiad de los espejos que el diablo fabrica. Pasadlo bien.

Ya comprenderéis, querido lector, cuánto debí sufrir al verme tratado como un visionario imbécil. Poseído de cólera y avergonzado, corrí á encerrarme en mi casa, bien resuelto á no ocuparme más de la casa desierta.

Algunos asuntos que debía arreglar me ocuparon varios días, contribuyendo no poco á calmar mi cerebro; por las noches, sin embargo, experimentaba sobrexcitaciones calenturientas; pero pude resistir sin dificultad. Había vuelto á servirme del espejito, causa

de mi alucinación, y cierta mañana, al cogerlo para ponerle en mi tocador, parecióme que el cristal estaba empañado; soplé la luna, pasé sobre ella un paño y me miré... ¡Oh! aún me estremezco al recordarlo... En vez de mis facciones, ví las de la misteriosa desconocida de la casa desierta; sus ojos estaban llenos de lágrimas, y fijábanse en mí con una expresión más dolorida aún que la primera vez.

La sensación que experimenté fué tan violenta, que los días siguientes no hice más que pasar y repasar por delante de la casa desierta. La imagen de la hermosa joven se me representaba en todos mis pensamientos; sólo vivía para el fantasma; y parecióme que entre mí y aquel sér de naturaleza desconocida se establecían relaciones físicas, aunque invisibles. Poco á poco caí en un estado de languidez que minaba los órganos de mi vida; era una mezcla de dolor y de voluptuosidad que me debilitaba, y no podía oponer resistencia alguna á aquella influencia sobrenatural. Temiendo perder el juicio, y sin tener apenas fuerza para andar, fuí á ver á un médico célebre que se ocupaba especialmente del tratamiento preventivo de las dolencias mentales; le referí todo cuanto me pasaba hacía algún tiempo, y supliquéle que no me abandonara en un estado peor que la muerte.

—Tranquilizaos—me dijo el doctor;—tenéis el espíritu enfermo, pero conocéis muy bien la causa de la perturbación, y esto es ya una condición favorable para curaros. Por lo pronto, dejad aquí vuestro espejito; volved á casa; buscad alguna ocupación que absorba todas vuestras facultades, y después de haber trabajado animosamente, fatigad el cuerpo por un largo paseo; llegada la noche, id á visitar á vuestros amigos y divertíos con ellos. Agregad á este régimen un alimento fuerte, y para bebida, vinos generosos. Todo vuestro mal está solo en una idea fija; si conse-

guimos ahuyentarla, quedaréis curado radicalmente.

Yo vacilaba en abandonar mi espejo: el doctor le tomó, sopló la luna, limpióla después, y me le presentó para que mirara.

—¿Veis alguna cosa?—preguntóme.

—Sólo veo mis facciones—contesté.

—Está bien—repuso el doctor;—ahora, repetid la prueba, haciendo como yo.

Un grito se escapó de mis labios, y me puse muy pálido.

—¡Es ella, es ella!—exclamé.

El doctor volvió á tomar el espejo.

—En cuanto á mí—dijo—no veo nada, absolutamente nada; pero confieso que en el momento de mirar he experimentado como un estremecimiento á pesar mío. Tened en mí completa confianza; si hay un encanto es preciso romperle; hacedme el favor de repetir la prueba.

Soplé otra vez el espejo, mientras que el doctor aplicaba una mano sobre mi espina dorsal. La figura reapareció, y noté que el doctor palidecía al observar el efecto que aquel fenómeno acababa de producir en mis órganos. Después cogió el espejo, encerróle en una caja, me despidió, repitiendo las instrucciones que antes me diera, y díjome que un poco más tarde veríamos qué convenía hacer.

Desde aquel día me entregué á una infinidad de distracciones y á una vida ruidosa, la más própia para dominar mi espíritu á fuerza de cansancio físico. Pocos días después, hallándome en una reunión de las más alegres, el asunto de la conversación giró sobre las ciencias ocultas y los fenómenos magnéticos, y con este motivo refiriéronse las más sorprendentes anécdotas. Se hizo mención de todas las particularidades observadas en los sueños, las alucinaciones y los éxtasis, y se preguntó muy seriamente si no sería posible

que una voluntad que existiese fuera de nuestra vida ejerciera, en ciertas condiciones, una verdadera influencia en nuestras facultades sin el auxilio de ningún contacto material.

—Si admitiéramos semejante hipótesis—dijo uno de los que hablaban—esto nos conduciría á reconocer como verdades las brujerías y los hechizos de la Edad media, y todas las supersticiones de que hace largo tiempo dió buena cuenta una filosofía ilustrada por los progresos de las ciencias.

—Pero—replicó á su vez un joven médico—¿podrán la sabiduría y la filosofía ilustrada negar la existencia de los hechos comprobados? ¿No tiene la naturaleza misterios que á nuestros débiles órganos está prohibido sondear y comprender? Así como un ciego reconoce por el rozamiento de las hojas, por el murmullo de un manantial, la inmediación de un bosque ó de un arroyo, ¿no podemos nosotros presentir algunas cosas de la existencia por la comunicación invisible de ciertos espíritus con el nuestro?

Al oir estas palabras tomé parte en la discusión.

—¿Admitís, pues—pregunté al joven médico—la existencia de un principio inmaterial, dotado de una fuerza que en ciertas condiciones no podría nuestra voluntad rechazar?

—Sí—contestó;—es un hecho probado por las observaciones de hombres muy formales, que profundizaron el estudio del magnetismo.

—En tal caso—repliqué—también es necesario reconocer como posible la existencia de seres maléficos ó demonios, dotados de una naturaleza superior á la nuestra.

—Eso sería ir demasiado lejos—repuso el médico sonriendo;—yo no creo en los poseídos; sólo pienso que en algunos seres pueden existir ciertos principios inmateriales capaces de ejercer en otros una acción

irresistible, pero no fundo esta idea sino en simples observaciones, y creo que los órganos débilmente constituídos, ó gastados por algún exceso de la vida, son los únicos expuestos á sufrir esa especie de fenómeno.

—Caballero—dijo entonces un hombre de edad madura, que aún no había hablado—si hay, según creéis al parecer, fuerzas ocultas y enemigas de nuestra naturaleza, concluyo, á juzgar por vuestras explicaciones, que esas fuerzas no existen sino por la debilidad de nuestro espíritu; y si las facultades gastadas por un exceso ó un padecimiento, ó los órganos imperfectos, son los únicos que pueden hallarse sometidos á ese fenómeno fisiológico, deduzco que éste no es otra cosa sino una condición enfermiza de nuestro espíritu, y de consiguiente no existen fuera de nosotros fuerzas dotadas de una acción verdadera, intermediaria entre Dios y el hombre. Y ahora expondré mi opinión particular, relativa á las enfermedades mentales que nos someten á pasajeras alucinaciones. Pienso que, á causa de la perturbación que ejerce en las más delicadas fibras de nuestro organismo, la pasión, ó más bien el mal de amor, es la única afección de nuestra alma que pueda producir desórdenes en la vida real, ofreciendo el ejemplo de una fuerza ejercida irresistiblemente por un individuo en otro. Sobre esto hice yo en mi propia casa una observación, cuyos detalles constituyen todo un drama. Cuando el ejército francés asolaba nuestras provincias á las órdenes del general Bonaparte, alojé en mi domicilio á un coronel de guardias del virrey de Nápoles; era un oficial de notable distinción, pero todo revelaba en sus facciones los estragos de un profundo pesar ó de una enfermedad reciente; y pocos días después de su llegada, sorprendíle en un paroxismo de dolor que me inspiró compasión. Los sollozos sofocaban su pecho, privándole casi del uso de la palabra; obligado á echarse para ver si se reponía, sus ojos

EL MISTERIO DE LA CASA DESIERTA

perdieron poco á poco la mirada, y sus miembros el movimiento; al fin quedó rígido como una estatua, y sólo de vez en cuando acometíanle espasmos convulsivos, pero no se movía. Llamé al punto á un médico, que le sometió á la influencia magnética, lo cual pareció producirle algún alivio; pero muy pronto hubo de renunciar á este medio, porque no podía adormecer al paciente sin experimentar á su vez como una sensación de sufrimiento que no se podía explicar. Sin embargo, cuando terminó el acceso, el oficial, á quien el doctor había inspirado confianza por sus atenciones, refiriòle que en medio de sus crisis se le aparecía la imagen de una mujer, á la cual había conocido en Pisa; aquel fantasma tenía una mirada que le atravesaba el corazón como un hierro candente, y cuando cesaba este dolor ficticio, caía en una especie de letargo, al que seguían migrañas intolerables acompañadas de una postración completa de todos los órganos, como si hubiese abusado de las voluptuosidades sensuales. Por lo demás, no quiso referir nunca lo que había pasado en otro tiempo entre él y la mujer de Pisa. Cierto día, el coronel recibió orden de pasar con su regimiento á la vanguardia, y mientras preparaban su equipaje sentóse á la mesa para almorzar; mas apenas acercó á sus labios una copa de vino de Madera, cayó muerto, profiriendo un grito ahogado. El médico opinó que aquello había sido un ataque apoplético fulminante. Dos ó tres semanas después recibí una carta dirigida al coronel, y abríla sin vacilar, esperando que contuviese algunos datos sobre la familia de mi huésped: la carta era de Pisa, y sólo hallé en ella las siguientes palabras sin firma: «¡Pobre amigo! hoy, 7 J..... á medio día, Antonia ha muerto creyendo abrazar tu sombra!...» Eran precisamente el día y la hora en que el coronel había espirado. Tratad de explicar eso.

No podría expresar el espanto que me sobrecogió al reconocer la analogía entre mis sensaciones y las que experimentara el coronel: una nube pasó por mis ojos; zumbáronme los oídos, cual si resonase junto á ellos el lúgubre tañido de una campana, impidiéndome oir el fin del relato; mi imaginación se exaltó hasta el delirio, y salí corriendo de la sala para ir á la casa desierta. Desde lejos parecióme distinguir claridad detrás de las persianas cerradas; mas al acercarme, ya no ví nada. Mi alucinación iba en aumento; me precipito contra la puerta que cede á mi empuje, y penetro en el vestíbulo, donde un vapor cálido y acre me oprime la garganta... De repente oigo un grito de mujer á dos pasos de mí, y no sé cómo hállome de improviso en un salón resplandeciente de luces, decorado con gran lujo al estilo de la Edad-media, y de varias cazoletas desprendíanse nubes azuladas, que embalsamando el aire con embriagadores perfumes, elevábanse hacia la bóveda.

—¡Oh! ¡bienvenido seas, novio mío!—exclamó la voz de mujer que antes oí.

Sólo entonces fijé la atención en una mujer joven, que vestía traje de desposada, y que se acercaba á mí con los brazos abiertos; al mirarla más de cerca, noté que tenía el rostro amarillento y espantosamente crispado, al parecer por la demencia, y retrocedí con temor; pero la mujer se aproximaba siempre, y entonces creí observar que aquel semblante tan feo era tan sólo una careta de crespón, bajo la cual se dibujaban con dulce suavidad las facciones ideales del sér que yo había soñado. Sus manos tocaban ya á las mías, cuando de pronto cayó en tierra, profiriendo un gemido, y al mismo tiempo oí murmurar detrás de mí: «¡Hu, hu! ¡á la cama, amiguita mía, á la cama, ó de lo contrario probarás las correas!» Al volver la cabeza vi delante de mí al hombre del levitón de color de café que

agitaba en la mano unas correas, haciendo ademán de administrar un correctivo á la pobre mujer tendida en el suelo. Adelantéme al punto para contener su brazo; pero rechazándome con una fuerza de que no le hubiera creído capaz, limitóse á decirme: «¡Eh! ¿no veis que á no ser por mí ya os habría estrangulado esta loca? ¡Salid, salid de aquí más pronto de lo que habéis entrado!»

Al oir estas palabras sobrecogióme un vértigo y me lancé fuera de la sala, buscando á tientas una puerta para salir de aquella casa fatal; de pronto oí los gritos de la loca mezclándose con el ruido de los golpes que el viejo no le escaseaba, y quise volar en su auxilio; pero de pronto perdí pie, caí rodando por una escalera, y un momento después chocaba contra la puerta de un gabinete que se abrió por la fuerza del golpe. Era una pequeña habitación, y á juzgar por la cama deshecha y las prendas de vestir que ví en una silla, adiviné que aquel era el cuarto del criado. Apenas hube vuelto en mí, pesados pasos hicieron crujir la escalera: era el viejo, que volvía después de terminada la ejecución nocturna.

—¡Caballero!—exclamó arrodillándose á mis pies —quien quiera que seáis, os conjuro á guardar el más absoluto silencio sobre todo cuanto habéis visto aquí, pues la menor indiscreción me perdería, porque soy un pobre viejo que no sabría ya cómo ganar el pan. Acabo de castigar rudamente á la loca, y la he atado bien en su cama; de modo que todo está tranquilo ahora. Id á descansar, buen caballero, dormid en paz, y olvidad, sobre todo, cuanto habéis visto esta noche.

Al decir esto, el vejete cogió una luz, invitóme á pasar delante, hízome subir á pie la escalera que había bajado de cabeza, y condújome á la puerta de salida, la cual cerró corriendo los cerrojos. Yo corrí á encerrarme en mi habitación, mudo de asombro y pensan-

do en mi singular encuentro: necesité casi esfuerzos sobrenaturales para alejar de mi espíritu las espantosas alucinaciones producidas por el maldito espejo encantado.

Algún tiempo después encontré en una reunión al conde P***, que conduciéndome á sitio más retirado, díjome sonriendo que estaba sobre la pista de los misterios de la casa desierta. Precisamente en aquel momento el criado anunció que la mesa estaba servida, y no pude escuchar la narración del conde. Ofrecí mi mano á una señorita para dirigirnos al comedor, según es costumbre en la alta sociedad, y no fué poca mi sorpresa cuando al fijar la vista en sus facciones reconocí las del sér ideal que se retrataba en mi espejo. Al manifestar yo á la dama que me parecía haberla visto en alguna parte, contestóme que no podía ser así, pues acababa de llegar á W*** por primera vez en su vida. Al contestar así, dirigióme una mirada tan seductora, que me electrizó. Hablamos largamente, y aunque durante la conversación me mostré algo audaz en mis expresiones, esto no pareció desagradar á la dama, que por su parte me dió pruebas de distinción y talento. Llegados los postres, y al servirse el champaña, quise llenar su copa, pero habiendo chocado el cristal por inadvertencia, produjo un sonido triste y agudo. En el mismo momento observé que la frente de la linda dama se cubría de una palidez mortal, y parecióme que acababa de oir la voz de falsete de la misteriosa anciana de la casa desierta. En el transcurso de la noche busqué ocasión de reunirme con el conde P***, por quien supe que la seductora joven con quien había hablado era la condesa Edwine de S***, cuya tía estaba encerrada como loca en la casa desierta. Aquel día mismo, madre é hija habían visitado á la infeliz reclusa; y como el viejo criado se sintiera indispuesto de repente, las dos damas hubieron de comunicar su triste

secreto al doctor K***, quien debía encargarse de la curación de la pobre demente. En aquel momento el doctor, que pasaba junto á nosotros, y á quien yo había consultado sobre los remedios para combatir mis alucinaciones, detúvose para informarse de mi salud, lo cual me proporcionó ocasión de obtener algunos detalles acerca de la historia de la mujer cautiva en la casa desierta.

Angélica, condesa de Z***, dijo el doctor, hallábase á los treinta años en el apogeo de su hermosura, cuando el conde de S***, bastante más joven, se enamoró de ella perdidamente y no perdonó medio para que se le admitiera en la familia; pero en un viaje que hizo al castillo de Z*** á fin de pedir la mano de la que le había inspirado tan ardiente pasión, vió á Gabriela, hermana de Angélica; este incidente trastornó todas sus sensaciones, cambiando súbitamente sus proyectos. Desde aquel instante, Angélica perdió á sus ojos todos los encantos de que al principio le parecía revestida; mientras que Gabriela le pareció radiante de hermosura, por lo cual pidió su mano en vez de la de Angélica. Esta última no se quejó, pues su orgullo la indujo á considerar la cuestión bajo un punto de vista muy consolador. «No es ese joven presumido quien me desprecia, solía decir; yo soy la que no le quiero.» Sin embargo, de repente dejó de presentarse en sociedad, y sólo alguna vez se la encontraba en la parte más sombría y solitaria del parque de su padre.

Cierto día, los servidores del castillo de Z*** persiguieron á una cuadrilla de gitanos ladrones que hacía algún tiempo asolaba el país con el pillaje y el incendio, y en una carreta condujeron bien maniatados á sus prisioneros hasta el patio del castillo. Entre aquellos bandidos, la fisonomía más notable era la de una anciana flaca y decrépita, cubierta, más bien que vestida, de unos andrajos de color de escarlata, y que, de

pie en la carreta, gritaba imperiosamente que le era preciso bajar. El conde Z***, informado de aquella captura, había salido de sus habitaciones y daba orden de preparar los subterráneos para que pudieran servir de prisión á los merodeadores que la suerte ponía en sus manos, cuando de repente la condesa Angélica penetró en el patio, con el cabello descompuesto, y cayendo de rodillas, pidió con ruegos y sollozos gracia para los gitanos. Después hizo brillar un puñalito que llevaba oculto y declaró que se daría muerte en el acto si se hacía el menor daño á aquella pobre gente, cuya inocencia estaba dispuesta á demostrar.

—¡Viva la hermosa!—gritó la anciana—no se me ocultaba que tú serías un abogado á quien se atendería.

Y como Angélica cayese sin sentido, cual si la hubiese aniquilado aquella explosión de energía, la anciana, rompiendo las ligaduras que la sujetaban, arrodillóse junto á la condesa y prodigóla los más solícitos cuidados. Sacó de su bolsillo un frasco lleno de un licor en que parecía nadar un pez dorado, y apenas le aplicó sobre el seno de Angélica, la hermosa joven abrió los ojos, levantóse de un salto, como si una nueva vida circulara en sus venas, y después de abrazar estrechamente á la vieja gitana, condújola al interior del castillo. El conde Z***, á quien acompañaban en aquel momento su esposa y su hija Gabriela, contemplaba aquella escena extraña con una especie de sorpresa mezclada de espanto. Los gitanos, que se habían mantenido impasibles, fueron conducidos á los subterráneos.

Al día siguiente reunióse el consejo de justicia, se hizo comparecer á los prisioneros y sometióseles á un severo interrogatorio; el conde Z*** declaró después, en alta voz, que los reconocía inocentes de todos los actos de vandalismo cometidos en sus tierras; dejóse-

les en libertad y se les dió pasaporte para que continuaran su viaje. En cuanto á la vieja de los andrajos de color de escarlata, había desaparecido sin que se pudiera saber en qué dirección. Cada cual hizo sus reflexiones y no pocas hipótesis sobre la conducta del conde de Z***: decíase que el jefe de los gitanos había tenido una larga conferencia nocturna con el noble señor, en la cual ambos se hicieron revelaciones extraordinarias.

Sin embargo, acercábase el momento de celebrarse el matrimonio de Gabriela: la víspera del día fijado para la ceremonia, Angélica hizo cargar en un coche todo cuanto poseía y abandonó el castillo, acompañada en su fuga de una sola mujer, que, según se dijo, parecía una gitana. Para evitar un escándalo, el conde de Z*** explicó el incidente con un motivo plausible, anunciando que su hija, afligida por un casamiento que excitaba sus celos, había solicitado la donación de una casita situada en W..., declarando que deseaba retirarse allí para terminar sus días en el aislamiento más absoluto. Después de sus bodas, el conde S*** marchó con su joven esposa á D..., para residir en cierto dominio, donde, durante un año, los recién casados disfrutaron de la más completa felicidad. De repente la salud del conde se alteró, sin que se pudiese adivinar la causa; un padecimiento íntimo parecía gastar los órganos de su vida; rehusaba todos los cuidados, y su esposa no pudo conseguir que le confesase cuál era el mal oculto que minaba su existencia. Al fin, después de resistirse mucho, cedió á la voluntad de los médicos, que le prescribían un viaje de recreo, y á poco marchó á Pisa. Gabriela, que estaba en el último mes de su embarazo, no pudo seguirle en aquella excursión; y la niña que dió á luz desapareció poco tiempo después de nacer, sin que se pudiese sospechar quién sería el autor ó autora del rapto. La aflic-

ción de la madre contristaba á todos, cuando, para mayor desgracia, llegó un mensajero del conde de Z*** en que se anunciaba que el conde S***, en vez de hallarse en Pisa, acababa de morir en W..., en la casita solitaria donde Angélica se había retirado: esta última era presa de una locura espantosa, que los médicos no podían combatir.

La pobre Gabriela volvió á reunirse con su padre. Cierta noche que reflexionaba tristemente sobre la doble pérdida de su esposo y de su niña, parecióle oir sollozos, y, después de escuchar atentamente, reconoció que aquel ligero rumor provenía de una habitación inmediata á la alcoba: levántase al punto inquieta, coge la lamparilla y abre con suavidad la puerta... ¡Qué ve! La gitana de los andrajos de color de escarlata está sentada en el suelo, con la mirada fija, y en sus brazos agítase una criatura que llora. Rara vez el instinto maternal engaña á las mujeres: la condesa Gabriela ha reconocido al punto á su niña; precipítase sobre la vieja y arráncale de los brazos el inocente sér; la gitana quiere resistir, pero aquella violencia acaba de agotar sus fuerzas, y vuelve á caer pesadamente para no levantarse más. La condesa profiere gritos de espanto; los criados y toda la gente del castillo llegan momentos después, pero sólo ven ya un cadáver en tierra. El conde de Z*** se traslada á la casita de W... para interrogar á Angélica sobre la niña perdida y encontrada: en presencia de su padre, la pobre loca parece recobrar un poco de lucidez; pero muy pronto el mal ejerce su funesto dominio; Angélica comienza á divagar; sus facciones se descomponen y adquieren una odiosa semejanza con las de la gitana difunta; llora y solloza, y con roncos y frenéticos acentos, insta á los presentes á dejarla sola.

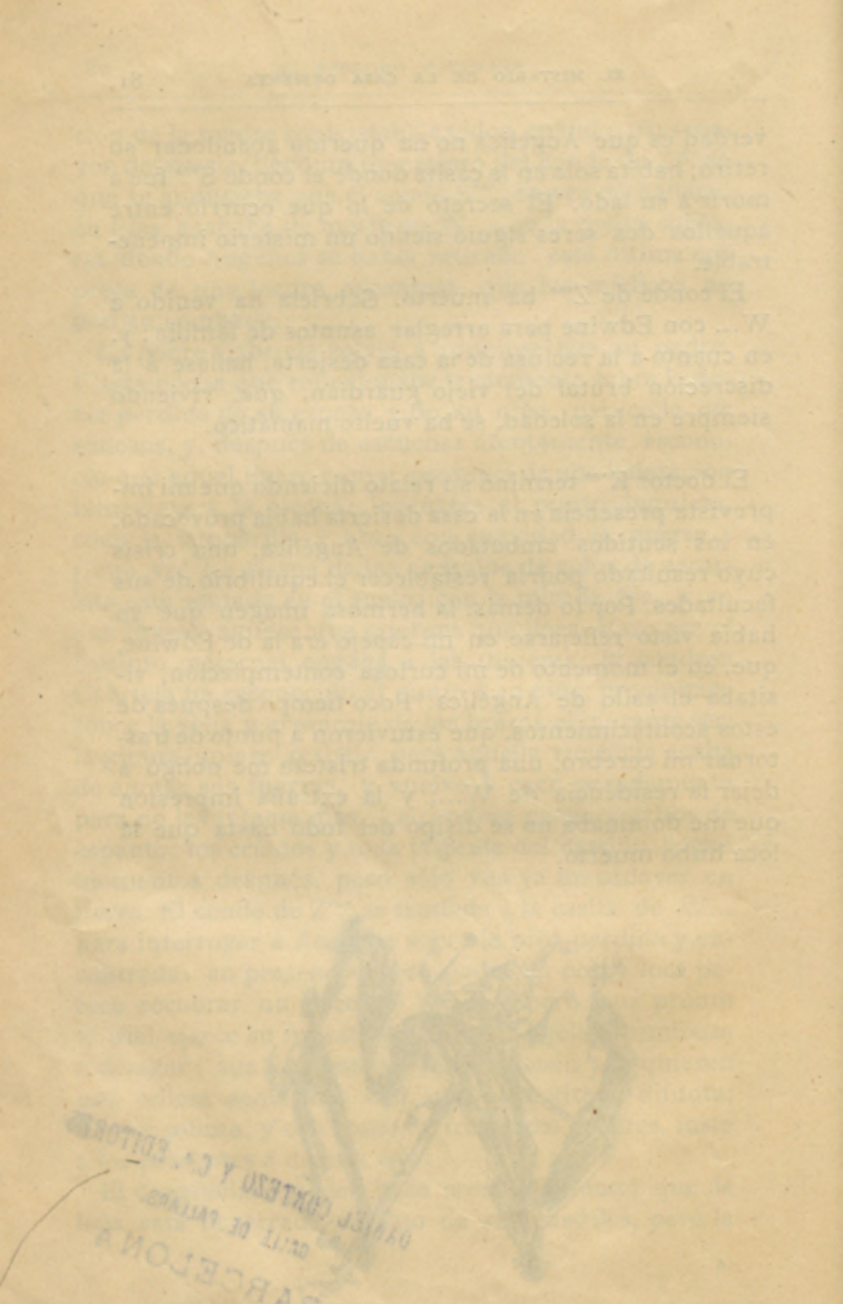
El desgraciado padre hace creer al mundo que la loca está encerrada en uno de sus castillos, pero la

verdad es que Angélica no ha querido abandonar su retiro; habita sola en la casita donde el conde S*** fué á morir á su lado. El secreto de lo que ocurrió entre aquellos dos seres siguió siendo un misterio impenetrable.

El conde de Z*** ha muerto. Gabriela ha venido á W... con Edwine para arreglar asuntos de familia; y, en cuanto á la reclusa de la casa desierta, hállase á la discreción brutal del viejo guardián, que, viviendo siempre en la soledad, se ha vuelto maniático.

El doctor K*** terminó su relato diciendo que mi imprevista presencia en la casa desierta había provocado, en los sentidos embotados de Angélica, una crisis cuyo resultado podría restablecer el equilibrio de sus facultades. Por lo demás, la hermosa imagen que yo había visto reflejarse en mi espejo era la de Edwine, que, en el momento de mi curiosa contemplación, visitaba el asilo de Angélica. Poco tiempo después de estos acontecimientos, que estuvieron á punto de trastornar mi cerebro, una profunda tristeza me obligó á dejar la residencia de W...; y la extraña impresión que me dominaba no se disipó del todo hasta que la loca hubo muerto.

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS.
BARCELONA



EL REFLEJO PERDIDO

EL REFLEJO PERDIDO

I

Presa de una fiebre que rayaba en delirio, parecíame que el frío de la muerte penetraba en mi corazón, y á pesar de la furia de la tempestad, corría por las calles sin sombrero ni capa, como un escapado de la casa de locos. Las veletas rechinaban en los tejados, produciendo sonidos estridentes, y las ráfagas del viento de la noche sucedíanse en el espacio con el sordo rumor de las ruedas eternas que señalan la caída de los años en el abismo del tiempo.

Y no obstante, era la víspera de la alegre fiesta de Navidad.

Ahora bien, todos los años el diablo elige precisamente esta época para hacerme alguna jugarreta á su modo, y voy á citar una entre mil. El consejero de justicia de nuestra ciudad acostumbraba á organizar en la noche de San Silvestre una brillante reunión en celebridad del próximo año nuevo. Entré en el salón de espera, y el dueño de la casa salió al punto á mi encuentro, cerrándome el paso.

—Querido amigo—me dijo con maliciosa sonrisa—no podéis imaginaros qué deliciosa sorpresa os tenemos reservada para esta noche.

Al mismo tiempo, cogióme de la mano y me condujo al salón... Entre varias damas de la más exquisita elegancia, sentadas en sofás dispuestos en círculo al rededor de la chimenea, donde chisporroteaba un fuego brillante, vi *sus* facciones adoradas... Era ELLA, la que hacía años no había encontrado ni una sola vez. ¿Por qué milagro se hallaba allí?... Al verla, detúveme inmóvil y mudo.

—¡Vamos!—me dijo el consejero empujándome un poco—¡vamos, ánimo!

—¡Dios mío!—exclamé adelantándome maquinalmente—¿sois vos, Julia, vos aquí?...

Al oir estas palabras, la dama se levantó y me dijo con frialdad:

—Me alegro mucho veros; paréceme que vuestra salud es buena.

Y volviendo á sentarse, continuó la conversación con una amiga suya, sin ocuparse de mí, y oí que le preguntaba: «¿Tendremos alguna buena función la semana próxima?»

Estas palabras me dejaron frío, y el temor al ridículo me hizo incurrir más en él. Al saludar á las damas para eclipsarme cuanto antes, tropecé con el consejero que tomaba una taza de té, y la sacudida hizo saltar el humeantel íquido sobre sus puños de encaje. Mi tor-

peza excitó la risa, mas yo procuré mantenerme sereno para luchar contra la fatalidad; sólo Julia no se había reído, y su mirada se fijaba en mí con una expresión que me hizo concebir alguna esperanza.

Á los pocos momentos levantóse para pasar á un salón contiguo, donde un improvisador divertía á los presentes. El adorno blanco de Julia hacía resaltar admirablemente los encantos de su busto, el brillo de sus hombros de alabastro y la elegancia de sus formas; en aquella mujer había seducciones irresistibles, y por la gracia de su actitud llamaba desde luego la atención. Antes de entrar en la sala inmediata, volvióse hacia mí, y entonces me pareció que aquel rostro de tan angélica belleza tenía cierta expresión irónica, lo cual me produjo un malestar indecible. Sin embargo, pocos minutos después hallábame junto á Julia.

—Quisiera—díjome á media voz y con dulce acento —que tocarais en el piano uno de esos aires sentimentales que tanto me agradaban en otro tiempo...

Cuando iba á contestar, con la ternura propia de nuestros recuerdos, varias personas, pasando entre nosotros, nos separaron, é inútilmente busqué después todos los medios para reanudar la conversación; hubiérase dicho que Julia se esforzaba, por su parte, para huir de mí. Poco después separábanos sólo el criado que ofrecía los refrescos; la hermosa tomó una copa que contenía un sorbete delicioso, y presentómelo diciendo:

—¿Le aceptáis, amigo mío, con tanta alegría como la que hubiérais experimentado en otro tiempo?

—¡Oh, Julia, Julia!—exclamé, rozando sus afilados dedos, cuyo contacto hizo circular por mis venas una corriente de fuego.—¡Oh Julia!...

No pude añadir una palabra más; parecióme que un velo cubría mis ojos; todos los objetos daban vueltas a mi alrededor, y nada oía; cuando volví en mí, ha-

lléme, con la mayor sorpresa, medio echado en un sofa, en un gabinete lleno de perfumes... Julia, inclinada sobre mí, mirábame con amor, como en otro tiempo.

—¡Oh!—exclamé tratando de atraerla á mi corazón —ya te he encontrado para siempre, ángel de amor y de poesía... ¡Tu vida es mía, y nada nos separará ya!...

En aquel mismo instante, una hedionda figura, con largas patas de araña y ojos de sapo, que parecían salirse de la frente, abrió bruscamente la puerta del gabinetito, gritando con voz chillona:

—¿Dónde diablos está mi mujer?

Julia, asustada, desapareció al punto. ¡Julia se había casado; estaba perdida para mí!

Salí como un loco de aquella casa maldita, y sin aliento, con la cabeza desnuda, recorrí las calles en medio de la tempestad. Las veletas rechinaban en los tejados, cual mochuelos poseídos de terror, y las ráfagas del viento de la noche, que impelían en el espacio torbellinos de nieve, semejaban gritos de demonios que se mofaban de mi fiebre y de mi desesperación.

II

Corriendo de calle en calle como un caballo salvaje, llegué frente á la taberna de los *Cazadores:* un grupo de alegres jóvenes salía en aquel momento entonando alegres cantos y profiriendo ruidosas carcajadas. Devorado por una sed ardiente, penetro en la taberna y me dejo caer sin alientos en un banco.

—¿Qué se ha de servir al caballero?—me pre-

gunta el tabernero descubriéndose respetuosamente.

—Un jarro de cerveza y tabaco—le contesto.

Gracias al refrescante líquido de nuestros buenos alemanes, hállome muy pronto en un estado de satisfacción tal, que el diablo, después de empujarme toda la noche, juzgó oportuno sin duda dejarme descansar hasta el día siguiente.

Mi traje de baile, así como la expresión de mi fisonomía, debían producir un efecto extraordinario en cuantos me miraban; y ya el tabernero iba á dirigirme preguntas, cuando una mano vigorosa golpeó en la ventana del establecimiento, y una voz gritó: «Abrid, abrid, soy yo!»

Apenas entreabrió la puerta, porque ya era muy tarde, un personaje que parecía no tener más que los huesos y la piel, deslizóse en la sala, manteniéndose siempre pegado á la pared; sentóse después frente á mí, y el patrón puso en su mesa dos candelabros. El recién llegado tenía una figura distinguida, pero la expresión de su semblante era muy melancólica; pidió también un jarro de cerveza y una pipa con tabaco, y después pareció abismarse en sus reflexiones, lanzando á intervalos enormes bocanadas de humo, que mezclándose con las mías, nos rodearon muy pronto de una bruma narcótica. Yo contemplaba á mi hombre á través de aquella nube sin decir palabra: su cabello negro formaba rizos, como las cabezas de Rubens; llevaba una levita estrecha adornada con alamares, y lo que más me sorprendió fué que encima de las botas calzaba unas zapatillas forradas. Cuando hubo acabado de fumar su pipa, sacó de un estuche de hoja de lata muchas plantas, extendiólas sobre la mesa y comenzó á examinarlas una después de otra con visible contento. Para entablar conversación, le cumplimenté sobre los conocimientos que al parecer tenía en botánica, y esto le hizo sonreir de una manera singular.

—Estas yerbas que veis—me contestó—sólo tienen valor por su rareza; yo mismo las cogí en la falda y en la cima del Chimborazo.

Ya iba á preguntarle otra cosa, cuando volvieron á llamar á la puerta de la taberna; el patrón se levantó, y oyóse una voz que gritaba desde fuera: «Hacedme el favor de cubrir vuestro espejo.»

—¡Ah!—repuso el tabernero—el general Luvarow llega muy tarde esta noche.

Al mismo tiempo, un hombrecillo flaco, embozado en una capa de color oscuro, entró en la taberna dando saltitos y fué á sentarse entre el viajero del Chimborazo y yo.

—¡Qué frío hace por la calle—dijo—y qué humo hay aquí! Quisiera un polvo de rapé.

Apresuréme á presentarle mi tabaquera de acero pulimentado como un cristal, regalo de un amigo á quien yo apreciaba mucho; mas apenas el hombrecillo hubo fijado la vista en el objeto, dió un salto hacia atrás y exclamó rechazándola con ambas manos:

—¡Id al diablo con vuestro maldito espejo!...»

Al oir estas palabras, miré á mi interlocutor con aire de asombro; sus facciones se descomponían y estaba pálido como un muerto, mas no me atreví á preguntarle la causa de su indisposición, pues parecíame que en aquel hombrecillo había algo de fantástico é infernal; y acercándome al viajero del Chimborazo, seguí hablando con él de botánica. Á intervalos dirigía una mirada de ansiedad al hombrecillo, y al notar que su rostro cambiaba por instantes, un estremecimiento parecía helar la sangre en mis venas.

De frase en frase, y sin duda por la singularidad de nuestro encuentro, la conversación recayó sobre la metafísica de la felicidad.

—Confieso—dijo el hombre del Chimborazo—que toda mi filosofía se reduce á oponer la paciencia á las

mil y mil contrariedades con que hemos de luchar en la vida; diariamente y por todas partes dejamos un pedazo de nuestra pobre existencia en algún percance de que no podría preservarnos toda la prudencia humana.

—Á fe mía—repliqué—yo soy un ejemplo incontestable de esa verdad, porque esta misma noche he dejado mi sombrero y mi capa, á consecuencia de un enojoso incidente, en el guardarropa del señor consejero de justicia.

Al oir estas palabras, mis dos interlocutores se estremecieron como por efecto de una violenta sacudida: el hombrecillo me lanzó una mirada siniestra, de expresión verdaderamente diabólica, saltó á una silla y ajustó cuidadosamente la cortinilla de sarga roja con que el tabernero había cubierto el espejo, mientras que el hombre del Chimborazo despabilaba las velas como para que no se pudiera formar la menor sombra. No sin dificultad se reanudó la conversación, y hablóse sobre las obras de un joven pintor, muy celebradas entonces.

—Sus retratos son admirables por la semejanza—dijo el viajero del Chimborazo, tanto que sólo les faltaría hablar; tal es su animación, que se tomarían por la imagen robada á un espejo.

—¡Qué estupidez!—exclamó el hombrecillo agitándose en su silla.—¿Cómo suponer que se pueda robar la imagen reflejada en un espejo, á menos que el diablo no intervenga? Sí, sí, señor sabio, señor juez en materia de arte; hacedme tocar con el dedo un reflejo robado como decís, y me veréis en un salto á cien pies de altura.

—Poco á poco, amigo mío—dijo el hombre alto acercándose á su interlocutor;—no seáis tan descreído, pues tal vez hayáis de saltar toda la escalera. ¡Á fe mía, podéis estar orgulloso con el efecto que produciría vuestra figura en un espejo!...

Al oir estas palabras, el hombrecillo comenzó á reir convulsivamente exclamando:

—¡Ah, ah, ah! pobre compañero! ¿qué importa mi reflejo, teniendo por lo menos una sombra que nadie me ha robado?

Y apenas pronunciadas estas palabras, salió de la taberna haciendo cabriolas; mientras que el viajero del Chimborazo volvía á caer sentado en su silla como si estuviera desfallecido.

—¿Qué tenéis, amigo mío?—preguntéle con acento compasivo.

—¡Lo que tengo!—contestóme sollozando:—¡Ay de mí! ese hombrecillo que acabáis de ver es un hechicero que viene a perseguirme hasta el último asilo, donde creí olvidar la espantosa desgracia de haber perdido mi... ¡Adiós, caballero, adiós!

Y el extranjero, levantándose al punto, acercóse á la puerta, atravesando toda la sala sin proyectar la menor sombra en las paredes.

—¡Pedro Schlemihl!—grité de pronto—pues acababa de reconocer á un sèr maldito; pero habíame tomado la delantera, y desapareció en las tinieblas.

Cuando quise volver á mi sitio, el tabernero me empujó por los hombros y dióme con la puerta en las narices, murmurando:

—¡Dios preserve mi casa de semejantes aparecidos, pues mejor quisiera dar de beber al mismo diablo.

III

El señor Mathieu es íntimo amigo mío, y tiene el portero más listo que se pueda encontrar; de modo que me abrió apenas toqué la campanilla en la puerta del

Aguila de Oro. Cuando hube entrado, referí en dos palabras los percances de la noche; y como había dejado la llave de mi cuarto en la capa, en casa del consejero de justicia, condújome á otra habitación, puso un candelero sobre la mesa y retiróse discretamente, deseándome un sueño tranquilo. En aquel cuarto había un espejo grande cubierto con una cortinilla; coloqué la luz junto al marco y descorrí aquella para contemplar mi triste figura; mas apenas hube fijado la vista en mi imagen, parecióme distinguir otra más vaga y flotante, que dibujándose en la perspectiva del espejo adelantábase hacia mí. Poco a poco se marcó más, y pronto reconocí las facciones adoradas de Julia. No pude reprimir un grito de sorpresa y amor, y extendiendo los brazos hacia aquella aparición, exclamé: «¡Julia, Julia!»

En el mismo instante oigo un suspiro prolongado detrás de mí, corro al fondo de la alcoba, separo las cortinas del lecho y veo al hombrecillo de la capa durmiendo como una marmota. De su pecho, oprimido por una pesadilla, escapábase á intervalos un nombre de mujer, y sus labios murmuraban: «¡Giulietta, Giulietta!»

Me estremecí al pronto, pero recobrando valor sacudí por un brazo al hombrecillo, gritándole:

—¡Eh! amigo mío ¿quién diablos puede haberos conducido á mi cama? Hacedme el favor de ir á descansar á otra parte.

El hombrecillo se estiró, despertándose poco á poco.

—¡Ah! gracias, caballero—me dijo—habéis interrumpido un mal sueño.

Y al pronunciar estas palabras parecía tan triste y agobiado, que me infundió lástima. Supuse que mi amigo me había destinado equivocadamente aquella habitación, ocupada ya, y que no debía turbar el reposo de aquel huésped.

—Caballero—díjome el hombrecillo sentándose en la cama—mi conducta en la taberna ha debido pareceros absurda, mas no tengo la culpa de ello, porque estoy sometido á una cruel influencia que me expone a cometer muchas faltas de cortesía.

—¡Bah!—repliqué—precisamente estoy en el mismo caso, y esta noche pasada, cuando volví á ver á Julia...

—¡Julia decís!—exclamó el hombrecillo con las facciones descompuestas.—¡Ah! caballero—añadió—ocultando el rostro en la almohada, os suplico que me dejéis dormir y que cubráis bien el espejo.

—Señor mío—repliqué, elevando la voz para obligarle a escucharme—¿por qué os causa tan penosa impresión ese nombre de mujer? Espero que me lo diréis en confianza cuando después de cubrir el espejo me coloque á vuestro lado para descansar.

El hombrecillo se incorporó cual si le moviera un resorte.

—¿Os empeñáis, pues, en conocer el secreto de mi vida miserable? Pues bien, voy á referiros mi historia.

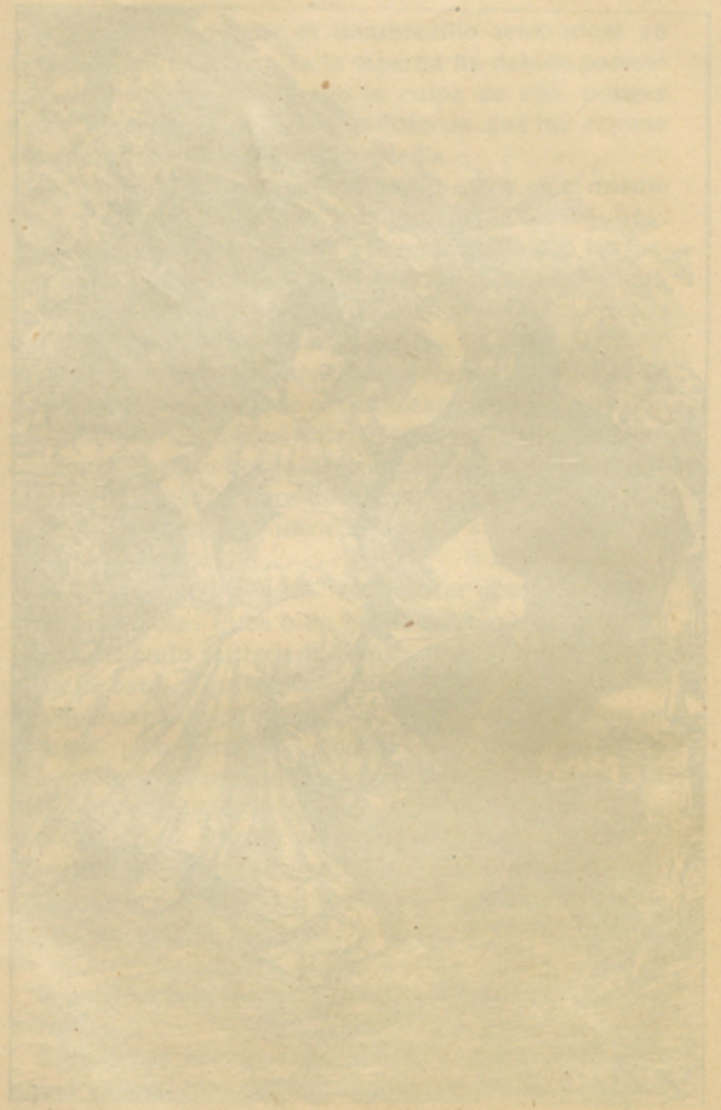
Así diciendo saltó de la cama, abrigóse con una especie de bata, y quiso acercarse á la chimenea, pero el espejo estaba descubierto aún, y sus ojos se fijaron en la luna. ¡Oh sorpresa! yo estaba de pie á su lado, y observé que su imagen no se reflejaba junto á la mía. El hombrecillo me dirigió una mirada dolorosa.

—Caballero—díjome sollozando—soy más digno de compasión que Pedro Schlemihl, porque éste vendió su sombra recibiendo el precio de ella; mientras que yo dí mi reflejo por amor a ELLA, á Giulietta. ¡Ay de mí!

Y corrió á echarse en la cama, sollozando lastimosamente.

Agitábanse en mi alma sensaciones diversas ante aquel espectáculo tan tristemente grotesco, y permanecí inmóvil en el mismo sitio, como un verdadero

EL REFLEJO PERDIDO



autómata, cuando de pronto oí roncar al hombrecillo como un cañón de órgano. Entonces experimenté deseos de imitarle, tanto que á los diez minutos dormía como un bienaventurado.

Una hora antes de rayar el alba, despertóme una claridad muy viva, y al abrir los ojos ví a mi compañero medio vestido, muy ocupado en escribir á la luz de dos candelabros. Su aspecto fantástico me produjo un vértigo, y caí en una especie de alucinación: hallábame en casa del consejero de justicia sentado en el sofá, como la víspera, junto á Julia. El consejero me parecía una muñeca de azúcar entre arbustos cargados de frutas y de rosas; y Julia me presentaba una copa de cristal, de la cual salían con brillo fosforescente llamas azuladas. Alguno me tiró del brazo: era el hombrecillo que me decía al oído: ¡No bebas, no bebas!—¿Qué teméis? ¿No sois mío, *vos* y *vuestro reflejo?* me preguntó Julia. Tomé la copa de sus manos, é iba á beber, cuando el hombrecillo me saltó al hombro transformado en ardilla, repitiéndome: «¡No bebas, no bebas!» Y con su inquieta cola trataba de apagar las llamas azuladas. «¿Por qué rehusas, dijo Julia, tomar esa copa, amado mío? Esa pequeña llama pura que ves brillar en la superficie es el emblema de nuestro primer beso.» El sonido de aquella voz tan dulce me transportó, é iba á estrechar contra mi corazón aquella mujer idolatrada, cuando Pedro Schlemihl pasó de repente entre nosotros dos y comenzó á reirse. En el mismo instante, todas las personas que llenaban el salón del consejero de justicia me parecieron convertidas en figuritas de azúcar; comenzaron á saltar, zumbando como abejas, y trepaban por mi persona cual si yo fuese un mástil de cucaña.

Entonces me desperté: la campana de la iglesia próxima tocaba la hora de mediodía, y yo me preguntaba, frotándome los párpados, si la historia de mis apari-

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS.

ciones nocturnas no sería una pesadilla, cuando el criado entró con el chocolate, y díjome que el extranjero con quien compartiera mi habitación y mi lecho, había marchado al rayar la aurora, encargando que me saludasen en su nombre.

He aquí lo que aquel singular personaje había escrito durante mi sueño, dejándolo tal vez olvidado sobre la mesa.

IV

Cierto día Erasmo Spicker se hallaba en el colmo de la alegría, pues por primera vez en su vida permitíasele viajar. Guarneció de monedas de oro un cinturón de cuero y subió al coche para ir á visitar la poética Italia. Su querida esposa se despidió con lágrimas en los ojos, presentándole veinte veces en la portezuela del vehículo al pequeño Rasmus, para que su tierno padre le diera los últimos besos; y después recomendó sobre todo á su marido que no perdiera el gorro de viaje que había hecho para él.

Erasmo llegó á Florencia, y hallando allí á varios de sus compatriotas entregados á todas las voluptuosidades, quiso tomar parte en sus orgías y en todas sus aventuras. Ahora bien, cierta noche, los alegres compañeros se habían citado en una quinta de los arrabales para una gran fiesta, y cada cual, excepto Erasmo, fué con su querida. Los hombres llevaban el traje nacional de la antigua Alemania, y las mujeres iban engalanadas con sus más ricos adornos. Se comió y bebió opíparamente, y entonáronse después las más bellas canciones italianas: los naranjos en flor impreg-

naban la atmósfera con su perfume; en alas de la brisa nocturna propagábanse á través del espacio ondas de armonía; y los convidados se exaltaban hasta el delirio.

De repente se levanta Friedrich, el más alegre de todos; con un brazo enlaza el talle de su querida, y con el otro eleva sobre su cabeza la copa, llena hasta el borde de un vino color de oro.

—¡Oh amigos míos!—exclama—¿en qué lugar del mundo encontraríamos mejor que aquí todo cuanto nos hace amar la vida? ¡Mujeres de Italia, si el amor no existiese desde el principio del mundo, vosotras le habríais inventado! Pero tú, Erasmo, ¿por qué has venido solo aquí? ¿Por qué no has de participar de nuestra embriaguez? ¿Por qué nos contristas con tu melancolía?

—¡Cómo ha de ser, amigos míos!—contestó Erasmo;—mi corazón no participa de vuestros goces, porque mi espíritu no cifra la felicidad en la embriaguez de los sentidos. Por otra parte, he dejado en nuestro país una esposa fiel, cuya confianza no debo burlar. Vosotros sois libres; yo tengo familia, y debo pensar en ella continuamente...

Los jóvenes se burlaron del buen juicio de Erasmo, cuya juventud no les parecía propia para preocuparse tanto de la familia. La querida de Friedrich pidió la traducción en italiano de las palabras de Spicker, y después dijo sonriendo: «¡He ahí un hombre juicioso, á quien Giulietta haría perder sin duda el alma!» Apenas hubo pronunciado estas palabras, vióse entrar en la sala del festín una mujer de maravillosa belleza: hubiérase creído ver una virgen de Rubens ó de Mieris.

—¡Giulietta!—exclamaron todas las jóvenes.

Giulietta paseó una maliciosa mirada sobre todos los comensales.

—Buenos alemanes—dijo después de una pausa—¿me permitiréis tomar parte en vuestro alegre banquete? Precisamente, ahora veo que uno de vosotros está aislado y triste, y voy á tratar de alegrarle.

Y sentándose con encantadora coquetería junto á Erasmo, muy pronto consiguió, con sus gracias, que todos los jóvenes envidiaran la buena suerte de Spicker.

Sólo con ver á Giulietta, Erasmo había sentido circular un fuego devorador por sus venas, y cuando la tuvo á su lado, la embriaguez del deseo exaltó su imaginación. La hermosa italiana se levantó, cogió una copa y ofrecióselá; el joven apuró de un trago el pérfido brebaje y cayó de rodillas á los pies de la sirena.

—¡Oh!—exclamó—¡tú sola en el mundo eres digna de mi amor, ángel del cielo! ¡Tú eres la que yo buscaba en mis sueños de joven! ¡Al fin te he encontrado; tú eres mi vida, mi alma y mi Dios!...

Los jóvenes se miraron unos á otros, y algunos creyeron que Erasmo acababa de perder el juicio, pues jamás le habían visto así. La noche se pasó entre cánticos y juramentos de amor, y al despuntar la aurora, cada uno de los comensales se marchó con su compañera. Erasmo quiso acompañar á Giulietta, pero ésta rechazó sus reiteradas súplicas, limitándose á indicarle una casa donde podría volver á verla. Forzoso fué que el pobre Spicker volviera solo á su alojamiento, ó mejor dicho, seguido de un pequeño criado que le alumbraba con un hacha, la cual apagó el servidor apenas entraron en la calle á que se dirigían, porque comenzaba á rayar el día. De repente, un hombre alto y seco, de nariz encorvada y expresión sardónica, vestido con una ropilla de color escarlata guarnecida de botones de acero, presentóse ante Erasmo y díjole sonriendo de un modo singular:

—¡Hola! maese Spicker, diríase que os habéis esca-

pado de algún antiguo libro de caballería con ese traje de las épocas pasadas, birrete adornado de plumas y larga tizona. ¿No comprendéis que los muchachos van á silbaros cuando os vean? ¡Vamos, volved al libro de donde os habéis escapado!

—¿Y qué os importa el traje que yo visto?—exclamó Erasmo empujando con el codo al extraño personaje que así le interpelaba, para que le dejase el paso libre.

Pero el desconocido le contuvo, diciéndole en alta voz:

—Poco á poco, señor mío, no vayáis tan deprisa ni empujéis á la gente, pues no es hora de entrar en casa de la hermosa Giulietta.

—¡Giulietta!—gritó Erasmo pálido de cólera.

Y quiso saltar al cuello de aquel hombre para estrangularle; pero el desconocido hizo una pirueta y desapareció como una visión.

—Caballero—dijo el criado—no os preocupéis de esta aventura, pues la persona que acabáis de encontrar no es otra sino el maravilloso doctor de Florencia, signor Dapertutto.

Aquel mismo día Erasmo se dirigió á la casa indicada por Giulietta: la hermosa italiana le recibió con una coquetería más refinada aún que la víspera, y complacióse en observar los progresos de la pasión de Erasmo; pero mantúvole siempre á respetuosa distancia, y opuso á todos sus esfuerzos una sangre fría imperturbable. Esta resistencia sólo sirvió para inflamar más el amor del joven, tanto que dejó de ver á sus amigos para consagrarse enteramente á Giulietta.

Cierto día Friedrich le encontró, y cogiéndole del brazo, entabló con él una larga conversación.

—¿Sabes, pobre Spicker—le dijo—que acabas de caer en un lazo muy peligroso? ¿Cómo no has reconocido ya en Giulietta una mujer galante, y sobre todo la más redomada de las que pudieran desplumar á un

enamorado? Refiérense de ella las anécdotas más escandalosas, y no comprendo que por semejante mujer puedas renunciar á tus amigos, olvidando á tu esposa y á tu hijo...

Al oir estas palabras, Erasmo comprendió su falta, ocultó el rostro entre sus manos y lloró amargamente.

—Ven, ven, Spicker—añadió Friedrich—salgamos de Florencia, de esta ciudad peligrosa; ven conmigo, y volveremos á nuestra buena patria.

—Sí—contestó Erasmo—marchemos hoy mismo.

Cuando ya se alejaban los dos jóvenes, el signor Dapertutto pasó junto á Erasmo, y dejando escapar una carcajada le dijo:

—¡Buena suerte, joven amigo; pero daos prisa, porque Giulietta se muere de impaciencia y de amor, y os acusa de olvidadizo.

—¡Pardiez!—exclamó Friedrich—ese doctor Dapertutto es un charlatán que merece un correctivo; jamás conocí un bergante tan insolente, sobre todo desde que envenena con sus píldoras á la moda á la famosa Giulietta...

—¡Cómo!—gritó Erasmo—¿también va ese tunante á casa de Giulietta?

Los dos amigos pasaban en aquel momento por debajo del balcón de la hermosa italiana: una voz dulce llamó á Spicker, y éste, separándose al punto de su amigo, penetró en el interior de la casa.

—El pobre Erasmo está perdido—murmuró Friedrich, dirigiéndose solo á su alojamiento.

Aquel día una brillante fiesta atraía á los alrededores de la ciudad á todos los elegantes; Giulietta quiso que Erasmo la acompañase, y allí encontraron á un pequeño italiano muy feo, que se empeñó en hacer la corte á la hermosa. Erasmo, resentido de la coquetería de su compañera, y sintiendo el aguijón de los ce-

los, alejóse bruscamente; pero Giulietta, al ver que no volvía, comenzó á buscarle, encontróle en un solitario paseo de los jardines, le reprendió dulcemente, y enlazando su cuello con sus lindos brazos, depositó en sus labios un beso de fuego. Erasmo perdió la cabeza, y hubiera olvidado el universo entero si Giulietta no le hubiera hecho volver en sí con una mirada fría y severa que le desesperó.

El italiano no había perdido de vista á Giulietta, y como se despertaron también sus celos, vengóse permitiéndose una infinidad de sarcasmos contra los alemanes.

—Espero que pondréis término á vuestras impertinencias—díjole Erasmo, acercándose vivamente—pues de lo contrario os arrojaré por la ventana.

El italiano, enfurecido al oir esto, hizo brillar un puñal; pero Spicker le derribó en tierra tan violentamente, que el infeliz se rompió el cráneo y espiró. Todos se precipitaron contra Erasmo, que, poseído de horror al ver que acababa de matar á un hombre, palideció y cayó en tierra privado de conocimiento. Cuando volvió en sí hallóse echado en un diván, en un gabinete iluminado por una luz suave que tenía algo de voluptuosa: Giulietta le sostenía en sus brazos.

—¡Pícaro alemán!—le dijo, reprendiéndole dulcemente—¡cuánta inquietud me habéis ocasionado! Ya no estáis seguro en Florencia ni en toda Italia; es preciso marchar y abandonarme para siempre.

—No—contestó Spicker—mejor quiero morir aquí, pues también moriría si estuviera lejos de vos.

De repente parecióle que le llamaba tristemente la voz de su querida esposa. Erasmo se estremeció, avergonzándose de sí mismo, y la palabra espiró en sus labios...; pero un beso de Giulietta renovó su embriaguez.

—Ángel adorado—dijo—no quiero separarme de ti.

¿Por qué no habemos de estar unidos desde ahora por eternos lazos?

Dos candelabros cargados de bujías iluminaban el fondo del gabinete donde resplandecía un magnífico espejo de Venecia.

—Amigo mío—dijo Giulietta, estrechando á Erasmo contra su corazón—lo que deseas es imposible; pero al menos déjame tu *reflejo*, á fin de que no esté siempre privada de ti.

—*¿Mi reflejo?*—exclamó Erasmo, conduciendo á Giulietta ante el espejo que retrataba su amorosa actitud. —¿Cómo podrías guardar mi reflejo?

—Amigo mío—contestó la hermosa italiana—esa apariencia fugitiva que llaman reflejo, y que se retrata en todas las superficies pulimentadas, se puede desprender de tu persona y pertenecer á la mujer que amas. ¿Rehusarás dejarme ese recuerdo? ¿Quieres privarme de la prenda que me podría recordar nuestra fugitiva dicha?

—¡Tuyo soy ahora y siempre!—exclamó Erasmo, presa de un frenético delirio amoroso;—toma mi reflejo, y que ninguna fuerza del cielo ni del infierno baste para separarle de ti...

Esta exclamación agotó las fuerzas del joven, á quien Giulietta estrechaba en sus brazos; entonces le pareció que su imagen se desprendía de su individualidad, y que, uniéndose íntimamente con la de la hermosa italiana, ambas huían en la perspectiva creada por el espejo, abismándose en un vapor fantástico. Un terror misterioso le privó casi del uso de sus sentidos; durante un momento creyó verse solo, y buscando á tientas una salida á través de tinieblas infernales, donde se oían voces satánicas y amenazadoras, bajó vacilante una escalera que parecía hundirse bajo sus pies. Cuando estuvo en la calle, á dos pasos de la casa de Giulietta, fué cogido y agarrotado, é introdujéronle

en un coche que partió á escape. Un hombre que estaba junto á Erasmo le dijo:

—No temáis nada, amigo mío; la señora Giulietta os confía á mi cuidado para que os deje en sitio seguro, fuera del territorio de Italia. Es sensible que hayáis de abandonar tan hermosa mujer; pero si os dejáis guiar por mí, yo os sustraeré á la venganza de vuestros enemigos y á las pesquisas de la policía, y podréis volver á ver á vuestra adorada.

Esta proposición impresionó á Erasmo.

—Acepto—dijo á su conductor—pero quisiera saber cuáles serán los medios.

—No os inquietéis por eso—repuso el desconocido; —cuando sea de día os miraréis largo tiempo y muy atentamente en un espejo, y yo practicaré entre tanto ciertas operaciones con vuestra imagen; después juzgaréis por vos mismo de mis medios.

—¡Santo Dios, qué espantosa desgracia!—exclamó Erasmo.

—¿De qué desgracia habláis?—preguntó el desconocido.

—¡Ay de mí!—repuso Erasmo—he dejado...

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡ah! esto sí que es bueno—interrumpió el hombre de los secretos soltando una carcajada;—comprendo muy bien; os habéis dejado el reflejo en casa de Giulietta. Perfectamente, amigo mío; ahora podéis correr por montes y vallados hasta que encontréis á vuestra digna esposa y á vuestro hijo Rasmus.

En aquel momento un grupo de jóvenes que cantaban pasó junto al coche, iluminándole con las hachas; y á la fugitiva claridad que rasgó las tinieblas, Erasmo reconoció al doctor Dapertutto en el hombre que estaba á su lado. De un puñetazo rechazóle hasta el fondo de la berlina, abrió la portezuela y lanzóse al camino, llamando á voces á Friedrich y á sus compatriotas,

pues ellos eran los que acababan de pasar tan cerca. Al saber los peligros de que estaba amenazado, Friedrich condujo á su amigo á la ciudad, á fin de buscar los medios para salvarle, y el día siguiente Erasmo corría á caballo por el camino de Alemania.

Hacia el mediodía llegó á una posada de cierta ciudad, y como estaba rendido de cansancio y muerto de hambre, sentóse á la mesa. El camarero de servicio observó en un espejo grande que la silla de Erasmo se reflejaba, pero no el viajero, y como manifestara esta particularidad á la persona que tenía más cerca, la cual se lo comunicó á otra, un momento después no se hablaba de otra cosa entre los concurrentes. Erasmo comía y bebía como cuatro, sin sospechar que había llegado á ser objeto de la curiosidad general, cuando un hombre, avanzado en años, cogióle de la mano, condújole delante del espejo y le dijo:

—Caballero, no tenéis reflejo; y de consiguiente sois el diablo ó alguno de los suyos...

Erasmo, enfurecido y confuso, corrió á encerrarse en una habitación; pero muy pronto se presentaron varios agentes de policía é intimáronle la orden de comparecer ante el magistrado con su reflejo, pues de lo contrario se le expulsaría de la ciudad. El joven alemán juzgó más prudente huir, pero su historia corría ya de boca en boca, y el populacho, amotinado delante de la posada, le persiguió arrojándole piedras y gritando:

—¡He ahí el maldito, que ha vendido su reflejo al diablo!

Después de este incidente, cuando Erasmo se detenía en alguna parte, hacía tapar los cristales y los espejos; y he aquí por qué se le llamaba, por burla, el general Luvarow, atendido que este personaje tenía la misma costumbre.

Al llegar á su casa el pobre Spicker fué recibido cor-

dialmente por su esposa, y creyó que podría olvidar su reflejo perdido en la calma de la vida doméstica, tanto más cuanto que hacía algún tiempo se había borrado de su memoria el recuerdo de Giulietta. Una noche que jugaba con su hijo frente de la estufa, el niño le manchó la cara con hollín, y después le dijo:

—¡Padre, padre! mírate y verás qué negro estás.

Y corriendo á coger un espejo de bolsillo, presentósele á Erasmo y miró á su vez. Espantado al no ver la imagen de su padre junto á la suya, escapóse llorando y fué á referir á su madre el incidente. El reflejo perdido interrumpió la paz conyugal: la mujer de Erasmo comenzó á gritar; los vecinos acudieron, y el pobre hombre, ebrio de furor y de desesperación, huyó de su casa y comenzó á correr por los campos. La imagen de Giulietta se le apareció entonces con todo el brillo de su hermosura.

—¡Oh Giulietta, Giulietta! —exclamó—aquella á quien sacrifiqué por ti me ha rechazado... ¡Giulietta, no tengo más que á ti en el mundo; me entrego á ti; tómame del todo y para siempre!...

—Vais á quedar satisfecho, maese—gritó la voz del signor Dapertutto, que apareció de improviso á su lado como por arte de encantamiento.

—¡Ay de mí!—exclamó Erasmo—¿cómo puedo yo encontrarla?

—Está cerca de aquí, más enamorada que nunca—replicó Dapertutto.—Feliz con poseeros del todo y para siempre, tendrá la mayor satisfacción en devolveros vuestro reflejo.

—¡Oh!—interrumpió Spicker—conducidme pronto á su presencia.

—Poco á poco, si os place—repuso el doctor con su sonrisa de otro tiempo.—Ante todo es preciso romper los lazos que os unen con vuestra esposa, á fin de que

Giulietta tenga la seguridad de que sólo perteneceréis á ella. Tomad ese frasquito...

—¡Hombre execrable!—gritó Erasmo haciendo un ademán de horror—¿quieres que envenene á mi esposa y á mi hijo?

—¿Y quién habla de veneno?—replicó Dapertutto.—Lo que os doy es un licor exquisito, un verdadero licor de familia, que os agradará mucho.

Erasmo tenía ya el frasquito entre las manos, mirábale distraído, y maquinalmente se dirigió á su casa, donde halló á su esposa y á su hijo inquietos por su suerte. La buena mujer no quería reconocerle, sosteniendo que algún demonio había tomado su figura para engañarla; y Erasmo, apurada la paciencia, tuvo un instante la idea de hacer uso del frasco; pero en aquel momento una tórtola domesticada que se había posado en la mano de Spicker, picó el tapón y cayó muerta. Este incidente hizo volver en sí al pobre hechizado, y al punto arrojó por la ventana el peligroso elíxir, que exhaló un olor balsámico al romperse el frasquito. Erasmo corrió á encerrarse en su habitación y lloró.

A la hora de media noche apareciósele la imagen de Giulietta; su amor y su desesperación no conocían ya límites, y fuera de sí exclamó:

—¡Oh, Giulietta; verte por última vez y morir!...

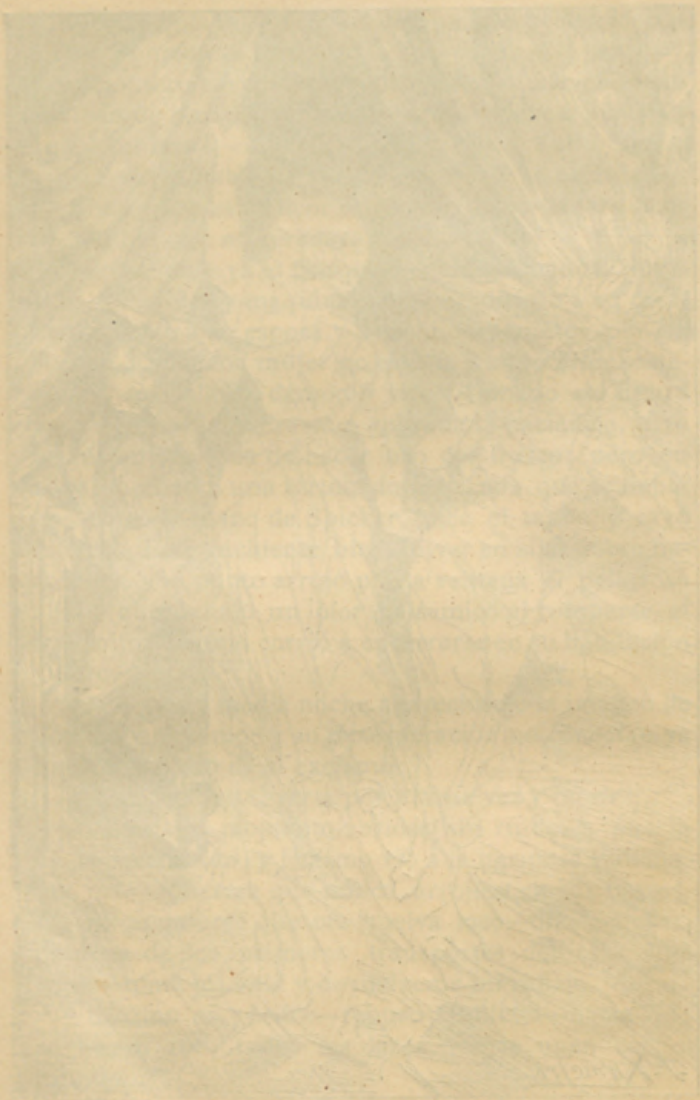
En el mismo momento abrióse sin ruido la puerta de la habitación, y Erasmo vió á la hermosa italiana, que más seductora que nunca, arrojóse en sus brazos.

—Si no quieres que me vuelva loco—dijo Spicker, después de los primeros transportes del más vivo amor—toma mi vida y devuélveme mi reflejo.

—Esto no es posible—repuso Giulietta—hasta que se hayan roto todos los lazos que te unen con el mundo...

—Entonces—repuso Spicker, dejando correr sus lá-

EL REFLEJO PERDIDO



grimas—si sólo puede pertenecerte por un crimen, prefiero morir...

—Querido Erasmo—dijo Giulietta, rodeando con un brazo el cuello de su amante, y fijando en él una mirada fascinadora—nadie quiere hacerte cometer el crimen que te espanta; pero si deseas, bien mío, ser el esposo eterno de mi belleza, toma este pergamino y escribe las siguientes palabras: «Otorgo á Dapertutto plenos poderes para romper los lazos que me unen con la tierra; sólo quiero pertenecer á Giulietta, á quien he elegido libremente para compañera de mi cuerpo y de mi alma para toda la eternidad...»

Parecióle á Erasmo que el frío de la muerte crispaba sus nervios, mientras que sus labios se abrasaban con los besos de la encantadora, y de repente vió tras sí á Dapertutto, con su traje rojo, que le presentaba una pluma de hierro, diciéndole:

—¡Escribe y firma!

Al mismo tiempo una vena de la mano izquierda de Erasmo se abrió, y vióse brotar la sangre.

—¡Firma, amado mío!—murmuró Giulietta.

Ya se iba á consumar el acto; Spicker había mojado su pluma en la sangre, é inclinábase para escribir, cuando de pronto surgió una sombra blanca del suelo y se interpuso entre él y Giulietta, murmurando:

—¡En nombre de nuestro Salvador, no escribas!

Era la sombra de su madre.

Erasmo arrojó la pluma á sus pies y rasgó el pergamino. Los ojos de Giulietta lanzaron llamas sangrientas; su rostro encantador se descompuso, y de todo su cuerpo brotaron chispas verdosas. Erasmo hizo la señal de la cruz, y Giulietta y Dapertutto se desvanecieron murmurando, en un torbellino de humo sulfuroso que apagó las luces.

El pobre hombre permaneció largo tiempo desvanecido. Al rayar la aurora, reanimado por una fresca brisa,

dirigióse al cuarto de su esposa, y hallóla todavía en cama. La buena mujer le alargó la mano, diciéndole:

—¡Pobre amigo mío! he sabido esta noche en sueños la aventura que te privó de tu reflejo en Italia: te compadezco y te perdono. El poder del demonio es grande; pero Dios es más fuerte, y espero que á esta hora estará destruído el encanto, porque he rezado por ti toda la noche. Toma este espejo y mírate.

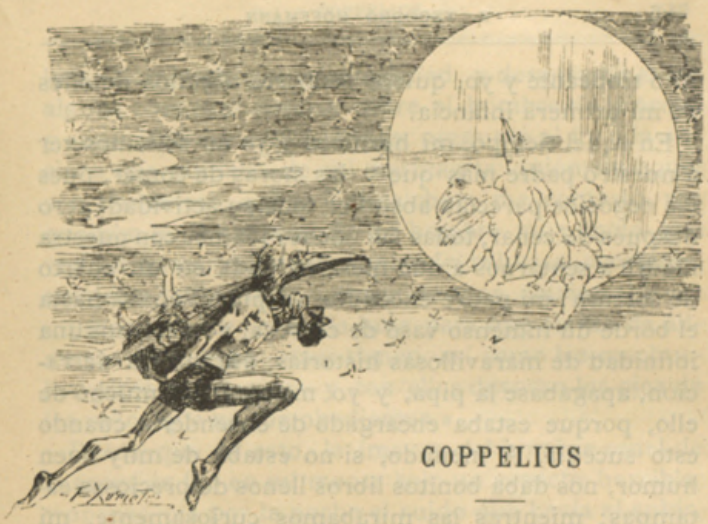
Erasmo palideció: el cristal no reproducía sus facciones, y dejóle caer con desaliento.

—¡Ah!—exclamó la mujer—parece que no has hecho bastante penitencia, y por lo tanto, querido esposo, es preciso que vuelvas á Italia á buscar tu reflejo. Algún buen santo obligará tal vez al demonio á devolvértele. Abrázame, Erasmo, y buen viaje; cuando vuelvas como debes, serás bien recibido en esta casa.

Al decir estas palabras, la mujer de Spicker se volvió de cara á la pared, cerró los ojos y comenzó á roncar. Erasmo, con el corazón oprimido, quiso abrazar á su hijo, pero éste se alejó de él gritando como un perro cuando le castigan. Entonces el pobre padre empuñó su palo y salió del domicilio conyugal sin decir una palabra. Hace ya tiempo que recorre el mundo. Cierto día encontró á Pedro Schlemihl, y aquellos dos infortunados seres proyectaron viajar juntos, ocultando mutuamente su falta: Erasmo Spicker ofreció la sombra necesaria á su compañero de viaje, que en cambio le prestaría el reflejo; pero no pudieron convenirse, y separáronse injuriándose uno á otro.

COPPELIUS

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS
BARCELONA



COPPELIUS

Nataniel á Lotario

Sin duda estáis todos inquietos por no haber recibido noticias mías hace tanto tiempo: mi madre se aflige; Clara piensa tal vez que hago aquí vida de loco y que la olvido; pero diariamente y á todas horas pienso en vosotros, y por la noche veo en sueños la figura angelical de mi linda Cherchen con su cándida sonrisa; pero algo terrible acaba de turbar la tranquilidad de mi vida.

¡Ay de mí, pobre Lotario! ¡Cómo te referiré el espantoso acontecimiento! Era el 20 de Octubre, á medio día poco más ó menos, cuando ví entrar en mi casa un vendedor ambulante que venía á ofrecerme unos barómetros. Por toda contestación le envié á los diablos con su mercancía, y como me viese hacer ademán de arrojarle escaleras abajo, retiróse prudentemente. Sin embargo, antes de darte á conocer las funestas relaciones que la fatalidad debía crear entre aquel mal-

dito traficante y yo, quiero referirte algunos detalles de mi primera infancia.

En aquel tiempo, mi hermana y yo no solíamos ver á nuestro padre más que á las horas de comer, pues los negocios parecían absorber toda su actividad; pero después de cenar, todas las noches íbamos con nuestra madre á sentarnos á una mesa redonda en un cuarto de costura; mi padre encendía su pipa, llenaba hasta el borde un inmenso vaso de cerveza, y refería nos una infinidad de maravillosas historias; durante la narración, apagábase la pipa, y yo me alegraba mucho de ello, porque estaba encargado de encenderla cuando esto sucedía. A menudo, si no estaba de muy buen humor, nos daba bonitos libros llenos de preciosas estampas; mientras las mirábamos curiosamente, mi padre se recostaba en su sillón de encina, y lanzando con febril actividad bocanadas de humo, desaparecía de nuestra vista en una espesa bruma. Aquellas noches mi madre estaba triste, y cuando el reloj daba las nueve, decíanos: «Vamos, ya es hora de acostarse; id á dormir pronto, porque viene el *hombre de la arena*.» Apenas pronunciaba estas palabras oía yo en la escalera un ruido de pasos pesados; sin duda sería el hombre misterioso de la arena.

Cierta noche, aquel rumor fantástico me atemorizó más que de costumbre, por lo cual pregunté á mi madre quién era el extraño personaje con cuya venida nos amenazaba, y que nos obligaba siempre á salir de la habitación. «No hay hombre alguno de la arena, querido hijo, contestó mi madre; cuando digo que viene, quiero indicar solamente que tenéis sueño y que cerráis los ojos como si os hubieran echado arena.» La respuesta de mi madre no me satisfizo, y en mi espíritu infantil arraigóse la convicción de que se nos ocultaba la existencia del personaje para que no tuviéramos miedo, pues siempre le oía subir la esca-

lera. Dominado por la curiosidad, y deseoso de saber alguna cosa más precisa sobre el hombre de la arena y sus relaciones con los niños, pregunté al fin á la anciana que cuidaba de mi hermanita quién era aquel sér misterioso. «¡Ah! Thanelchen, me contestó, veo que aún no le conoces. Es un hombre muy malo que viene á buscar á los niños cuando rehusan acostarse; arrójales puñados de arena á los ojos, enciérralos en un saco y se los lleva á la luna para que sirvan de alimento á sus hijos; estos tienen, así como los mochuelos, picos ganchudos; y con ellos devoran los ojos de los niños que no son obedientes.»

Desde que oí esto, la imagen del hombre cruel de la arena se fijó en mi mente bajo un aspecto horrible, y apenas oía por la noche el ruido que hacía al subir, estremecíame de espanto. «¡El hombre de la arena, el hombre de la arena!» exclamaba yo, corriendo á refugiarme en la alcoba; y durante toda la noche atormentábame la terrible aparición. Yo comprendía muy bien que el cuento de la anciana sobre el hombre de la arena y sus hijos en la luna podía no ser verdad; pero el tal personaje seguía siendo para mí un fantasma terrible, y me espantaba cuando le oía subir la escalera, abrir bruscamente la puerta del gabinete de mi padre y cerrarla después. Algunas veces pasaban algunos días sin que viniera, pero luego sucedíanse sus visitas sin la menor interrupción. Esto duró algunos años, y no pude acostumbrarme á la idea del odioso espectro, cuyas relaciones con mi padre me preocupaban cada vez más. El hombre de la arena me conducía á la esfera de lo maravilloso, de lo fantástico, idea que tan fácilmente germina en el cerebro de los niños. Nada me agradaba tanto como oir ó leer cuentos de espíritus, de hechiceros y de duendes; pero á todo esto anteponíase el hombre de la arena, cuya imagen dibujaba yo con yeso ó carbón en las mesas, en los armarios y

en las paredes, representándole bajo las figuras más extrañas y horribles.

Cuando llegué á los diez años, mi madre me retiró de la habitación de los niños é instalóme en un cuartito que comunicaba con un corredor, cerca del gabinete de mi padre: se nos había dado orden de acostarnos cuando, al dar las nueve, oyésemos los pasos del desconocido. Desde mi habitación le oía entrar en la de mi padre, y poco después parecíame que se percibía un olor extraño. Con la curiosidad se despertó en mí el valor suficiente para trabar conocimiento con el hombre de la arena; muchas veces deslizábame con la mayor ligereza desde mi cuarto al corredor cuando mi madre se había alejado, pero sin descubrir nada, pues el hombre misterioso había entrado siempre cuando yo llegaba al sitio donde hubiera podido verle al paso. Cediendo al fin á un impulso irresistible, resolví esconderme en la habitación misma de mi padre, y esperar la llegada del hombre de la arena. Cierto día, por el silencio de aquél y la tristeza de mi madre, presentí que el hombre misterioso vendría; y bajo el pretexto de un gran cansancio salí del cuarto un poco antes de las nueve y ocultéme en un rincón. Poco después, la puerta de la casa se abrió rechinando y se cerró; un paso pesado, lento y sonoro, resonó en el vestíbulo, dirigiéndose hacia la escalera; mi madre pasó rápidamente junto á mí con mi hermana, y entonces abrí suavemente la puerta del gabinete de mi padre. Estaba sentado como de costumbre, silencioso é inmóvil, de espaldas á la puerta, y no me vió: un momento después hallábame oculto en un armario destinado á colgar la ropa, que sólo se cubría con una cortinilla. Mi corazón palpitaba de temor: la campanilla resuena con estrépito, la puerta se abre bruscamente, y no sin hacer un esfuerzo atrévome á entreabrir la cortina con precaución. El hombre de la arena

está delante de mi padre, y la luz de los candeleros se proyecta en su rostro; aquel sér temible, que tanto me espantaba, es..... el viejo abogado Coppelius, que come algunas veces en casa; pero la figura más abominable no me hubiera causado tanto horror como la suya.

Figuraos un hombre alto, ancho de espaldas, con una cabeza disforme, rostro apergaminado y amarillento, cejas grises muy pobladas, bajo las cuales brillan dos ojos de gato, y nariz larga, que se encorva sobre el labio superior. La boca, algo torcida, se contrae á menudo por una sonrisa irónica; dos manchas de color rojizo coloran entonces los pómulos, y á través de los dientes apretados escápase una especie de silbido. Coppelius vestía siempre levita de color gris, cortada á la antigua, chaleco y calzón por el mismo estilo, medias negras y zapato con hebilla. Su peluca, muy pequeña, apenas tapaba y cubría la parte superior de la cabeza, de modo que los tirabuzones no llegaban ni con mucho á las orejas, muy grandes y coloradas; y en la nuca quedaba descubierta la hebilla de plata que sujetaba su corbata raída. Toda su persona, en fin, era espantosa y repugnante; pero sus largos dedos huesosos y velludos nos desagradaban más que todo, hasta el punto de que no queríamos comer nada de lo que él tocaba. Coppelius lo había notado, y cuando nuestra madre nos ponía furtivamente en el plato algún pedazo de pastel ó un confite, complacíase en tocarlo bajo cualquier pretexto; de modo que, llenos los ojos de lágrimas, rechazábamos con disgusto las golosinas que tanto nos gustaban. Otro tanto hacía cuando nuestro padre, en los días de fiesta, nos daba un vasito de vino con azúcar; pasaba la mano por encima, ó acercábale á sus cárdenos labios, y reía con expresión verdaderamente diabólica al observar nuestra repugnancia y oir los sollozos que manifestaban

nuestro disgusto. Siempre nos llamaba *sus pequeños animales*, y nos estaba prohibido quejarnos ó abrir la boca para decir la menor cosa. Nuestra madre parecía temer tanto como nosotros al espantoso Coppelius, y en cuanto al padre, conducíase en su presencia con la mayor humildad. En un principio, habíame figurado ya que el *hombre de la arena* no podía ser otro sino aquel odioso personaje, y en vez del sér extraño de los cuentos de nuestra buena madre, veía en él algo de satánico é infernal, que debía atraer sobre nosotros alguna terrible desgracia.

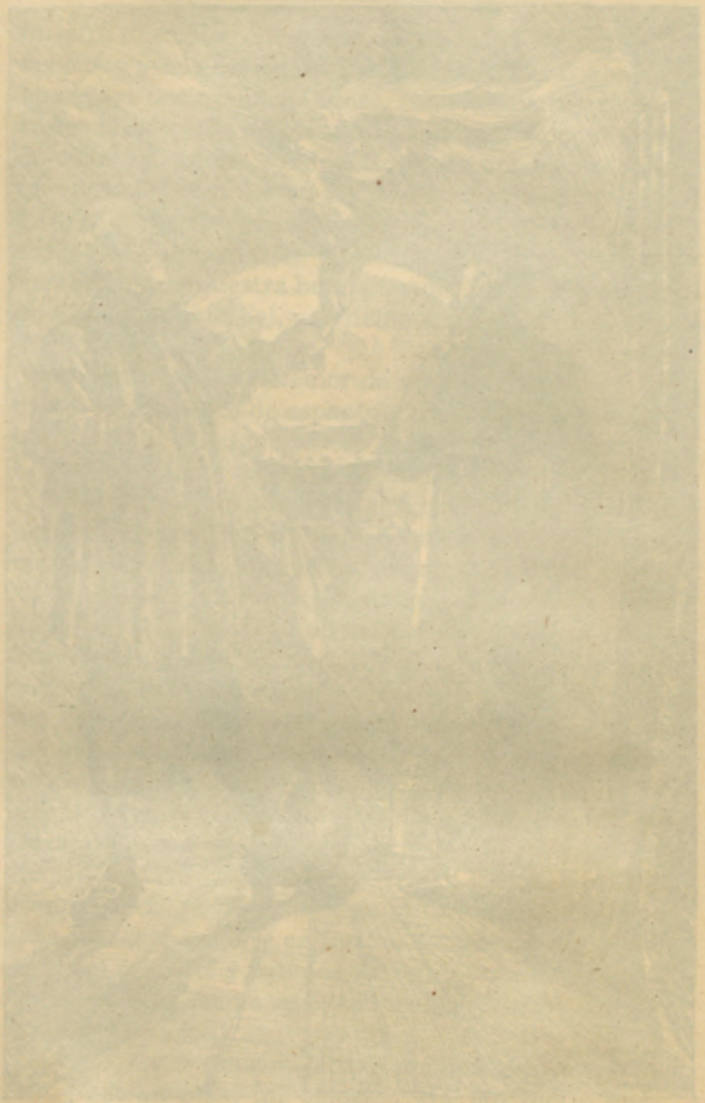
No obstante, por el temor de ser sorprendido reprimí un movimiento de espanto y me acurruqué lo mejor que pude en el fondo del armario, dejando sólo el espacio suficiente para ver la escena.

Mi padre recibió con el mayor respeto á Coppelius; pero éste exclamó al punto con voz ronca: «¡Vamos, manos á la obra!» Al mismo tiempo despojóse de su levita; mi padre le imitó, y ambos se pusieron unas blusas de color oscuro que sacaron de un hueco practicado en la pared, en el cual ví un hornillo. Coppelius se acercó, y casi en el mismo instante ví brotar bajo sus dedos una llama azulada que iluminó la habitación con diabólico reflejo. En el suelo pude ver esparcidos varios instrumentos de química. Cuando mi padre se inclinó sobre el crisol en fusión, su semblante adquirió de pronto una expresión extraña; sus facciones, crispadas por un dolor íntimo, tenían algo de la odiosa fisonomía de Coppelius; este último sondeaba con unas pinzas la materia en fusión, sacaba unos lingotes de metal brillante y batíalos sobre un yunque. A cada momento figurábame que veía saltar cabezas humanas, pero sin ojos.

—¡Ojos, ojos!—murmuraba Coppelius con voz ronca.

No pude oir más; mi emoción era tan fuerte que, perdiendo casi el conocimiento, caí en tierra. Al ruido

COPPELIUS



que hice mi padre se estremeció; Coppelius, precipitándose sobre mí, levantóme del suelo rechinando los dientes, y me suspendió sobre la llama del crisol, que ya comenzaba á quemarme el cabello.

—¡Ah!—gritó—¡he aquí los ojos, y ojos de niño!

Al decir esto sacó del hornillo carbones encendidos y quiso ponerlos sobre mis párpados. Mi padre se esforzaba para contenerle, exclamando:

—¡Maestro, maestro! respeta á mi Nataniel.

—Bien—dijo Coppelius—sea como quieres; mas por lo menos quiero estudiar los nervios de sus pies y de sus manos.

Así diciendo, hizo crugir de tal modo las coyunturas de mis miembros, que me parecía estar ya todo dislocado. Después todo quedó oscuro y silencioso, y no sentí ya nada. Al recobrarme de aquel segundo desvanecimiento, el suave hálito de mi madre comunicaba calor á mis labios helados, y preguntéla balbuciente:

—¿Está aquí todavía el hombre de la arena?

—No, angel mío—contestóme—ha marchado y ya no te hará daño nunca; no le temas, porque desde ahora no te separarás de mí.

Y la buena y excelente mujer me estrechaba contra su seno con un estremecimiento de ternura mezclado de espanto.

¿Te explicas tú, Lotario, el secreto de esta aventura? Una fiebre ardiente se apoderó de mí, y estuve cerca de seis semanas luchando con la vida y la muerte; en mis accesos de delirio creía ver siempre al hombre de la arena en la figura de Coppelius; mas no es esto lo más terrible de mi historia. Escucha más aún. Hacía un año que no veíamos ya á Coppelius, y algunos suponían que se hallaba ausente de la ciudad. Mi padre había recobrado poco á poco su alegría, volviendo á sus antiguas costumbres y dándonos pruebas de ter-

nura paternal; pero cierta noche, al dar las nueve en la vecina torre, oímos la puerta rechinar sobre sus enmohecidos goznes, y en la escalera resonaron pesados pasos que producían un ruido semejante al del martillo cuando choca contra el yunque.

—¡Es Coppelius!—exclamó mi madre palideciendo.

—Sí, Coppelius—murmuró mi padre con cierta agitación;—pero es la última vez que debemos verle; yo os lo prometo. Mujer, acuesta á los niños y buenas noches.

Mi madre me condujo á la cama, y me acosté; mas apenas estuve sin luz, parecióme que me sofocaba y siniestras visiones me asaltaban por todas partes. Hacía ya largo tiempo que me hallaba en aquel estado de angustia y alucinación, cuando, al dar las doce de la noche, oyóse un ruido semejante al que produciría la detonación de un arma de fuego y que hizo retemblar las puertas y vidrieras; alguien pasó corriendo por delante de mi cuarto, y después cerróse con estrépito la puerta de la calle. Salto del lecho y me precipito en el corredor; en la habitación de mi padre resuenan gritos desgarradores, y veo salir de ella una nube de humo negro é infecto; la criada grita:

—¡Mi amo!... ¡Pobre amo mío!

Delante de la chimenea se halla tendido el cadáver de mi padre, ennegrecido y mutilado de una manera espantosa; mi madre y mi hermana, inclinadas sobre él, profieren gritos desgarradores. «¡Coppelius, Coppelius—exclamé yo—has muerto á mi padre!» Y caí al suelo privado de sentido.

Dos días después, cuando se depositó el cadáver de mi padre en el ataúd, sus facciones habían recobrado, á pesar de la muerte, la calma y la serenidad de otro tiempo, lo cual nos hizo creer que Dios habría perdonado su alma sin pedirle cuenta de sus relaciones con Coppelius.

La explosión había despertado á todos los vecinos; el acontecimiento de aquella noche fué desde el día siguiente asunto de las conversaciones de toda la ciudad; los jueces expidieron una orden de prisión contra Coppelius, á quien la voz pública acusaba de asesino; pero el miserable había desaparecido sin que se pudiera saber qué camino seguía.

Y ahora, querido Lotario, cuando sepas que el vendedor de barómetros que me visitó no era otro sino ese maldito Coppelius, sin duda no dirás que me atormento el espíritu para buscar en los incidentes más comunes presagios de desgracia. He reconocido bien las facciones, la estatura y la voz de Coppelius; se hace pasar por mecánico piamontés, y ha tomado el nombre de Giusseppe Coppola; pero á mí no me ha engañado, y estoy resuelto á vengar la muerte de mi padre.

Clara á Nataniel

Aunque no me hayas escrito hace largo tiempo, creo, amado mío, que no habrás desechado mi recuerdo de tu pensamiento ni de tu corazón, pues el otro día, al escribir á mi hermano, pusiste en el sobre mi nombre y las señas de mi casa. Gracias á esta distracción, he sido la primera en abrir tu carta, y por las primeras líneas reconocí tu error. Hubiera debido no leer una palabra más, y llevar la carta á mi hermano; pero el principio de la historia que le referías despertó de tal modo mi curiosidad, que sentí como un extravío. Ese Coppelius es un personaje espantoso, y yo ignoraba hasta ahora el terrible accidente que te privó de tu querido padre. El maldito vendedor de barómetros á quien tu llamas Giuseppe Coppola, y que, según dices,

se parece tanto al infame Coppelius, me ha perseguido todo un día como un espectro amenazador; le he soñado, y durante la noche me desperté varias veces profiriendo gritos de espanto. No te enojes, amigo mío, si llegas á saber por la contestación de Lotario, que desde el día siguiente recobré la tranquilidad y la calma, desechando los fantasmas de mi imaginación, pues te confieso que lo sobrenatural no me parece muy admisible en esta historia. Coppelius podía ser el más repugnante de todos los hombres, y comprendo tu aversión de niño al ver su salvaje aspecto. Has hecho la personificación del *hombre de la arena* tal como podría hacerla un espíritu infantil impresionado por cuentos de nodriza. Las entrevistas nocturnas de Coppelius con tu padre no tenían seguramente más objeto que el de practicar operaciones de alquimia; tu madre se afligía porque este trabajo debía ocasionar gastos muy crecidos, sin producir nunca nada; y por otra parte, tu padre, absorbido por la pasión de hacer oro y de encontrar la piedra filosofal, descuidaba los asuntos de su casa y sus afecciones de familia. La muerte del autor de tus días me parece el resultado de una imprudencia; ciertas combinaciones de materias fundidas pueden determinar una explosión más ó menos temible; y esto lo sé por un químico que me citó muchas sustancias cuyos extraños nombres no transcribo aquí porque los he olvidado.

Sé que vas á compadecer á tu pobre Clara, que no cree en lo fantástico, ni ve en el mundo las cosas sino bajo su aspecto más natural. ¡Ah! querido Nataniel: ¿existirá alguna fuerza oculta, dotada de tal ascendiente sobre nuestra naturaleza, que pueda arrastrarnos por una senda de desgracias y desastres? No, Dios nos ha dado la luz del espíritu y la piedra de toque de la conciencia á fin de que con su auxilio nos sea posible reconocer en todas partes, sean cuales fueren las

formas con que se revista, al enemigo que nos persigue. Si recorremos con firme paso, fija la vista en el cielo, la senda de la virtud, la fuerza oculta tratará inútilmente de atraernos á sus lazos. Puede suceder que, durante algunos momentos, nuestra imaginación se deje fascinar por fantasmas engañadores, cuyo aspecto nos parece realmente amenazador; pero estos fantasmas no son otra cosa sino pensamientos alterados por una especie de fiebre que les presta formas extravagantes, tomadas, según nuestra disposición, de las nociones en que nos hemos imbuído respecto al cielo ó al infierno. He aquí, querido Nataniel, cómo mi hermano y yo tratamos esas altas cuestiones de las fuerzas ocultas. Ya ves que los misterios no atemorizan á todo el mundo, y que aun hay jóvenes bastante atrevidas para razonar en vez de temblar. Desecha, pues, de tu memoria, yo te lo suplico, las hediondas figuras de Coppelius y del vendedor de barómetros Giuseppe Coppola. Si tu carta no llevase en cada línea el sello de una gran exaltación, me regocijaría mucho decirte todo cuanto me ha ocurrido de extraño respecto al *hombre de la arena* y á Coppelius, el abogado-traficante en barómetros; pero lo dejaré para otra vez.

Si los temores te acometen de nuevo, ven á ocultarte bajo mis alas; yo seré tu genio del bien; nada conozco más eficaz que una alegre carcajada cuando se quieren desechar para siempre los monstruos fantásticos. Siempre tuya, amado mío.

Nataniel á Lotario

Me ha contrariado mucho, querido amigo, que gracias á mi necia distracción, Clara haya leído la carta que te escribí. La maliciosa joven se ha burlado com-

pletamente de mis palabras, y no obstante, á pesar de sus razonamientos contra lo que ella llama mi fascinación, estoy seguro de lo que mis ojos han visto.

Por lo demás, he reconocido que el traficante en barómetros y el abogado Coppelius son dos individuos del todo diferentes. Ahora tomo lecciones de un célebre físico llamado Spalanzani, de origen italiano, y este hombre conoce hace largo tiempo al Giuseppe Coppola, que tiene el acento piamontés; mientras que Coppelius era alemán, bien alemán. Y ahora, por más que tu hermana y tú creáis que tengo la cabeza hueca, os diré que no puedo borrar de mi mente la impresión de la fatal semejanza que me llamó la atención en un principio. Spalanzani es un personaje bastante extraordinario: figúrate un hombrecillo como una bola, con los pómulos muy salientes, la nariz afilada como la hoja de un cuchillo, los labios mal contorneados y los ojos brillantes como carbunclos. Ultimamente fuí á su casa para presenciar algunos experimentos: al pasar por el vestíbulo, observo que la cortinilla verde de una puerta vidriera no está corrida como de costumbre; me acerco maquinalmente, y veo una mujer hermosísima sentada en medio de la habitación, con los brazos apoyados en una mesita; como está de cara á mí, mis ojos se encuentran con los suyos, y observo, poseído de asombro, á la vez que de temor, que sus pupilas carecen de mirada: hubiérase dicho que aquella mujer dormía con los ojos abiertos. Oprimido el corazón y ardiente la cabeza, deslízome en la sala, donde un numeroso auditorio esperaba las lecciones del profesor. Alguno me dijo que la mujer misteriosa era Olimpia, hija de Spalanzani, quien la tiene secuestrada en su casa. Tal vez esa linda joven sea idiota, ó quizás Spalanzani tenga otro motivo muy legítimo para obrar así: yo lo averiguaré. No quiero cansarte más con mis rarezas, pues muy pronto hablaremos de viva voz y

más despacio. De aquí á quince días, á más tardar, estaré á tu lado, amigo mío, y cerca de Clara, y mi pobre imaginación se calmará bajo la dulce influencia de su mirada amorosa. Adiós.....

I

La historia de las maravillosas aventuras del estudiante Nataniel hubiera podido comenzar muy bien en el punto en que envía al diablo al traficante en barómetros. Las tres cartas que mi amigo Lotario tuvo á bien comunicarme, son como tres pinceladas trazadas al acaso en el lienzo; se trata de bosquejar facciones y hacer después el colorido. Entremos en materia.

Poco tiempo después de morir el padre de Nataniel, Clara y Lotario, dos niños de lejano parentesco, fueron recogidos en la casa de la madre de nuestro héroe. Clara y Nataniel se profesaron pronto una mutua simpatía, y ya eran novios cuando el segundo hubo de marchar á la ciudad de G***, donde debía terminar sus estudios: acabamos de ver que asistía al curso de física del profesor Spalanzani.

Clara no era hermosa en la acepción vulgar de la palabra: un pintor no habría visto en los contornos de su busto, de sus hombros y de su seno más que la imagen de la castidad; pero tenía un cabello magnífico, que la rodeaba como un velo, y la blancura de su cutis satinado podía competir con la de la nieve. Un fanático por la belleza habría comparado los ojos de Clara con los lagos azules de Ruysdael, en cuya lím-

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS
BARCELONA

pida superficie se reflejan con tanta pureza los bosques, los prados, las flores y todos los poéticos aspectos del más rico paisaje. Á estas gracias naturales de la joven agregábase una imaginación viva y brillante, un corazón sensible y cariñoso que no excluía lo positivo de lo razonable, como hemos podido ver por su carta. Los espíritus románticos no le agradaban del todo; discutía poco con los que son aficionados á frasear, pero su mirada, llena de malicia, decíales con mucha elocuencia: «Amigos míos, inútilmente os esforzáis para conducirme á vuestro mundo imaginario.»—Esta manera de ver las cosas de la vida hacía juzgar muy diversamente el carácter de Clara: acusábanla los unos de insensible y de prosaica; pero los espíritus privilegiados admiraban, bajo aquella fría apariencia, un sentido exquisito de la más pura delicadeza. Nadie amaba á Clara como Nataniel, á pesar de su férvida exaltación por lo maravilloso; y la joven pagaba su afecto con el más tierno amor. Cuando el joven llegó á G***, en la época anunciada á Lotario, voló á sus brazos poseído de inefable contento, y aquel día Nataniel desechó de su memoria, sin esfuerzo alguno, á Coppelius y á Coppola.

Sin embargo, Nataniel tenía razón cuando escribió á su amigo Lotario que la presencia del maldito traficante Giuseppe Coppola le había sido fatal. Su carácter comenzó á ser sombrío y taciturno, y su alegría se convirtió en tristeza. Sus meditaciones místicas, de las cuales no era posible sustraerle, ocasionaban mucho enojo á la pobre Clara, sin que toda la sabiduría de sus razonamientos bastase para combatir la dolencia moral que mataba á su amado. Cierto día en que Nataniel se quejaba muy formalmente de ver sin cesar al monstruoso Coppelius surgir entre él y sus esperanzas de futura felicidad, díjole tristemente: «Amigo mío, creo, en efecto, que ese hombre extravagante ha llegado á ser tu genio del mal, pero á nadie debes

COPPELIUS

culpar sino á ti mismo, porque su fuerza existe sólo por tu credulidad».

Esta lucha del espíritu contrariaba á Nataniel sin curarle de sus lúgubres preocupaciones; y poco á poco, en su despecho, consideró á Clara como uno de esos seres inferiores que, careciendo del dón de *segunda vista*, no saben penetrar los arcanos de la naturaleza invisible. Todos los días, desde por la mañana, esforzábase para que Clara admitiese sus ideas, y leíale tratados de filosofía oculta; mientras que ella se ocupaba de los prosaicos preparativos del almuerzo, diciéndole á veces: «Creo, en verdad, que tú eres el genio de mi café, porque me es preciso descuidar los quehaceres de la casa, perdiendo el tiempo para oirte discurrir; el agua hierve, el café se vierte en la ceniza, y adiós almuerzo». Nataniel, furioso al ver que no se le comprendía, cerraba sus libros encolerizado é iba á encerrarse en su habitación, sin que se le volviera á ver en todo el día. El enojo y el fastidio predominaron en las reuniones de familia, y cesó la buena armonía entre dos seres que habían nacido para amarse y hacerse mutuamente felices. Sin embargo, el tiempo transcurría, y al parecer llevábase algunas de las excentricidades del pobre Nataniel, que veía la imagen odiosa de Coppelius alejarse cada vez más. El joven enfermo buscó en la poesía una distracción para desechar sus fatales ideas. Cierto día corrió en busca de Clara con un grueso manuscrito en la mano: era un verdadero poema, en el que había vertido todas sus impresiones, explicando sus sueños y todos los sufrimientos de su espíritu calenturiento. Comenzó la lectura en el pabellón del jardín; el aire estaba impregnado de los suaves perfumes de las flores; los últimos rayos del sol poniente doraban las copas de los árboles; Nataniel abrió su cuaderno, y Clara siguió haciendo calceta, prometiéndose cerrar los oídos á una lectura

que en su concepto debía ser muy enojosa; pero cuando el joven hubo leído las primeras páginas, experimentó una agitación singular, cayósele la media de las manos y quedó absorta contemplando á Nataniel, dominado por el entusiasmo de una poesía delirante. Terminada la lectura, el joven arrojó lejos de sí el manuscrito, y con los ojos llenos de lágrimas y el pecho dilatado por los sollozos, inclinóse hacia Clara, cogió sus manos convulsivamente y exclamó con acento desesperado:

—¡Ah Clara, Clara!

—Amigo mío—dijo la joven, dirigiéndole una mirada compasiva—tu poema es absurdo; arroja al fuego esa maldita obra.

—¡Loca!—gritó Nataniel levantándose de un salto, y fijando en Clara una mirada sombría, aunque fija y sin expresión.

Y sin decir más alejóse corriendo, mientras que la joven procuraba en vano contener sus lágrimas.

—¡Ay de mí—murmuraba—jamás me ha amado, porque no sabe comprenderme y me desprecia!

En aquel momento, Lotario se presentó en el pabellón, y al ver á su hermana llorosa, exigió que le explicase la causa de sus lágrimas, pues amábala con la mayor ternura. Dos minutos después corría en seguimiento de Nataniel; alcanzóle y le dirigió amargas reprensiones. El joven contestó con violencia; entre los dos mediaron provocaciones terribles, y al fin se dieron cita para el día siguiente detrás de la tapia del jardín. Durante el resto del día permanecieron mudos y sombríos; pero Clara lo adivinó todo, porque había visto preparar las espadas de combate, y entonces tembló ante el peligro que la exponía á perder á su hermano y á su novio. Á la hora designada las armas estaban sobre el césped que muy pronto iba á teñirse de sangre; Lotario y Nataniel se habían despojado ya de sus levi-

tas, y con los ojos brillantes y la amenaza en los labios iban á ponerse en guardia, cuando Clara, con el cabello flotante, precipitóse en medio de los dos exclamando:

—¡Matadme á mí, pues yo soy la causa de vuestro desafío, y juro que no sobreviviré al que sucumba en este espantoso duelo!

Lotario arrojó lejos de sí la espada, y Nataniel cayó á los pies de su novia, murmurando con dolorido acento:

—¡Perdóname, ángel mío, y tú también, Lotario, pues he sido culpable; pero bien sabéis que os amo, y harto lo prueban mis lágrimas y mi arrepentimiento!

El hermano y la hermana levantaron á Nataniel, y con sentida expresión hiciéronse nuevos juramentos de eterno cariño.

Desde aquel día, Nataniel experimentó algún alivio, pues la ternura de los seres que amaba había disipado de su cerebro una parte de los vapores que hasta entonces le perturbaron. Permaneció tres días más en la casa antes de marchar á G..., á donde debía volver para cursar el último año de sus estudios universitarios; y se acordó que al cabo de este tiempo se establecería para siempre en su país natal con su prometida.

La madre de Nataniel ignoraba el desorden que el recuerdo de Coppelius había ocasionado en el espíritu de su hijo, y procurábase ocultarle este secreto para no afligirla, pues no dejaba de llorar la muerte de su esposo; sólo el nombre de Coppelius le producía accesos de desesperación cuando le oía pronunciar.

II

De regreso á G..., Nataniel se encontró con la novedad de que la casa donde él habitaba antes había sido pasto de las llamas, que sólo dejaron en pie dos ó tres

lienzos de pared ennegrecidos y calcinados. Según le dijeron, la conflagración comenzó en una botica, y varios amigos de Nataniel que vivían cerca de la casa incendiada pudieron salvar algunos de sus objetos, instrumentos de física y papeles, todo lo cual condujeron á otra habitación alquilada en nombre del estudiante y que estaba situada en frente de la del profesor Spalanzani. Desde la ventana se podía ver muy bien el interior del gabinete, donde con frecuencia, cuando las cortinas estaban descorridas, veíase á Olimpia muda é inmóvil. Nataniel se extrañó muy pronto de aquella actitud, que no variaba en lo más mínimo durante horas enteras, y á fuerza de contemplar á aquella hermosa mujer, sintióse como galvanizado. No obstante, su amor á Clara le llenaba el corazón, preservándole de las seducciones de la austera Olimpia, y por eso el joven dirigía sólo de tarde en tarde algunas miradas casi distraídas á la estancia habitada por aquella hermosa estatua. Cierto día, en ocasión de estar escribiendo una larga carta á su novia, vió aparecer de pronto la desagradable figura de Coppola; un estremecimiento nervioso le agitó al punto, pero recordando los argumentos de Clara y las noticias que le diera el profesor Spalanzani sobre aquel individuo, avergonzóse casi de su primer movimiento de espanto, y dijo con toda la tranquilidad que le fué posible al inoportuno visitante:

—No necesito barómetros, id á venderlos á mil diablos.

Pero Coppola, sin hacer aprecio de aquellas palabras entró en la habitación, y fijando en el estudiante una mirada siniestra, le dijo:

—No sólo tengo barómetros, sino también ojos y muy buenos.

—¡Cómo ojos!—exclamó Nataniel.—Maldito loco, ¿qué quieres decir con eso?

—Vedlos aquí—repuso el vendedor abriendo un paquete, del que comenzó á sacar antiparras de todos tamaños y colores, en tal número, que muy pronto quedó la mesa llena.

El pobre Nataniel creyó ver miles de miradas fantásticas fijas en su persona, y Coppola continuó sacando anteojos, como si fueran inagotables. El estudiante sentía que su malestar iba en aumento; pero de repente, no pudiendo contenerse más, precipitóse contra el vendedor, cogióle del cuello y le hizo retroceder espantado.

—Misericordia!—gritó Coppola cogiendo sus anteojos.—Señor mío, si no os convienen éstos, no es razón para que me estranguléis. Tal vez prefiráis anteojos de larga vista, en cuyo caso puedo daros á elegir.

Cuando todos los anteojos estuvieron guardados en el paquete, Nataniel quedó tranquilo como por encanto; los nuevos objetos que Coppola le enseñaba no ejercían ya en él ninguna fascinación, y algo confuso por haberse entregado á una violencia, quiso repararla comprando alguna cosa al traficante; eligió un pequeño anteojo, cuya montura le llamó la atención por su exquisito trabajo, y para probarle fijóle en dirección á la estancia en que Olimpia Spalanzani estaba sentada en el sitio de costumbre.

Por primera vez veía sus facciones tan próximas, y aquella contemplación pareció encantarle, pero hízole volver en sí el ruido que Coppola producía golpeando el suelo con los pies, á tiempo que repetía con tono cadencioso: «*Tre zecchini, tre zecchini*» (tres ducados.) Nataniel se apresuró á pagar y Coppola salió multiplicando los saludos y las muestras de agradecimiento; mas apenas estuvo en la escalera, dejó escapar una ignoble carcajada. «Ese ladrón—se dijo Nataniel—me ha hecho pagar el anteojo diez veces más de lo que vale, y sin duda se ríe del engaño.» El joven arrojó á

un lado el instrumento para terminar su carta á Clara; mas apenas hubo cogido la pluma, la imagen de Olimpia le distrajo repetidas veces, tanto, que al fin se levantó para ir á observar la ventana de la habitación. Esto le sumió en una especie de éxtasis, hasta que su compañero Segismundo fué á buscarle para asistir á la clase del profesor Spalanzani.

Desde aquel día las cortinillas de la habitación de Olimpia estuvieron siempre perfectamente ajustadas, y el enamorado estudiante perdió el tiempo haciendo centinela dos días, anteojo en mano; al tercero parecióle que su cabeza se abrasaba, y poseído de una especie de delirio, salió corriendo de la ciudad. La figura de Olimpia se multiplicaba á su alrededor como por encanto; veíala flotar por los aires como una nube de nieve, brillar á través de las cercas floridas, y reproducirse en los cristalinos arroyuelos. Nataniel no se acordaba ya de la pobre Clara; vagando á la ventura, con la vista fija en el suelo y sollozos en la voz, exclamaba: «¡Oh estrella de mi amor, no me dejes solo en la tierra! ¡Lejos de ti mis días son amargos y mi vida se marchita como la flor agostada por el sol del desierto!...»

Cuando Nataniel volvió á su casa, oíase mucho ruido en la de Spalanzani; las puertas se abrían, desmontábanse las ventanas, y numerosos obreros iban de un lado á otro llevando muebles, mientras que algunos clavaban tapices con extraordinaria actividad. El amigo Segismundo anunció á Nataniel que el profesor Spalanzani daría al día siguiente un baile magnífico, al que debía asistir lo más notable de la universidad, presentándose Olimpia á la reunión por primera vez.

Nataniel encontró en su casa una esquela de convite, y sólo Dios sabe cuánta fué su alegría al penetrar en el salón espléndidamente iluminado, donde ya se había reunido la más escogida sociedad en torno del

sabio profesor. Olimpia, engalanada con un gusto exquisito, era admirada por su belleza, y en sus perfectas proporciones sólo se notaba una falta que consistía en un ligero arqueamiento del talle, resultante al parecer de un exceso de presión producido por el corsé. Aquella hermosa andaba majestuosamente, pero con una especie de rigidez que se atribuía á su timidez natural. Hubo un momento en que fué á sentarse al piano y cantó un aire nacional muy á la moda, con acento sonoro y vibrante. Nataniel la contemplaba sumido en una especie de éxtasis; pero como llegara un poco tarde, no le había sido posible colocarse en primera línea; para ver mejor sacó del bolsillo el pequeño anteojo comprado á Coppola, y examinó discretamente las encantadoras facciones de Olimpia. En el mismo instante declaróse el incendio amoroso con irresistible fuerza; parecióle á Nataniel que la bella hija de Spalanzani fijaba en él miradas llenas de voluptuosa languidez; se le figuró que su canto resonaba en su oído con todas las sublimes inflexiones de un eco del cielo; una nube pasó después por sus ojos; su imaginación se perdió en las más lejanas esferas de lo ideal; hubo momento en que creyó sentir que un brazo amoroso le estrechaba el cuello, y exclamó: «¡Olimpia, Olimpia!» Las personas más próximas al joven se volvieron y riéronse en sus barbas, pero Nataniel no hizo caso.

Al concierto debía seguir el baile. ¿No sería el colmo de la felicidad bailar con aquel prodigio de hermosura? Pero ¿cómo atreverse á invitar á Olimpia? El estudiante osó, sin duda, hacer su petición, pues pocos momentos después viósele inclinado profundamente ante la bella. Un sudor frío inundó su frente cuando con la extremidad de sus dedos rozó los de Olimpia, pues la mano de la joven estaba helada como la de un muerto; Nataniel fijó en ella su mirada y ob-

servó que sus ojos tenían la misma fijeza lánguida; pero recobrándose muy pronto de su temor y sorpresa, enlazó con su brazo el talle de la reina del sarao y lanzóse con infinita gracia entre la multitud de bailarines.

Olimpia valsaba con una precisión y un compás que llamó la atención de todas las damas. Nataniel, después de conducirla á su sitio, estaba tan orgulloso y loco de amor, que de buena gana hubiera provocado á quien se hubiese atrevido á invitar á Olimpia á bailar; pero el respeto que le imponían el sitio y las personas le contuvo. Sentándose junto á la hermosa, tomó su mano y hablóle de su amor en los términos más delicados, aunque con todo el fuego de la pasión que sentía; pero la virtuosa doncella sólo le contestaba por un monosílabo gutural que difícilmente se podría definir. «¡Ach, ach, ach!» murmuraba Olimpia. Nataniel, perdiendo ya la cabeza, le decía:

—¡Oh mujer digna del amor de los ángeles; casto reflejo de la dicha de los elegidos; fija en mí tu dulce mirada!

Pero á todo esto Olimpia se limitaba á contestar con su perpetuo: «¡Ach, ach, ach!...»

Durante esta singular conversación, el profesor Spalanzani pasó varias veces por delante de nuestros enamorados y los miró sonriendo de una manera extraña. Poco á poco, Nataniel, á pesar de su preocupación, echó de ver que el brillo de las luces disminuía por momentos, las bujías del salón se apagaban sucesivamente, la música y el baile habían concluído ya hacía largo rato, y el salón estaba desierto.

—¡Oh Dios mío!—exclamaba Nataniel—¿será preciso separarnos ya? ¿No me permitirás volver á verte, ángel mío?

Y se inclinó sobre las manos de Olimpia para cubrirlas de besos; mas al punto sintió en los labios el

COPPELIUS

frío de la muerte, y estremecióse de pies á cabeza.

—Olimpia—dijo con voz balbuciente—¿me amas?

La hermosa se levantó, cual movida por un resorte, contestando como siempre: «¡Ach, ach, ach!» Y avanzó por el salón seguida de Nataniel, que repetía á lo infinito sus enfáticas declaraciones. Olimpia se detuvo delante de Spalanzani, y éste dijo al estudiante:

—Amigo mío, puesto que tanto os complace la conversación con mi hija, tendremos mucho gusto en recibiros cuando nos visitéis.

El estudiante creyó ver abrirse para él las puertas del cielo, y salió de la casa loco de alegría y de amor. El baile de Spalanzani fué durante largo tiempo asunto de todas las conversaciones, y en particular de la más severa crítica: los unos ponían en evidencia maliciosamente algunas torpezas que no pasaron desapercibidas, y que indicaban que el profesor no estaba acostumbrado á tratar con la buena sociedad; los otros, y éstos constituían el mayor número, ridiculizaban las imperfecciones de Olimpia, conviniendo todos en que era una estúpida, lo cual justificaba convenientemente que Spalanzani se hubiera abstenido tanto tiempo de presentarla en público. Nataniel se encolerizaba al oir estas cosas, mas no se atrevía á contestar por temor de comprometer á su adorada, exponiéndose á que le cerraran la puerta. Cierto día Segismundo le dijo:

—¿Cómo es posible, hermano, que un hombre razonable cual tú se pueda enamorar de una muñeca que no sabe decir nada?

Nataniel contestó con aparente tranquilidad:

—¿Cómo es posible que un joven con tan buenos ojos como los tuyos no haya comprendido los encantos y tesoros visibles ocultos en la persona de Olimpia? Mejor es, hermano, que no hayas visto todo eso, por-

que amarías á esa joven con una exaltación semejante á la mía; y yo conozco que no podría vivir junto á un rival, aunque fuera mi mejor amigo...

Segismundo comprendió que el espíritu de Nataniel estaba muy enfermo, y en su consecuencia quiso distraerle de sus ideas belicosas.

—La belleza—le dijo—es una cosa de pura convención, y el capricho interviene con frecuencia más que la realidad; pero ¿no te parece extraño que todos nuestros compañeros juzguen del mismo modo á Olimpia? Si en esa mujer hay un conjunto de bellas facciones y de formas seductoras, en cambio no se puede menos de reconocer, después de examinarla, que sus ojos no tienen expresión, y que todos sus movimientos parecen deberse á un mecanismo; canta y toca á compás, pero siempre lo mismo y con igual acompañamiento; y en cuanto á su modo de bailar, es verdaderamente automático. Esto es lo que yo he observado, y lo que todos hemos visto, por lo cual deduzco que tu hermosa Olimpia es un sér sobrenatural, cuyo secreto se descubrirá algún día.

Nataniel hizo otro esfuerzo para contenerse, y al fin contestó á Segismundo:

—Todos vosotros sois jóvenes prosaicos; todo cuanto hay de amor y seducciones en Olimpia no se ha revelado más que á mí, porque sólo yo tenía facultades bastante delicadas para apreciar el tesoro que la fortuna me ofrecía. Comprendo que os desagrade, y también que ella no quiera oir vuestras insulsas conversaciones. Las pocas palabras que sus labios pronuncian son para mí como los geroglíficos del mundo íntimo donde las almas viven; pero tú no sabes nada de todo esto...

—Es verdad—replicó Segismundo—y por lo mismo te dejo entregado á tus sueños; pero si alguna vez necesitas un amigo en la esfera de lo real y de lo verda-

dero, á la cual habrás de volver pronto ó tarde, acuérdate de mí... ¡Adiós!

Nataniel pareció conmovido al oir estas palabras, y ambos jóvenes se estrecharon cordialmente las manos antes de separarse.

En cuanto á Clara, el estudiante la había olvidado por completo, cual si jamás hubiese existido, y para nada se acordaba tampoco de Lotario. El pobre joven pasaba todos sus días junto á Olimpia; leíale versos, poemas, baladas y tratados de psicología; y la bella escuchaba todo esto con una paciencia y una impasibilidad fantásticas. Miraba á su amante con sus dos ojos negros y siempre fijos, y cuando Nataniel, arrebatado por la pasión, se arrodillaba á sus pies, besándole las manos ó los labios, Olimpia murmuraba siempre: «¡Ach, ach, ach!»; llegada la hora de retirarse añadía: «Buenas noches, amado mío.» Estas pocas palabras abrían al estudiante el mundo infinito de los amores platónicos; creía pensar, obrar y sentir sólo por Olimpia, y admiraba esa fuerza del amor que había atraído á sí el alma y las facultades de la hermosa doncella. Algunas veces tenía momentos lúcidos, y entonces reflexionaba sobre la extraña inmovilidad de la joven; pero al punto se decía: «¿Qué son las palabras? Vanos sonidos que se desvanecen apenas se producen; la mirada de Olimpia dice más que toda la elocuencia de los hombres.»

El profesor Spalanzani parecía tomar un singular interés en las relaciones de su hija con Nataniel, y prodigaba al estudiante las mayores atenciones y cordial benevolencia. Cierto día nuestro héroe, armándose de toda su resolución para dar un gran golpe, se decidió a solicitar sin tardanza, con toda la gravedad conveniente, la mano de Olimpia. Para asegurar el éxito, creyó necesario, ante todo, hacer una declaración positiva á la dama de sus pensamientos; y á fin

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS

de comunicar al acto más solemnidad, buscó en una cajita un anillo de oro, recuerdo de su madre, que se proponía poner en el dedo de su amada á guisa de anillo nupcial. Lo primero que encontró en la cajita fué las cartas de Lotario y de Clara, las cuales separó con impaciencia, y cuando encontró el objeto que buscaba, corrió á casa del profesor.

Al llegar al último tramo de la escalera oyó un estrépito espantoso en la habitación de Spalanzani, producido por repetidos golpes en el suelo y las paredes, luego choques metálicos, percibiéndose en medio de aquella baraúnda dos voces que proferían tremendas imprecaciones.

«—¡Quieres soltar, miserable!—¿Te atreves á robarme mi sangre y mi vida?—¡Es mi obra predilecta!—¡Yo hice los ojos!—¡Y yo los resortes del mecanismo!—¡Véte al diablo, bribón!—¡Llévese tu alma Satanás, aborto del infierno; devuélveme lo que es mío!» He aquí lo que decían aquellas dos voces formidables, que eran las de Spalanzani y de Coppelius. Nataniel, fuera de sí, descargó un puntapié en la puerta y precipitóse en la habitación en medio de los combatientes. El profesor y el italiano Coppola se disputaban con furia una mujer; el uno tiraba de ella por los brazos y el otro por las piernas.

—¡Horror!...—exclamó Nataniel—¡es Olimpia!

Y ya iba á coger del cuello á Coppola, cuando éste, dotado de fuerza hercúlea, obligó á su adversario á soltar presa, gracias á una vigorosa sacudida; después, levantando la mujer con sus nervudos brazos, descargó tan rudo golpe en la cabeza del profesor, que el pobre hombre, completamente aturdido, fué á medir el suelo á tres pasos de distancia, rompiendo en su caída una mesa llena de frascos, redomas, alambiques é instrumentos. Aprovechándose de aquel desorden, Coppola se cargó á Olimpia al hombro y desapareció,

profiriendo una carcajada diabólica: hasta el fin de la escalera oyóse el choque de las piernas de Olimpia contra los peldaños, el cual producía un ruido semejante al de unas castañuelas.

La cabeza de Olimpia había quedado en el campo de batalla; Nataniel reconoció con espanto una figura de cera, y pudo ver que los ojos, que eran de esmalte, se habían roto. El desgraciado Spalanzani yacía en medio de numerosos fragmentos de vidrio, que le habían ocasionado sangrientas heridas en los brazos, en el rostro y en el pecho.

—¡Coppelius, Coppelius!—gritaba con voz doliente —¡maldito ladrón, tú me robas el fruto de veinte años de estudios y de trabajo; pero es igual, yo te he quitado los ojos! ¡Sí, ahí están!

Nataniel vió á sus pies, efectivamente, dos ojos sangrientos que le miraban con fijeza. Spalanzani los recogió y arrojóselos al estudiante, tocándole con ellos en el pecho. Apenas sintió su contacto, Nataniel, poseído de un acceso de locura, comenzó á gritar, diciendo las cosas más incoherentes, y precipitándose después contra el profesor, hubiérale estrangulado si los vecinos, llegando en aquel instante, no se hubieran apoderado de su persona: fué preciso agarrotarle fuertemente para evitar una desgracia, y acto continuo condújosele al hospital de locos; su amigo Segismundo le siguió llorando.

El célebre profesor Spalanzani se restableció al poco tiempo, pues ninguna de sus heridas presentaba la menor gravedad; mas apenas se halló en estado de resistir la traslación á otro punto, fuéle preciso abandonar la ciudad, pues todos los estudiantes que tenían conocimiento de la burla de que Nataniel acababa de ser víctima, habían jurado vengarse terriblemente del mecánico italiano, por haber abusado, sirviéndose de un maniquí, de la confianza de personas tan recomenda-

bles como los estudiantes de la ciudad de G... y sus familias. Algunos abogados propusieron instruir un proceso criminal contra Spalanzani, como causante de la locura de que era víctima Nataniel; pero el profesor había huído oportunamente, y tampoco se volvió á ver al vendedor de barómetros y anteojos, Giuseppe Coppola.

Cuando Nataniel recobró la razón á fuerza de cuidados, pareció que despertaba de una larga pesadilla; hallóse en la casa paterna junto á su madre, la buena Clara y Lotario, que lloraban junto á su lecho. Apenas abrió los ojos, su prometida fué la primera que le habló. «¡Ya estás salvado, querido Nataniel, le dijo, y gracias á nosotros no serás víctima de una cruel enfermedad!» «¡Clara, Clara!» murmuró el joven, paseando sobre todos los objetos una mirada de asombro, cual si quisiera evocar sus recuerdos. Segismundo, que no había querido adandonar á su amigo enfermo, entró en la habitación y le estrechó la mano. Algunos días de dulce convalecencia completaron la curación del estudiante, y cuando estuvo del todo restablecido, anunciáronle que un anciano tío, que durante su vida pareció siempre muy pobre, porque era muy avaro, acababa de morir, dejando á sus herederos una casa cerca de la ciudad, con un arca bastante repleta. Toda la familia se proponía ir á vivir allí tranquilamente; fijóse el día de la traslación, y antes de marchar se acordó hacer las compras necesarias para no volver á la ciudad en mucho tiempo.

—Nataniel—dijo Clara á su prometido—¿quieres que subamos al campanario para contemplar una vez más las montañas y los lejanos bosques?

Al joven le pareció buena la idea, y subieron solos, pues la anciana madre había vuelto á su casa, y Lotario, no queriendo cansarse en subir una escalera de trescientos peldaños, prefirió esperar al pie de la torre.

Los dos amantes, apoyados en la balaustrada del campanario, contemplaban absortos el poético espectáculo que se ofrecía á su vista; las copas de los grandes árboles ondeaban como las olas de un mar de verdura, y las montañas dibujábanse como siluetas de gigantescos fantasmas bajo el oscuro azul del cielo.

—¿Ves aquel arbusto que se agita allá abajo?—decía Clara;—diríase que viene hacia nosotros.

Nataniel, que no tenía la vista tan penetrante, buscó en su bolsillo el anteojo de Coppola; mas apenas lo hubo acercado á los ojos, saltó como un tigre profiriendo un grito ronco y feroz: Olimpia, es decir, su imagen, se le aparecía en el cristal del funesto anteojo. Nataniel sintió que se le trastornaba el cerebro; sus ojos se fijaron en Clara con siniestra expresión, y después, cogiendo á la joven con fuerza convulsiva, quiso arrojarla desde la plataforma, gritando:

—¡Maniquí, maniquí del infierno, vuelve al diablo que te creó!...

La pobre Clara, poseída de espanto, agarrábase á la barandilla con la energía de la desesperación, mientras que Lotario, oyendo por fortuna los gritos, y sospechando alguna desgracia, franqueaba presuroso la tortuosa escalera de la torre. Cuando llegó á la plataforma, su hermana, perdido ya el conocimiento, estaba suspendida sobre el abismo; de modo que Lotario apenas tuvo tiempo de retirar hacia atrás el cuerpo de Clara; y para que Nataniel soltara su presa, asestóle en la cabeza un golpe que le hizo dar vueltas como un trompo. Lotario bajó la escalera con su preciosa carga, y entre tanto Nataniel corría como un energúmeno al rededor de la plataforma dando saltos peligrosos y profiriendo aullidos salvajes, que muy pronto atrajeron á una multitud poseída de terror: en medio de los curiosos apareció de repente el abogado Coppelius, que acababa de entrar en la ciudad. Algunos hombres

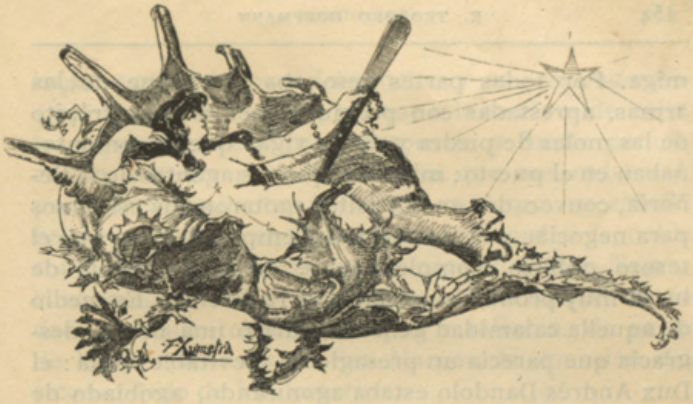
del pueblo quisieron subir á la torre á fin de apoderarse del loco, cuya exaltación hacía temblar á todos los espectadores.

—¡Bah, bah! —exclamó Coppelius—dejadle, que ya sabrá él bajar solo.

Y como mirase con la boca abierta las evoluciones del pobre Nataniel, este último, que acababa de inclinarse sobre la balaustrada, divisóle de pronto, le reconoció, y profiriendo una carcajada diabólica, precipitóse de cabeza...

Levantáronle destrozado, mientras que Coppelius se perdía entre la multitud. Algunos años después, Clara, que había abandonado la ciudad después de aquel desgraciado acontecimiento, hallábase en un país lejano, donde la encontró Segismundo, el amigo de Nataniel. Era todavía una mujer joven y hermosa, y estaba á la puerta de una casita de campo; cerca de ella, un hombre de fisonomía dulce y grave, estrechábale la mano mirándola con amor, y dos graciosos niños jugaban á sus pies sobre el césped esmaltado de flores.

ANNUNZIATA



ANNUNZIATA

PAGANINO Doria, uno de los mejores capitanes genoveses, acababa de alcanzar una sangrienta victoria sobre los venecianos, en el mes de Agosto de 1354, tomándoles la ciudad de Parenzo. Sus galeras triunfantes cruzaban el golfo, frente á Venecia, como esas aves de rapiña que con rápido vuelo hienden los aires, rasan las ondas y persiguen todo cuanto se presenta á su voracidad.

Para la reina del Adriático era aquel un día de luto y de consternación ; la nobleza y el pueblo esperaban los mayores desastres, y creíase que sólo un prodigio podía salvar á la república. Cuantos fueron capaces de llevar armas convocáronse en el puerto de San Nicolás; reuniéronse los barcos inútiles y se cortaron árboles seculares para formar barricadas, y doblároнse las cadenas que cerraban la entrada de las lagunas, á fin de oponer un fuerte obstáculo á la flota ene-

miga. Por todas partes resonaba el choque de las armas, aprestadas con premura, y el sordo estrépito de las moles de piedra y de las vigas que se amontonaban en el puerto; mientras que los agentes de la Señoría, convocados en el Rialto, agotaron sus esfuerzos para negociar á toda costa un empréstito, porque el tesoro público, completamente exhausto, había de hacer muy pronto imposible toda resistencia. En medio de aquella calamidad general ocurrió una nueva desgracia que parecía un presagio de inevitable ruina: el Dux Andrés Dandolo estaba agonizando, agobiado de pesar por los males de la patria. Cuando la campana de San Marcos anunció esta lúgubre noticia, el desaliento llegó á su colmo en la ciudad; los sitiados perdieron toda esperanza de salvación, como si el anciano Dux debiera llevarse á la tumba el Paladión de las libertades y del poderío de Venecia; y sin embargo, la pérdida de Dandolo no era irreparable, porque este Dux, amigo de la paz, y ya de edad avanzada, no podía presidir eficazmente las difíciles operaciones de un sitio. Era hombre nacido para hacer el bien; pero, poco capaz de grandes cosas, mejor sabía estudiar el curso de los astros que los manejos de la política, y era más apto para ordenar una procesión que para dirigir los movimientos de un ejército. Para la salvación de todos se debía elegir, pues, un Dux que fuese á la vez hombre de consejo y de acción, y que pudiera oponer á las amenazas del enemigo la autoridad de un nombre temible. Los patricios se reunieron en San Marcos para proceder á esta elección, y después de un largo y triste debate sobre las desgracias de la patria, el patricio más anciano, Marino Bodoeri, se levantó para tomar la palabra.

«No busquéis aquí, dijo á sus colegas, el salvador de la república, porque en este momento se halla en Francia, en Avignon: es Marino Faliero, nuestro em-

bajador cerca del papa Inocencio; y yo propongo elevarle al soberano poder, porque sólo en él reside nuestra esperanza; hábil para el consejo y fuerte para la acción, nos salvará de los peligros que nos rodean. A pesar de sus ochenta años, y por más que su cabello haya blanqueado en rudas fatigas, recordad la noble conducta que observó en otra época en el mar Negro, cuando era *proveedor* de las galeras de Venecia; recordad los eminentes servicios que le valieron, de parte de los *procuradores* de San Marcos, la donación del rico condado de Valdemarino.»

Este discurso de Bodoeri produjo una viva impresión en la Asamblea; el orador supo vencer hábilmente la oposición de algunos patricios; y Faliero fué nombrado por unanimidad. Las aclamaciones que saludaron la elección del nuevo Dux consideráronse como una garantía de éxito para el porvenir, como una verdadera inspiración del cielo; y muy pronto se olvidó el reinado paternal del difunto soberano, hasta por aquellos que más vivamente deploraban su pérdida. «Si hubiéramos tenido á Marino Faliero, decían algunos, los barcos de Paganino Doria no invadirían ahora nuestras playas.» Varios soldados inválidos recorrían la ciudad gritando: «¡Viva Marino Faliero, el vencedor de Morbassan!» Cada cual contaba á porfía alguna anécdota de la vida ó de las hazañas militares del nuevo Dux, y el entusiasmo llegó muy pronto á su colmo; por todas partes oíanse gritos de alegría y cantos de triunfo, como si la flota genovesa hubiera llenado ya con sus despojos la playa del Adriático.

Poco después, el regreso de las galeras venecianas, conducidas á Cerdeña por Nicolo Pisani, obligó á Doria á dejar su posición para evitar una sorpresa, y este incidente reanimó el valor de todos, pareciendo un feliz augurio para el reinado del nuevo Dux.—Doce patricios, escoltados por un séquito imponente, fueron al

punto en diputación á Verona, donde revistieron á Faliero de la púrpura ducal; y quince góndolas del Estado, mandadas por el Podestá de Chioggia y su hijo Tadeo Giustiniano, salieron al encuentro del Dux hasta Giozzo, á fin de conducirle con toda solemnidad á San Clemente, donde le esperaba el *Bucentauro*.

En el momento en que Marino Faliero se embarcaba, en la nóche del tercer día de Octubre de 1354, un pobre joven estaba echado junto á los pilares de mármol que sostienen el frontis de la Dogana; sólo cubrían su cuerpo algunos andrajos, restos al parecer de una casaca de marinero; pero á través de sus desgarrones reconocíase, por el blanco pecho del joven y sus delicadas manos, que debía pertenecer á alguna noble familia. Como estaba muy flaco, marcábase mejor la regularidad de sus formas; su cabello de color castaño formaba rizos sobre la frente; su nariz aguileña y el fino contorno de su boca indicaban que su miseria del momento debía ser resultado de alguna desgracia. Aquel joven estaba echado sobre las baldosas de la Dogana, con la cabeza apoyada en el brazo derecho; el izquierdo estaba envuelto en un vendaje manchado de sangre; y sus miradas fijábanse con expresión sombría en el mar.

Era la hora en que todos los trabajos cesan; el ruido del puerto y los gritos de los marineros extinguíanse gradualmente, y sólo se oía á lo lejos el rumor producido por las mil góndolas misteriosas que durante la noche pasean en todos sentidos los amores de Venecia. El pobre joven continuaba solo, con su dolor y sus padecimientos; sus fuerzas se agotaban por instantes, y ya iba á perder el conocimiento cuando una voz cascada y plañidera murmuró muy cerca de él:

—¡Anto-nio, querido Antonio!...

El interpelado levantó penosamente la cabeza, y ha-

ciendo un esfuerzo para mirar hacia la Dogana, contestó con apagada voz:

—¿Quién está ahí? ¿Quién me llama? ¿Es alguna persona caritativa que quiere arrojar mi cuerpo al agua, ya que voy á morir?

En aquel mismo instante, una anciana se acercó cojeando al herido, é inclinándose sobre él, murmuró con sardónica sonrisa:

—Joven loco, ¿quieres morir precisamente cuando te llega la felicidad? ¿ves allá abajo, en el horizonte, aquellas ondas de oro matizadas por la púrpura del cielo? Pues esa es la señal de tu fortuna. Valor, pues, Antonio; la inanición te hace creer que vas á morir sobre esas piedras; pero no será así; es preciso que comas, que bebas y te reanimes.

Antonio reconoció en la anciana á una mendiga medio loca á quien á menudo veía acurrucada á la puerta del claustro de los franciscanos, siempre con el sarcasmo ó la sonrisa en la boca, y á la cual había dado limosna más de una vez.

—Dejadme en paz, vieja bruja—contestó con impaciencia;—el hambre, más que mi herida, es la que me tiene tendido aquí como un perro, pues hace tres días que no gano con qué comprar un pedazo de pan; quería arrastrarme hasta el monasterio para pedir un poco de sopa de los pobres, pero ha pasado ya la hora de la distribución, y todos mis compañeros se han ido sin que ninguno tuviese la humanidad de recogerme en su barca. Mejor quiero morir que padecer más tiempo.

—¡Hi, hi, hi!—murmuró la vieja—¿por qué has de perder la esperanza? Dices que tienes sed y hambre; pues bien, aquí hay con qué satisfacer una y otra; come esos pececillos secos que acabo de comprar ahora en la Zecca; bebe la limonada que te traigo, y aquí tienes también pan tierno; toma todo esto, hijo mío, y cuando concluyas, procuraremos curar tu brazo herido.

Así diciendo, la anciana sacaba de un zurrón las provisiones que tan liberalmente ofrecía.

Cuando Antonio hubo refrescado sus ardientes labios, y comido con la mejor gana lo que su protectora acababa de darle, la anciana examinó la herida con tierna solicitud; el brazo estaba muy magullado, mas no era difícil la curación. La vieja practicó varias fricciones con un poco de ungüento que llevaba en una cajita, y continuando su conversación con Antonio, preguntóle:

—¿Quién te ha golpeado tan bárbaramente, hijo mío?

Antonio, que había cobrado un poco su vigor, levantóse al oir esta pregunta, y con la mirada ardiente y la mano derecha crispada, exclamó:

—¡Es Nicolás el marinero, que siempre tiene envidia de mí cuando alguna mano bienhechora me alarga una moneda! Ya sabes, buena mujer, que yo me ganaba la vida descargando fardos en el puerto y conduciéndolos después á los almacenes alemanes, en el *Fontego*.

Al oir la palabra Fontego, la anciana comenzó á sonreir, murmurando con extraña volubilidad:

—¡Fontego, Fontego, Fontego!

—¡Cállate y deja tu sonrisa estúpida si quieres que hable! — exclamó Antonio, golpeando el suelo con el pie.

La vieja se calló y el joven continuó diciendo:

—Había reunido ya algunos cuartos para comprar una casaca nueva, y muy satisfecho de verme un poco más decente, me contraté en el gremio de gondoleros. Como siempre estaba alegre y era robusto y activo, y sabía muchas coplas para divertir á mis pasajeros, diariamente recogía algunas monedas más que mis camaradas; pero muy pronto, envidiosos estos de mi bienestar, consiguieron indisponerme con el patrón de mi góndola y fuí despedido, viéndome obligado á desempeñar de nuevo el oficio de cargador. Ahora

bien, hace tres días que, hallándome cerca de San Sebastián, aquellos indignos compañeros la emprendieron conmigo á pedradas y á palos, cuando me ocupaba en descargar un barco; me defendí como un león; pero el cobarde Nicolás me asestó por la espalda un golpe con un remo, aunque por fortuna no hizo más que magullarme el brazo izquierdo... Ese ungüento con que me has friccionado me produce ya mucho alivio, y si Dios quiere, paréceme que pronto recobraré todo mi vigor.

Y como Antonio agitara su brazo en el aire con no poca satisfacción, haciendo después el movimiento propio para remar, la vieja le dijo con voz profética:

—¡Rema, hijo mío, rema sin temor, pues ya se acerca á ti la fortuna; el oro brilla en medio de los fulgores del sol poniente; rema una vez más, porque será la última!...

Antonio no escuchaba ya las exclamaciones de la vieja, porque en aquel momento ofrecíase á su vista un espectáculo magnífico: desde San Clemente, el *Bucentauro* avanzaba majestuoso como un gigantesco cisne, empavesado con el león adriático y cortando las olas bajo el esfuerzo de los remeros; al rededor, en el remolino de las ondas, saltaban mil góndolas adornadas con banderolas de todos colores; y el horizonte de las lagunas, abrasado por los esplendores del sol poniente, proyectaba sobre aquel animado cortejo y en los edificios de Venecia los últimos rayos del astro rey; pero mientras que Antonio, seducido por aquella visión maravillosa, olvidaba sus penas en medio de su muda contemplación, el fondo del cielo se enrojecía cada vez más, el viento arreciaba, y un trueno sordo anunciaba que la tempestad no tardaría en estallar. Poco después, una nube sombría, semejante á una inmensa cortina de plomo, se extendió por el cielo; las aguas del golfo se agitaron, y el *Bucentauro* gimió al primer

hálito de la tempestad, pareciendo que iba á ser absorbido de un momento á otro. A los alegres cantos que antes se oían, sucedíanse los gritos de terror de los marineros y del pueblo, que acudía presuroso á la playa.

Antonio seguía con ojo atento aquel desorden siempre creciente; pero de pronto hirió su oído un rumor de cadenas, y al volver la cabeza, vió que el huracán maltrataba á un bote amarrado en el muro: desatar la embarcación, empuñar los remos y lanzarla sobre las olas, fué para el joven marinero asunto de un instante. Los gritos de angustia llegaban á su oído cada vez más desgarradores: «¡Salvad al Dux, salvad al Dux!» decían, y por todas partes llegaban numerosas barquillas; pero sólo el hombre que al parecer debía naufragar, consiguió llegar al lugar del peligro; mientras que los esfuerzos combinados de la multitud eran infructuosos. La Providencia había elegido al pobre Antonio para salvar al Dux; y sólo su bote, bien gobernado á pesar de las enfurecidas olas que le asaltaban, ganó la proa del *Bucentauro*. Marino Faliero, de pie en el puente del buque, en una actitud tranquila y majestuosa, contemplaba con resignación el peligro, que iba en aumento de minuto en minuto; pero cuando Antonio arrojó su garfio de hierro para atracar al costado, el Dux recobró al parecer el vigor de su juventud, y saltó con tanta destreza como el más experto marinero. Antonio, orgulloso de llevar tan noble carga, enderezó el rumbo hacia la orilla, y condujo al futuro soberano sano y salvo hasta la plaza de San Marcos. El Dux, empapado todavía con el agua del mar, dirigióse á la iglesia, donde se terminaron las ceremonias de la coronación. El pueblo estaba poseído de espanto, así como la Señoría; todo el mundo buscaba vagos presagios en los incidentes de aquel día; y observóse particularmente que en la precipitación, in-

separable del desorden de semejante momento, el Dux había pasado entre las dos columnas que señalan el sitio de las ejecuciones sangrientas.

Nadie había pensado al parecer en el salvador del Dux; el mismo Antonio, rendido de cansancio, y padeciendo más que nunca por efecto de su herida mal cicatrizada, habíase retirado sin pensar en el premio que su abnegación merecía, y estaba echado, casi moribundo, en la escalinata del palacio ducal. Grande fué su sorpresa cuando, hacia la caída de la tarde, vió acercarse á él un guardia noble, que le condujo, aun vacilante, á las habitaciones del Dux. Marino Faliero le salió al encuentro, y entregándole dos bolsas bien repletas, le dijo:

—Amigo mío, hoy me has dado una prueba de que tienes valor y corazón, y como toda virtud merece su recompensa, espero que admitas estos tres mil cequíes; si quieres más, habla sin temor, pues nada puedo rehusarte; pero no vuelvas á presentarte jamás á mi vista.

Al pronunciar estas palabras, la fisonomía del anciano cambió del todo; sus ojos brillaron con sombrío fulgor, y su nariz se enrojeció; pero Antonio no se fijó en esta singularidad, pensando sólo, tanta era su alegría al verse poseedor de un pequeño tesoro, que le parecía muy bien ganado á costa de su vida.

Al día siguiente, Marino Faliero, revestido de la púrpura soberana y asomado al balcón de su palacio, contemplaba distraídamente al pueblo, entregado á las diversiones públicas. Bodoeri, su amigo de la infancia, estudiaba ansioso en su fisonomía las señales de un pesar secreto: en aquel momento estaban solos.

—Vamos, Faliero—díjole sonriendo para distraerle de su preocupación.—¿Cuál es la causa de la sombría tristeza que al parecer os agobia? ¿Será por ventura que la corona ducal os abrasa ya la frente?

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS.

Esta interpelación desagradó al Dux; pero no se le ocultaba que debía su elección á Bodoeri, y que la influencia de este patricio era inmensa, por lo cual, reprimiendo un arranque de mal humor, contestó que su preocupación no reconocía más causa que la urgencia de adoptar medidas para combatir al enemigo.

—Los detalles—repuso Bodoeri—no deben perturbar vuestra tranquilidad de espíritu, pues ahora se discutirá en el Senado el plan para defender la ciudad. No he venido temprano á visitaros para hablar de guerra, no; el asunto de que deseo hablaros sólo interesa á vos... ¿No lo adiviná is?... Vengo á proponeros un matrimonio...

—¿Un matrimonio? ¡Vaya una ocurrencia!—exclamó el Dux volviendo la espalda á su amigo.—El día de la Ascensión está lejos aún, y de aquí á entonces espero que, con ayuda de Dios, el Adriático, ilustrado por mis victorias, podrá recibir orgulloso mi anillo de boda.

—¿Y quién os habla—replicó Bodoeri con impaciencia—de las fiestas de la Ascensión y del misterioso matrimonio de los Dux con el Adriático? ¿Es la mar una esposa tan fiel, que podáis considerarla como único objeto de eternos amores? ¿No conocéis acaso sus perfidias? Á cada nuevo reinado recibe un anillo, cual tributo de esclavos que sucesivamente le pagan los soberanos de Venecia. Yo creía, Faliero, que una vez elevado á la cumbre del poder, elegiríais la más hermosa de las hijas de la tierra.

—¿A mi edad?—murmuró Faliero.—¿No veis que estoy quebrantado ya por los trabajos de la vida? Y por otra parte ¿cómo podría amar?...

—¡Cómo! ¿se ha de medir la vida por la suma de los años y por la grandiosidad de las obras llevadas á cabo? ¿Será posible que al Dux de Venecia le parezca pesado el acero en la mano, y que al subir la escalera

del palacio ducal haya sentido flaquear sus rodillas bajo el manto de lá púrpura ?...

—¿ Quién dice tal cosa ? —exclamó Faliero, alzando la voz. —¡ No; pongo por testigo á San Marcos de que no tengo el brazo más débil, ni el paso menos seguro que en mis mejores días !...

— En tal caso — repuso Bodoeri — aún es tiempo de recoger las más bellas flores de la vida: elevad al grado supremo á la mujer que yo os propondré, y toda Venecia aprobará vuestra elección...

Y aprovechando el momento en que el Dux se exaltaba á pesar de sus ochenta años, Bodoeri hizo el retrato más seductor de la joven á quien se refería, ensalzando sus perfecciones: sólo faltaba decir el nombre. Cada palabra producía su efecto; las facciones marchitas de Marino se dilataban, y sus labios se estremecían, como si en aquel momento hubiese bebido el más delicioso licor de Siracusa.

—¡ Hola, hola !—exclamó—¿Y quién es ese tesoro de belleza ?

— Es mi sobrinita — replicó Bodoeri;—de ella tengo el honor de hablar á Vuestra Gracia.

—¡Vuestra sobrina, Bodoeri ! Yo creí que estaba casada hace mucho tiempo con Bertuccio Nenolo, cuando yo era Podestá de Trevisa.

—Vuestra Gracia se refiere sin duda á mi sobrina Francisca; la joven que yo os propongo es su hija. Nenolo pereció en un combate naval; su desconsolada viuda se retiró á un claustro en Roma, y yo eduqué á su hija Annunziata en mi quinta de Trevisa, oculta á todas las miradas y en el retiro más completo. Es una hermosa joven, que apenas cuenta diez y nueve años, y que se recomienda tanto por las seducciones de la belleza como por el encanto de sus virtudes; será sumisa como una niña, y fiel como una esposa agradecida.

—¡Quiero verla, quiero verla !—interrumpió el Dux,

que mentalmente se retrató al punto con los más vivos colores la imagen de la hermosa Annunziata.

Algunas horas después, al salir del Consejo, Marino Faliero encontró á su paso á la maravillosa joven, en la cual cifraba Bodoeri todas sus esperanzas de alcanzar pronto el poder. El aspecto solo de Annunziata perturbó al Dux de tal modo, que sus labios no pudieron pronunciar más que algunas palabras sin ilación; mientras que la joven, aleccionada ya sin duda sobre la manera de conducirse ante el soberano, arrodillóse ruborizándose, y besó la mano que el Dux le presentaba, diciéndole con voz tan conmovida que apenas se la oyó:

—¿Se dignará Vuestra Gracia concederme el insigne honor de permitir que me siente á su lado en el trono ducal? Toda la vida de vuestra humilde servidora no bastaría para pagar semejante favor.

Marino Faliero se estremeció de placer al escuchar aquella voz celestial; el contacto de la mano de Annunziata produjo en sus nervios una sacudida eléctrica; parecióle que una nube velaba sus ojos, sus piernas flaquearon, retrocedió algunos pasos vacilante, como si estuviera ebrio, y dejóse caer en un gran sillón. Bodoeri, con la vista fija en el Dux, procuraba reprimir la risa que le causaba la situación lamentable de su anciano amigo, y desde luego comprendió todo cuanto podía esperar de aquel primer éxito. La inocente Annunziata, por su parte, no sospechaba que iba á ser vendida al anciano coronado. Ningún testigo presenciaba aquella escena. Faliero parecía reflexionar; sin duda pensaba que su unión con una joven de diez y nueve años le pondría en ridículo á los ojos del pueblo; pero el hábil Bodoeri le hizo varias observaciones, y ambos resolvieron, de común acuerdo, que el matrimonio se efectuara secretamente; Annunziata sería presentada á la nobleza y al pueblo como esposa

de Faliero desde hacía algunos años, aparentándose que llegaba de Trevisa, donde había vivido cuando el Dux era embajador en Avignon.

Dirijamos ahora una mirada á cierto joven lujosamente engalanado que se pasea en el Rialto, hablando con judíos, turcos, armenios y griegos; en su mano resuena una bolsa llena de monedas de oro; pero precoces arrugas surcan su frente, como si el dolor hubiese acibarado ya su existencia; va y viene de un lado á otro, detiénese á veces, y después prosigue su marcha con evidente inquietud. De pronto parece tomar una determinación; salta a una góndola y hace seña á los remeros para que le conduzcan á la plaza de San Marcos. Llegado aquí, comienza de nuevo á pasear, con los brazos cruzados sobre el pecho y fija la vista en tierra: en vano se entreabren las ventanas á su paso y oye murmurar dulces palabras; no ve ni oye nada, y prosigue su camino. ¿Quién podría reconocer en aquel joven al pobre Antonio, á quien dejamos herido y hambriento sobre las baldosas de la Dogana? Una voz bien conocida le saluda en el momento de pasar por delante del atrio de la iglesia de San Marcos; vuelve la cabeza y ve á la anciana que el día antes le predijo su feliz aventura; busca en su bolsa y hace ademán de sacar algunas monedas.

—¡Guarda tu oro!—exclama la mendiga—pues soy más rica que tú, hijo mío; pero si quieres obsequiarme, regálame una esclavina nueva que me preserve del viento y de la lluvia, y Dios te lo pague. Sólo te recomendaré que huyas del *Fontego*, y no lo olvides.

Antonio miraba con aire compasivo á la pobre mujer; su recomendación le pareció absurda, y para que no le molestase con su insistencia, comenzó á tratar de bruja y loca á la buena anciana. Al oir aquel ultraje, la infeliz cayó sobre la escalinata como herida del rayo, y el joven corrió á levantarla.

—¡Oh, hijo mío!—murmuraba con voz balbuciente —¿qué mal te he hecho para que me trates así? Si tú supieras...

La palabra espiró en sus labios, y ocultando el rostro entre los andrajos con que cubría su cuerpo, comenzó á sollozar. Antonio compadecióse de ella al verla así, hízola sentar en el pórtico de San Marcos, y colocándose á su lado le dijo:

—Buena mujer, á ti te debo mi felicidad, porque sin tu auxilio no hubiera salvado al Dux ni ganado tampoco los tres mil cequíes; pero prescindiendo de este servicio, debo confesar que me inspiras un interés irresistible, tanto que, cuando trabajaba en el puerto, ganando á duras penas el pan de cada día, creía cometer una falta si dejaba de darte la limosna una sola noche.

—¡Oh hijo mío, Tonino de mi alma!—exclamó la anciana—bien sé yo por qué experimentas ese afecto, contra el cual lucharías en vano; pero dime ¿no tienes recuerdo alguno de una vida más feliz? ¿Ejercías en tu infancia el oficio de faquín?

—¿Por qué recordar el pasado?—repuso Antonio.—Mis padres eran ricos, pero no recuerdo sus semblantes ni el acontecimiento que nos separó; y hablábanme en una lengua extranjera, que también he olvidado. Cuando yo era marinero en las lagunas, mis camaradas decían, para burlarse de mí, que parecía un alemán; pero ¿qué me importa el país donde nací, si he perdido la esperanza de encontrar á mi familia? He conservado, no obstante, un vago recuerdo del día en que fuí secuestrado: la noche estaba tempestuosa y sombría; un grito de dolor y desesperación me despertó sobresaltado; toda la casa parecía trastornada; las puertas se abrían y cerraban con estrépito; una mujer que velaba junto á mi cuna arrollóme en una sábana y huyó; y á este último detalle síguese un in-

menso vacío en mis recuerdos. Más tarde hallábame en un brillante palacio, en un país nuevo: el hombre á quien me hacían llamar padre tenía el aspecto majestuoso como un príncipe; hablaba italiano, y yo aprendí á tartamudear esta lengua. Cierto día que se hallaba ausente, algunos hombres de mala traza llegaron hasta mí. «—¿Qué haces en esta casa? me preguntó uno de ellos.—Soy Antonio, les contesté, hijo del señor á quien pertenece este palacio.» Aquellos bandidos me despojaron de mi rico traje, y sacándome fuera de la casa, amenazáronme con matarme á golpes si volvían á encontrarme. A corta distancia del palacio encontré uno de nuestros criados, y el buen hombre, cogiéndome en brazos, me dijo: «Ven, hijo mío; ya no hay para ti en el mundo ni felicidad ni bienestar; pero yo veré si con mi trabajo puedo ganar un pedazo de pan, y lo partiré contigo.» Después me condujo á su casa, pero pronto eché de ver que no era tan pobre como aparentaba, pues en el forro de su traje desgarrado ví algunas monedas de oro; y en vez de trabajar como un mísero jornalero, iba todos los días al Rialto á contratar negocios con los judíos y otros traficantes extranjeros. Yo iba siempre con él, porque me había mandado que le siguiese como su sombra; y cada vez que hacía algún negocio pedía una gratificación para su *figliuolo*, como él me llamaba. Mi belleza física inducía con frecuencia á los compradores á dar alguna moneda, que mi protector guardaba alegremente en su escarcela, diciéndome con el tono más cariñoso que iba á vestirme de pies á cabeza. El traje nuevo no llegaba nunca; pero yo no me creía muy desgraciado en compañía del anciano Blaunas. Por desgracia, estábanme reservados nuevos infortunios. ¿Te acuerdas tú, buena mujer, de aquel espantoso terremoto que hace siete años estuvo á punto de reducir á toda Venecia á un montón de escombros? Apenas tuvimos

tiempo Blaunas y yo de salir de nuestra casa, que se derrumbó detrás de nosotros. Aquella catástrofe mató al comercio; los mercaderes desaparecieron; la ciudad quedó sumida en el luto y la consternación; pero este terrible golpe no fué sino precursor de una calamidad más terrible. La peste se propagaba desde Oriente á Sicilia con espantosa rapidez, y hacía ya estragos en Toscana. Cierto día que el anciano Blaunas acababa de arreglar dificultosamente cierto negocio con un armenio, pidióle, según su costumbre, la pequeña gratificación *per il figliuolo;* aquel hombre, especie de Hércules, velludo como un oso, fijó en mí una mirada penetrante, abrazóme y me deslizó en la mano dos cequíes, los cuales guardé cuidadosamente. Cuando volvíamos á la plaza de San Marcos, el viejo Blaunas me pidió las monedas, pero yo le contesté que las guardaría, pues el armenio las había dado sólo para mí. Blaunas se enojó, y á medida que se animaba observé que su rostro se cubría de grandes manchas de color amarillo lívido, y que su lengua, entorpecida, pronunciaba palabras incoherentes. Apenas llegamos á la plaza de San Marcos, sobrecogióle un vértigo, sus piernas flaquearon, cerráronse sus ojos, y cayó muerto al pie de la escalera del palacio ducal. Precipitéme desesperado sobre su cuerpo inerte; los transeúntes se detuvieron al oir mis gritos; pero como en medio de la multitud exclamara alguno:—¡Es un apestado!—todos huyeron poseídos de terror, dejándome solo y privado de conocimiento sobre aquel cadáver. Cuando recobré el uso de mis sentidos hallémе en una gran sala abovedada, echado sobre unas esteras y apenas cubierto con un pedazo de manta; acá y allá veíanse en el suelo unas treinta personas moribundas; pregunté dónde estaba y qué se quería hacer conmigo, á lo cual contestáronme que unos caritativos monjes que salían de San Marcos, me habían conducido en

góndola al convento de San-Giorgio-Maggiore, donde los benedictinos tenían un hospicio. Mi situación era lamentable; me costó sumo trabajo concentrar mis pensamientos; y desde aquella época ya no recuerdo nada, bien porque no supiera nada positivo sobre mi origen, ó ya porque la peste paralizara mi memoria.

—¡Pobre Tonino!—exclamó la anciana conmovida—no pienses ya en el pasado; conténtate, si puedes, con el bienestar que la casualidad te depara.

—¡Ay de mí!—murmuró Antonio—quisiera hacerlo así, pero es inútil, porque en mí se agita algo que más pronto ó más tarde ejercerá en mi porvenir una influencia fatal; siéntome dominado por un deseo que eleva mi alma á través de regiones desconocidas; y ni puedo explicármele ni sustraerme á él. Cuando vivía con el penoso trabajo diario, érame fácil conciliar el sueño por la noche; me dormía después de haber rezado una oración y reposaba tranquilo; pero desde que puedo vivir ocioso, la vida aislada es para mí un suplicio; recuerdo vagamente la felicidad que rodeaba mi cuna, y me contrista mi impotencia al ver que no me es posible hallar ningún vestigio de mi pasado.

Antonio se calló; un suspiro ahogado dilató su pecho, inclinó la cabeza, como para ocultar la ardiente lágrima que abrasó su mejilla. La anciana mendiga de San Marcos, que había escuchado el relato con muestras de la más evidente agitación, exclamó de pronto:

—¡Joven loco! no vayas á dejar ahora la felicidad por el sueño... ¡Infeliz de aquel que desea demasiado!...

Al pronunciar estas palabras, se levantó de repente, entregóse á un acceso de hilaridad frenética, y comenzó á brincar en el pórtico de la iglesia, profiriendo ligeros gritos agudos. Algunos devotos que entraban en el templo arrojaron á sus pies algunas monedas, pero la anciana no las recogió, y adelantándose hacia el joven, díjole:

—Tonino, condúceme hacia el mar.

Antonio obedeció maquinalmente, cogió á la anciana del brazo, y los dos cruzaron la plaza poco á poco.

—Tonino—decía la anciana de vez en cuando, con voz grave y ronca—¿no ves manchas de sangre en el suelo?... ¡Sí, sangre es... sangre negra por todas partes! Pero ¡no temas nada, muchacho, hi, hi, hi, pues de esa sangre brotarán rosas encarnadas para hacerte la corona del desposorio!... ¿No ves allá abajo avanzar por las sendas del cielo una blanca visión de amor que te sonríe, abriendo los brazos para enlazarte como una guirnalda de lirios? ¡Esperanza y valor, Tonino! A la hora de ponerse el sol recogerás olorosos mirtos para adornar el seno de tu amada; pero los mirtos cogidos á esa hora no florecen hasta la media noche..... ¡Escucha, escucha! ¿No es ya el viento de la noche, ó la brisa nocturna la que acaricia el aire en la velada de amor, junto á las olas adormecidas?... ¡Valor, mi Tonino, valor!

Salmodiando así, la anciana había recobrado una fuerza sobrenatural y arrastraba al joven con paso rápido hacia el mar: cuando hubieron llegado á la inmediación de la columna que ostenta el león adriático, Antonio, fatigado ya por la exaltación siempre creciente de su singular compañera, y observando que excitaba la curiosidad de los transeúntes, detúvose bruscamente, y le dijo:

—Bastante tiempo he escuchado tus locas palabras y tus inexplicables enigmas; te he prometido una esclavina nueva y bastantes cequíes para que vivas largo tiempo sin mendigar: te cumpliré mi palabra, pero ahora déjame ya.

Antonio hizo ademán para alejarse con paso rápido; pero la anciana le retuvo, exclamando con acento suplicante:

—¡Un momento más, y otra mirada, si no quieres que á tu presencia me arroje al mar!

El joven se detuvo; en sus labios vagaba una sonrisa desdeñosa, y sus facciones expresaban el cansancio.

—Siéntate junto á mí—prosiguió la anciana—pues voy á revelarte un secreto.

Antonio obedeció, volviendo la espalda á su compañera.

—Tonino—prosiguió esta última—cuando me miras fijamente ¿no sientes renacer en tu memoria ninguna vaga reminiscencia de otro tiempo?

—Cien veces te he repetido—replicó el joven—que á pesar mío me atraía algo hacia ti con irresistible fuerza; mas al mirar tus ojos extraviados, tu nariz ganchuda, tus mejillas violáceas y toda tu persona hedionda y decrépita, me inclinaría á creer que eres un mal genio empeñado en perseguirme.

—¡Gran Dios! ¿Cómo es posible que puedas pensar una cosa tan atroz?... ¡Tonino, la mujer que velaba junto á tu cuna, la misma que te llevó en sus brazos durante aquella noche terrible, la que te salvó la vida con peligro de la suya era yo, Tonino!

—¿Tú?—exclamó Antonio—¿Crees tú, maldita vieja, que te has de burlar siempre de mi credulidad? Esa mujer de la cual conservo un vago recuerdo, era hermosa y joven... y no puedes ser tú.

—¡Dios del cielo! ¿seré desgraciada hasta el punto de que se me rechace así? ¡Santa Madona! ¿No haréis un milagro para que mi Tonino crea en las palabras de su fiel Margarita?

—¡Margarita!—repitió Antonio, llevándose una mano á la frente como para evocar un recuerdo...—Este nombre acaricia mi oído como el eco de un canto perdido en el espacio... ¡Margarita!... pero no. ¡Es imposible!

La anciana se mostró esta vez tranquila al observar

la ansiedad de Antonio, y continuó hablando, con la vista fija en el suelo, y cruzadas las manos sobre su muleta.

—Tonino—dijo—tú no eres de Venecia; tu madre murió al darte el sér; tu padre, rico mercader de Augsburgo, abandonó su patria, donde no quería vivir después de la pérdida de su adorada esposa, y vino á fijarse en Venecia, donde yo fuí tu nodriza. Después del suceso de aquella noche fatal, que te dejó sin padre, tuve la suerte de salvarte; un patricio de Venecia te recogió, y en cuanto á mí, quedé sola y sin recursos. Sin embargo, gracias á mi padre, que había pasado su vida dedicado al estudio de las ciencias ocultas, conocía las propiedades secretas de las plantas y de los brebajes maravillosos; y el cielo, que me destinaba tal vez á ser algún día instrumento de sus inexcrutables decretos, agregó á mis conocimientos maravillosos el dón de leer en el porvenir. Con frecuencia veo agitarse, como en una media tinta, las imágenes del futuro; y la fuerza sobrenatural que en tales instantes me domina, oblígame á expresarme en un lenguaje extraño, cuyo sentido no puedo yo misma comprender siempre. Obedeciendo á la voluntad misteriosa que me impelía, ejercí mi arte en un barrio retirado de Venecia; algunas curaciones extraordinarias bastaron para que adquiriese en poco tiempo mucha reputación, y llegué á tener tantos envidiosos como admiradores. Los charlatanes que vendían mis drogas en la plaza de San Marcos, en el Rialto y en la Zecca pretendieron que estaba en relaciones con el diablo, y el pueblo, dispuesto á creerlo todo, se amotinó contra mí. La Inquisición intervino; sometiéronme á los más espantosos tormentos para arrancarme la confesión de crímenes de que era inocente; dislocáronme todo el cuerpo con inusitado refinamiento de crueldad; mis cabellos blanquearon, y casi perdí toda forma humana. Esos

monstruos me volvieron loca en nombre del Dios que pretendían vengar, y después, cuando ya no fuí en sus manos más que un esqueleto vivo, cuando me hubieron reducido á su antojo al estado de cadáver ambulante, condenáronme á la hoguera. En la víspera del suplicio, el terremoto redujo á escombros mi prisión, y huí como un espectro á través de las ruinas de palacios derrumbados. No es la vejez ni la decrepitud las que me han conducido á semejante estado; lo que me desfiguró fué el tormento; y á él debo también esos accesos de locura que inspiran más horror que compasión... Y ahora, Tonino, ¿rehusarás creerme? ¿No tendrás una palabra compasiva para la infeliz Margarita?...

—¡Pobre mujer!—exclamó Antonio;—sí, algo me dice que has hablado la verdad; pero es preciso que me digas cuanto sepas de mi padre. ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué acontecimientos nos han separado? Puesto que sabes leer en el secreto del porvenir, quiero que me dés á conocer también esa influencia que domina mi vida y me abruma sin cesar... Habla pues, Margarita, porque ardo en deseos de saberlo todo...

—Más tarde, Tonino, más tarde—murmuró la anciana;—mas por lo pronto, si quieres evitar una irreparable desgracia, y si crees en mi palabra, no vayas al *Fontego*...

Al oir estas palabras, impacientado el joven, levantóse de pronto, exclamando:

—Ya veo que has perdido el juicio, y á fe que al escucharte soy tan loco como tú. Te daré una esclavina nueva y te llenaré ambas manos de monedas de oro; pero al menos no me molestes más con tus historias...

Algún tiempo después hízose público en toda la ciudad el casamiento del Dux con la hermosa Annunzia-

ta: aquel anciano decrépito, adornado con su corona, ofrecía un singular contraste con la delicada joven que la ambición de Bodoeri le había entregado. Todas las seducciones de la magnificencia rodeaban á la encantadora doncella; pero fuera de estos esplendores, que acariciaban dulcemente sus deseos de niña, el matrimonio seguía velado para ella por un púdico misterio; amaba al Dux con respeto, con veneración, y no sospechaba aún que pudiese existir en el mundo otro sentimiento. Los jóvenes patricios de Venecia, convidados á las fiestas del palacio ducal, disputábanse sus miradas y sonrisas, y todos los días tributábanla nuevos homenajes: la joven miraba y sonreía, pero su corazón continuaba mudo. Aquellos nobles ociosos, sin embargo, no se desanimaban, esperando que el tiempo triunfaría de aquella frialdad. Ninguno de ellos amó á la hermosa Annunziata con el apasionado entusiasmo de Miguel Steno, el más poderoso de todos, pues á pesar de su edad, formaba parte del consejo de los Cuarenta, y su empleo le enorgullecía, haciéndole concebir muchas esperanzas. Marino Faliero no se mostraba celoso, y aun después de su casamiento parecía haber perdido algo de su rudeza y austeridad de otra época. Veíasele á menudo sentado junto á su joven esposa, que lucía sus más ricas galas; la sonrisa vagaba siempre en sus labios, sus palabras eran afables, y concedía con singular facilidad cuantas gracias le pedían. Aquel anciano sin fuerza no se parecía ya al vencedor de Morbassan, que en un acceso de cólera no temió dar un bofetón al obispo de Trevisa; y este súbito cambio de carácter favorecía los proyectos de Miguel Steno. Annunziata no se explicaba el objeto de las galanterías del joven y brillante señor, y manteníase fría é impasible; mas Steno, desesperando al fin del buen éxito de su intriga por los medios ordinarios, resolvió asegurar la victoria apelando á los más culpa-

bles artificios: corrompió á fuerza de oro á una camarista que no se separaba nunca de la hermosa joven, y obtuvo una llave de las habitaciones secretas de Annunziata; pero Dios velaba por ella.

Cierta noche el Dux recibió un parte anunciándole que Nicolo Pisani había sufrido una derrota cerca de Portolongo batiéndose contra Doria: Marino Faliero, presa de la mayor inquietud, paseábase tristemente sin poder conciliar el sueño, cuando de pronto divisó una sombra que se deslizaba por la parte del palacio donde su esposa habitaba: era Miguel Steno que salía furtivamente de la habitación de Annunziata. Una idea horrible cruzó por la mente del Dux, y sin vacilar precipitóse contra el joven caballero, armada la diestra con un puñal; pero Steno, más fuerte y ágil que el anciano, derribóle en tierra y desapareció en la sombra. El Dux se dirigió rápidamente á la habitación de Annunziata: todo estaba tranquilo y silencioso como una tumba; llama con fuerza, le abren al punto, y Faliero ve á una persona extraña, una mujer que no estaba al servicio particular de su esposa.

—¿Qué viene á mandarme mi señor á estas horas? —preguntó Annunziata despertándose.

En aquella voz no hay la menor emoción; el Dux se acerca á la joven, y levantando las manos al cielo, exclama:

—¡No, no, es imposible!

—¿Qué queréis decir? ¿Qué significa esta agitación? —exclama Annunziata, á quien aquellas palabras hacen temblar.

—¿Quién os ha dado orden de venir aquí, y por qué no se halla Luísa en su puesto?—pregunta el Dux á la camarista, sin responder á su esposa.

—Monseñor—contesta la joven—Luísa me rogó que ocupase su lugar esta noche, y ahora debe estar en la habitación contigua á la escalera.

—¿Junto á la escalera?—exclama el Dux con alegría.

Y con rápido paso dirígese á la estancia que le indican.

Al oir repetidos golpes en su puerta, Luisa no puede menos de abrir, cae de rodillas á los pies de Marino Faliero y confiesa su falta, la cual le es además imposible negar, porque sobre la mesa hay un par de guantes de hombre perfumados, y con cifra de Miguel Steno. El Dux, contrariado al ver comprometida su gravedad por sus inútiles celos, escribió al imprudente patricio, prohibiéndole bajo pena de destierro que se presentase en el palacio ducal, ni siquiera en sus alrededores.

Miguel Steno, al verse descubierto, no pudo dudar que había caído en desgracia, y jurando vengarse terriblemente, comenzó por hacer circular rumores injuriosos sobre la virtud de Annunziata. Estas calumnias llegaron muy pronto á oídos de Marino Faliero, y su impotencia para castigar al miserable que manchaba en la sombra el honor de su corona, el pesar que le producía su crítica posición ante el pueblo, siempre dispuesto á ridiculizarlo todo, y por último, los celos, agriaron su caracter. Muy pronto relegó á su joven esposa á las habitaciones más retiradas de palacio, rodeóla de espías y de vigilantes, y la prohibió toda comunicación con lo exterior. Noticioso Bodoeri de aquellas rigurosas medidas, trató de atraer al Dux á sentimientos más humanos; pero Marino Faliero se mostró insensible.

Sin embargo la época del carnaval se aproximaba. Desde tiempo inmemorial es costumbre que el Dux y su esposa vayan á presidir las fiestas populares y las diversiones de la multitud; Bodoeri quiso aprovecharse de esta circunstancia, y representó á Marino Faliero el ridículo que sobre él recaería si sus insensatos

celos privaban á Venecia de la presencia de su joven soberana.

—¡Cómo!—contestó gravemente el Dux—¿pensáis por ventura que me haya reducido á ocultar á mi esposa y que no pueda, cuando me plazca, defenderla con mi antiguo acero? Desde mañana la presentaré en público en la plaza de San Marcos; quiero que toda Venecia salude con aplausos á su bella soberana; quiero que Annunziata reciba por sí misma el ramo del intrépido marinero que debe lanzarse hacia ella desde las alturas, en medio de la fiesta del jueves lardero.

El Dux se refería á una antigua costumbre nacional: en dicho día, el más audaz de los hijos del pueblo se introduce en una especie de esquife sostenido de un cable; una extremidad de éste se sujeta en el campanario de San Marcos, y la otra sumérgese en el mar; el hombre se desliza desde aquella altura como una flecha hasta la plaza, donde están sentados el Dux y su esposa, y ofrece á esta última un magnífico ramo de flores.

Al día siguiente, Marino Faliero quiso cumplir la promesa que había hecho á Bodoeri, y el cortejo del soberano se dirigió con gran pompa á la plaza de San Marcos, pasando entre una multitud inmensa. Los chuscos de la ciudad aguzaron su ingenio para hacer mil alusiones picantes sobre los ilustres esposos; y hasta los cortesanos se permitieron la crítica; pero el Dux cerró los oídos á todo y supo mantenerse impasible.

En el momento en que Annunziata franqueaba la puerta del palacio, un joven que estaba en pie, apoyado contra una columna, profirió un grito y cayó desmayado en tierra; la multitud le rodeó presurosa, y la esposa del Dux no pudo verle, pero aquel grito había atravesado su corazón como un hierro candente, tanto, que palideció y estuvo á punto de caer también.

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS.
BARCELONA

El Dux frunció el entrecejo, y rehusando el auxilio que se quería prodigar á su joven esposa, llevóla en brazos hasta sus habitaciones.

Á las puertas del palacio ocurrió otra escena: algunos hombres del pueblo se disponían á transportar al joven que parecía muerto, cuando una anciana, abriéndose paso á duras penas entre los grupos de curiosos, llegó hasta cerca de él.

—¡Dios mío!—exclamó—¡dejad á ese joven; os digo que le dejéis, pues no está muerto!

Y arrodillándose á su lado, atrájole hacia sí y comenzó á friccionarle, pronunciando las palabras más cariñosas. Los que contemplaban aquella escena no podían menos de experimentar un sentimiento de repugnancia ante aquella anciana decrépita y asquerosa, inclinada con la mayor solicitud sobre el pálido semblante del gallardo joven; al ver sus andrajos en contacto con el rico traje del desconocido, y sus brazos de esqueleto, lívidos, huesosos y llenos de cicatrices tocando el pecho y la frente del mancebo, notables por su blancura, hubiérase dicho que la muerte en persona había venido para apoderarse de su presa.

Cuando el joven entreabrió los ojos, algunas personas ayudaron á transportarle á una góndola; la anciana tomó asiento á su lado y ordenó á los remeros que se dirigieran hacia la morada de Antonio (pues el lector habrá reconocido ya á nuestro héroe), y la anciana no era otra que la mendiga del atrio de los franciscanos.

Cuando Antonio recobró los sentidos, vió al pie de su lecho á la anciana Margarita, que acababa de verter en sus labios algunas gotas de un elíxir precioso; fijó en ella una triste mirada, y murmuró al fin con voz lenta y balbuciente:

—¡Gracias, Margarita; gracias, fiel amiga! Por tu abnegación comprendo que me has dicho la verdad.

ANNUNZIATA

Ahora lo sé todo. ¡La he visto! ¡Era ella! El pasado de mi vida se me ha revelado de pronto como en un sueño. Dime, Margarita, ¿no es Bertuccio Nenolo el célebre marino que me educaba como hijo adoptivo en su quinta de Trevisa?

—¡Sí, sí!—contestó la anciana.—Era Bertuccio Nenolo, que sucumbió en una batalla después de haberse cubierto de gloria.

—Escucha—replicó Antonio—y no me interrumpas. Yo estaba en casa de Bertuccio Nenolo, que me cuidaba como si fuese mi padre; detras de la casa había un pinar, y complacíame mucho recorrerle, aspirando sus fuertes emanaciones. Cierta noche, cansado de saltar y correr entre los floridos brezos, me había echado á la sombra de un árbol corpulento, y admiraba, entregado á una profunda meditación, las magnificencias del sol poniente. Poco á poco, los fuertes perfumes me sumieron en una especie de letargo, del que me despertó un ruido que se oía entre la yerba; púseme en pie de un salto, y ví un ángel que me dijo con voz celestial: «¡Pobre joven! duermes muy tranquilo é indiferente, cuando la muerte está á tu lado!» En el mismo instante llamóme la atención una pequeña serpiente negra cuya cabeza acababa de aplastar el celestial mensajero con una rama de nogal. Entonces me arrodillé ante el ángel, que sonreía siempre, y le dije: «¡Bendito seas tú, espíritu del cielo, á quien Dios ha enviado para salvarme!»—«No, pobre niño—replicó aquel sér adorable—yo no soy un ángel, sino una joven como tú.» Al oir estas palabras mi respeto se convirtió en emoción; un fuego secreto enardeció mi sangre; nuestros brazos se abrieron, y en la embriaguez de un prolongado beso nuestras almas se mezclaron en medio de lágrimas y suspiros; pero de repente resonó en el bosque una voz argentina que gritaba: «¡Annunziata, Annunziata!» «Es preciso que

nos separemos—dijo la joven estremeciéndose—porque mi madre me llama.» Estas palabras me produjeron cierta angustia que me oprimió el corazón y quise abrazar una vez más á la joven; mas la voz argentina repitió de nuevo: «¡Annunziata!» y mi salvadora desapareció. Desde aquel día, Margarita, el amor depositó su primer germen en el fondo de mi corazón; es un fuego que se alimentaba secretamente y que ahora me abrasa como un incendio. Pocos días después de aquel encuentro fuí arrancado de la casa de Bertuccio Nenolo; el anciano Blaunas me aseguró que aquella angélica visión era la hija de Nenolo; Annunziata fué conducida un día á la quinta de Trevisa por su madre Francisca y volvió á marchar al día siguiente. ¡Oh Margarita! que Dios me proteja. ¡Esa Annunziata que yo amo con delirio es la esposa del Dux!

Al llegar aquí, la emoción ahogó la voz de Antonio, que volvió á caer en su lecho sollozando.

—¡Pobre Tonino!—replicó la anciana.—Ten valor; es preciso luchar esta vez contra esta dolorosa locura. Y además, ¿por qué desesperar? ¿No se desarrollan hasta lo infinito para los amantes las flores de oro de la esperanza? ¿Quién puede saber lo que nos traerá el día de mañana? ¡Cuántas veces las ilusiones soñadas se han convertido en realidades! ¡Cuántas veces el castillo fantástico mecido por las nubes, tomó tierra y se convirtió en una mole de granito! Escúchame, Tonino, y acuérdate de mi predicción: ¡la blanca bandera del amor se ha desplegado sobre las olas y avanza á tu encuentro! ¡Paciencia, hijo mío, paciencia!...

La buena Margarita se esforzaba así para mitigar un poco la pena del desconsolado Antonio; sus afectuosas palabras eran para él como una dulce música, y no quiso ya separarse de la anciana.

Desde aquel día, la mendiga del atrio de los Franciscanos fué la preceptora de Antonio; un traje de ma-

trona sustituyó á los andrajos, y Margarita se pavoneaba con orgullo siempre que debía cruzar la plaza de San Marcos para evacuar sus diligencias.

El jueves lardero llegó por fin, el último y mejor día del Carnaval de Venecia; en medio de la plaza de San Marcos habíanse preparado fuegos artificiales por un griego muy sabio en el arte tan poco conocido aún de la pirotecnia; y á la caída de la tarde, Faliero condujo á su esposa al trono levantado para ella en uno de los terrados del palacio ducal. La maravillosa belleza de Annunziata sedujo á cuantos la vieron, y fué el asunto de todas las conversaciones. En el momento en que el Dux iba á sentarse, divisó á Miguel Steno, de pie, apoyado contra una columna á pocos pasos de él, altiva la frente y fija la mirada en Annunziata, con una singular expresión de odio y de deseos. Faliero dió orden para que se retirase de aquel sitio, y Steno le dirigió una mirada amenazadora; pero los guardias se lo llevaron al punto, obligándole á salir del palacio.

Volvamos ahora á nuestro héroe Antonio. El pobre joven, huyendo de la multitud, recorrió tristemente la orilla del mar, y preguntábase á cada momento si no sería mejor terminar sus días que vivir sin consuelo ni esperanza. Acababa de llegar á la extremidad del muelle, á un sitio donde el agua era negra y profunda, cuando una voz le gritó alegremente:

—¡Bien venido, compadre Antonio!

Era Pedro el marinero, uno de los antiguos compañeros del joven: este personaje iba muy engalanado con una casaca nueva adornada de trenzas de todos colores; llevaba el sombrero muy brillante á fuerza de oropeles, y tenía en la mano un enorme ramo de flores.

—¿Qué buena fortuna te trae por aquí?—preguntó el joven—¿has de conducir por ventura esta noche á algún rico señor por las lagunas?

Por toda respuesta, Pedro hizo una cabriola en su esquife, y después dijo alegremente:

—Yo soy el que esta noche hará el peligroso viaje por el cable que baja desde la torre de San Marcos; yo soy quien ofrecerá de aquí á un momento á la bella esposa del Dux el ramo de flores.

—¡Bah!—repuso Antonio—¡Vaya una ocurrencia! ¿Por qué te has de exponer en esta ocasión á romperte los huesos?

Al decir estas palabras, el esquife había llegado junto á la máquina, delante del cable que se sumergía en el agua.

—Compañero—añadió Antonio con aire pensativo—¿no te agradaría más ganar un buen puñado de cequíes sin arriesgar tus huesos en tan loca aventura?...

—¡Sí, ciertamente que sí!—exclamó Pedro—mas ya ves que es preciso ganar el pan.

—Pues bien—prosiguió Antonio, entregándole su bolsa;—toma este oro, dame tu traje de marinero y vête. Yo soy quien hará la fantástica excursión.

—¡Mil gracias!—contestó el gondolero;—ahora conozco que sois un rico señor y vuestra generosidad me conmueve; agrádame el oro, y este me parece de muy buena ley; pero ¿creéis que la satisfacción de ofrecer á la esposa del Dux este ramo de flores, y de contemplar sus encantos, oyendo su dulce voz, se puede pagar con nada? ¿Quién no arriesgaría por esto mil veces su vida? Preciso era que fuérais vos para que yo consintiese en cederos esta satisfacción.

—¡Apresurémonos pues!—interrumpió Antonio.

En un momento se cambiaron los trajes, y apenas acababa Antonio de vestirse, hízose en la torre de San Marcos la señal de la ascensión.

—¡En marcha, y buena suerte!—gritó Pedro á su antiguo amigo, que debía ocupar su puesto en la barquilla suspendida. En el mismo instante, brillaron en

la superficie del mar mil relámpagos de todos colores, y ruidosas y repetidas detonaciones despertaron todos los ecos. El intrépido Antonio atravesó el diluvio de llamas, y llegado á la cima de la torre introdújose en la barquilla, tocó un resorte y bajó con la rapidez del rayo hasta el nivel del terrado, á dos pasos de la esposa del Dux. Ninguna palabra podría expresar lo que en aquel momento pasó en su alma ; al ofrecer el ramo á la hermosa Annunziata ésta se levantó, murmurando algunas dulces palabras; pero el esquife continuó su curso, deslizándose á lo largo del cable, y fué á depositar á nuestro héroe, más muerto que vivo, en la barca de Pedro.

Cuando terminaban los fuegos artificiales, el Dux, inclinándose en su sillón, recogió á sus pies un billete sin nombre, en el cual vió escritas estas palabras: «El Dux Faliero se ha casado con una hermosa mujer; pero otros la poseen también.» El rostro del anciano se enrojeció de cólera al leer estas frases, y juró en alta voz que descubriría y castigaría sin piedad al insolente autor de tan sangrienta injuria. Apenas formulada esta amenaza, y como dirigiese á su alrededor miradas furiosas, divisó otra vez á Miguel Steno, que parecía escarnecerle en medio de la multitud. «¡Que detengan á ese hombre, gritó; solamente él puede ser el culpable!» Un murmullo de descontento circuló en la multitud cuando los esbirros ejecutaron aquella orden; el pueblo y los patricios protestaron contra aquel acto despótico que condenaba á un hombre por una simple sospecha; los senadores abandonaron su puesto; y únicamente Marino Bodoeri comenzó á recorrer los grupos del pueblo, procurando explicar la orden dada por el soberano, y haciendo recaer toda la culpa en Miguel Steno. Este era, efectivamente, el autor del anónimo, y él quien lo había dejado caer expresamente al pie del sillón ducal. El Consejo de los Diez, á quien

se confiara la misión de castigar el atentado, transfirió sus atribuciones al Consejo de los Cuarenta, al que Steno pertenecía; y el fallo de este tribunal condenó al culpable á un mes de destierro. Este castigo, casi irrisorio por lo indulgente, atendida la gravedad de la falta, debió hacer presumir á Marino Faliero que la nobleza llevaría poco á poco hasta el extremo sus pretensiones y su audacia.

Algunos días después, Antonio reflexionaba tristemente en su fatal amor, y la anciana Margarita hacía inútiles esfuerzos para distraerle de aquel pensamiento fijo que le consumía como la fiebre. Cierto día entró en la casa poseída de uno de aquellos accesos á que estaba sujeta; reanimó los restos del fuego, que se apagaba, colocó sobre un trípode una vasija de bronce llena de toda especie de composiciones vegetales, y activó su ebullición, profiriendo las carcajadas de costumbre.

—Tonino, querido Tonino—exclamó al fin, cuando le faltaron ya las fuerzas—¿podrías tú adivinar de dónde vengo?

El joven la miró fijamente sin contestar.

—Tonino—prosiguió Margarita—acabo de verla; hace poco estaba á su lado, y he podido hablar con la hermosa Annunziata.

—¿Quieres hacerme perder la poca razón que me queda?—exclamó Antonio.

—Te traigo, por el contrario, la felicidad y la esperanza—replicó Margarita.—Escucha, hijo mío: hace un momento compraba yo frutas en la Piazetta, cuando de pronto oí voces confusas que referían un accidente ocurrido á la esposa del Dux; una voz decía: «Un escorpión la ha picado en el brazo derecho, y la herida no dejará de ser peligrosa; mi amo, el sabio doctor Giovanni Basseggio, ha ido á ver á la paciente, y sin duda habrá practicado ya la amputación del

miembro.» En el interior del palacio se oyó después un estrépito espantoso, abrióse una puerta, y todos se pasaron de mano en mano un enanito de la más horrible fealdad que se puede imaginar; los guardias le arrojaron como una pelota por la escalera; y los transeúntes, atraídos por aquella escena, formaron círculo al rededor del pobre enano, lleno de contusiones y aturdido por su caída. En el mismo instante, y con un movimiento rápido como el rayo, el hombre que acababa de explicar el accidente se precipita sobre aquel extraño sér, le recoge, envuélvele en una punta de su capa y se dirige corriendo hacia el mar, donde le esperaba una góndola que se alejó al punto de la orilla. El enano no era otro sino el pequeño doctor Giovanni Basseggio, cuya consulta, según parece, no había sido aceptada por el Dux. En cuanto á mí, querido Tonino, he vuelto á casa sin perder un minuto; he puesto á cocer las drogas cuyo secreto poseo, y he llevado el remedio de Annunziata al palacio ducal. Cuando llegué, introdujéronme hasta la habitación de la hermosa enferma, que echada sobre unos cojines, no hacía más que repetir con su dulce voz: «¡Estoy envenenada; voy á morir!...» Después de consolarla y animarla, apliqué á la herida mi ungüento milagroso, y en el mismo instante manifestóse el alivio. El Dux, transportado de alegría, llename las manos de monedas de oro, diciéndome: «¡Tu fortuna está hecha si salvas á mi esposa!» Y saliendo de la habitación, nos deja solas á las dos. Annunziata cede poco á poco á la influencia de un sueño dulce y reparador; duerme por espacio de tres horas con la mayor tranquilidad; y apenas despierta, aplico otra vez el remedio. La joven fija en mí una mirada radiante de alegría, y yo la digo con voz cariñosa:

—Querida princesa, Dios debía sin duda salvaros, porque no deja nunca sin recompensa una buena acción, y yo sé que en otro tiempo vos preservasteis á un

pobre joven de la mortal picadura de una serpiente.

Al oir estas palabras, su rostro se iluminó.

—Buena anciana—me dijo—¿cómo podéis saber?... Ya me acuerdo... era un hermoso muchacho.

—Pues ese muchacho—repliqué yo, sin poder resistir á mi primer impulso—existe aún y está en Venecia; hállase cerca de aquí, sólo piensa en vos, y sólo de vos habla, porque sois el único objeto de su amor; él es quien, para volver á veros una vez más de cerca, emprendió la peligrosa ascensión del jueves; él es quien os ofreció el ramo...

—¡Ah!—exclamó Annunziata—mis presentimientos no me habían engañado; adiviné que era él por mi turbación cuando, inclinándose ante mí, pronunció mi nombre en voz tan baja, que nadie pudo oirle. Buena anciana, ¿sabes dónde está ese joven? Necesito verle y hablarle; corre y tráele á mi presencia.

Al oir estas últimas palabras, Antonio se estremeció como si hubiese circulado por su cuerpo una corriente eléctrica.

—¡Señor—exclamó levantando las manos al cielo—Señor, líbrame de todo mal hasta que haya vuelto á verla, aunque sólo sea una sola vez para estrecharla contra mi corazón! Después me será la muerte más dulce, y habré vivido lo bastante, puesto que el destino nos separa para siempre.

El pobre joven, loco de alegría y de impaciencia, deseaba que la anciana Margarita le condujese al punto al palacio ducal, y no le costó poco á la anciana hacerle comprender que aquella visita era imposible, porque el Dux entraba de hora en hora en la habitación de Annunziata, para observar con tierna solicitud los progresos de su curación.

Transcurrieron aún varios días durante los cuales el restablecimiento de la bella Annunziata continuó su curso; la anciana iba diariamente al palacio, mas no

le era posible introducir al joven Antonio, quien se consolaba haciendo repetir á Margarita cien veces sus conversaciones con la esposa del Dux, pues se hablaba de él. Una vez enterado de todo, iba a vagar por la orilla de las lagunas, devorando su pena y su angustia; pero aquellas excursiones solitarias fatigaban su cuerpo, sin calmar el fuego de su pasión ni disminuir su inquietud; de modo que todas las tardes pasaba las horas meditando en la escalera del palacio ducal donde habitaba la dama de sus pensamientos.

Una tarde, á la hora en que el sol poniente ilumina con sus rayos de oro la púrpura del firmamento, Pedro el gondolero cantaba, apoyado contra un pilar del Puente de los Suspiros. Su embarcación, amarrada en un anillo de hierro, balanceábase graciosamente con sus brillantes banderolas, agitadas por la fresca brisa. Aquella bonita góndola, adornada con particular esmero, parecía una copia en miniatura del famoso *Bucentauro*, el barco de honor; y Pedro cantaba, mirando distraído las ondas, cuando divisó á pocos pasos á su amigo de otro tiempo, Antonio, más triste y sombrío que nunca.

—¡Hola! maese Antonio—gritó el gondolero—Dios quiera que volváis á estar alegre, pues los cequíes que me disteis me han traído suerte, según podéis ver.

Antonio le preguntó á qué feliz casualidad debía el hallarse tan bien vestido y dueño de una góndola cuya posesión hubieran envidiado las más opulentas damas de Venecia. Pedro se apresuró á notificar á su antiguo amigo que tenía el honor de conducir casi todas las noches al Dux y á su esposa á la Giudecca, donde Faliero había mandado construir una magnífica quinta de recreo.

—Amigo mío—dijo Antonio—hazme otro favor y te daré tanto oro como la primera vez; sólo quiero que

esta noche me dejes ocupar tu puesto para conducir al Dux á la Giudecca.

—¡Imposible!—contestó Pedro—el Dux me conoce y no lo permitirá.

Y como Antonio, dominado por su pasión, insistiese con singular perseverancia, el marinero comenzó á reirse, diciendo:

—¡Ah, maese Antonio, estáis enamorado de los ojos de ángel de la princesa!

Después de discutir un poco, y para conciliar sus deberes con el interés que tenía en servir á su antiguo compañero, Pedro consintió en dejarle permanecer á su lado para remar, y se convino en que se excusaría con Faliero, alegando una súbita indisposición, lo cual explicaría la presencia de un desconocido. Antonio se arregló muy pronto su traje de marinero y disfrazó sus facciones con un enorme bigote postizo. Apenas terminada esta operación, volviendo á reunirse con su amigo, vió llegar al Dux acompañado de Annunziata.

—¿Quién es ese hombre?—preguntó Faliero.

Pedro se excusó lo mejor que pudo, alegando que, á causa de un súbito malestar no podría conducir él mismo la góndola; y el Dux, seguro de que el nuevo auxiliar sería bien conocido de su compañero, consintió en admitirle.

Antonio creía estar en la puerta del cielo; sólo el roce del vestido de la hermosa joven le embriagaba; respiraba el mismo aire, veíala y la oía; pero dominaba sus sensaciones, conservando casi siempre la vista baja, á la vez que remaba con un vigor desesperado, para alejar por la fatiga física los peligros de una exaltación á la cual temía no poder resistir largo tiempo. El anciano Dux, sentado junto á su esposa, prodigábale las más tiernas caricias; y cuando la góndola hubo llegado al centro del puerto, á un sitio desde donde se

desarrollaban como un grandioso panorama los más suntuosos edificios de Venecia, Faliero, levantando con orgullo su cabeza blanqueada por los años, dijo á la princesa:

—¡Amada mía, todos esos esplendores te pertenecen! ¿No es muy grato vagar así sobre las tranquilas ondas con el señor del mar? Escucha ese dulce murmullo de las aguas, semejante al canto de amor con que el Adriático saluda el paso de su prometida; sí, encantadora Annunziata, tú llevas en el dedo mi anillo de boda; pero las aguas que ahora nos conducen, conservan en su seno otro como prenda de mi soberanía.

Cuando el Dux acababa de pronunciar estas palabras, una voz lejana cantó la siguiente estrofa:

Ah! senza amare,
andare sul mare,
col sposo del mare,
non può consolare (1).

Otras voces se unieron en coro con la primera; después la canción se extinguió gradualmente, mezclándose con los suspiros de la brisa nocturna. El anciano Faliero no pareció comprender las palabras de aquella estrofa, y explicaba á la joven el origen y los detalles de la ceremonia del día de la Ascensión.

El Dux enumeraba las victorias de la república veneciana; refería la conquista de Istria y de Dalmacia por Pedro Orseolo II, con el cual se relaciona la ceremonia de los desposorios del mar; pero Annunziata no le escuchaba; con la vista fija en las olas, parecía buscar alguna cosa en el horizonte, y sólo oía el murmu-

(1) ¡Ah, bogar sobre las olas con el prometido del mar, no puede consolar á un corazón sin amor!

llo de las aguas, que parecían repetir la copla misteriosa de la canción de los gondoleros. *Senza amare— senza amare — non può consolare;* y las lágrimas se deslizaban bajo sus párpados velados, dilatándose su hermoso seno por una inexplicable emoción. El Dux proseguía sus relatos sin ver nada; y así llegaron á la quinta de Giudecca. Annunziata, sin poder ocultar sus lágrimas, no tenía ya miradas ni pensamiento. En aquel instante, otra góndola tocó en la orilla; en ella iba Bodoeri; los otros pasajeros eran mercaderes, artistas y gente del pueblo, y todos se dirigieron hacia el palacio en pos del Dux.

El día siguiente pareció interminable para Antonio; había sabido por Margarita que Annunziata estaba triste, y que conocedora de su disfraz de la víspera, suplicábale que no tratara de volver á verla y se alejase de Venecia. Esta noticia fué un rayo para nuestro héroe; su espíritu se exaltó, los temores y peligros desaparecieron para él; quiso ver á la hermosa Annunziata, confesarle todo, y morir á sus pies. Á la caída de la tarde salió de su casa, y poco después deslizábase en el palacio ducal; pero cuando subía sin ruido por la escalera de honor, vió de pronto una viva claridad, y antes de que pudiese huir ú ocultarse, divisó á Marino Bodoeri seguido de algunos lacayos que le alumbraban con hachas.

Bodoeri, fijando una mirada en Antonio, hízole seña para que le siguiese, y el joven, creyéndose descubierto, dejóse conducir sin murmurar una queja. Llegados á una sala retirada, Bodoeri se detuvo, abrazó á Antonio, dióle gracias por su puntualidad, y le habló de un puesto peligroso que sería preciso defender aquella misma noche. El joven creyó soñar, pero recobrado de su primera sorpresa, las palabras de Bodoeri le iniciaron en el secreto de una vasta conspiración, cuyo jefe era el Dux en persona, y que debía estallar á las

pocas horas, según el plan convenido con Faliero. El objeto de aquella trama era aniquilar á la nobleza y conferir al Dux el título de capitán general de la república de Venecia. Antonio miraba fijamente á Bodoeri, y como no contestaba nada á sus revelaciones, el patricio gritó furioso:

—¡Cobarde! no saldrás de aquí, quien quiera que seas, hasta que yo sepa tu resolución. Prepárate á morir por nuestra seguridad, ó á tomar las armas para servirnos; pero ante todo mira á ese hombre...

A una señal de Bodoeri, Antonio fijó sus miradas en el fondo de la habitación: en la parte más oscura de ella veíase en pie á un hombre de facciones sombrías, pero que revelaban nobleza, y apenas le hubo divisado Antonio, cayó de rodillas, y tendiendo los brazos, exclamó:

—¡Vos sois mi padre adoptivo! ¡Vos sois Bertuccio Nenolo, mi bienhechor!

—Sí—contestó Nenolo, estrechando contra su corazón al joven;—sí, yo soy Bertuccio, á quien creías perdido para siempre. Acabo de escapar de las cadenas del fiero Morbassan, y vengo á consagrar las fuerzas que conservo á la liberación de mi patria. Antonio, si no quieres empuñar las armas contra los nobles que oprimen á Venecia por sus exacciones de todo género, vé al patio del Fontego, y allí verás, escrito con manchas de sangre, el asesinato de tu padre, inmolado por los nobles. Cuando la Señoría alquilaba á los mercaderes alemanes el sitio llamado Fontego, los inquilinos no podían llevarse las llaves de sus almacenes cuando les era preciso viajar; y tu padre había pagado una considerable multa por la infracción de esta ley; pero no se limitó á esto la persecución de que fué objeto por parte del *Fondegaro;* al volver, la justicia visitó sus depósitos, y hallóse en ellos un cajón de moneda falsa de Venecia, oculta allí por traición cuando estaba ausente.

DANIEL CORTEZO Y CA EDITORES
CALLE DE FALLARS.
BARCELONA

te. Este solo hecho, y del que tu desgraciado padre no se pudo justificar sino por inútiles juramentos, pareció suficiente para condenarle á la pena capital; la inicua sentencia se ejecutó en medio del Fontego; y yo, el último amigo de tu padre, el único que se ha conservado fiel á su memoria, te recogí y he ocultado hasta ahora el nombre de tu familia. ¡Levántate ahora, Antonio Dalburger, levántate y ven á vengar la sangre de tu padre!...

Antonio juró que su venganza sería inexorable.

A consecuencia de una disputa, el jefe de la marina, Dandolo, había levantado la mano contra Bertuccio Nenolo, y éste se vengaba tomando parte en una conspiración que se había organizado secretamente contra los nobles. Nenolo y Bodoeri se valían de su crédito para elevar á Faliero al poder absoluto, esperando recibir una gran parte de los beneficios. Todo estaba previsto en el plan de ataque: una falsa alarma debía hacer creer en un momento dado que la flota genovesa entraba en las lagunas; y á favor del desorden que produciría esta noticia, propagada por la noche en la ciudad, los conjurados se apoderarían del campanario de San Marcos para tocar á rebato. La lucha se empeñaría en todos los puntos; tomados los puestos, se sacrificaría á sus defensores; ni un solo noble debía escapar de la matanza, y el Dux subiría al poder absoluto por una escalera de cadáveres.

Pero entre los conjurados se habían introducido, como sucede casi siempre en casos semejantes, algunos traidores; y el consejo de los Diez, avisado á tiempo, vigilaba los conciliábulos. Un traficante en pieles de Pisa, Venciano, queriendo salvar á su amigo Nicolo Leoni, individuo de dicho consejo, dió á conocer el plan de la conspiración; el consejo se reunió en San Salvador y adoptó las medidas necesarias para la seguridad de Venecia.

Antonio se había encargado de hacer tocar las campanas de San Marcos; mas al llegar á la torre, encontróla custodiada por tropas que pusieron en fuga á sus compañeros, y á duras penas pudo escapar él mismo á favor de la oscuridad. Detrás de él corría sin aliento un hombre, que al principio tomó por enemigo, pero era el fiel Pedro.

—Amigo mío—dijo al joven—no puedes perder un solo minuto si quieres salvarte. ¡Salta á mi góndola, todo está perdido! ¡Bodoeri y Nenolo se hallan ya cargados de cadenas; el palacio ducal ha sido bloqueado, y los mismos guardias del Dux le tienen prisionero!

Antonio se dejó llevar: oyéronse algunos gritos lejanos y ruido de armas, y á esto siguió un silencio de muerte: aquella revolución había durado una hora. Cuando el alba despuntó, el pueblo pudo presenciar, al despertarse, un lúgubre espectáculo.

El consejo de los Diez había juzgado y hecho ejecutar sus sentencias aquella misma noche; los jefes de la conjuración estaban ahorcados, y sus cadáveres se balanceaban, pendientes del hierro de los balcones de la Piazetta, frente al palacio ducal: entre ellos se podía reconocer á Bertuccio Nenolo y á Marino Bodoeri. . .

. . . . . .

Dos días después, el Dux Marino Faliero moría decapitado en el peldaño más alto de la escalera de los Gigantes. . . . . .

. . . . . .

Antonio Dalburger había escapado milagrosamente de aquellas terribles represalias, y durante largo tiempo anduvo errante por la ciudad consternada, como un hombre privado de razón: no recobró su inteligencia ni se dió cuenta de lo que pasaba hasta que vió saltar sobre las baldosas de mármol la cabeza del anciano Dux.

—¡Annunziata!—exclamó poseído de terror; y co-

rriendo hacia el palacio, franqueó después las galerías como un loco y abrió todas las puertas sin encontrar obstaculo alguno. En su camino encontró, como un presagio fatal, á la anciana Margarita, afligida y llorosa; ambos se dirigieron á la habitación de la esposa del Dux, y encontraron á la bella Annunziata tendida en el suelo sin conocimiento. Antonio la levantó con la mayor solicitud, y cuando abrió los ojos, su primera mirada reveló á la vez el amor y el espanto.

—¡Oh! ¡huyamos, amor mio—exclamó Antonio—huyamos de esta ciudad sangrienta!

Margarita propuso buscar un asilo en Chiezza, donde se cambiaría de camino para volver á Alemania, patria de Antonio. El buen Pedro buscó la barca.

Al cerrar la noche, Annunziata, cubierta con un largo velo, salió furtivamente del palacio, seguida de su amante y de la fiel Margarita, que llevaba oculto un cofrecillo lleno de oro y de alhajas. Sin hallar obstáculo llegaron hasta la embarcación; Antonio empuñó los remos, y la hizo avanzar rápidamente. La luna, saliendo en aquel momento de entre las nubes, iluminó con sus amorosos reflejos la espuma de las olas, cual si quisiera favorecer á los fugitivos.

Apenas estuvo la embarcación en alta mar, el cielo se cubrió de pronto de negras nubes, que el viento norte impelía con furia al través del espacio; y en el horror de las tinieblas, en medio de los mugidos de la tempestad, los fugitivos corrían de abismo en abismo. La anciana Margarita oraba fervorosamente; Antonio, no pudiendo resistir al embate de las olas, dejó caer los remos, cogió en brazos á su amada, pálida y moribunda, y estrechóla contra su corazón.

—¡Antonio!

—¡Annunziata!

Estos fueron los últimos gritos humanos que se mezclaron con la tempestad.

F. Xumetra

Las olas, cada vez más embravecidas, saltaban hasta el cielo; de pronto se entreabrieron, y ahogaron en fatal abrazo á los dos amantes, ya que no los podían separar; el abismo volvió á cerrarse como una inmensa tumba, y durante toda aquella noche los lúgubres gemidos de la tempestad fueron como los funerales del Dux decapitado.

Entre los cuadros más notables expuestos en 1816 en el museo de Berlín, figuraba un magnífico lienzo del pintor C. Kolbe, individuo de la Academia de Bellas artes, en el cual se fijaban todas las miradas.

Este cuadro representaba á un Dux y su esposa, vestidos con la mayor magnificencia y de pie en un balcón del palacio ducal; las facciones del primero, venerable anciano, con su luenga barba plateada, distinguíanse por una mezcla de orgullo y de bondad, de energía y de timidez; mientras que el rostro de la joven princesa tenía cierta expresión melancólica. Detrás de estos dos personajes, un hombre y una mujer abrían un parasol; á un lado, un joven se apoyaba contra la balaustrada, y soplaba en una concha marina; y en el mar, que bañaba el pie del balcón, balanceábase graciosamente una góndola, en cuyo pabellón de terciopelo ostentábase el escudo de Venecia bordado en oro. En último término agrupábanse los edificios de la ciudad en rica perspectiva; y en el marco dorado del lienzo leíanse las siguientes palabras:

¡Ah! senza amare,
Andare sul mare,
Col sposo del mare,
Non può consolare.

Los curiosos que contemplaban aquella pintura preguntábanse si el artista había querido reproducir un hecho y personajes históricos, ó si su hermosa creación era sólo hija de su fantasía. Un hombre de aspecto grave se acercó a un grupo en que la discusión se animaba, y dijo con acento solemne:

—Señores, á veces sucede que un artista traslada al lienzo su inspiración tal como el cielo se la envía; después, cuando ha concluído su obra, el asunto que representa puede no ser á los ojos de algunos más que una vaga concepción poética; pero á los de otros, reproduce un hecho ó una escena de la vida ó de la historia. Acaso el mismo Kolbe ignore que ese cuadro recuerda con notable exactitud al Dux Marino Faliero y á su esposa, la infeliz Annunziata.

Al oir estas palabras, y como guardase silencio, los que le escuchaban rogáronle que refiriese alguna cosa de aquella historia; volvió á tomar la palabra y refirió los acontecimientos que acabamos de narrar.

Cuando terminó su relato, los que le habían escuchado permanecieron largo tiempo inmóviles ante la obra maestra de Kolbe: el pensamiento del pintor se había revelado en toda su fuerza. Ese cuadro es una página histórica que evocará mejor que un poema el melancólico recuerdo de Annunziata.

BIBLIOTECA

LA PUERTA TAPIADA

LA PUERTA TAPIADA

I

AÚN se pueden ver junto á las solitarias orillas de cierto lago del Norte, las ruinas de un antiguo castillo conocido con el nombre de R...sitten; áridos brezos salvajes le rodean por todos lados; una extensión de agua profunda y tranquila, de color plomizo, limita el horizonte por una parte, y por la otra divísase un vasto pinar, cuyos árboles seculares, vistos á través de la bruma, parecen con sus negras ramas una legión de espectros alargando sus descarnados brazos. El cielo tiene allí siempre un cariz sombrío y melancólico, y sólo se ven aves de aspecto fúnebre; pero un cuarto de legua más allá de este triste paisaje todo cambia, y el viajero divisa de pronto un alegre pueblecillo en medio de floridas praderas; en su extremidad hay un bosque, y á corta

distancia de éste enséñanse los cimientos de cierto castillo que uno de los señores de R...sitten se proponía erigir en aquel oasis. Sus herederos renunciaron á continuar las obras comenzadas, y el barón Roderico de R, resignándose á compartir con las aves nocturnas el castillo patrimonial, no se ocupó en llevar á cabo la construcción de la morada de recreo proyectada por sus antecesores. Habíase limitado á reparar las partes más ruinosas del viejo castillo, para albergarse lo mejor posible con algunos criados tan taciturnos y poco comunicativos como su señor; pasaba el tiempo cabalgando por las orillas del lago, y rara vez se presentaba en el pueblo, donde tan solo su nombre servía para amedrentar á los niños. En la torre del vigía, Roderico había mandado construir una especie de mirador, y allí depositó todos los instrumentos de astronomía conocidos entonces. Á menudo pasaba días y noches en compañía de un anciano intendente que participaba de todas sus extravagancias. En el país se aseguraba que Roderico poseía grandes conocimientos en todo lo referente á la magia, y algunos llegaban hasta á decir que se le había expulsado de Curlandia por tener abiertamente relaciones ilícitas con el espíritu maligno.

Roderico profesaba un cariño supersticioso á la mansión señorial de su familia, y tuvo la idea de constituir la propiedad en mayorazgo para devolverle su importancia; pero ni Huberto, hijo del barón, ni el dueño actual del mayorazgo, que tenía el mismo nombre de su abuelo Roderico, se avinieron á seguir el ejemplo de su pariente, y en vez de residir como él en las ruinas de R...sitten, habíanse trasladado á sus dominios de Curlandia, donde el género de vida era más cómodo y menos triste.

El barón Roderico tenía á su cuidado dos hermanas de su padre, á las cuales daba hospitalidad; esas dos

damas tenían á su servicio una mujer anciana, y todas tres se habían albergado en un ala del castillo. Las cocinas estaban en el piso bajo, y una especie de palomar ruinoso servía de habitación á un viejo cazador que hacía las veces de guardián; los demás criados se alojaban en el pueblo con el intendente. Todos los años, hacia fines del otoño, interrumpíase el lúgubre silencio que pesaba sobre el castillo como una losa de plomo; las trahillas de perros atronaban con sus ladridos el patio de aquella triste mansión, y los amigos de Roderico tomaban parte alegremente en las cacerías con que se les obsequiaba, pues podían matar muchos lobos y jabalíes. La fiesta duraba seis semanas, y en este tiempo el castillo parecía una posada abierta para cuantos pedían hospitalidad. Por lo demás, el barón Roderico no descuidaba nunca sus deberes de soberano; dispensaba justicia á sus vasallos, y secundábale en esa parte de sus atribuciones el abogado V***, en cuya familia se había conferido siempre al jefe, de padre á hijo y desde tiempo inmemorial, el cargo de Justicia de R...sitten.

En el año 179..., el digno abogado, cuya venerable cabeza contaba ya más de sesenta inviernos, díjome cierto día con una sonrisa bonachona:

—Primo (yo era su sobrino, pero me llamaba primo porque teníamos el mismo nombre de pila), tengo deseos de llevarte á R...sitten; el viento del Norte, el frío de las aguas y las primeras heladas comunicarán á tus órganos un poco de vigor; y una vez allí, podrás prestarme más de un servicio redactando los informes judiciales, cuyo número aumenta más y más cada año; al mismo tiempo aprenderás á cazar, lo cual será para ti un recreo agradable.

Sólo Dios sabe cuánto me regocijó esta proposición. Al día siguiente viajábamos ya en una buena berlina, bien abrigados con espesas pieles, recorriendo un país

que cada vez era más agreste según avanzábamos hacia el Norte, á través de montañas cubiertas de nieve y de interminables pinares. Durante el viaje, mi tío me refirió varias anécdotas de la vida del barón Roderico; hablóme de las costumbres y aventuras del antiguo soberano de R...sitten, y se quejó de que el barón, joven que había tenido siempre un carácter dulce y la salud muy delicada, se hubiese aficionado á un género de vida salvaje. Por lo demás, advirtióme que podía estar en el castillo á mis anchas, y me describió el alojamiento que ocuparíamos, el cual comunicaba por un lado con la antigua sala de audiencias del señor, y por el otro con la habitación de las dos damas de quienes he hablado. Á cosa de media noche llegamos al territorio de R...sitten.

El pueblo estaba de fiesta: en la casa del intendente, iluminada de arriba abajo, resonaba la música del baile, y la única posada de la localidad estaba llena de alegres convidados. Muy pronto penetramos en el camino, ya casi impracticable y oculto bajo la nieve; el viento arremolinaba las aguas del lago y hacía crugir con siniestro rumor las ramas de los pinos; en medio de una especie de inmenso sudario destacábase la silueta del castillo, y en su interior reinaba un silencio de muerte; de sus ventanas en forma de troneras no salía la menor claridad.

—¡Hola, Franz, hola!—gritaba mi tío—abre pronto, porque la nieve nos hiela y necesitamos un buen fuego para reanimar las fuerzas...

Un perro mastín contestó primero al llamamiento; después oímos que alguien se movía; el reflejo de una antorcha disipó las sombras; varias llaves rechinaron en sus cerraduras, y el anciano Franz nos saludó diciendo:

—Guárdeos Dios, señor Justicia; sed bien venido; este tiempo es infernal.

Franz, vistiendo la librea, demasiado ancha para su flaco cuerpo, tenía una figura de las más grotescas en aquel instante; la expresión de sus facciones, surcadas de arrugas, era verdaderamente estúpida, pero su fealdad podía echarse en olvido gracias á su amable acogida.

—Mi digno señor—dijo Franz—no ha preparado nada para recibiros; las habitaciones están heladas y las camas no se han arreglado; el viento penetra por todas partes á través de los cristales rotos, y no se puede estar aquí ni aun con fuego...

—¡Cómo se entiende, bergante!—exclamó mi tío sacudiendo la nieve adherida á sus pieles.—Tú eres el guardián de esta barraca y debías prepararlo todo en tiempo oportuno. ¿Quieres decir que mi cuarto está inhabitable?

—Así es poco más ó menos—replicó Franz inclinándose profundamente, sin duda porque yo acababa de estornudar;—la habitación del señor Justicia está ahora llena de escombros, porque hace tres días que el suelo de la sala de audiencias se hundió por efecto de una sacudida espantosa.

Mi tío iba á renegar como un condenado, pero contúvose de pronto, volvióse hacia mí tapándose las orejas con su gorro de piel de zorra, y me dijo:

—Primo mío, nos arreglaremos como mejor podamos, pero ante todo te ruego que no hagas pregunta alguna sobre ese maldito castillo, pues tal vez nos dijeran cosas cien veces peores que las que acabamos de oir.

—Muy bien—prosiguió dirigiéndose de nuevo á Franz—¿no podrías prepararnos cualquier otra habitación?

—Nos hemos anticipado á vuestros deseos—replicó vivamente el anciano servidor.

Así diciendo, nos hizo seña para que le siguiéramos,

y condújonos por una empinada escalera á una galería, donde la luz del hacha que Franz llevaba comunicó á los menores objetos fantásticas formas. Llegados á la extremidad de aquel largo pasadizo, que tenía muchas vueltas y numerosos ángulos, Franz nos hizo cruzar por varias salas húmedas sin mueble alguno; después abrió la última puerta y nos introdujo en un salón, donde se oía chisporrotear el fuego en una inmensa chimenea. Esto me puso de buen humor; pero mi tío, deteniéndose en medio de la habitación, paseó á su alrededor una mirada inquieta y preguntó con voz grave, casi temblorosa:

—¿Es por ventura esta sala la que ha de servir en adelante para las recepciones?

Franz se adelantó hacia el fondo de la estancia como si no hubiera oído, y al resplandor de la luz distinguimos en la pared un espacio blanco cuya forma y dimensiones indicaban una puerta tapiada.

El fiel servidor se apresuraba á preparar todo cuanto necesitábamos; muy pronto puso los cubiertos en la mesa, y después de cenar bastante bien, mi tío hizo arder el contenido de una ponchera, muy propio para hacernos conciliar el sueño. Terminado su servicio, Franz se retiró discretamente: la luz de dos bujías y el resplandor del fuego ya moribundo iluminaban de mil caprichosas maneras los adornos góticos de la sala donde nos hallábamos; los cuadros que cubrían las paredes representaban cacerías y escenas belicosas, y los vacilantes fulgores del fuego parecían comunicar vida y movimiento á todas aquellas pinturas, entre las cuales fijé la atención en varios retratos de familia de tamaño natural, que sin duda representaban á los individuos más notables de la familia de R... sitten. La vacilante luz de las bujías hacía resaltar más el espacio blanco de la pared, que al entrar habíamos observado: yo supuse tan sólo que allí debía haber en otro tiempo

una puerta de comunicación, que se condenaría más tarde sin tomarse nadie la molestia de ocultar aquel trabajo de albañilería con una capa de pintura semejante á la de la habitación. Prescindiendo de esto, mi espíritu se inclinaba en aquel momento más en favor de los sueños que de las realidades, y así es que poblé al punto el castillo de apariciones extraordinarias, figurándome que ya las tenía. La casualidad quiso que encontrase en un bolsillo una obrita que en aquella época solían llevar siempre los jóvenes, titulada *El Visionario* de Schiller, cuya lectura aumentó la actividad de mi imaginación. Ya estaba medio alucinado por el conjunto de aquella sala, cuando me pareció oir pasos ligeros, como de una persona que cruzase por la estancia; escucho atentamente, y percibo un gemido sordo, que se repite después de un intervalo de silencio; un momento después, figúrome que arañan detrás del espacio blanco que parece una puerta condenada... —No hay duda; es algún pobre animal que está encerrado allí, y pienso que el ruido cesará si golpeo el suelo con el pie, ó que el prisionero dejará oir su voz con más fuerza; pero ¡oh terror! el sér desconocido sigue arañando al parecer con más rabia. Mi sangre se hiela en las venas, asáltanme las ideas más extravagantes, y quedo clavado sin movimiento en la silla, al tiempo que cesa el ruido misterioso y oigo de nuevo los pasos. Entonces, levantándome, cual movido por un resorte, me adelanto hacia el fondo de la habitación, apenas iluminada por moribunda luz: de improviso, una corriente de aire helado me enfría el rostro, y en el mismo instante un rayo de luna, atravesando las nubes ilumina con pálido fulgor un retrato de hombre de arrogante aspecto; mientras que á mi alrededor, algunas voces que no tienen nada de humano, murmuran las siguientes palabras, semejantes á un gemido: «¡No más lejos; vas á caer

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS.
BARCELONA

en el abismo del mundo invisible!» El ruido de una puerta que se cierra con violencia hace retemblar en aquel instante la sala donde me hallo; oigo distintamente correr por la galería; los pasos de un caballo resuenan en el suelo del patio; el rastrillo se eleva, alguno ha salido y vuelve á entrar casi al punto. ¿Es bien positivo todo esto, ó es solamente un sueño de mi espíritu delirante? Mientras lucho con mis dudas, oigo á mi tío suspirar en la habitación contigua; no sé si está despierto, pero cojo la luz, entro, y á la primera ojeada reconozco que le acosa alguna pesadilla cruel. Al cogerle de la mano, despiértase y profiere un grito, pero pronto me reconoce. «Gracias, primo, me dice; en este instante era presa de un mal sueño, sin duda por la impresión que me produce este alojamiento y por el recuerdo de ciertas cosas que en otro tiempo he visto; pero ¡bah! más vale conciliar el sueño otra vez y no pensar en el pasado.» Al pronunciar estas palabras, cubrióse bien con la colcha, se tapó la cabeza con la sábana, y me pareció que volvía á dormirse; mas cuando llegué á mi lecho oí al buen hombre murmurar una oración, y maquinalmente hice lo mismo.

Al día siguiente á primera hora comenzamos á ejercer nuestras funciones: al mediodía acompañé á mi tío á visitar á las damas, después de haber sido anunciados por Franz; y al cabo de largo rato, una anciana jorobada, con vestido de seda, nos introdujo en el salón. Las dos castellanas vestían á la antigua, y miráronme con cierta sorpresa que me habría hecho soltar la carcajada si mi tío no se hubiese apresurado á decirlas que yo era un joven legista, pariente suyo, que había venido á R...sitten para prestarle mi ayuda. El rostro de aquellas dos antiguallas femeninas se prolongó; su expresión parecía indicar que no tenían mucha confianza en mi porvenir, y desde aquel momento la visita fué para mí por demás desagradable;

hallábame aún dominado por la impresión de los incidentes de la pasada noche, y estaba muy dispuesto á no ver sino brujas bajo los oropeles con que se habían engalanado, como pendones de iglesia, las dos damas de R...sitten. Sus figuras fantásticas, sus ojillos ribeteados de rojo, su nariz puntiaguda y su voz gangosa, sólo podían pertenecer legítimamente á seres del otro mundo.

En la noche de este primer día hallábame con mi tío en nuestro cuarto; y con los pies apoyados en los hierros de la chimenea, é inclinada la cabeza sobre el pecho, estaba entregado á mis reflexiones.

—¿Quién diablos te ha embrujado desde ayer?—preguntóme de pronto el buen hombre:—no comes ni bebes, y por tu aspecto pareces un enterrador...

No me pareció conveniente ocultar á mi tío la causa de mi malestar; y después de escucharme con la mayor atención, díjome con cierta gravedad:

—Es extraño; yo he visto en sueños todo cuanto me dices; un hediondo fantasma penetraba en la habitación, arrastrábase hasta la puerta condenada, y arañaba con tal furia, que sus dedos se hacían pedazos; después bajó por la escalera, hizo salir un caballo y volvió casi en seguida... Entonces fué cuando tú me despertaste, y al volver en mí me sobrepuse al secreto horror que siempre producen las relaciones con el mundo invisible.

No me atreví á preguntar nada al anciano, y como éste lo echase de ver, añadió:

—Primo, ¿tendrías tú valor de esperar junto á mí esta noche, con los ojos abiertos, la próxima visita del fantasma?

Yo acepté resueltamente la proposición.

—Pues bien—continuó—luego veremos. Tengo confianza en el piadoso motivo que me induce á luchar contra los genios maléficos de esta morada; y cual-

quiera que sea el resultado de mi proyecto, quiero que presencies todo cuanto ocurra, para que puedas dar fe. Dios mediante, espero romper el encanto que tiene alejado de este dominio á los herederos de R...sitten; pero si perezco en la demanda, cuando menos me habré sacrificado por la más santa de las causas. En cuanto á ti, primo mío, estarás presente, y yo te aseguro que ningún peligro te amenaza, porque el espíritu malo no tiene fuerza alguna sobre ti.

Franz nos sirvió, como la víspera, una cena excelente y un bol de ponche, y después se retiró. Cuando quedamos solos, el astro de la noche brillaba en su plenilunio con vivo fulgor; oíase el mugido del viento en el bosque, y á cada momento los vidrios retemblaban en sus marcos de plomo. Mi tío había puesto sobre la mesa un reloj de repetición, que al cabo de algún tiempo señaló las doce... En el mismo instante, abrióse la puerta con ruido, y resonaron de nuevo los pasos que yo oí la noche anterior; mi tio palideció, pero levantóse sin vacilar, y volviéndose hacia el lado de donde provenía el rumor, apoyó la mano izquierda en la cadera y extendió el brazo derecho en actitud heroica. Al ruido de los pasos siguieron algunos sollozos, y después se oyó arañar con fuerza la puerta tapiada. Entonces mi tío avanzó hasta allí, y exclamó en alta voz:

—¡Daniel, Daniel! ¿Qué haces aquí á estas horas?

Un grito doloroso contestó á estas palabras, y luego se oyó el ruido de un cuerpo pesado al caerse.

—¡Pide gracia al pie del trono de Dios!—añadió mi tío con una voz que se animaba cada vez más;—y si Dios no te perdona, retírate de estos sitios, donde no hay lugar para ti...

Un prolongado sollozo se perdió fuera entre los silbidos del viento; mi tío volvió lentamente á ocupar su sitial; tenía una expresión inspirada, y después de co-

locarse delante del fuego, con las manos unidas en actitud de súplica, parecióme que oraba.

—Y bien, primo—díjome algunos momentos después—¿qué piensas de todo esto?

Poseído de temor, y con la mayor veneración, arrodilléme á los pies de mi tío y le besé la mano; pero él me atrajo hacia sí, y estrechándome contra su corazón añadió:

—Vamos á descansar ahora, pues ya está restablecida la calma.

En efecto, nada perturbó ya mis sueños; desde el día siguiente recobré la alegría, y más de una vez á expensas de las viejas baronesas, que á pesar de sus ridiculeces no dejaban de ser buenas.

Poco tiempo después de nuestra instalación, el barón Roderico llegó á R...sitten con su esposa y su tren de campaña para las cacerías: los convidados afluían por todas partes al castillo, que muy pronto adquirió cierto aire de fiesta. Cuando el barón vino á vernos, mostróse muy contrariado por el cambio de alojamiento de mi tío; al mirar la puerta condenada, sus ojos tomaron una expresión sombría, y se pasó la mano por la frente, como para alejar un recuerdo penoso. Después reprendió con la mayor severidad á Franz por habernos alojado tan mal, y rogó á mi tío que dispusiera á su antojo de aquella mansión como si fuese su casa propia. Yo observé que la conducta del barón con mi tío no sólo era muy cortés, sino que revelaba una especie de respeto filial, lo cual podía inducir á suponer entre ellos relaciones más íntimas de las que el mundo veía. En cuanto á mí, no se me hacía partícipe de aquellas muestras de cordialidad; el barón se mostraba conmigo cada vez más altanero, y á no ser por la intervención protectora de mi tío, nuestra mala inteligencia se hubiera podido traducir por algún altercado ó escena desagradable.

La esposa del barón Roderico de R...sitten había producido desde luego en mí una impresión que no contribuyó poco á que tolerase con paciencia la impertinencia del castellano: Serafina ofrecía un delicioso contraste con sus ancianas parientas, cuya presencia me cansaba ya; su belleza, realzada por todas las seducciones de la juventud, tenía cierto carácter de idealismo sorprendente; parecióme un ángel de luz, más poderoso que todos los exorcismos imaginables para alejar á los malos genios que visitaban el castillo. Cuando aquella adorable mujer me dirigió por primera vez la palabra para preguntarme qué me parecía la triste soledad del castillo de R...sitten, el encanto de su voz y la celestial melancolía de sus ojos me conmovieron profundamente, tanto que sólo pude contestar por monosílabos sin ilación, lo cual me haría parecer sin duda el más tímido ó el más estúpido de los adolescentes. Las viejas tías de la baronesa, juzgándome de muy poca importancia, tuvieron la ocurrencia de recomendarme á las bondades de la joven castellana, con cierto aire benévolo tan lleno de orgullo, que no pude menos de dirigirlas algunos cumplidos muy semejantes á un sarcasmo. Desde aquel momento, al pesar que experimentaba por la inferioridad de mi posición respecto á la baronesa, agregóse una pasión amorosa que me enardecía, y aunque persuadido de la locura de semejante sentimiento, me fué imposible dominarlo. Pronto se convirtió en una especie de violento delirio, y durante mis largos insomnios llamaba á Serafina con desesperación. Cierta noche, mi tío despertó sobresaltado al oir mis extravagantes monólogos, y gritóme desde su cama:

—Primo, primo, ¿has perdido la razón? Enamórate durante el día si te place; pero tiempo hay para todo, y la noche es sólo para dormir...

Yo temí que mi tío hubiera oído el nombre de Se-

rafina, salido de mis labios tantas veces, y que me dirigiera alguna reconvención; pero su conducta fué reservada y discreta en aquella circunstancia. Al día siguiente, cuando entramos en la sala donde todo el mundo estaba reunido para la audiencia de Justicia, dijo en alta voz:

—¡Quiera Dios que todos obren aquí prudentemente!

Después, al sentarme yo á la mesa que estaba á su lado, inclinóse hacia mí y añadió:

—Primo, procura escribir sin estremecerte, para que yo pueda leer, sin esforzar mucho la vista, tus fórmulas judiciales.

Á las horas de comer, mi tío se sentaba siempre á la derecha de la bella baronesa, favor que despertaba muchas envidias. Yo me deslizaba tan pronto en un sitio como en otro entre los demás convidados, á menudo oficiales de la guarnición vecina, con los que era preciso alternar. Cierta noche, la casualidad me acercó á Serafina, de la cual siempre solía estar lejos; acababa de ofrecer el brazo á su amiga para pasar al comedor, y al volvernos á fin de saludar, observé, estremeciéndome, que me hallaba junto á la baronesa. Una dulce mirada me invitó á sentarme; mientras duró la cena, en vez de comer, hablé con la amiga de Serafina, y todo cuanto la dije, con las frases más tiernas y delicadas, dirigíase á la baronesa, de la cual no me era posible separar la vista. Terminada la cena, Serafina, haciendo los honores, acercóse á mí, y preguntóme con la mayor gracia, como la primera vez, si me divertía en el castillo, á lo cual contesté diciendo que en un principio aquella soledad me parecía bastante penosa, pero que desde la llegada del señor barón todo había cambiado para mí de aspecto, hasta el punto de que, si alguna cosa deseaba, era que se me dispensase de asistir á las cacerías.

—Me parece haber oído decir—replicó la baronesa—que erais músico y poeta; yo soy apasionada por las artes y toco regularmente el arpa, recreo de que es forzoso privarme aquí porque mi esposo aborrece la música.

Yo me apresuré á contestar que la señora baronesa podría muy bien entregarse á su recreo favorito durante las largas cacerías de su esposo, pues no sería imposible encontrar algún clavicordio en el castillo. La amiga de Serafina, es decir, la señorita Adelaida, observó que nadie recordaba haber oído nunca en R...sitten más que los sonidos de los cuernos de caza y los ladridos de las jaurías; pero yo insistí en que no sería imposible encontrar algún instrumento; y como en aquel instante pasara Franz, la señorita Adelaida exclamó al verle:

—He ahí el único hombre capaz de darnos un consejo en casos apurados: nadie le hará pronunciar la palabra *imposible*.

Se llamó á Franz para consultarle: el buen hombre después de dar mil vueltas á su gorra entre las manos, acabó por recordar que la esposa del señor intendente, que habitaba en el pueblo inmediato, tenía un clavicordio, con el cual se acompañaba en otro tiempo para cantar de una manera tan sentimental, que al oirla todos lloraban como si se hubiesen frotado los ojos con una cebolla.

—¡Un clavicordio! tendremos un clavicordio!—exclamó la señorita Adelaida.

—Sí—dijo Franz—pero ha ocurrido un contratiempo: el organista del pueblo quiso ensayar en el clavicordio una composición suya, y cuando estaba tocando descompuso la máquina.

—¡Dios mío!—exclamaron á la vez la baronesa y la señorita Adelaida.

—De modo que—prosiguió Franz—ha sido necesa-

rio llevar el clavicordio á la ciudad más próxima para componerlo.

—Pero ¿lo han devuelto ya?—interrumpió vivamente Adelaida.

—No lo dudo, señorita—contestó Franz—y cierto estoy de que la esposa del intendente se honrará mucho...

En aquel momento se presentó el barón, detúvose ante nosotros, y pasó de largo después, diciendo á su esposa: «¿Sigue siendo Franz, amiga mía, hombre de buenos consejos?» La baronesa quedó cortada, y Franz inmóvil, con los brazos pendientes; mas en el mismo instante llegaron las ancianas tías, llevároнse á Serafina, y la señorita Adelaida las siguió. Yo permanecí largo tiempo en el mismo sitio, pensando en la feliz casualidad que me había deparado tan dulce conversación, no sin renegar del barón Roderico, que sólo me parecía un tirano brutal, indigno de poseer tan bella esposa. Creo que hubiera estado allí largo rato si mi tío, que me buscaba, no me hubiese dado un golpecito en el hombro, diciéndome con su voz amistosa: «Primo, no te muestres así tan solícito con la baronesa; deja ese peligroso oficio de trovador para los locos y enamorados que no saben en qué pasar el tiempo.» Yo contesté con un largo discurso para demostrar á mi tío que no había hecho nada inconveniente; pero el anciano se encogió de hombros, invitóme á seguirle á su cuarto, se puso la bata, cargó su pipa y entabló la conversación sobre la cacería del día anterior.

Aquella noche se daba un baile en el castillo: la señorita Adelaida había imaginado contratar á toda una orquesta de artistas ambulantes; pero mi tío, muy amante de su reposo, se acostó á la hora de costumbre. Con mi juventud y mi amor, no podía menos de seducirme aquel baile improvisado, y ya acababa de

vestirme, cuando Franz llamó á la puerta para anunciar que el clavicordio de la señora del intendente acababa de llegar en un trineo, y que la baronesa había mandado colocarle en su habitación, donde me esperaba en aquel momento con Adelaida. Júzguese de la emoción de placer que me estremeció al oir aquellas palabras: loco de amor y de deseos, corrí al salón de Serafina. Adelaida no cabía en sí de gozo; pero la baronesa, vestida ya para el baile, estaba en pie y silenciosa, en melancólica actitud, cerca de la caja que encerraba los dulces acordes que en mi calidad de músico y poeta debía producir.

—Teodoro—me dijo, llamándome por mi nombre según la costumbre del Norte—Teodoro, he aquí el instrumento que esperábamos; cumplid vuestra promesa.

Acerquéme al punto, mas apenas hube levantado la tapa del clavicordio, rompiéronse varias cuerdas con estrépito, y las que aún quedaban, hallábanse en tan mal estado, que produjeron los sonidos más estridentes y desagradables.

—Sin duda el organista ha querido hacer otro ensayo—exclamó la señorita Adelaida, prorrumpiendo en una alegre carcajada.

Pero Serafina no parecía dispuesta á reirse, y murmuró con sentido acento:

—¡Fatalidad! jamás puedo conseguir aquí un solo placer.

Al examinar la caja del instrumento, hallé por fortuna otro juego de cuerdas.

—Nos hemos salvado—exclamé:—paciencia y valor; ayudadme un poco, y pronto quedará remediado el desperfecto.

La baronesa me auxilia al punto con sus bonitos dedos; Adelaida desarrolla las cuerdas, que yo voy pidiendo por números: después de veinte ensayos in-

LA PUERTA TAPIADA

fructuosos, nuestra perseverancia queda coronada por el éxito más feliz, y la armonía se restablece como por encanto. Aquel celo y amor al arte que los tres habíamos manifestado, hizo desaparecer entre nosotros las distancias, y la hermosa baronesa compartía ingenuamente conmigo los honores del triunfo que le prometía dulces distracciones. El clavicordio era ya entre nosotros una especie de lazo eléctrico; mi timidez y torpeza desaparecieron, y sólo quedó el amor, el amor que abrasaba todo mi sér. Preludié en el instrumento esas tiernas melodías que tan poéticamente pintan las pasiones de los países meridionales, mientras que Serafina, en pie delante de mí, escuchábame con toda su alma: veía sus ojos brillar; aspiraba los estremecimientos que agitaban su seno; sentía su hálito flotar en torno mío como el beso de un ángel, y mi alma se elevaba á los cielos. De repente, su rostro pareció iluminarse; sus labios murmuraron sonidos cadenciosos, largo tiempo ausentes de su memoria; algunas notas escapadas de su garganta recordáronme una melodía conocida, y la voz de la baronesa resonó como un himno celestial.

Era un lujo de divina poesía, un océano de notas armónicas, en el cual mi corazón se abismaba, pidiendo á Dios que nos llamase á sí. «¡Gracias, me dijo Serafina cuando hubo terminado aquel éxtasis, gracias por esta hora que os debo, y que jamás olvidaré!» Al pronunciar estas palabras ofrecióme su mano, y yo me arrodillé para besarla... Entonces parecióme que bajo mis labios se había estremecido todo su sér... Pero el baile nos llamaba; la baronesa había desaparecido, y no sé cómo me hallé por la noche en nuestro cuarto. Apenas me vió mi tío, díjome con aire severo que no ignoraba mi entrevista con la baronesa, y añadió gravemente:

—Ten mucho cuidado, primo, porque te deslizas

sobre un hielo frágil que oculta un abismo sin fondo. Mal haya la música si sólo ha de servir para inducirte á cometer necedades, introduciendo la perturbación en la existencia de una mujer romántica. ¡Mucho cuidado, porque nadie está tan próximo á la muerte como el enfermo que cree estar ya bueno!

—Pero, tío—dije yo para justificarme—¿me creeréis capaz de tratar de sorprender el corazón de la baronesa?

—¡Tonto—replicó el anciano, golpeando el suelo con el pie—si lo creyese un instante, te arrojaría por la ventana!

La llegada del barón puso término á este diálogo; y durante largo tiempo el trabajo no me permitió visitar á Serafina; pero nuestras relaciones se reanudaron poco á poco. La señorita Adelaida era la encargada de traerme á veces algún mensaje secreto de Serafina, y aprovechábamos las frecuentes ausencias del barón; pero hallándose siempre con nosotros Adelaida, éranos imposible manifestarnos nuestros sentimientos. Sin embargo, por ciertos indicios reconocí que Serafina tenía en el corazón un fondo de tristeza que minaba lentamente su sér.

Cierto día no se presentó á la hora de comer; y los convidados se apresuraron á preguntar al barón si le inspiraba alguna inquietud la dolencia de su esposa.

—¡Oh! de ningún modo—contestó el noble;—sin duda el aire penetrante de este país, unido á la ronquera que puede producir el abuso en el canto, es lo único que ha ocasionado esa indisposición pasajera.

Al decir eso, el barón me dirigió una mirada oblicua que significaba muchas cosas; y la señorita Adelaida comprendió lo suficiente para que un vivo carmín tiñera sus mejillas; no levantó la vista, pero su actitud parecía decir que en lo futuro sería preciso adoptar muchas precauciones para evitar los celos del barón,

del cual se podía temer alguna mala pasada. En cuanto á mí, experimenté la mayor inquietud; no sabía qué partido tomar, y el aire amenazador é irónico del barón me irritaba tanto más, cuanto que nada remordía mi conciencia; pero temía exponer á Serafina á los arrebatos de su esposo. ¿Sería forzoso abandonar el castillo? Renunciar á ver á la hermosa castellana parecíame un sacrificio superior á mis fuerzas. Habiéndoseme dicho que todos los convidados iban á una cacería después de comer, manifesté á mi tío que yo iría también.

—Perfectamente—contestó el anciano;—es un ejercicio propio de tu edad, y desde luego te cederé mi carabina y mi cuchillo de caza.

Poco después dábase la señal de la partida, y se tomaron posiciones en el bosque vecino para cercar á los lobos. La nieve caía en abundancia, y cuando el día comenzó á declinar, produjose una niebla que impedía ver los objetos á seis pasos. El frío se apoderaba de mí; busqué un abrigo en la espesura, y después de apoyar mi carabina contra la rama de un pino, entreguéme á mis reflexiones amorosas. Al breve rato sucedióronse varias detonaciones de distancia en distancia; y á diez pasos del sitio donde me hallaba veo aparecer un lobo enorme; le apunto y hago fuego, mas no le toco, y el animal enfurecido se precipita contra mí. No por eso pierdo la presencia de espíritu; recibo á la fiera con la punta de mi cuchillo de caza, y el lobo se clava la hoja hasta la empuñadura; un guarda-bosque acude presuroso al oir los aullidos; los cazadores llegan un momento después, y el barón corre hacia mí preguntándome si estoy herido.

—No, caballero—le contesto;—mi mano ha sido más segura que mi golpe de vista.

Esta hazaña me valió entusiastas elogios; el barón exigió que me apoyase en su brazo para volver al cas-

tillo, y un guarda-bosque se encargó de llevar mi carabina. Estas atenciones del señor de R..... sitten me conmovieron mucho, y desde entonces le juzgué de otro modo, pues parecióme un hombre de corazón y de energía; pero al mismo tiempo pensaba en la castellana; y comprendiendo que me acercaría á ella otra vez, concebí las más atrevidas esperanzas. Sin embargo, llegada la noche, y cuando henchido de orgullo referí la aventura á mi tío, se rió en mis barbas, diciéndome:

—Dios muestra su poder por la mano de los débiles.

Hacía ya mucho tiempo que había pasado la hora de comer, cuando al penetrar en la galería para ir á buscar el reposo á mi cuarto, me encontré una figura blanca que llevaba una luz: era Adelaida.

—Buenas noches—me dijo sonriendo;—sois un buen cazador de lobos; pero ¿por qué vais así solo y á oscuras, como un verdadero fantasma?

Al oir esta última palabra estremecíme de pies á cabeza, recordando las dos primeras noches de mi estancia en el castillo, y Adelaida echó de ver al punto mi súbita emoción.

—¿Qué tenéis?—me preguntó, cogiéndome la mano —venid conmigo y os hare recobrar la vida y la salud; la baronesa os espera impaciente.

Me dejé conducir sin resistencia, pero sin alegría, pues dominábame una fatal preocupación. La baronesa se adelantó hacia mí al vernos entrar, profiriendo una exclamación que no terminó, pues detúvose de pronto como si evocara un triste recuerdo; cogí su mano para besarla, y sin retirarla me dijo:

—¿Por qué habéis ido á la cacería, Teodoro? La mano que sabe producir tan dulces acordes no debe manejar armas ni matar...

El sonido de aquella voz adorada penetró hasta mi corazón; una nube pasó por mis ojos, y en vez de ir á

sentarme delante del clavicordio, halléme sin saber cómo en el sofá, conversando con Serafina sobre mi aventura. Cuando le hablé de la conducta de su esposo, que tan singularmente contrastaba con su acostumbrada sequedad, interrumpióme diciendo:

—Eso os demostrará, Teodoro, que aún no conocéis al barón; sólo aquí tiene ese carácter tan adusto; cuando viene, siempre parece perseguirle una idea fija; y sin duda este castillo llegará á ser teatro de una catástrofe para nuestra familia y para su reposo. Está convencido de que un enemigo invisible ejerce en este dominio una influencia que más pronto ó más tarde ocasionará una desgracia; refiérense cosas extraordinarias del fundador de esta mansión, y yo sé que aquí se encierra un secreto de familia; también se asegura que á menudo viene un fantasma á perturbar al propietario, no permitiéndole permanecer aquí más que un corto tiempo. Cada vez que vengo con mi esposo, siéntome poseída de terror continuamente, y sólo á vuestro arte, querido Teodoro, debo un poco de alivio; de modo que no sé cómo manifestaros mi agradecimiento.

Impulsado por esta confianza, hablé á Serafina de mis propios temores, aunque ocultando todo cuanto los detalles podían tener de pavoroso; mas al ver que palidecía intensamente, comprendí que sería mejor revelárselo todo, á fin de que su imaginación no se exaltase demasiado.

—¡Sí, sí—exclamó Serafina—en esa pared debe estar encerrado el fatal misterio!

Y ocultando su bello rostro entre las manos, entregóse á una profunda meditación. Sólo entonces eché de ver que Adelaida nos había dejado solos; no hablé más, y como Serafina guardaba silencio, esforcéme para levantarme é ir á tocar el clavicordio. Los primeros sonidos hicieron volver á la baronesa su escu-

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS.

chó tranquilamente la melodía que canté, triste como nuestras almas, y sus ojos se llenaron de lágrimas... Al ver esto, arrodilléme ante ella, su linda cabeza se inclinó hacia mí, y nuestros labios se unieron en un casto beso; pero Serafina, desprendiéndose al punto de mis brazos, levantóse para dirigirse á la puerta de la habitación, volvió y me dijo:

—Querido Teodoro, vuestro tío es una persona muy digna, y me parece el protector de esta casa: decidle de mi parte que ruegue por nosotros todos los días, para que Dios nos preserve de todo mal.

Apenas pronunciadas estas palabras, Adelaida volvió á entrar, y no pude responder á Serafina, porque estaba demasiado conmovido para hablarla sin faltar á las conveniencias. La baronesa me ofreció su mano, diciéndome:

—Hasta la vista, amigo Teodoro; me acordaré largo tiempo de esta noche.

Cuando entré en mi cuarto, mi tío dormía, y gracias á esto no pudo ver mis lágrimas; el amor que me inspiraba Serafina oprimíame el corazón dolorosamente; y muy pronto se repitieron mis sollozos de tal manera, que el buen anciano se despertó.

—Primo—me dijo—decididamente te has empeñado en volverte loco; hazme el favor de acostarte en seguida.

Este prosaico apóstrofe me hizo volver en mí, y forzoso fué obedecer. Apenas transcurridos algunos instantes, parecióme oir idas y venidas, ruido de puertas que se abrían y cerraban, luego resonaron pasos en la galería y llamaron á la puerta de nuestro cuarto.

—¿Quién va?—pregunté con voz alta y brusca.

—Señor justiciero—contestó una voz—tened la bondad de levantaros cuanto antes.

El que así hablaba era Franz.

—¿Se ha prendido acaso fuego en el castillo?—pregunté yo.

Al oir la palabra fuego, mi tío, que se despertaba en aquel instante, saltó del lecho y corrió á la puerta para abrir.

—¡Por Dios, apresuraos!—añadió Franz;—el señor barón necesita veros al punto, y la señora parece estar á punto de morir.

El rostro de Franz estaba lívido al pronunciar estas palabras. Apenas hubimos encendido luz, cuando se oyó la voz del barón que decía:

—¿Podría hablaros al instante, amigo mío?

—¡Diablo!—me dijo el buen anciano.—¿Cómo es que ya estás vestido? ¿Qué tratas de hacer?

—Verla una vez más, decirle que la amo y morir—contesté con voz ahogada.

—Hubiera debido adivinarlo—repuso mi severo tío, empujándome y cerrando la puerta, cuya llave se guardó en el bolsillo.

Ciego de cólera quise romper la cerradura, mas al punto reflexioné sobre las consecuencias que esto podría tener, y resignéme á esperar con paciencia la vuelta de mi tío, aunque había resuelto escaparme á toda costa apenas entrara. Un momento después oí que hablaba con el barón vivamente, y aunque no pude distinguir las palabras, comprendí que se pronunciaba mi nombre, lo cual hizo crecer de punto mi inquietud. Por fin el barón se alejó, tal vez porque alguien había ido á buscarle precipitadamente; y mi tío entró en la estancia enmudeciendo de asombro al observar mi ciego delirio.

—¿Ha muerto?—pregunté;—quiero bajar y verla al momento, y si os oponéis me pegaré un tiro á vuestra vista...

—¿Piensas tú—preguntó el anciano tranquilo é impasible—que tu vida pueda tener para mí algún valor

si te empeñas en arrancártela sólo para cumplir tu lastimera amenaza? ¿Qué tienes tú que ver con la esposa del barón? ¿Con qué derecho entrarías en una habitación mortuoria, en la que tu ridícula conducta te prohibe penetrar ahora más que antes?

Al oir estas palabras, dejéme caer aniquilado en una silla, y tal era mi aspecto, que el buen anciano se compadeció y me dijo:

—Te advertiré que el supuesto peligro de la baronesa no era más que un sueño; la señorita Adelaida se trastorna cuando hay temporal, y las dos ancianas tías han fatigado á la pobre Serafina con sus atenciones y sus elíxires. La baronesa no tiene más que un desmayo, una crisis nerviosa que el barón atribuye á los efectos de la música. Ahora bien, puesto que ya debes estar del todo tranquilizado, voy á fumar, con tu permiso, pues me sería de todo punto imposible conciliar ya el sueño... Primo mío—añadió después de una pausa, lanzándome espesas bocanadas de humo—te aconsejaría que no tomases en serio el papel de héroe que te hacen representar aquí desde tu aventura, pues un pobre diablo como tú se expone á muchos percances cuando es vanidoso y se sale de su esfera. Recuerdo que en la época en que yo estudiaba en la universidad, tenía por amigo á un joven de carácter dócil y pacífico; cierta casualidad le comprometió en un lance de honor, y condújose con una energía que asombró á todo el mundo. Desgraciadamente aquel triunfo y la admiración de que fué objeto cambiaron del todo su carácter, é hízose pendenciero y fanfarrón... En una palabra, cierto día insultó á un compañero por la mezquina satisfacción de echársela de valiente, y el resultado fué que el otro le mató como á una mosca. No te refiero esta historia, primo mío, sino para pasar el tiempo; pero tal vez halles ocasión de sacar partido de ella. Y ahora, como ya he concluído de fumar mi pipa,

y aún está muy oscuro, paréceme que aún podremos dormir dos horas más.

En aquel momento oyóse la voz de Franz, que venía á traernos noticias de la enferma.

—La señora baronesa—nos dijo—está completamente restablecida de su indisposición, la cual atribuye á un mal sueño.

Al oir estas palabras, iba á proferir una exclamación de contento; pero una mirada de mi tío me contuvo.

—Está bien—dijo á Franz—sólo esperaba esto para ir á descansar un poco, pues á mi edad son perjudiciales los insomnios. ¡Dios nos guarde hasta el fin de la noche!

Franz se retiró, y aunque ya se oía el canto de los gallos en el pueblo vecino, mi tío se tapó con las sábanas para entregarse al sueño.

Al día siguiente, á primera hora, bajé á paso de lobo para ir á preguntar á la señorita Adelaida cómo seguía la baronesa; pero en el umbral de la puerta me encontré, cara á cara, con el barón, cuya penetrante mirada me midió de pies á cabeza.

—¿Qué buscáis aquí?—me preguntó con voz contenida.

Reprimí lo mejor posible mi emoción, y, armándome de valor, contesté con firmeza que iba de parte de mi tío á informarme del estado de la baronesa.

—Está bien—replicó friamente el barón;—ha tenido sus ataques de nervios, como de costumbre; pero ahora descansa, y confío que se presentará á la mesa. Contestad así; y ahora retiraos.

Por su expresión de impaciencia parecióme que estaba más inquieto de lo que aparentaba; saludéle cortésmente, y ya iba á retirarme, cuando me detuvo por el brazo, diciéndome con una mirada que me pareció fulminante: «Joven, necesito hablaros.» Por el tono de sus palabras hice al punto las suposiciones más temi-

bles; veíame en presencia de un esposo ofendido, que habiendo adivinado lo que pasaba en mi corazón, disponíase á pedirme rigurosa cuenta. Yo no llevaba armas; sólo tenía una navajita, regalo de mi tío; la toqué en mi bolsillo, y recobrando mi aplomo seguí al barón, que me conducía, resuelto á vender cara mi vida, si las cosas tomaban un giro dramático. Llegado á su habitación, el señor de R...sitten cerró con cuidado la puerta, comenzó á pasear de un lado á otro, y deteniéndose luego delante de mí con los brazos cruzados, me dijo:

—Joven, necesito hablaros.

—Espero, señor barón—contesté—que lo que tenéis que decirme no exigirá de mi parte ninguna reparación.

El barón me miró como si no hubiese comprendido; después bajó la vista, y cruzando de nuevo los brazos, continuó su paseo. Un momento después vile coger su carabina y examinar la llave; el temor al peligro me enardeció, y abriendo en el fondo del bolsillo la navajita, dí un paso hacia el barón para que no pudiese apuntarme.

—¡Buen arma!—dijo el señor de R...sitten, volviendo á dejar la carabina en un rincón.

Yo no sabía qué hacer, cuando el barón, acercándose de nuevo á mí, y poniéndome la mano en el hombro, me dijo:

—Teodoro, mi conducta debe pareceros ahora extravagante, y es que, en efecto, estoy trastornado por las angustias de la noche pasada. La crisis nerviosa de Serafina no tenía nada de alarmante; pero en este castillo existe no sé qué mal genio, que me hace ver todas las cosas bajo los colores más sombríos. Esta es la vez primera que la baronesa ha tenido aquí una indisposición, y vos sois la causa única.

—Á decir verdad—contesté con calma—no sabría explicarme...

—¡Quisiera que ese infernal clavicordio se hubiera hecho pedazos el día que lo trajeron á mi casa!—interrumpió el barón;—pero bien mirado, yo hubiera debido vigilar desde el primer día lo que pasa aquí. Mi esposa tiene una constitución tan delicada, que la menor emoción puede privarla de la vida; yo la traje confiando en que este riguroso clima y las distracciones de un género de vida algo rudo producirían una feliz reacción; mas parece que os habéis propuesto enervarla más con vuestras lánguidas melodías. Su imaginación exaltada predisponíala á sufrir las más fatales conmociones, y vos le dais el último golpe, refiriéndola no sé qué estúpida historia de aparecidos. Vuestro tío me lo ha dicho todo, y de consiguiente nada podéis negar; sólo quiero que me digáis á mí lo que pretendéis haber visto.

El giro que tomaba nuestra conversación me tranquilizó, y obedecí la orden del barón, quien no interrumpió mi relato, muy detallado, sino para proferir sordas exclamaciones, al punto reprimidas. Cuando llegué á la escena en que mi tío había conjurado al fantasma invisible, el barón elevó las manos, murmurando:

—¡Sí, verdaderamente es el genio tutelar de la familia, y cuando Dios le llame á sí, quiero que sus restos mortales reposen junto á los de mis abuelos!...

Y como yo guardase silencio, cogióme de la mano y añadió:

—Joven, vos sois la causa involuntaria del malestar de mi esposa, y es preciso que de vos mismo venga la curación.

Al oir estas palabras, el rubor encendió mis mejillas; el barón, que me observaba, sonrióse al ver mi confusión, y prosiguió con un tono que rayaba en irónico:

—No se trata aquí de una enferma de peligro, y ahora os diré qué servicio espero de vos. La baronesa

se halla bajo la influencia de vuestra música, y fuera una crueldad suprimirla de pronto, por lo cual os autorizo á continuarla, pero exigiré que cambiéis el género. Haced una elección graduada de las piezas de más brío, mezclando hábilmente lo alegre con lo serio; y, sobre todo, hablad á menudo de la aparición, pues así se familiarizará poco á poco con la idea, acabando por no darle importancia. Creo que me habréis comprendido bien, y cuento con vuestro auxilio.

Al terminar esta especie de instrucción, el barón se retiró, dejándome algo confuso por haberme tratado como á persona de poca importancia: mi asiduidad y atenciones con la bella Serafina no habían sido suficientes para despertar los celos de aquel hombre; mi sueño heroico quedaba desvanecido; hallábame al nivel del niño que toma por lo serio en sus diversiones su corona de papel dorado.

Mi tío, seguro de que yo había hecho alguna escapatoria, esperaba con ansiedad mi vuelta, y apenas me divisó, preguntóme desde lejos de dónde venía.

—Acabo de conferenciar con el barón — contesté algo desconcertado.

—¡Bueno!—exclamó mi tío—ya te dije que más tarde acabaría esto mal...

Y la carcajada con que acompañó estas palabras, demostróme que en todas partes se tomaba á broma mi conducta. Esto resintió mi amor propio, pero guardéme bien de darlo á conocer, pues tenía el porvenir para vengarme de la poca importancia que me daban unos y otros.

La baronesa se presentó á la hora de comer, ataviada con un vestido blanco, cuyo color parecía confundirse con la palidez mate de sus mejillas; sus facciones expresaban una dulce melancolía; y al verla, mi corazón latió; pero experimenté contra Serafina, á pesar de su divina belleza, algo de la cólera que el barón me

LA PUERTA TAPIADA

había inspirado; parecíame que aquellos dos seres se conjuraban para burlarse de mí; creí ver algo de irónico en la mirada de la baronesa, y su amable acogida me resintió cual si fuese una mentira odiosa. Procuré alejarme de ella todo lo posible, y fuí á ocupar un asiento entre dos oficiales, con los que brindó varias veces. Llegados los postres, un criado me presentó una bandeja llena de pastillas, murmurando á mi oído: «De parte de la señorita Adelaida.» Cojo el plato, y en la pastilla más grande leo en el papel que la envuelve estas palabras, trazadas con la punta de un cuchillo: «Señor bebedor, se os olvida brindar por la baronesa.» Entonces acerco mi copa á los labios y la vacío de un solo trago; al dejarla, observo que Serafina ha hecho como yo; hemos bebido en el mismo instante, y cuando nuestras copas tocan la mesa, encuéntrase su mirada con la mía... Por mis ojos pasa como una nube, y el remordimiento me oprime el corazón. ¡Serafina me ama! Ya no tengo derecho para dudarlo; mi felicidad se convertirá en locura... pero uno de los convidados se levanta, y según la costumbre del Norte, propone beber á la salud de la castellana. No sé qué secreto despecho sentí en aquel instante al ver que otro se anticipaba á mí; cogiendo mi copa, levantéla, y permanecí inmóvil, figurándome que en aquel momento de fascinación iba á caer de rodillas á los pies de mi amada.

—¿Qué hacéis, amigo mío?—me pregunta la persona que está á mi lado.

Estas palabras bastan para romper el encanto; mis ojos buscan á Serafina; pero ha desaparecido.

Terminada la comida, mi embriaguez era tan fuerte, que hube de salir del castillo á pesar del huracán y de la nieve, que caía en espesos copos. Comencé á correr á través de los brezos y por las orillas del lago, y al mismo tiempo gritaba con todas mis fuerzas:

«¡Ved cómo el diablo hace bailar al estúpido niño que trataba de coger el fruto prohibido en el jardín del amor!...» Y seguía corriendo sin aliento; y Dios sabe á dónde hubiera llegado si no hubiese oído pronunciar mi nombre por una voz conocida, la del guardabosque de R...sitten.

—¡Hola! señor Teodoro—gritaba el buen hombre—¿cómo diablos venís á mojaros los pies en la nieve, á riesgo de coger un reuma mortal? Os estoy buscando por todas partes, pues vuestro tío os espera hace ya dos horas largas.

Estas palabras me hicieron recobrar un poco la serenidad, y aunque maquinalmente, seguí al guía encargado de buscarme.

Al llegar al castillo encontré á mi tío funcionando gravemente en la sala de audiencias: esperábame yo una severa mercurial; pero el buen hombre fué muy indulgente.

—Primo—díjome sonriendo—bien has hecho en ir á tomar un poco el aire para que se disipen los vapores del vino; pero en adelante procura ser más juicioso, porque no tienes edad para permitirte semejantes excesos.

Y como yo no contestase una sílaba, é hiciera además de sentarme á trabajar, como un colegial á quien se sorprende en falta, mi tío añadió:

—Cuéntame al menos lo que ha pasado entre el barón y tú.

Hícelo así, repitiendo punto por punto nuestra conversación.

—¡Muy bien!—replicó mi tío.—¡Bonita comisión ibas á desempeñar! Afortunadamente para él, nos marcharemos mañana...

Al oir esto pensé perder el juicio; pero no hubo apelación; á la mañana siguiente el buen anciano cumplía su palabra, y desde entonces no volví á ver á Serafina.

Pocos días después de nuestro regreso, mi tío comenzó á padecer accesos de gota muy violentos, que cambiaron completamente su carácter; mostrábase sombrío y taciturno, y á pesar de mi solicitud y de los auxilios de la medicina, el mal empeoró. Cierto día me envió á llamar apresuradamente, pues una crisis más fuerte que las demás le había puesto á dos pasos del sepulcro; hallélo postrado en el lecho del dolor; y su mano oprimía una carta, ya arrugada, en la cual reconocí la letra del intendente de los dominios de R...sitten; pero estaba tan afligido, que no se despertó mi curiosidad, pues á cada momento temía ver á mi tío exhalar el postrer aliento. Por fin, después de largas horas de angustia, pareció volver á la vida; el pulso comenzó á latir, y la robusta organización del anciano triunfó de los ataques de la muerte. Poco á poco alejóse el peligro, pero el enfermo hubo de guardar cama algunos meses sin moverse apenas, quedando su salud tan quebrantada, que el buen anciano debió hacer dimisión de sus funciones judiciales. Con esto perdí la esperanza de volver más á R...sitten. El pobre enfermo no quería que le cuidase nadie sino yo, y cuando sus dolores le dejaban un momento de reposo, todo su consuelo era conversar conmigo; pero sin hablarme nunca del señor de R...sitten, de quien no osaba yo tampoco preguntar nada. Cuando á fuerza de abnegación y de celo conseguí que el buen anciano recobrase un poco la salud, el recuerdo de Serafina se despertó en mi alma, rodeado de un encanto más poderoso que nunca. Cierto día abrí por casualidad una cartera de que me servía durante mi estancia en R...sitten, y de ella cayó una cosa blanca: era una cinta de seda que había sujetado un rizo del cabello de Serafina. Al examinar aquella prenda, recuerdo de un amor secreto que la fatalidad había roto al nacer, observé que tenía una mancha de color rojizo. ¿Era de

sangre? ¿Sería presagio de algún trágico acontecimiento? Mi imaginación se perdía en las más tristes suposiciones.

Mi tío comenzaba á recobrar poco á poco sus fuerzas, gracias á lo benigno del tiempo, y cierta tarde le conduje al jardín para que aspirara el aire embalsamado; nos sentamos en un banco, y me dijo:

—Primo, hoy me parece tener más fuerzas que nunca, pero no me hago ilusiones sobre el porvenir; este restablecimiento se asemeja á las últimas y vivas claridades de una lámpara que está á punto de apagarse; pero antes de entregarme al último sueño, cuya proximidad espero con la calma del justo, debo cumplir un deber hacia ti. ¿Te acuerdas de nuestra permanencia en R...sitten?

Esta inesperada pregunta me causó una turbación inexplicable; y como el anciano lo notase, añadió sin darme tiempo para buscar una contestación:

—Primo, á no ser por mí, estarías en un abismo de desgracias, y para salvarte me fué preciso hacerte salir de R...sitten. Sobre los señores de ese castillo pesa una historia misteriosa, en la cual has estado á punto de mezclarte á causa de tu imprudencia. Ahora que el peligro ha pasado, escúchame, pues antes que la muerte nos separe quiero revelarte hechos muy extraños, y tal vez algún día halles ocasión de utilizarte de ellos.

II

Durante una tempestuosa noche de 176... los habitantes del castillo de R...sitten despertaron sobresaltados por efecto de una sacudida semejante á la de un

terremoto; los servidores de aquella sombría mansión recorrieron con espanto las salas para buscar la causa, pero no vieron ninguna señal de destrucción; todo respiraba la calma secular en que dormía la antigua residencia de la familia R...sitten. Sólo el anciano mayordomo, Daniel, subió á la sala de los Caballeros, donde el barón Roderico de R. se retiraba todas las noches después de sus trabajos de alquimia, á los cuales se entregaba con ardimiento, y quedó mudo de terror ante el espectáculo que se ofreció á sus ojos. Entre la puerta del cuarto de Roderico y la de otra habitación hallábase una tercera que conducía al último piso de la torre, á un pabellón que el castellano había mandado construir para practicar sus experimentos: al abrirla Daniel, una ráfaga de aire apagó la luz que llevaba en la mano, y algunos ladrillos, desprendiéndose del muro, cayeron en un abismo produciendo un ruido sordo.

—¡Misericordia! —exclamó Daniel arrodillándose— nuestro pobre amo ha muerto de una manera horrible...

Poco después, los criados, llorosos y afligidos, extraían el cadáver del desgraciado barón; se le vistió con su más rico traje y quedó expuesto en una capilla erigida en la sala de los Caballeros. Al practicarse un reconocimiento en el lugar de la catástrofe, reconocióse que la bóveda interior de la torre se había hundido; el peso de las piedras que formaban la base de aquella, bastó para abrir el suelo, y las vigas, arrastradas con la mayor violencia, rompieron la pared mediana, atravesando como flechas los pisos inferiores y abriendo en la oscuridad la puerta de la sala grande: no se podía ya poner el pie en la torre sin rodar al fondo de un abismo de treinta metros de profundidad.

El anciano barón había predicho el día de su muer-

te, anunciándole á su primogénito, á quien correspondía heredar el mayorazgo de R...sitten. El joven señor, que recibió en Viena el mensaje de su padre, púsose en camino al punto, y al llegar vió sus temores cruelmente confirmados.

—¡Pobre padre!—exclamó con voz entrecortada por los sollozos—pobre padre; el estudio de los misterios del mundo no ha podido darte la ciencia que prolonga la vida!

Después de los funerales del castellano, el joven barón quiso saber por boca de Daniel los detalles del hundimiento de la torre; y como el mayordomo le preguntase qué órdenes daría para proceder á las reparaciones necesarias, contestóle con voz airada:

—¡Jamás se hará ninguna! ¿Qué me importa á mí esta vetusta morada, donde mi padre gastaba en obras de brujería los tesoros que yo debía heredar? No creo que la bóveda de la torre se haya hundido por un accidente ordinario; mi padre ha sucumbido víctima de la explosión de esos malditos crisoles, donde se fundía mi fortuna. No daré ni un cuarto para agregar una sola piedra á esta triste mansión; prefiero concluir la casa de recreo que uno de mis abuelos comenzó en el valle.

—Pero ¿qué será de los antiguos y fieles servidores que tenían un refugio en este castillo?—preguntó Daniel.—¿Habrán de ir á pedir limosna?

—¡Qué me importa á mí!—replicó Wolfgang.—¿Qué tengo yo que ver con esos vejestorios? Daré á cada cual una gratificación proporcionada á sus años de servicios, y nada más.

—¡Ay de mí!—exclamó el mayordomo con voz lastimera.—¿Será preciso que á mi edad se me despida de esa casa donde pensaba que mis huesos descansarían en paz?

—¡Tunante!—gritó el joven heredero, amenazando

con el puño á Daniel.—¿Cómo te atreves á esperar de mí favor alguno? ¿Piensas que me dejaré engañar por ti, necio hipócrita, después de haber ayudado á mi padre en los sortilegios que agotaban día por día lo mejor de mi herencia, y que tú excitabas para halagar la avaricia de un anciano? ¿No debería yo, en justicia, mandar que te moliesen á palos?

Esas palabras hicieron temblar á Daniel, que se arrastró de rodillas hasta los pies de su nuevo señor; pero éste, sin compasión ninguna, hízole rodar por el suelo, descargándole un golpe en el pecho con el talón de la bota. El pobre Daniel profirió un grito ahogado como una fiera herida de muerte, y después se levantó, dirigiendo á su señor una mirada de odio, preñada de amenazas, sin recoger la bolsa llena de oro que el barón Wolfgang acababa de arrojarle á los pies como para compensar aquella violencia.

La primera diligencia del nuevo propietario de R...sitten fué compulsar, con ayuda de su jefe de justicia, el abogado V***, mi tío, el estado de las rentas del mayorazgo; este examen demostró á V*** que el anciano barón no había podido gastar la suma total de las rentas de su dominio; y como sólo se encontraban entre sus papeles valores muy insignificantes en letras de cambio, dedújose que el dinero debía estar oculto en algún sitio, conocido sin duda del mayordomo, confidente del difunto. El barón Wolfgang refirió al abogado lo ocurrido con Daniel, manifestando el temor de que éste, deseoso de vengarse, no quisiera descubrir dónde estaban ocultos, probablemente, los ducados del anciano señor. El abogado, como hombre de buen sentido y legista hábil, de esos que saben hacer hablar, recomendó al joven heredero que no se inquietara, asegurándole que él se encargaría de interrogar al mayordomo. Sus primeras pruebas fueron infructuosas, pero al fin Daniel contestó con sarcástica sonrisa:

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALMAS
BARCELONA

—Señor abogado, no creo que valga la pena guardar secreto por algunos míseros escudos: encontraréis una regular cantidad en un sótano que hay debajo de la alcoba de mi pobre amo; y además — añadió con siniestra mirada — sería preciso ir á buscar debajo de los escombros del torreón; apuesto á que allí hay oro suficiente para comprar toda una provincia...

Atendidas estas indicaciones, registróse el sótano en presencia de Daniel, y allí se encontró un cofre de hierro bastante grande, lleno de monedas de oro y plata, con un pergamino doblado sobre la tapa, en el cual se leía lo siguiente, escrito de puño y letra del anciano barón: «Aquel que heredare después de mi muerte el mayorazgo de R...sitten, recogerá aquí ciento cincuenta mil ducados. Es mi suprema voluntad que los destine á la construcción de un faro, cuyo foco brillará todas las noches para iluminar á los viajeros del lago. Este faro se elevará en el ángulo occidental del castillo, en lugar del torreón, que ya estará destruído.» Aquel singular testamento estaba firmado y legalizado con el sello del barón de R...sitten, y tenía la fecha de la noche de San Miguel, 176...

Después de contar los ducados, Wolfgang se volvió hacia Daniel y le dijo:

—Has sido un fiel servidor, y me arrepiento de mi violencia. En compensación continuarás en tus funciones de mayordomo, y según deseas, tus restos reposarán en este castillo; pero entre tanto, si quieres oro, tómalo de aquí á manos llenas.

Daniel contestó sólo con un ronco gemido, que hizo estremecer á V*** sin saber por qué, pareciéndole que aquella voz quería decir en un lenguaje infernal: «¡No quiero tu oro, sino tu sangre!...» Wolfgang, deslumbrado por el tesoro que tenía á la vista, no había observado la expresión de Daniel cuando éste, con la cobardía de un perro castigado, se inclinó para besar

la mano á su señor y darle gracias por su bondad.

Wolfgang cerró el cofre, guardóse la llave en el bolsillo, y salió del sótano, diciendo á Daniel:

—¿Sería, pues, tan difícil hallar los tesoros sepultados bajo los escombros del torreón?

Por toda respuesta, el mayordomo abrió la puerta de aquel, moviendo la cabeza; en el mismo instante, una ráfaga de aire helado lanzó en la sala una avalancha de nieve, y del abismo se elevó una lechuza que, después de dar algunas vueltas por la habitación, volvió á salir, profiriendo un grito lúgubre. El barón se adelantó hasta el borde del precipicio, y no pudo menos de estremecerse al sondear con la mirada su negra profundidad. El abogado, temiendo un vértigo, hizo retroceder á Wolfgang, mientras que Daniel se apresuraba á cerrar la puerta fatal, murmurando con tono lastimero:

—¡Ay, sí! ¡allí abajo están sepultados y rotos los instrumentos del maravilloso arte de mi buen amo, objetos todos de considerable valor!

—Pero ¿no has hablado de tesoros en dinero, de sumas considerables?—preguntó el barón.

—¡Oh!—repuso el mayordomo—yo me refería solamente á los telescopios, á las retortas y crisoles y á los cuartos de círculo, que habían costado considerables sumas... No sé nada más...

Fué imposible obtener del mayordomo otra respuesta.

El barón Wolfgang estaba muy contento por tener á su disposición las sumas necesarias para construir el nuevo castillo. Se llamó á varios arquitectos de nota para ejecutar los planos; pero como al señor del dominio no le agradase ninguno de los que le presentaron, resolvió trazar él mismo el croquis del elegante edificio que trataba de erigir.

Daniel parecía haber olvidado su resentimiento con-

tra Wolfgang, y conducíase con una reserva respetuosa.

Algún tiempo después, la tranquilidad de los habitantes de R...sitten se perturbó por la llegada de un nuevo personaje, Huberto, hermano menor de Wolfgang. Aquella inesperada visita produjo en el heredero del mayorazgo una singular impresión; rechazó los abrazos de su hermano y condújole violentamente á una habitación retirada, donde los dos estuvieron encerrados algunas horas. Después de aquella larga conferencia, Huberto salió con aire consternado y pidió su montura; pero en el instante en que iba á marchar, el abogado V***, pensando que aquel era el momento oportuno de restablecer para siempre la concordia entre dos hermanos, largo tiempo separados por disensiones de familia, rogó á Huberto que permaneciese algunas horas más en el castillo. El barón Wolfgang, que llegaba al mismo tiempo, agregó sus instancias á las de V***, diciendo á su hermano:

—Espero que muy pronto reflexionarás.

Estas palabras calmaron, al parecer, la agitación de Huberto, que consintió en quedarse. Llegada la noche, mi tío subió al gabinete de Wolfgang para consultarle sobre un detalle administrativo, y hallóle entregado á una violenta agitación, paseando de un lado á otro, como hombre preocupado por una idea fija y enojosa.

—Mi hermano acaba de llegar—dijo el heredero—y por lo pronto encuentro en él esa aversión de familia que nos separa hace largos años. Huberto me odia porque soy rico, mientras que él ha despilfarrado la mayor parte de su patrimonio. Viene aquí animado de las disposiciones más hostiles, cual si yo debiera ser responsable de sus locuras; pero yo ni puedo ni quiero ceder la más mínima parte de mis derechos sobre las rentas del mayorazgo. No obstante, como buen hermano, consentiré en darle la mitad de un

vasto dominio que nuestro padre poseía en Curlandia. Este sacrificio permitirá á Huberto pagar las deudas que ha contraído, aliviando la situación de su esposa y de sus hijos, que sufren hoy las consecuencias de su mala conducta. Pero figúrese usted, amigo mío, que ese demonio ha descubierto, no sé cómo, la existencia del cofre donde están los ciento cincuenta mil ducados que hallamos en el sótano, y pretende obligarme á cederle la mitad de esa suma. Mal rayo me parta si consiento en ello; y si medita algo contra mí, que Dios me libre y haga fracasar sus tentativas.

El abogado no omitió nada para inducir á Wolfgang á considerar la visita de su hermano bajo un aspecto menos odioso; y encargado por el heredero de negociar con Huberto una transacción desempeñó su cometido con la mayor prudencia. Huberto, acosado por sus apuros de dinero, aceptó los ofrecimientos de Wolfgang, poniendo dos condiciones: la primera, que su hermano agregaría á la parte de la herencia un donativo de cuatro mil ducados, los cuales deberían emplearse para pagar á los acreedores más exigentes; y la segunda, que le sería permitido pasar algunos días en el castillo con su querido hermano.

Wolfgang contestó que no podía suscribir á esta última condición, tanto más cuanto que su esposa estaba á punto de llegar; pero ordenó que se entregaran á Huberto las dos mil monedas de oro. Al oir el mensaje del abogado, Huberto frunció el entrecejo y contestó:

—Lo reflexionaré; pero interinamente, estoy ya instalado y no me muevo.

Inútiles fueron los esfuerzos de V*** para vencer su resistencia, pues Huberto no podía resignarse tranquilamente á ver el mayorazgo en poder de un hermano favorecido; aquella ley le parecía injusta y ofensiva; y en cuanto á la generosidad de Wolfgang, considerábala injuriosa.

—Mi hermano—dijo—me trata como á un pordiosero, y no lo olvidaré jamás; confío en que pronto podrá apreciar las consecuencias de su conducta para conmigo.

Huberto se instaló, según su propósito, en una de las salas del antiguo castillo; todos los días iba á cazar, y á menudo acompañábale Daniel, la única persona, en aquella mansión con quien pareció congeniar. Vivía en un retiro absoluto, y evitaba sobre todo encontrarse con su hermano. No tardó el abogado en concebir algunas sospechas, inspirándole cierta desconfianza Huberto y su vida misteriosa. Una mañana, este último entró en el gabinete de mi tío y anunciólo que había cambiado de modo de pensar, y que estaba dispuesto á marcharse si se le entregaban las dos mil monedas de oro convenidas. Añadió que se iría la noche siguiente, y que como era su intención viajar á caballo, deseaba se le entregara la suma en una letra de cambio contra el banquero Isaac Lazarus, de la ciudad de K..., donde se proponía fijar su residencia.

Esta determinación colmó de alegría á Wolfgang.

—Mi querido hermano—decía al firmar las letras—ha depuesto al fin su hostilidad; y ahora reinará para siempre entre nosotros la buena armonía. Así no contristará en lo sucesivo esta mansión con su presencia.

Á la mitad de la noche siguiente, mi tío despertó sobresaltado, pareciéndole haber oído un grito de angustia; incorporóse en la cama y escuchó atentamente, pero todo estaba ya silencioso; V***, imaginándose que había soñado, saltó del lecho y asomóse á la ventana para calmar su espíritu, aspirando el aire fresco de la noche. Un momento después vió que la puerta del castillo se abría, rechinando sobre sus enmohecidos goznes; Daniel, provisto de una linterna sorda, sacó de la cuadra un caballo ensillado y lo condujo al patio; y después un hombre, embozado hasta los ojos

con un capote de pieles, salió de las habitaciones del castillo. Era Huberto, quien después de hablar algunos minutos con el mayordomo, haciendo ademanes muy animados, volvió á entrar en la habitación de donde saliera; mientras que Daniel volvía el caballo á la cuadra, cerraba la puerta del castillo y retirábase silenciosamente. El abogado se perdió en conjeturas sobre aquella marcha interrumpida; preguntábase por qué Huberto cambiaba tan pronto de parecer; y si entre éste y Daniel habría algún lazo de complicidad por cualquier crimen ignorado aún. Necesitábase mucha sagacidad é infatigable vigilancia para burlar los malos proyectos que pudieran concebir aquellos dos hombres, de los cuales el mayordomo era ya sospechoso á los ojos de V***. Mi tío pasó el resto de la noche entregado á sus reflexiones; y al rayar el día, cuando trataba de conciliar el sueño, oyó un gran ruido y voces confusas de personas que corrían de una parte á otra; poco después, varios servidores consternados llamaron á su puerta para anunciarle que el barón Wolfgang había desaparecido, sin que se supiera su paradero. Habíase acostado la noche anterior á la hora de costumbre, y después debió salir en bata de su cuarto con el candelero en la mano, porque estos objetos no se hallaban en su habitación en el lugar de siempre.

Poseído de terror, el abogado recordó al punto la escena de que fuera testigo involuntario la noche anterior, y también aquel grito de angustia que le pareció oir. Dominado por los más tristes presentimientos, corrió á la sala de los Caballeros, y vió que la puerta que comunicaba con la torre estaba abierta... Entonces mi tío, señalando con el dedo el abismo de la torre, dijo á los criados, poseídos de horror:

—¡Allí es donde vuestro infeliz amo ha perecido esta noche!...

En efecto, á través de una espesa capa de nieve que

durante la noche se había acumulado sobre los escombros, veíase sobresalir un brazo, rígido ya por el frío de la muerte, y necesitáronse muchas horas para extraer, con ayuda de largas escalas, el cadáver del barón Wolfgang: una de sus manos crispadas oprimía con fuerza el candelero que llevaba, y todos sus miembros estaban horriblemente dislocados. Huberto fué uno de los primeros que acudió, mostrando en su semblante todas las señales de la mayor desesperación; y depositado el cuerpo en la misma mesa donde algún tiempo antes se colocara el de su anciano padre, Huberto se inclinó sobre él llorando.

—¡Hermano—exclamó—yo no he pedido esta fatal venganza al demonio que me cegaba!...

Mi tío, que se hallaba presente, no comprendió lo que podían significar aquellas palabras misteriosas; pero un secreto instinto designábale á Huberto como el asesino de Wolfgang. Algunas horas después de aquella dolorosa escena, Huberto fué á buscar á V*** á la sala de audiencias de justicia; pálido y descompuesto, sentóse en un sillón de encina y tomó la palabra con voz temblorosa y agitada.

—Yo era enemigo de mi hermano—dijo—á causa de esa absurda ley que enriquece al primogénito de la familia en perjuicio de los demás hijos. Una espantosa desgracia ha terminado sus días, y yo deseo que esto no sea un castigo de Dios por la dureza de su corazón. Heme aquí hoy heredero del mayorazgo, pero nadie sabe hasta qué punto me aflige este cambio, pues toda felicidad acabó para mí en este mundo. En cuanto á vos, señor abogado, os confirmo plenamente en los cargos y funciones que desempeñabais en vida de mi padre y mi hermano; administrad este dominio según vuestras miras, y como mejor convenga á mis intereses, porque no pudiendo vivir un día más en el teatro de la catástrofe, abandonaré el castillo.

Dichas estas palabras, levantóse Huberto y salió de la sala; y dos horas después corría al galope de su caballo por el camino de K...

Sin embargo, hablábase de las causas que pudieron producir la muerte del desgraciado barón, y opinábase en general que, habiéndose levantado por la noche para ir á buscar algún libro á la biblioteca, se equivocaría de puerta, abriendo la que daba al abismo. Esta explicación, no obstante, era poco satisfactoria, porque la puerta de la torre solía estar cuidadosamente cerrada con cerrojos, y necesitábase tiempo y fuerza para abrirla. ¿Cómo imaginar que el joven barón pudiera ser víctima de semejante error? El abogado se perdía en conjeturas, cuando Franz, el servidor favorito de Wolfgang, que escuchaba su monólogo, interrumpióle para decir:

—¡Ah! no es así, señor abogado, cómo ha ocurrido la desgracia.

Todas las preguntas que se le hicieron delante de testigos fueron inútiles, pues declaró que solamente confiaría el secreto al abogado. En una conversación particular dijo después que el difunto hablaba con frecuencia de los tesoros sepultados en el torreón; había pedido á Daniel la llave de la puerta, y á menudo, en medio de la noche, iba á inclinarse sobre el abismo para reflexionar sobre las inmensas riquezas que su amor al oro le hacía suponer ocultas en aquella profundidad. Era probable que durante una de aquellas peregrinaciones nocturnas, le sobrecogería un vértigo y caería al fondo. Daniel, que parecía experimentar más que nadie un profundo horror, propuso tapiar la puerta, é hízose así al punto.

Huberto, heredero del mayorazgo, volvió á su provincia de Curlandia, dejando al abogado V*** los poderes necesarios para administrar en su nombre el dominio de R...sitten. Renunciósе al proyecto de cons-

trucción de un nuevo castillo, y sólo se pensó en reparar el antiguo.

Algunos años después, Huberto se presentó un día en R...sitten, á principios del otoño. Durante su breve permanencia en el mayorazgo, tuvo frecuentes entrevistas con el abogado, habló de su próxima muerte, y dijo que había depositado ya su testamento en manos de los magistrados de la ciudad de K... Sus presentimientos se realizaron, pues murió al año siguiente. Su hijo, que llevaba el mismo nombre, se presentó muy pronto en R...sitten, acompañado de su madre y hermana, para tomar posesión de la herencia. El joven caballero parecía inclinado á todos los vicios; desde su llegada al castillo inspiró aversión á sus habitantes, y su primera disposición tuvo por objeto trastornarlo todo; pero el abogado declaró que se oponía formalmente á la ejecución de las órdenes dadas por aquel joven loco hasta después de la lectura del testamento de su padre, único documento que podría conferirle los derechos que se arrogaba.

Aquella inesperada resistencia por parte de un hombre que sólo era á sus ojos un primer lacayo, encolerizó al joven castellano, pero el abogado le hizo frente y mantuvo con valor la inviolabilidad de sus funciones, llegando á ordenar al heredero que se retirase de R...sitten hasta el día fijado para la lectura del testamento. Á los tres meses abriéronse los pergaminos en K... á presencia de los jueces; y además de los testigos necesarios, el abogado V*** llevó consigo un joven de buen aspecto, aunque sencillamente vestido, que podía pasar por su secretario. El futuro poseedor del mayorazgo se presentó con aire arrogante, reclamando la pronta lectura del testamento, pues no podía perder muchas horas, según dijo, en necias formalidades.

El difunto barón de R...sitten declaraba que no había poseído nunca el mayorazgo como verdadero titu-

lar, y que solamente le había administrado en interés del hijo único de su hermano Wolfgang. Aquel niño se llamaba, así como su abuelo, Roderico, y sólo él podía ser legítimo heredero del mayorazgo. El testamento decía además que el barón Wolfgang se había unido secretamente en Ginebra con una joven noble, pero sin fortuna, que al cabo de un año le había dejado viudo con un hijo, cuyos derechos de nacimiento no se podían poner en duda, y que, de consiguiente, debía heredar el mayorazgo. Por último, para explicar su silencio en vida, Huberto declaraba que un convenio particular entre Wolfgang y él se lo imponía como un deber sagrado.

Terminada la lectura de los artículos del testamento, el abogado V*** se levantó para presentar á los magistrados al joven desconocido que le acompañaba, y les dijo:

—Señores, aquí os presento al barón Roderico de R..., hijo legítimo de Wolfgang de R... y heredero, por derecho, del mayorazgo de R...sitten.

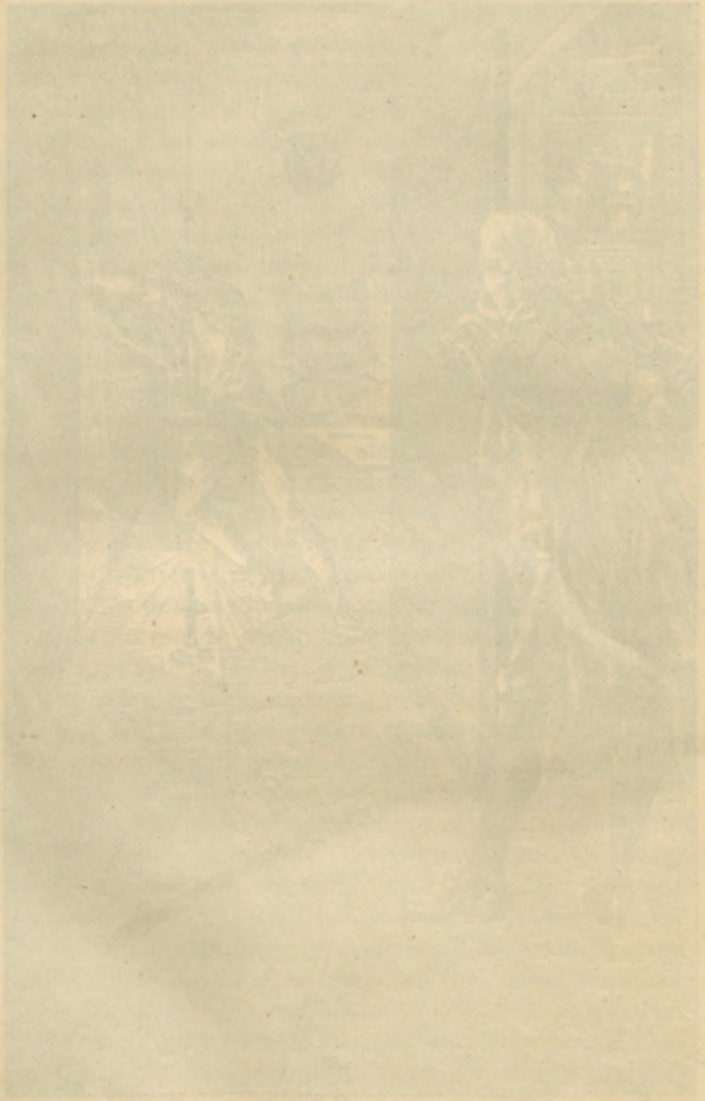
Al oir estas palabras, Huberto quedó confundido; pero recobrándose luego, amenazó con el puño al joven que tan inopinadamente le arrebataba su fortuna, y salió precipitadamente de la sala como un loco. Entre tanto, obedeciendo á la orden de los jueces, Roderico presentó los documentos que probaban su identidad, así como también cartas de su padre y de su madre; pero en los títulos jurídicos Wolfgang aparecía como negociante, con el pseudónimo de Born, y sus cartas, por más que se demostrase la semejanza de la escritura, no tenían más firma que la inicial W. Los jueces se vieron muy apurados para decidir en esta grave cuestión, y acordaron practicar detenidas investigaciones sobre el hecho. Huberto, instruído de lo que pasaba, elevó una solicitud á la Regencia del distrito para que se le diese inmediata posesión del

mayorazgo, á falta de suficientes pruebas en favor de su contrincante; y el tribunal acordó que se atendiera á la demanda si el joven Roderico no presentaba en breve pruebas irrecusables de la legitimidad de sus pretensiones.

El abogado V*** comprobó cuidadosamente todos los documentos legados por Wolfgang de K.... Cierta noche, á eso de las doce, hallábase en la alcoba del difunto R...sitten, examinando los legajos; la luna brillaba con siniestro fulgor, iluminando débilmente las paredes de la sala vecina, cuya puerta estaba abierta. De repente, V*** oyó un ruido de pasos, como de una persona que subiese la escalera, y un choque de llaves; levantóse y prestó atento oído. Poco después abrióse una puerta, y un hombre á medio vestir, que llevaba una linterna sorda, entró con paso vacilante y pálido el rostro. El abogado reconoció á Daniel, y ya iba á dirigirle la palabra, cuando al fijar la vista en las facciones del mayordomo, comprendió que se hallaba en un acceso de sonambulismo, pues tenía los ojos cerrados: dirigióse hacia la puerta tapiada, puso su linterna en el suelo, sacó una llave del manojo que llevaba pendiente de la cintura, y arañó la puerta, profiriendo roncos gemidos. Después aplicó el oído á la pared, cual si esperase percibir algún ruido, y con ademán imperioso pareció imponer silencio á alguno. El abogado, siguiendo á Daniel con precaución, vióle abrir la cuadra, ensillar un caballo y conducirle al patio del castillo; allí permaneció algún tiempo con la cabeza inclinada, en la actitud de un lacayo que recibe órdenes de su señor; después volvió con el caballo á la cuadra, subió á su habitación y cerró la puerta, corriendo los cerrojos. Aquella singular escena hizo sospechar al abogado que se había cometido algún crimen en el castillo, y que Daniel era cómplice.

Al día siguiente, habiéndose presentado Daniel en

LA PUERTA TAPIADA



el despacho para recibir instrucciones para el servicio, el abogado le hizo sentar en un sillón y díjole:

—Veamos, amigo Daniel, lo que pensáis sobre el resultado del pleito entre Huberto y el joven Roderico.

—¿Qué me importa á mí que haya un amo ú otro? —contestó el mayordomo, bajando la voz, cual si temiese que le oyeran.

—Pero ¿qué tenéis, Daniel?—replicó V***;—veo que tembláis como un azogado, cual si hubiéseis cometido algún crimen.

En vez de contestar, Daniel se levantó pesadamente y quiso salir de la habitación, dirigiendo á su alrededor una mirada sombría; pero el abogado le obligó á sentarse, diciéndole con severidad:

—Quedaos, Daniel, y decidme al punto lo que habéis hecho anoche, ó explicadme más bien lo que yo he visto...

—¿Y qué habéis visto?—replicó el mayordomo estremeciéndose.

V*** refirió la escena descrita, y al escucharle, Daniel, al parecer estupefacto, ocultó su rostro entre las manos, para evitar la penetrante mirada de su interlocutor.

—Paréceme—prosiguió el abogado—que ahora os da la manía de ir á visitar los tesoros acumulados en la torre por el anciano barón. Los sonámbulos contestan, durante sus accesos, á las preguntas que se les dirigen, y por lo tanto, mañana por la noche hablaremos de ciertas cosas.

Al oir estas últimas palabras, Daniel, cada vez más turbado, profirió un grito agudo y cayó privado de sentido. Algunos criados le condujeron á su lecho, y cuando salió de aquella crisis quedó sumido en profundo letargo durante varias horas.

Al volver en sí pidió de beber, y despidiendo al criado que debía velarle, cerró la puerta de su habitación.

Á la noche siguiente, cuando el abogado se preparaba á salir en busca de Daniel para obtener una prueba decisiva, oyó ruido fuera, como de cristales rotos, y observó que de la habitación del mayordomo salía un humo espeso. Derribada la puerta para librarle de las llamas, encontráronle sin sentido en el suelo; la luz de la linterna, que estaba rota y á sus pies, había prendido fuego á las cortinas del lecho, y á no ser por el pronto auxilio que se le dispensó, Daniel hubiera perecido miserablemente. El abogado comprendió que el mayordomo había querido imposibilitarse la salida; pero el ciego instinto que dirige á los sonámbulos debió ser más fuerte que su voluntad. Despertado en medio de la crisis, al encontrar una resistencia inusitada, escapósele la lamparilla de las manos, y al ver que se prendía fuego, perdió el sentido. Después de este accidente, Daniel padeció una grave y larga enfermedad, y sólo salió de ella para caer en un estado de espantosa languidez.

Cierta noche que V*** se ocupaba en buscar algunos documentos en el archivo, Daniel entró con mesurado paso en la habitación, semejante á un espectro, dirigióse á la mesa, dejó sobre ella una cartera de cuero negro, y arrodillándose, exclamó:

—¡Hay un Juez en el cielo! ¡quisiera tener tiempo para arrepentirme!

Pronunciadas estas palabras, levantóse y salió de la habitación con lento paso, como había venido.

La cartera negra contenía papeles preciosos, escritos de puño y letra del barón Wolfgang y con su sello; estos documentos probaban claramente la legitimidad del hijo, y contenían la historia de su matrimonio secreto. Huberto, obligado á reconocer aquel testimonio, declaró ante los jueces que desistía de todas sus pretensiones á la herencia de su tío Wolfgang; y poco después abandonó el país. Muy pronto se supo que

había entrado al servicio de Rusia y marchado á Persia. Su madre y su hermana se ocupaban en arreglar los asuntos de su dominio de Curlandia; y Roderico, enamorado de la hermana de Huberto, quiso seguirla. El abogado V*** había vuelto á K..., y el castillo de R...sitten quedó más desierto y sombrío que nunca.

En cuanto á Daniel, había vuelto á enfermar tan gravemente, que fué preciso conferir sus funciones á otro mayordomo: este cargo se confirió á Franz en recompensa de sus fieles servicios. Poco tiempo después, todas las diligencias jurídicas sobre el mayorazgo quedaron evacuadas, llenándose todas las formalidades legales gracias á la actividad del abogado V***, que no descansó hasta ver al joven heredero instalado en su dominio. Al poco tiempo se supo que su contrincante, Huberto, había muerto en una batalla contra los persas; de modo que sus bienes de Curlandia pasaron á manos de la hermosa Serafina, cuya unión con Roderico no tardó en celebrarse.

Los desposorios se efectuaron en R...sitten, sin que se omitiese nada para comunicar á la ceremonia todo el esplendor propio de la elevada categoría y de la riqueza de los futuros esposos. V***, que se consideraba hacía largo tiempo como inseparable de los señores de R...sitten, había elegido la antigua cámara del barón, á fin de espiar la conducta de Daniel. Cierta noche, ocupábase con el castellano en repasar las cuentas; el viento mugía furioso; los árboles del bosque crugían como esqueletos de gigantes; y en las galerías el aire silbaba, produciendo murmullos semejantes á sollozos.

—¡Qué tiempo tan espantoso, y qué bien se está aquí!—dijo de pronto V***.

—Sí, sí—repuso el barón.

Y se levantó para acercarse á la ventana, á fin de observar los efectos de la tormenta; mas apenas es-

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS.

vo en pie, volvió á caer en su silla, fija la mirada y la mano tendida hacia la puerta, que acababa de abrirse para dar paso á una figura lívida y descarnada, cuyo aspecto habría infundido terror á los más valerosos.

¡Era Daniel!...

Más pálido que el mayordomo, y muy agitado al verle arañar la puerta tapiada, el barón se abalanzó hacia él gritando:

—¡Daniel, Daniel! ¿qué vienes á hacer aquí á estas horas?

El mayordomo profirió un doloroso gemido y cayó en tierra. Cuando se trató de levantarle, vióse que estaba muerto.

—¡Gran Dios! ¡qué crimen me ha hecho cometer un momento de terror! Ese infeliz era sonámbulo, y los médicos dicen que basta llamar á un individuo por su nombre, cuando es presa de su alucinación, para que muera en el acto.

—Barón—dijo gravemente el abogado—no os acuséis de la muerte de ese hombre, porque era el asesino de vuestro padre...

—¡De mi padre!...

—Sí, barón, la mano de Dios es la que le ha herido cuando hablasteis; y el terror que habéis experimentado es el instinto de repulsión que se apodera de nosotros al aspecto y al contacto de un infame. Las palabras que dirigisteis á Daniel, y que le mataron como el rayo, son también las últimas que vuestro desgraciado padre pronunció.

Al decir estas palabras, V*** sacó del bolsillo un documento cuidadosamente sellado, escrito de mano de Huberto, hermano de Wolfgang, y reveló al barón los misterios de odio y de venganza que habían ocasionado ya tantas desgracias en la familia de R...sitten. Leyó el autógrafo en que Huberto declaraba que su animosidad contra Wolfgang databa del día en que se

instituyó el mayorazgo, pues aquel acto de su padre, que le privaba á él de la mejor parte de su fortuna para favorecer al primogénito, había dejado en su corazón un resentimiento inextinguible. Desde aquella época, Huberto, cediendo á un irresistible deseo de venganza, había concertado los medios más propios para promover la desunión entre Wolfgang y el anciano Roderico. Este último había querido ilustrar el nuevo mayorazgo por la alianza de su hijo mayor con una de las más antiguas familias del país; sus observaciones astrológicas le permitieron leer en el curso de los astros la seguridad de este enlace; y toda elección que Wolfgang hubiera hecho contra su voluntad, habría sido una causa de disgusto y un motivo para maldecirle.

Wolfgang, perdidamente enamorado en Ginebra de una joven de noble linaje, pero sin fortuna, se había lisonjeado de conseguir al fin, á fuerza de tiempo, que su anciano padre aprobara el matrimonio contraído secretamente con la mujer que adoraba; y así las cosas, el anciano barón, habiendo visto en las constelaciones el presagio de su próxima muerte, escribió á Ginebra, ordenando á Wolfgang que volviera inmediatamente. Cuando llegó, su padre había muerto, como ya hemos visto. Un poco después, Huberto llegó á R...sitten, según sabemos, para arreglar con su hermano los asuntos de la sucesión: Wolfgang le reveló francamente el misterio de su matrimonio, manifestando su satisfacción por haber obtenido un hijo y serle posible muy pronto anunciar á su amada esposa que el negociante de Born con quien se había unido, era el rico y poderoso heredero de los barones de R... También dió á conocer su proyecto de marchar cuanto antes á Ginebra para traer consigo á la baronesa Serafina; pero la muerte le sorprendió cuando se disponía á partir. Huberto se aprovechó de esto para asegurar

la herencia directa del mayorazgo, puesto que nada probaba los derechos del hijo de Wolfgang; pero como había en él cierto fondo de lealtad, muy pronto se apoderó el remordimiento de su ánimo. Un incidente que consideró como providencial acabó de despertar su temor al castigo del cielo. Tenía dos niños de once á doce años que se manifestaban mutua aversión: cierto día el mayor de ellos decía al otro:

—Tú eres un miserable; yo seré algún día el soberano de R...sitten, y entonces, amiguito mío, deberás venir humildemente á pedirme dinero para comprar una ropilla nueva.

Irritado el otro por aquella broma, dió á su hermano un golpe con un cuchillo, y las consecuencias fueron mortales. Aterrado Huberto por aquella desgracia, envió el hijo que le quedaba á San Petersburgo para que sirviera á las órdenes del general Suvarow; y poseído de remordimientos, hizo serias reflexiones. Recogió cuidadosamente el producto de las rentas del mayorazgo, y envió fondos a Ginebra, bajo el nombre supuesto de un pariente del negociante de Born, á fin de que se atendiera á la educación del hijo de Wolfgang. En cuanto á la muerte de éste, había sido durante largo tiempo un terrible misterio, que apenas dejaba entrever la locura del mayordomo.

He aquí cómo lo explicaba Huberto en su confesión.

En la noche de su marcha, Daniel, que sin duda deseaba sacar partido de la animosidad que reinaba entre los dos hermanos, detúvole en el momento de montar á caballo, diciéndole que no debía abandonar tan magnífica herencia en manos del codicioso Wolfgang.

—¿Y qué he de hacer?—exclamó Huberto, golpeándose la frente con ademán de cólera. — ¡Ah! — añadió blandiendo la carabina. —¿Por qué no habré encon-

trado en una cacería ocasión oportuna para concluir de una vez?...

—Es una dicha que no hayáis cometido semejante imprudencia—replicó Daniel estrechándole el brazo;—pero ¿os resolveríais á entrar en posesión de este dominio si no tuviérais la responsabilidad de los medios?

—Sí, á toda costa—murmuró con voz sorda el feroz Huberto.

—¡Pues quedaos—repuso Daniel;—estais en vuestra casa, barón de R...sitten, porque el dueño del mayorazgo ha muerto esta noche aplastado bajo los escombros del torreón!...

He aquí cómo se había consumado este drama terrible. Daniel, que persistía en su plan de apropiarse una buena suma de dinero, sin contar los regalos del nuevo barón, había observado que Wolfgang iba todas las noches á meditar al borde del abismo abierto por la caída de la bóveda de la torre. Cierta noche, después de haber sabido que Huberto se disponía á marchar, fué á situarse en un ángulo oscuro de la sala de los Caballeros para esperar á Wolfgang, y cuando el desgraciado barón abrió la puerta de la torre, empujóle por la espalda, haciéndole caer en el abismo.

Cruelmente conmovido por estas horribles revelaciones, el barón Roderico no pudiendo vivir ya en aquel castillo, manchado de sangre, volvió á sus tierras de Curlandia, y no iba á R...sitten sino en el otoño, para cazar en sus tierras.

Franz, el nuevo mayordomo, refería que de vez en cuando, durante las noches de luna, se veía la sombra de Daniel vagando por las galerías y las salas del castillo.

Tal fué el relato, y cuando terminó aventuré una pregunta sobre Serafina.

—Primo—contestó el buen anciano con voz conmovida—la suerte cruel que pesaba sobre la familia de R...sitten no ha perdonado á esa pobre joven, pues dos días después de nuestra marcha se estrelló contra las rocas en una carrera de trineo: el barón está inconsolable. Primo, no volveremos jamás á R...sitten.

III

Muchos años transcurrieron. Mi tío dormía en la tumba hacía largo tiempo. Napoleón asolaba el Norte, y yo volvía de San Petersburgo, costeando las orillas del mar. Al pasar por delante de la pequeña ciudad de K... divisé á lo lejos como una llama, y después distinguí una especie de ardiente foco.

—¿Es un incendio?—pregunté al postillón.

—No, señor—contestó—es el faro de R.:.sitten...

¡El faro de R...sitten! Este nombre despertó todos los recuerdos de mi amor, y parecióme ver en una pálida aureola á mi adorada Serafina... Dí orden para que me condujeran al pueblo donde habitaba el intendente del dominio, y pregunté por él.

—Caballero—me contestó un empleado que vestía librea real—ya no hay aquí ningún intendente de R...sitten; este es dominio adquirido por la Corona, a causa de haber muerto sin herederos el último barón, hace diez y seis años.

Subí al castillo que ya estaba ruinoso, pues habianse empleado los mejores materiales para construir un faro sobre la roca. Un campesino que encontré en el lindero del bosque, refirióme temblando, que en las noches de luna llena veíanse á menudo sombras blan-

quecinas persiguiéndose entre los escombros y profiriendo gemidos de angustia.

¡Alma cándida de mi adorada Serafina, tú no irás á esos lugares desolados! ¡Dios te llamó á sí para entonar sagrados cánticos entre sus ángeles!

OLIVERIO BRUSSON

OLIVERIO BRUSSON

I

En la calle de San Honorato elevábase en otro tiempo la casita habitada por Magdalena Scuderi, á quien tan célebre hicieron sus versos y novelas caballerescas, no menos que el favor de Luis XIV y de madame de Maintenon.

En uno de los meses de otoño del año 1680, á eso de la media noche, algunos golpes violentos y repetidos en la puerta de la casa despertaron sobresaltados á sus pacíficos habitantes. Bautista, que desempeñaba á la vez las funciones de cocinero, de ayuda de cámara y de portero, había ido, con permiso de su señora, á presenciar las bodas de su hermana, y sólo se hallaba en el domicilio una sirvienta llamada la Martinière. Al oir llamar con tal fuerza, la pobre mujer pensó que la

marcha de Bautista la dejaba sin defensa con su señora en una casa expuesta á los ataques del primero que llegase, é involuntariamente comenzó á recordar los robos y asesinatos de que París era teatro en aquella época. Muy pronto se persuadió de que el visitante nocturno no podía ser sino un ladrón bien conocedor de la casa y de las personas que en ella había; y temblando de miedo, temerosa de verse de un momento á otro amenazada por el puñal de los asesinos, permaneció inmóvil en su pequeña habitación, más muerta que viva, renegando de Bautista y del casamiento de su hermana. Sin embargo, los golpes se repetían, y oyóse una voz que gritaba:

—¡Por amor de Dios, abrid la puerta!

La Martinière, muy poco tranquilizada, cogió una luz y dirigióse hacia el pórtico de la casa. En aquel instante, la misma voz gritó de nuevo:

—¡Abrid por amor de Cristo, abrid pronto!...

—Á fe mía—pensó la Martinière—un ladrón no se expresaría tan honradamente; tal vez sea algún señor que conoce á mi ama, y que, perseguido por la ronda, quiere pedir un asilo hasta mañana... ¡Vamos á ver, y obremos con prudencia!

La mujer entreabrió la ventana cuidadosamente y preguntó con voz que le pareció bastante tranquila quién era el atrevido que alborotaba de aquel modo á una hora tan avanzada. La luz de la luna, atravesando las nubes en aquel momento, permitió á la sirvienta distinguir un rostro prolongado, en parte oculto por el embozo de una capa oscura, y un sombrero de anchas alas; y entonces la Martinière, sobrecogida de espanto, comenzó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Hola! ¡Bautista, Claudio, Pedro, todos en pie, y venid á examinar de cerca á este visitante nocturno que tanto alborota!

Pero á los gritos de la criada, una voz dulce y casi suplicante, contestó:

—¡Ah! la Martinière, sois vos, buena señora; no alcéis así la voz, porque Bautista ha ido al campo, y sé que estáis sola con vuestra ama; abrid, pues, y no temáis la menor cosa; es preciso que vea cuanto antes á la señorita Scuderi.

—¿Qué decís?—replicó la Martinière.—¿Os parece hora conveniente esta para hablar á las damas? Ya que sabéis tan bien lo que aquí pasa, no debéis ignorar que mi señora duerme hace largo tiempo; y por todo el oro del mundo no la despertaría en su primer sueño, del que tanta necesidad tiene para su salud.

—Yo sé—prosiguió el desconocido—que acaba de poner á un lado su novela *Clelia*, y que en este momento hace versos, los cuales deben ser leídos mañana á la marquesa de Maintenon. ¡Ah! os lo ruego una vez más, señora Martinière, tened compasión de mí y abridme la puerta, porque se trata del honor, de la libertad, y tal vez de la vida de un hombre; vuestra ama no os perdonaría jamás si rehusaseis el asilo á un infeliz que imploraba su socorro.

—Repito—dijo la Martinière—que esta no es hora de venir á visitar á la gente; volved mañana y veremos.

El desconocido, sin desanimarse por esta contestación, replicó:

—¡Ah! nuestra suerte no cuenta las horas cuando es adversa, y sus golpes son ciegos como los favores de la fortuna. ¿Es posible que se rehuse auxilio y socorro cuando la salvación de un hombre podría depender de un solo instante? ¡Abrid la puerta; nada debéis temer de un infeliz, perseguido por todos, y cuya única esperanza es la poderosa intervención de vuestra señora!...

La Martinière oyó al desconocido gemir y llorar al dirigirle esta última súplica; y como la voz del joven

tenía un acento melancólico y dulce, al que las mujeres no saben resistir nunca, fué á buscar las llaves para introducir al desconocido.

Apenas se abrió la puerta, el hombre de la capa se precipitó en el interior con impaciente cólera, y empujando ante sí á la sirvienta, díjole con voz amenazadora:

—¡Conducidme á presencia de vuestra ama!

La pobre mujer, temblando de miedo, levantó la luz á la altura del rostro del desconocido, cuyas facciones descompuestas estaban densamente pálidas, y estuvo á punto de perder el conocimiento cuando bajo la capa vió brillar el mango de un puñal. El extranjero fijó en su interlocutora una mirada penetrante y repitió su orden con acento breve; pero como la honrada sirvienta pensase que algún grave peligro amenazaba la vida de su señora, su abnegación se exaltó, y cerrando la puerta de su cuarto, colocóse delante, y dijo con voz resuelta:

—He aquí una manera extraña de pedir hospitalidad; he cometido la torpeza de abriros, pero ni Dios ni el diablo me obligarán ahora á presentaros á mi ama. Puesto que vais armado, nada debéis temer; y si no sois un malhechor, podéis esperar hasta mañana y volver. Hacedme el favor de salir de la casa.

El desconocido suspiró, y fijando de nuevo su penetrante mirada en la fiel sirvienta, oprimió convulsivamente el mango de su daga. La pobre mujer encomendó su alma á Dios, pero tuvo bastante energía para hacer frente al desconocido, y sin moverse un paso, mantúvole en respeto.

—¡Dejadme pasar, os digo!—exclamó el de la capa.

—Haced como gustéis—replicó la sirvienta—matadme, pero ¡cuidado con mañana, y no olvidéis la plaza de Grève!

—¡Ah!—murmuró el desconocido—tenéis razón,

la Martinière; me tomais por un ladrón ó por un asesino; mas aún no he llegado á tanto.

Así diciendo, desenvainó su daga, hizo un gesto amenazador para apartar á la sirvienta y abrióse paso.

—¡Jesús!—exclamó la Martinière—¡soy muerta!...

Un ruido de armas y los pasos mesurados de una patrulla interrumpieron el silencio de la desierta calle.

—¡Es la ronda, socorro, socorro!—gritó la Martinière.

—¡Maldita mujer, tú quieres perderme!—murmuró el desconocido.—¡Ah! ¡ya han pasado, sí, ya no hay temor! ¡Toma, bruja del diablo, coge eso, y por tu vida llévalo esta misma noche á tu señora!...

Al pronunciar estas palabras, el hombre de la capa puso en manos de la sirvienta una cajita de hierro, apagó la luz, para que su claridad no permitiese ver qué dirección seguía, y precipitóse fuera de la casa.

La sirvienta había caído de bruces; cuando se levantó, largo tiempo después, costóle mucho llegar á su habitación, y no teniendo fuerza ni valor para acostarse, dejóse caer en un sillón. Poco tiempo después, oyó un ruido de llaves en la cerradura, y estremecióse de nuevo; pero vió entrar á Bautista, pálido como un difunto.

—¡Por todos los santos del cielo, qué más puede ocurrir ahora?—balbuceó la sirvienta.

—Figuraos—contestó Bautista—que una inquietud inexplicable para mí me indujo á separarme de los novios, y me puse en camino hacia casa, impulsado por no sé qué presentimiento. Al entrar en nuestra calle pensaba yo que siempre dormíais con un ojo abierto, y que no habría de llamar mucho para que me abriérais; pero no contaba con las tribulaciones de la noche. Un destacamento de la ronda, con hombres á pie y á caballo, cubiertos de hierro hasta los dientes, llega no sé por dónde y me cierra el paso; por fortuna

me conocía su jefe, el teniente Desgrais, y éste me dice, cuando me hubieron aplicado una linterna al rostro: «¡Hola! Bautista, parece que vamos de picos pardos por la noche, muchacho... Vuelve pronto á casa y guárdala bien, porque andamos á caza de un perillán que nos da bastante que hacer.» No podéis figuraros, amiga mía, el efecto que me produjeron aquellas palabras. La patrulla continúa su camino y desaparece; en el momento en que levanto el brazo para llamar á la puerta, ésta se abre de improviso; un hombre sale á la calle corriendo, daga en mano, y me derriba al pasar... Me levanto... la casa abierta... las llaves en la cerradura... ¿Qué quiere decir todo esto?

La Martinière, en parte recobrada de su espanto, refirió todo cuanto acababa de ocurrir; después bajaron los dos al vestíbulo y recogieron el candelero, cuya luz había apagado el desconocido para ocultar su fuga.

—Seguramente—decía Bautista—á no mediar una evidente protección del cielo, nuestra pobre señora hubiera sido robada y asesinada esta noche, porque ese hombre no ignoraba que encontraría aquí dos mujeres solas; será uno de esos diestros bribones redomados que toman bien sus informes para dar el golpe sobre seguro. En cuanto al cofrecillo, amiga Martinière, si queréis creerme, lo arrojaremos al Sena, pues tal vez algún miserable atente contra la vida de nuestra señora, y puede ser que al abrirle caiga muerta de pronto, como el anciano marqués de Fournay, al romper el sello de una carta anónima...

Después de conversar largo rato para decidir lo que convendría hacer, los dos fieles servidores convinieron en que lo mejor sería dar cuenta de lo ocurrido á la señorita Scuderi y entregarle el cofrecillo, pues tal vez así se aclararía el misterio; mas para abrir aquél se adoptarían las necesarias precauciones.

II

Los temores de Bautista no carecían de fundamento, pues en aquella época cometíanse en París los más odiosos atentados, todos á favor de un medio que sólo algún espíritu infernal podía sugerir. Glaser, boticario alemán, el más hábil químico de su época, se ocupaba en la alquimia, que estaba entonces muy á la moda: esperaba encontrar la *piedra filosofal*, y tenía por ayudante y confidente á un italiano llamado Exili; pero éste no estudiaba el arte de hacer oro sino para ocultar mejor sus secretos designios. Mientras que Glaser buscaba la fortuna en el fondo de sus experimentos, Exili adquiría lentamente la terrible ciencia de mezclar, cocer y sublimar sustancias ponzoñosas, y elaboraba un veneno sutil, cuyas dosis mataban en el acto ó gradualmente, por efecto de una languidez desconocida. Este veneno carecía de sabor y olor; no dejaba vestigio alguno en los órganos, y burlaba también todo análisis é investigación de la medicina, pues todas las víctimas sucumbían, al parecer, de muerte natural. Por prudente y disimulado que Exili fuera, sospechóse que había vendido venenos y fué encerrado en la Bastilla, donde muy pronto tuvo por compañero de cautividad al capitán Godin de Sainte-Croix. Este último conocía á la marquesa de Brinvilliers, y sus relaciones con ella habían producido tal escándalo, que el padre de la dama, Dreux d' Aubray, teniente civil de París, irritado al ver que el marqués se mostraba indiferente á tanto baldón, se encargó de poner término á sus vergonzosas relaciones, obteniendo contra el capitán una orden de prisión. Hombre

DANIEL CORTEZO Y C.ª. EDITORES
CALLE DE PALLARS.

capaz de todas las violencias, sin carácter, hipócrita y libertino, y dominado por las más feroces pasiones, el capitán no podía encontrar persona alguna que se aviniese tan bien con su carácter como Exili, pues los secretos del italiano sugeríanle un poderoso medio para practicar el mal; hízose su más asiduo discípulo, igualóle muy pronto en saber, y, al salir de la Bastilla, era capaz para continuar solo su espantoso aprendizaje.

La Brinvilliers era una perdida por sus costumbres, y Sainte-Croix la convirtió en un monstruo infernal: envenenó sucesivamente á su padre, que condenaba sus vicios, después á sus dos hermanos, y luego á su hermana: la venganza había motivado el primer crimen, y cometió los otros por avaricia. La historia de varios envenenadores ha demostrado que su manera de dar muerte llegaba á ser en ellos algunas veces una manía irresistible, pues se dió el caso de que inmolaran personas sin importancia, con la sangre fría de un químico que hace experimentos en animales. La muerte súbita en un hospital de varios indigentes, á quienes la Brinvilliers distribuía pan todas las semanas, despertó la atención de los médicos, poniéndoles en camino para descubrir sus atentados; después se averiguó que más de una vez había dado á varias personas convidadas pastas de carne que contenían veneno; y contábanse ya algunas que encontraron la muerte á la mesa de aquella odiosa mujer. Sainte-Croix, su cómplice, un tal La Chaussée y la Brinvilliers supieron ocultar largo tiempo sus abominaciones; pero acercábase el día señalado por la Providencia para castigar á los unos y desenmascarar á los otros. Sainte-Croix fabricaba una pólvora tan sutil (los parisienses la llamaban *pólvora de sucesión*), que la menor aspiración era suficiente para producir la asfixia, y por lo mismo el inventor acostumbraba cubrirse el rostro con una

careta de vidrio para trabajar. Cierto día, cuando se ocupaba en recoger su pólvora en un frasco, desprendióse la careta, y el operador cayó muerto en su laboratorio. Como no tenía herederos, la justicia puso los sellos sobre todo cuanto le pertenecía, y descubrió en un cofre todos los ingredientes de que aquel miserable poseía el secreto; también se encontraron cartas de la Brinvilliers, que probaban su complicidad; pero avisada aquella oportunamente por su cómplice, refugióse en un claustro de Lieja. Desgrais, el más fino sabueso de la policía, marchó en su persecución; introdújose, disfrazado de abate, en el convento donde la marquesa se ocultaba, fraguó una intriga amorosa con aquella mujer execrable, y obtuvo una cita en cierto solitario jardín, á pocas leguas de la ciudad. Al llegar al sitio, cercáronla los agentes de Desgrais; el abate galante se metamorfoseó de improviso en oficial de policía, introdujo á su prisionera en un coche que ya estaba preparado, y emprendióse la marcha hacia París.

La Chaussée había sido ya decapitado; la Brinvilliers fué condenada al mismo suplicio; el verdugo quemó su cadáver y arrojó las cenizas al viento.

Los parisienses comenzaban á respirar desde el castigo de aquella célebre envenenadora; pero de pronto circuló el rumor de que el secreto de Sainte-Croix no había muerto con él, y, muy pronto, nuevas desgracias consternaron á la ciudad. La muerte invisible diezmaba á las familias, y ningún arte podía combatir los fatales efectos de aquella calamidad, de la cual no era posible preservarse por la riqueza, ni la edad, ni la posición social. La desconfianza rompía los lazos del más sagrado afecto: el marido temblaba junto á su esposa, el padre ante el hijo, la hermana frente al hermano; en las visitas no se osaba ya cortar el pan ni beber á la salud de un amigo; los ojos observaban;

el espíritu estaba alarmado de continuo, temiéndose ocultas asechanzas; los padres huían con horror del hogar doméstico, é iban á buscar lejos el alimento, que preparaban por su propia mano, ocultándose cuidadosamente, temerosos de la perfidia de sus propios hijos; y, á pesar de tanta desconfianza y de tantas precauciones, el azote proseguía su curso, descargando acá y allá sus misteriosos golpes. El rey de Francia, afligido por tales atentados, que amenazaban hasta su persona, creó un tribunal especial, encargado de buscar y castigar sin compasión aquellos crímenes secretos; y este tribunal de justicia, llamado *Cámara Ardiente*, reuníase cerca de la Bastilla, presidido por la Reynie. La experiencia y esfuerzos de este magistrado estrellâronse largo tiempo contra las hábiles maniobras de los infames que desolaban el país; pero después de muchas inútiles tentativas, aquel Desgrais á quien ya hemos visto desempeñar tan hábilmente sus difíciles funciones, presentóse para prestar su cooperación.

En una casucha del arrabal Saint Germain vivía una vieja llamada Voisin, que se ocupaba de las pretendidas ciencias naturales, revelando el porvenir á las personas crédulas; y dos bribones, conocidos con los apodos de el *Sabio* y el *Vigoroso*, protegían con su brutalidad la miserable industria. La vieja conocía tan bien como Exili el arte de preparar aquellos terribles venenos que mataban con seguridad sin dejar señales, y había ayudado á varios hijos de familia á realizar pronto alguna rica herencia, así como á varias mujeres hermosas á desembarazarse de un marido viejo para contraer segundas nupcias. Desgrais consiguió descubrir el paradero de la vieja y entrególa á la Cámara Ardiente, que la envió á la plaza de Grève para morir en la hoguera. Las pesquisas practicadas en su domicilio dieron por resultado encontrar listas impor-

tantes con los nombres de todas las personas que se habían valido de la temible industria de la Voisin. El tribunal desplegó sus rigores contra muchos individuos que hasta entonces se creían libres de toda persecución, y ni aun varios personajes distinguidos pudieron sustraerse á las sentencias sin apelación de los jueces vengadores. De las notas de la Voisin resultaba que, con su concurso, el cardenal Bonzy había hallado medio de librarse de varias personas á las que, en su calidad de Arzobispo de Narbona, debía satisfacer pensiones más ó menos crecidas: la duquesa de Bouillon y la condesa de Soissons habían mantenido con la envenenadora relaciones muy frecuentes; y hasta Francisco Enrique de Montmorency, duque de Luxemburgo, Par y mariscal del reino, fué objeto de las sospechas más odiosas. Abierta la información, dirigióse voluntariamente á la Bastilla, donde el odio de Louvois y de la Reynie le arrojaron en un inmundo calabozo; pero después de un largo y cruel cautiverio, se hubo de reconocer que sus pretendidos crímenes se reducían á una visita á la Voisin para que le hiciera su horóscopo.

Forzoso es confesar que, por un celo mal entendido, la Reynie cometió atrocidades sin número; su tribunal revestía los odiosos caracteres de la Inquisición; la sospecha bastaba para abrir los calabozos; la casualidad levantaba el cadalso, encendía las hogueras ó dictaba la fórmula de «no há lugar». El feroz presidente era además tan feo, que hasta las personas cuyas desgracias vengaba no podían menos de experimentar un sentimiento de aversión á su persona. Cuando preguntó, cierto día, á la duquesa de Bouillon, si había visto al diablo, la dama le contestó, en pleno auditorio, que le estaba viendo en aquel instante.

Mientras que en la plaza Grève corría la sangre de los culpables y de las víctimas del tribunal, los enve-

nenamientos disminuían cada vez más; pero entonces otra calamidad afligió á París: una cuadrilla de ladrones, perfectamente organizada, comenzó á saquear los más ricos palacios, sin que bastase la vigilancia para salvar los más preciosos objetos: cualquiera que se aventurase en las calles de París por la noche, encontraba á cada paso rufianes que no vacilaban ante el asesinato para asegurar la impunidad. Todos los cadáveres que se recogían cada mañana tenían una herida semejante, una puñalada en el corazón, inferida con tal destreza, que al decir de los médicos, la muerte no debía dejar á la víctima tiempo de proferir un solo grito. Los bribones sabían con mucha exactitud á qué hora tal ó cual gran señor debía acudir á una cita amorosa, ó salía discretamente de alguna casa de placer: el asesino, bien oculto, rara vez dejaba escapar su presa, y saqueábala por completo.

En vano Mr. Argenson, ministro de policía, formaba en París una red de vigilantes: en vano la Reynie aplicaba el tormento á todos los sospechosos que se le entregaban; en vano se multiplicaban las rondas; nada de esto era suficiente para apoderarse de los autores de aquellos crímenes. Nobles y plebeyos debían salir de sus casas armados hasta los dientes, con algún servidor provisto de una linterna; pero muy á menudo el criado quedaba molido á golpes, y el cadáver de su amo hallábase al día siguiente cubierto de sangre junto á la linterna rota. Todas las pesquisas para encontrar una parte de las alhajas robadas fueron del todo inútiles, pues los bandidos tenían tanta destreza como audacia. Desgrais, furioso al verse burlado, no sabía ya de qué astucia valerse; olfateábase su llegada, y los golpes de mano se repetían siempre á la mayor distancia del sitio visitado por el hábil agente, á quien se atraía con alguna falsa alarma. Agotada su paciencia, Desgrais imaginó otro medio: buscó cierto núme-

ro de individuos que por las facciones, la estatura y el aspecto se le asemejaban lo bastante para engañar á los diestros bribones que de continuo se le escapaban; y consiguiólo tan bien, que hasta los mismos soldados de la ronda, equivocándose á menudo, no sabían dónde estaba el verdadero Desgrais. Siempre activo, este último exploraba por sí mismo los lugares más ignorados, á riesgo de perder la vida; y más de una vez, para tentar la codicia de los malhechores, aventurábase en los barrios más peligros en compañía de agentes cargados de joyas falsas; pero los ladrones sabían á qué atenerse. Desgrais se desesperaba sin conseguir cosa alguna.

Cierta mañana el pobre agente se dirigió presuroso á casa de la Reynie.

—¿Qué noticias tenemos?—le pregunta el magistrado.

—¡Ay, monseñor!—contesta Desgrais—esta noche pasada, el marqués de la Fare ha estado á punto de perecer á mi vista, á diez pasos del Louvre.

—¡Gracias á Dios!—exclama la Reynie, transportado de alegría.—¡Ya los tenemos!

—Escuchad primero—replica Desgrais—cómo ha ocurrido la cosa. Yo rondaba cerca del Louvre, siguiendo la pista á esos demonios que hace tanto tiempo se burlan de mí. Un hombre, con paso vacilante é inquieta mirada, pasa de pronto junto á mí sin verme; en el mismo instante, un rayo de luna, traspasando una nube, ilumina su semblante, y reconozco al marqués de la Fare. Podía darle alcance, porque sabía muy bien adónde iba; mas apenas hubo andado diez ó doce pasos, un hombre que parecía brotar de la tierra cae sobre él, derríbale, y los dos ruedan por el suelo. Me precipito para coger al malhechor, pero se me enreda la capa entre las piernas y caigo; el desconocido huye al oir el ruido; me levanto, persígole,

gano terreno, doy un silbido, al que contestan mis agentes; el choque de las armas, el rumor de los caballos anuncian la llegada de la ronda; creo segura la presa, y grito con toda la fuerza de mis pulmones: «¡Por aquí, por aquí, Desgrais!...» La luna ilumina en aquel instante el cielo con viva claridad; al doblar la calle de san Nicasio, mi hombre parece cansado, y sólo lleva una ventaja de quince pasos; mi valor y mis fuerzas redoblan por la seguridad del éxito...

—Sí—interrumpe la Reynie, con los ojos brillantes, y oprimiendo convulsivamente el brazo de Desgrais —y vos le cogéis, le agarrotáis y le...

—¡Ay, monseñor! á quince pasos de distancia ese diablo de hombre salta de lado en la sombra de la calle y desaparece á través de la pared...

—¡A través de la pared! ¿Estáis loco?—grita el magistrado, golpeando el suelo con el pie.

—No, monseñor, reprendedme cuanto queráis, pero os he dicho la verdad. Permanezco mudo de asombro ante aquella pared que no presenta salida ni agujero alguno, mis arqueros llegan sin aliento, y con ellos el marqués de la Fare, espada en mano... se encienden las hachas y examínase piedra por piedra, pero todo es inútil: un sólido muro cierra el patio del edificio, cuyos habitantes se hallan al abrigo de la más leve sospecha. Y aquí me veis abatido y desanimado; el diablo en persona se burla de nosotros.

La singular aventura del pobre Desgrais corrió muy pronto de boca en boca por todo París; los ánimos estaban todavía alarmados por las revelaciones á que diera lugar el proceso de la Voisin, y todos creían que el hábil agente había tenido que habérselas con el diablo. Muy pronto se imprimió y vendió un relato del acontecimiento; el pueblo dió entera fe á semejante maravilla; y los arqueros de la ronda se acobardaron un poco, hasta el punto de que no desempeñaban su

OLIVERIO BRUSSON

servicio nocturno sin ir cargados de agua bendita y de amuletos.

Argenson, viendo que la Cámara Ardiente se desacreditaba, fué á proponer al rey la creación de otro tribunal, provisto de poderes más temibles aún; pero Luís XIV, persuadido, con razón ó sin ella, de que la severidad de la Reynie había hecho más daño que bien, rechazó la idea del ministro de policía.

Sólo quedaba un medio para vencer la resistencia del monarca.

Se le presentó en la cámara de madama de Maintenon, donde pasaba todos los días algunas horas después de comer y donde trabajaba á menudo con sus ministros, un pequeño poema escrito en nombre de los *amantes reunidos*, señores de la corte y de la ciudad, que se quejaban en verso de los peligros que era preciso arrostrar cuando cada cual iba á ver á deshora á la dama de sus pensamientos. Suplicaban á Su Majestad que persiguiera á los malhechores, y comparando á Luís XIV con Hércules, vencedor de la hidra, ó con Teseo, triunfante del Minotauro, invocaban la real protección en favor de sus amores. Como este poema terminaba con las más exageradas adulaciones al monarca, Luís XIV lo leyó hasta el fin con secreta complacencia, y cuando hubo concluído, volvióse hacia madama de Maintenon y le pidió su parecer. La favorita, que se inclinaba cada día más á la devoción, contestó sin levantar los ojos que las intrigas culpables y reprobadas por la moral no merecían la protección del rey; pero que, por otra parte, los atentados de una cuadrilla de malhechores reclamaban pronta justicia sin compasión.

El rey dobló el poema sin contestar, y disponíase á pasar á un gabinete contiguo, donde le esperaba el secretario de Estado, cuando su mirada se fijó de pronto en Magdalena Scuderi que estaba sentada en un

taburete á pocos pasos de la favorita. Acercóse á ella, y con la sonrisa en los labios, desdobló la poética solicitud.

—La marquesa—dijo á media voz—condena duramente los galanteos de nuestros jóvenes cortesanos; pero yo quisiera saber, señorita, qué pensáis de esta epístola.

Magdalena Scuderi se levantó; un fugitivo rubor tiñó las pálidas mejillas de la anciana dama, y contestó inclinándose:

—¡El amante que teme á los ladrones no es digno de amor!

Este espíritu caballeresco que refutaba con una sola palabra todas las bellas frases de los *amantes reunidos*, hizo sonreir á Luís XIV.

—¡Por san Dionisio!—exclamó—tenéis razón, señora; no quiero ya ese ciego nivel que oprime tanto al inocente como al culpable, y que sólo sirve para proteger la cobardía. ¡Que Argenson y la Reynie cumplan con su deber!

III

Cuando la Martinière refirió á su ama, al rayar el día, los acontecimientos de la noche anterior, entregándole el misterioso depósito que había recibido, trazóle un vigoroso cuadro de todas las perversidades de la época; y Bautista se unió á ella para suplicar á la señora Scuderi que no abriera aquel objeto sin las más minuciosas precauciones.

Era muy singular el aspecto de aquellos leales servidores, que esperaban ver salir de aquel receptáculo

de maleficios una legión de diablos armados de pies á cabeza, que debían perturbar la tranquilidad de su ama. La famosa caja de Pandora no pudo excitar curiosidad más palpitante: sólo la señora Scuderi permaneció impasible.

La noble dama, pesando en su mano el cofrecillo, cual si quisiera adivinar lo que contenía, dijo á sus servidores sonriendo que eran dos visionarios, que temían encontrar en todas partes fantasmas y maleficios.

—Esos malhechores que os espantan, esos asesinos que no perdonan, saben tan bien como vosotros y yo que aquí no hay oro ni alhaja que valgan la pena de verter sangre. ¿Quién podría desear mi muerte, siendo yo una mujer de setenta y tres años, que jamás hizo mal á nadie? He pasado toda la vida escribiendo novelas ó versos: nadie me envidia esta gloria, y sólo dejaré por herencia los oropeles de algunos vestidos de corte, y varios libros encuadernados. Es inútil, mi buena la Martinière, que me vengas con cuentos para hacerme dormir de pie, pues los peligros no existen sino en tu imaginación; y como no puedo sospechar motivo alguno de malevolencia contra mí en el hombre que tanto te atemorizó anoche, voy á...

Al oir estas palabras, la Martinière retrocedió presurosa, y Bautista, más pálido que ella, cayó de rodillas profiriendo un grito sordo: la señora de Scuderi acababa de tocar un botón de acero oculto en el borde del cofrecillo, con lo cual se levantó la tapa ruidosamente.

No fué poca la sorpresa de la dama al ver que el contenido era un collar de oro cuajado de piedras preciosas, y dos pulseras de gran valor. La Martinière, maravillada ante aquellos objetos, abría los ojos desmesuradamente, asegurando que la Montespan no poseía un aderezo de tanto valor.

—¿Qué significa esto, qué pensar?... — murmuró la señora Scuderi.

De pronto, como viese en el fondo del cofrecillo un billete sellado, abrióle apresuradamente, esperando encontrar la explicación del enigma; mas apenas hubo leído las primeras líneas, sobrecogióle un temblor nervioso, dejó caer la carta de sus manos, y elevando las manos al cielo, cayó casi desvanecida en su sitial.

—¡Oh, Dios mío!—balbuceó la pobre mujer.—¿Debía yo esperar á mi edad semejante humillación? ¿Qué falta he cometido yo? ¿Será posible que unas palabras dichas inocentemente se interpreten de una manera tan odiosa?...

La Martinière y Bautista, testigos de aquel dolor, no sabían cómo consolar á su señora: la criada había recogido el billete, que estaba concebido en estos términos:

«El amante que teme á los ladrones no es digno de amor.»

»Vuestro talento, amable dama, ha librado de una persecución terrible á hombres que ejercen contra los cobardes la razón del más fuerte, y que despojan á los ricos egoístas de los tesoros que el libertinaje devora. Aceptad, pues, ese adorno, el más brillante que hace largo tiempo cayó en nuestras manos, pues sois digna de poseer esa obra maestra del arte, cuyo esplendor realzaréis. Os rogamos que nos conservéis vuestra amistad y buen recuerdo.

»Los Invisibles.»

—¿Es posible—exclamó de nuevo Magdalena Scuderi — que unos miserables lleven su audacia é ironía hasta tal extremo?...

Los rayos del sol, atravesando los cortinajes de seda escarlata de las ventanas, hacían brotar rojizos refle-

jos de los brillantes diseminados junto al cofrecillo, cual si estuviesen aún manchados con la sangre de su dueño. La señora de Scuderi apartó la vista con horror, ordenando al punto que retiraran de allí aquel objeto odioso. La Martinière, colocando las pulseras y el collar donde estaban, dijo que lo mejor sería entregar el cofrecillo á la autoridad dando cuenta de todo lo ocurrido.

La señora Scuderi se paseaba por su cuarto con evidentes señales de la más viva agitación, y al fin mandó á buscar por uno de sus servidores una silla de manos; mientras que Bautista desempeñaba esta comisión, la Martinière ayudó á su señora á vestirse para ir á ver á madama Maintenon.

La favorita quedó muy sorprendida al ver entrar en su casa á la señora de Scuderi pálida y temblorosa.

—¡En nombre del cielo!—exclamó.—¿Qué tenéis?

Cuando hubo oído las quejas de la pobre dama, la favorita le dijo que toda su inquietud era infundada, y que la imprudencia de algunos oscuros malhechores no debía alterar en modo alguno la serenidad de un alma tan hermosa. Dicho esto, la Maintenon manifestó deseos de ver el misterioso cofrecillo.

Apenas lo hubo abierto exclamó:

—¿Sabéis, amiga mía, que estas pulseras y el collar han salido seguramente de los talleres de Renato Cardillac?

René Cardillac era en aquella época el diamantista más notable de París, y el más hábil para trabajar el oro y las piedras preciosas. Aunque hombre de escasa estatura, estaba dotado de robusta constitución, y á pesar de sus cincuenta años parecía un joven; por su cabello rojo y crespo, sus facciones inyectadas de sangre y su expresión enérgica, se le hubiera creído hombre de mal carácter; pero en toda la ciudad gozaba de una reputación de honradez bien merecida.

Maese Cardillac, á pesar de su nombradía, no se cuidaba al parecer de hacer fortuna; admitía los pedidos de todos y procuraba complacer á sus clientes, fijando al mismo tiempo tan mínimo precio por sus trabajos, que no se explicaba un desinterés que debía perjudicar á sus propios intereses. Cardillac ejecutaba sus obras con paciencia, y cuando alguna no era perfecta á sus ojos, deshacíala para comenzarla de nuevo. Por eso todo el mundo quería tener alhajas trabajadas por el famoso artífice; pero costaba mucho obtenerlas, pues Cardillac retardaba de un mes para otro la entrega bajo mil pretextos. Si le ofrecían el doble del precio estipulado, rechazaba el oro con desdén, y cuando al fin daba un adorno, su semblante expresaba hondo pesar, y sus ademanes secreta cólera. Entonces recorría su taller gritando como un energúmeno, revolviéndolo todo, renegando de su arte, de sus útiles y hasta de su persona; pero si alguno llegaba de pronto y le preguntaba si podría hacer un collar y unas pulseras, el buen hombre salía de su acceso, sus ojillos brillaban como carbunclos, frotábase las manos cual hombre que espera hacer un buen negocio, y decía:

—Vamos á ver de qué se trata.

El cliente sacaba de su bolsillo los materiales necesarios, oro, plata y piedras preciosas, contestando:

—Esto es mercancía común; mas con el auxilio de vuestro arte, podría....

—¡Cómo!—exclamaba Cardillac;—estas son piedras magníficas; dejadme hacer á mí, y si no reparáis en algunas monedas de oro, construiré un aderezo con algunas piedras que yo elija.

— Muy bien;— decía el cliente— obrad como os parezca, y pagaré lo que exijáis.

Entonces, sin cuidarse de si su parroquiano era noble ó plebeyo, Cardillac le abrazaba estrechamente, jurándole que dentro de una semana recibiría una

obra exquisita. El buen hombre se encerraba después en su taller, y á los ocho días terminaba su trabajo; pero cuando llegaba el cliente, con su dinero en el bolsillo, para pagar el objeto, el artífice se encolerizaba.

—Pero, ved que me caso mañana! — decía el parroquiano.

—Tanto peor, señor mío, tanto peor—contestaba el diamantista. —¿Qué me importa á mí vuestro matrimonio? Volved, si os place, de aquí á quince días.

—Pero si el trabajo está terminado y tenéis aquí el dinero, ¿por qué no me lo entregáis?

—Yo os digo que está sin concluir, que no he quedado contento y no puedo entregar el adorno hoy.

—Y yo os aseguro que si os obstináis así, volveré dentro de una hora con algunos guardias de mi amigo Argenson.

— Pues entonces — murmuraba Cardillac — que el diablo ahogue á vuestra esposa ó á vuestra hija con ese collar, ó que las pulseras les corroan la muñeca como tenazas candentes.

Y el artífice arrojaba el aderezo á los pies del parroquiano exigente, acompañando el acto con alguna grosería que dejaba atónito al noble ó al plebeyo. Después, Cardillac se asomaba á la ventana para mirar al comprador, riéndose de su impertinencia. Otras veces el artífice, menos belicoso, suplicaba humildemente que le dejasen la obra ejecutada, ofreciéndose á reembolsar el precio de las primeras materias; y había casos en que rehusaba trabajar para ciertos grandes señores: la misma favorita de Luís XIV no había podido vencer sus repugnancias.

—Apuesto—dijo madama de Maintenon—á que si yo enviase á preguntar á Cardillac para quién había construído ese aderezo, se valdría de mil excusas antes de obedecerme; pero creo que ya no tiene tantas rarezas.

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS.

y comienza á tratar á sus clientes con más consideración.

La señora de Scuderi, impaciente por descubrir pronto aquel misterio, pensó que lo mejor sería manifestar á Cardillac la causa de la pregunta; y pareciéndole buena esta idea á la favorita, dió las órdenes oportunas. Un momento después presentábase Cardillac.

Después de muchas reverencias, hechas con tal torpeza que las dos damas no pudieron menos de sonreirse, el buen hombre, interrogado sobre el origen de las alhajas, reconociólas desde luego, y rechazándolas después, dijo con amarga sonrisa:

—Es preciso no reconocer apenas los trabajos de Renato Cardillac para suponer un solo instante que otro diamantista pudiera montar semejante adorno. Sí, señora marquesa, reconozco el trabajo.

—Entonces—repuso la favorita—decidme para quién lo hicisteis.

—Para mí solo—contestó Cardillac.

Las dos damas fijaron sus miradas en el rostro impasible del diamantista; madama de Maintenon con desconfianza, y Magdalena Scuderi con ansiedad.

—Os digo la pura verdad, señoras—añadió Cardillac.—Para ejecutar esta obra maestra había reservado yo las piedras más finas, poniendo á contribución todos los secretos de mi arte; pero hace algún tiempo que este aderezo desapareció de mi casa.

—¡Loado sea Dios!—exclamó la señora Scuderi.

Y levantándose con la viveza de una joven, cogió el cofrecillo y depositólo todo en manos de Cardillac, diciéndole:

—Tomad eso, maese Renato; unos pícaros ladrones os lo habían robado.

La dama refirió después en pocas palabras la aventura de la noche anterior. El artífice pareció escuchar-

la con profunda atención, expresando su sorpresa solamente por monosílabos; oprimía su frente con mano convulsiva como para comprimir un dolor; y después ocultaba los ojos á fin de que no se viese una furtiva lágrima. Al fin cogió el cofrecillo, y doblando la rodilla ante la señora de Scuderi, le dijo:

—Noble dama, para vos preparaba yo estas piedras, y recuerdo que al trabajarlas sólo en vos pensaba. Tened, pues, la bondad de aceptar este adorno con tanto placer como el que yo experimento al ofrecérosle.

—¡Dios mío! maese Renato—exclamó la señora Scuderi.—¿Os parece que esas joyas pueden convenir á mi vejez? ¿Con qué título haríais semejante regalo? Vamos, vamos, amigo mío, si yo fuese hermosa como la señorita de Fontanges, podría adquirir á peso de oro tan magnífica joya; pero bien veis que no sentaría bien en mis enflaquecidos brazos y en esta garganta que siempre debo ocultar.

Cardillac se había levantado, y alargando aún el cofrecillo á la señora de Scuderi, díjole con voz ronca y brusca:

—Hacedme la gracia, señora, de no rehusar, pues no sabéis hasta qué punto respeto vuestro carácter y virtudes...

Y como la noble dama siguiese vacilando, la favorita tomó el cofrecillo de manos de Cardillac, uniendo sus instancias á las del buen hombre que, después de suplicar con sollozos y lágrimas, salió de la habitación bruscamente, corriendo como un loco y derribando los muebles á su paso.

—¡Santo cielo! señora marquesa, ¿qué le pasa á ese hombre?—exclamó la Scuderi pálida de terror.

—¿No veis, amiga mía—contestó la favorita, riendo á carcajadas—que maese Renato siente por vos un amor fatal, y que según las reglas de la galantería caballe-

resca, comienza á sitiar vuestro corazón ofreciéndoos presentes?

La señora Scuderi no pudo menos de reirse también de la ocurrencia de la marquesa; pero cuando llegó la hora de retirarse, recobró su gravedad.

—Seguramente—dijo—jamás me resolveré á servirme de estas joyas, pues llegaron á mis manos de una manera demasiado odiosa para que el donativo de Cardillac pueda purificarlas á mis ojos. Me parece verlas manchadas de sangre; y por otra parte, la conducta del mismo maese Renato tiene algo de extraña. Creo sinceramente que en todo se encierra algún misterio de iniquidad.

—¿Y por qué ir tan lejos en vuestras sospechas?—preguntó la marquesa.

—No—repuso la Scuderi—jamás me adornaré con estas joyas.

Esas fueron las últimas palabras de la célebre escritora, de quien Luís XIV decía, riendo de la mejor gana, que había puesto un bozal al mordaz Despreaux, haciendo perder la pista á todos los sabuesos de la sátira.

Algunos meses después, la señora Scuderi cruzaba por el puente Nuevo en la carroza de la duquesa de Montausier, carroza de nueva invención y una de las primeras que se adornaron con cristales, por lo cual atraía las curiosas miradas de la multitud, que la impedía avanzar. De repente produjose un murmullo mezclado de imprecaciones entre los grupos que se oprimían; un joven de rostro pálido se abría paso con no pocos esfuerzos; llegado cerca de la carroza, abrió bruscamente la portezuela, arrojó una carta sobre las rodillas de la señora Scuderi, y antes que ésta pudiera reconocerle, desapareció entre la multitud. La pobre Martinière, que casi siempre iba con su ama, se había desvanecido de espanto, y aquella gritaba inútilmente

al cochero que se detuviese, pues el tunante castigaba más á los caballos que ya iban á escape. Cuando hubieron llegado á la extremidad del puente, la señora Scuderi roció con agua perfumada el rostro de su sirvienta para hacerla volver en sí, y después abrió la carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Un desgraciado percance, que hubiérais podido conjurar, me arrastra al fondo de un abismo. Os suplico, como un hijo invocaría á su madre, que devolváis á maese Renato Cardillac el collar y las pulseras recibidas de mí; hallaréis para ello algún pretexto, como por ejemplo, el modificar una parte del trabajo; vuestra tranquilidad y tal vez vuestra vida dependen de la pronta ejecución de lo que os pido. Si no escucháis mi ruego, mañana penetraré en vuestra casa para arrancarme la vida delante de vos.»

— Ahora estoy segura—dijo la señora Scuderi—que ese misterioso desconocido, por más que esté afiliado entre los bribones que saquean á París, no abriga contra mí malas intenciones. Si hubiera podido hablarme cuando hizo su primera visita, tal vez sabría ahora cosas muy singulares. Haré lo que me dice, librándome así de una vez de ese diabólico depósito. Cardillac velará sin duda para que no vuelvan á robárselo.

Al día siguiente, á primera hora, disponíase á ir en persona á visitar al diamantista; mas por una singular fatalidad, todos los talentos de la corte parecían haberse citado para ir á ver á la novelista: durante varias horas hubo allí como una procesión continua: dióse lectura de interminables poesías y de producciones para el teatro, y refiriéronse curiosas anécdotas: de modo que el día estaba ya muy adelantado cuando la señora de Scuderi recordó la importante visita que debía hacer: fué preciso aplazarla hasta el día siguiente

Sin embargo echóse en cara su involuntario descuido; durante su sueño tuvo angustiosas pesadillas, y temía ser la causa de alguna desgracia: apenas rayó el día hízose conducir á casa de Cardillac.

La calle de Nicasio, donde el diamantista habitaba, hallábase obstruída por la multitud, y á la puerta de Cardillac veíanse algunos guardias que á duras penas podían contener á la muchedumbre, entre la cual resonaban los gritos de «¡muera el asesino!» Muy pronto Desgrais, á la cabeza de un imponente destacamento, consiguió dominar aquella especie de motín; la puerta de la casa de Cardillac se entreabrió entonces, y algunos soldados salieron llevando consigo un hombre atado de pies y manos. Al ver esto la señora de Scuderi quedó muda de espanto, y de repente un grito de desesperación hirió su oído.

—¡Avanzad, avanzad!—gritó á su cochero.

Un momento después vió de rodillas á los pies de Desgrais una joven admirablemente hermosa, que decía al oficial:

—¡Es inocente, os digo que es inocente!

En vano Desgrais y los soldados se esforzaban por alejarla, pues resistíase con vigor, agarrándose á sus uniformes; al fin, el más robusto de los arqueros, enlazando con un brazo la cintura de la joven, la levantó del suelo, pero habiéndosele enredado las piernas en su tizona, tropezó y cayó en tierra con la pobre muchacha, cuya sangre enrojeció las piedras á causa del golpe. La señora de Scuderi, testigo de aquella dolorosa escena, bajó de su carroza y corrió hacia la joven, pasando entre el pueblo y los soldados, que se apartaban respetuosamente; levantóla, roció su frente con agua perfumada para hacerla recobrar los sentidos, y pidió á Desgrais una rápida explicación de lo que acababa de suceder.

—Se trata de un crimen más sobre los de cada día—

OLIVERIO BRUSSON

contestó el agente; —Renato Cardillac ha sido asesinado esa mañana en su misma casa, y su aprendiz, Oliverio Brusson, que es el culpable, está ya en camino de la cárcel.

—¿Y esa joven?—preguntó la Scuderi.

—Es Madelon—contestó Desgrais—la hija de Cardillac, de la cual estaba enamorado el asesino. Ahora llora y grita, diciendo á cuantos quieren escucharla, que su Oliverio es inocente; sabe con seguridad los detalles de lo ocurrido, y debo enviarla á la Conserjería, á disposición de la Cámara Ardiente.

Durante este discurso, que Desgrais pronunciaba con cierta satisfacción de sí mismo, la pobre joven permanecía sin movimiento, con los ojos cerrados y los miembros rígidos. La señora de Scuderi no sabía cómo socorrerla, y aquella escena le inspiraba horror. Prolongado murmullo se elevó entre la multitud cuando los soldados se llevaron en unas angarillas el cadaver de Cardillac; y entonces la señora Scuderi gritó con voz fuerte:

—Desgrais, me llevo esta joven y respondo de ella; cuidaos de lo demás.

Un murmullo de aprobación acogió las palabras de la dama, cuya influencia era bien conocida; y varias mujeres del pueblo, levantando á Madelon en sus brazos condujéronla á la carroza en medio de unánimes aclamaciones.

El más famoso médico de Paris, Seron, fué llamado al punto para visitar á la herida, pero no recobró el conocimiento hasta pasadas algunas horas. Los consuelos prodigados por la señora Scuderi completaron la obra del médico, despertando en el corazón de la pobre joven alguna esperanza; las lágrimas que virtió aliviáronla un poco, y recobrando el uso de la palabra, pudo referir á su protectora los deplorables detalles del suceso.

A eso de la media noche, dijo, despertáronla sobresaltada varios golpes en la puerta de su cuarto; Oliverio la suplicaba que se levantase y corriera á la habitación de su padre, que estaba agonizando. Madelon saltó del lecho poseída de espanto, y abrió la puerta; el joven, con los ojos extraviados y la frente bañada en frío sudor, precedíala con una luz, y, al llegar al taller, encontraron á Cardillac exhalando el último aliento. Su hija se precipitó sobre el cuerpo, del cual se escapaba un torrente de sangre; mientras que Oliverio desgarraba las ropas del anciano para aplicar un apósito en la terrible herida que tenía en el lado izquierdo del pecho. Esta operación reanimó un poco á Cardillac, que, abriendo los ojos, fijó una mirada de ternura en su hija y en Oliverio y unió sus manos con la suya. Los dos jóvenes, poseídos de angustia, cayeron de rodillas junto al moribundo.

Durante aquella noche de duelo y de lágrimas, Oliverio refirió á Madelon cómo Renato Cardillac había sido herido por unos hombres á quienes no conocía, durante una excursión nocturna, y no sin grandes esfuerzos pudo conducir á su amo hasta la casa. A la mañana siguiente los vecinos acudieron para informarse de la causa de los extraños rumores que oyeron la noche anterior, y horrorizados, al ver el cadáver de Cardillac, dieron parte á la ronda, á fin de que condujera á la prisión á su hija y á Oliverio, á quienes suponían autores ó cómplices del asesinato, á pesar de su desconsuelo.

Madelon defendía enérgicamente la inocencia de Oliverio; hablaba de los últimos momentos de su padre con efusión, que revelaba la verdad de sus palabras; y dijo que aunque hubiera visto por sus propios ojos al joven hundir un puñal en el pecho del anciano, se habría resistido á creerle culpable, suponiendo más bien que se hallaba bajo el imperio de una fascinación

diabólica. Profundamente conmovida por todo cuanto había visto y oído, la señora Scuderi creía en las ingenuas protestas de la joven; y, por otra parte, todos los informes tomados fueron favorables; Oliverio era generalmente apreciado en el barrio, y siempre parecía haber existido el más sincero afecto entre el maestro y el aprendiz. Todos decían que semejante crimen ocultaba algún misterio, y que sólo la habilidad de la justicia llegaría á descubrirle más pronto ó más tarde. Oliverio, conducido á la Cámara Ardiente, negó el crimen de que se le acusaba, jurando que su amo había perecido víctima de un ataque nocturno; y su relato convenía perfectamente con el de Madelon. La señora de Scuderi adquirió muy pronto la certeza de que Oliverio era inocente, sin contar que el joven aprendiz no tenía el menor interés en cometer tan odioso crimen. ¿Cuál era su posición en la casa de Renato Cardillac? Obrero pobre, pero dotado de la mayor disposición, había merecido de parte del maestro un sincero cariño; amaba á la hija del artífice, y el padre favorecía á los jóvenes, pues su porvenir era risueño, pudiendo esperar ambos felicidad y fortuna. ¿Qué causa fatal hubiera podido impulsar á Oliverio Brusson á mancharse con el crimen más abominable é inútil? La señora de Scuderi resolvió salvar al pobre joven de la inevitable sentencia que la Cámara Ardiente dictaba con ciego rigor contra todo acusado; pero antes de invocar la real protección, pensó que debía ante todo solicitar la benevolencia del presidente la Reynie, combatiendo los cargos de la acusación.

El temible juez recibió á la señora Scuderi con la ceremoniosa política de que no se apartaba nunca, tratándose de las personas influyentes en la corte: prestó atento oído á los detalles que se le comunicaban: y á todas las protestas de la noble señora contes-

tó con una sonrisa mezclada de una imperceptible ironía. Cuando la dama acabó de hablar, contestóla en estos términos:

—Admiro, en verdad, vuestro excelente corazón, que os induce á defender á una joven cuyas lágrimas son fingidas, y que sabe desmayarse oportunamente; á mí no me sorprende veros rechazar como cosa imposible hasta la idea de tan odioso crimen, como el asesinato de Cardillac; pero un juez, señora, un magistrado á quien sus rigurosos deberes ponen de continuo ante los seres más depravados de la sociedad, ha de arrancar forzosamente á la hipocresía su máscara de inocencia. No creo necesario dar cuenta á nadie de la dirección comunicada á un proceso criminal; juzgo según mi conciencia, y sin cuidarme de los murmullos ó de la aprobación del público. La Cámara Ardiente es un tribunal extraordinario, y no tiene más medios de acción que el hacha ó la hoguera contra los malhechores que perturban la tranquilidad de París. Sin embargo, no quiero parecer a vuestros ojos un tigre sediento de sangre, y ahora veréis las pruebas que poseo del crimen de Oliverio; paréceme que después de esto vuestra noble compasión se reservará para personas más dignas de ella.

«A Renato Cardillac se le encuentra una mañana en su cuarto cosido á puñaladas; en la casa no están más que su hija y un aprendiz, Oliverio Brusson, en cuyo cuarto se halla un puñal manchado de sangre, cuya hoja conviene con las dimensiones de la herida.—Cardillac, dice Oliverio, ha sido muerto esta noche ante mis ojos.—¿Querían robarle?—Lo ignoro.—Y estando con él ¿no habéis podido defenderle ni pedir auxilio?—Mi amo me precedía á quince ó veinte pasos.—¿Por qué esa separación?—El maestro lo quiso así.—¿Qué causa extraordinaria medió para que el desgraciado Cardillac permaneciese tan tarde fuera de su casa,

OLIVERIO BRUSSON

contra sus costumbres?—No podía decirlo. A esta pregunta, Oliverio parece turbado, suspira y llora, y no se obtiene otra contestación; si pronuncia algunas palabras, sólo es para manifestar que Cardillac había salido realmente de su casa aquella noche, y que recibió fuera el golpe fatal. Ahora bien, señora, tengo la prueba irrecusable de que Cardillac no salió por la noche, y de que Oliverio se defiende con una torpe mentira. La maciza puerta de su casa está guarnecida de hierro, y produce un ruido tan agudo al girar sobre sus goznes enmohecidos, que desde el piso superior oíase muy bien cuándo el artífice salía ó entraba. He interrogado á su vecino más próximo, Claudio Patrú, cuya puerta está contigua, y también á su ama de gobierno, que, á pesar de sus ochenta años, es bastante viva. Estas dos personas, dignas de fe, oyeron á Cardillac cerrar la puerta por la noche con los cerrojos, y subir después á su cuarto, donde rezó sus oraciones y se acostó en seguida tranquilamente, según se pudo presumir por el silencio que muy pronto reinó. Ahora bien, Claudio Patrú está sujeto á frecuentes insomnios, y aquella noche, más atormentado que de costumbre y no pudiendo cerrar los ojos, levantóse y mandó encender fuego. Su ama de gobierno se sentó cerca de él para leerle una antigua crónica; pero el buen hombre, presa de una angustiosa agitación, revolvíase en su sitial ó andaba de un lado á otro de su cuarto. A eso de la media noche oyeron un ruido sordo en el piso superior; el suelo crugió como por efecto de la caída de un cuerpo, y, durante algunos instantes, percibiéronse gritos ahogados. Claudio Patrú y su ama de gobierno, poseídos de secreto espanto, no osaban informarse de lo que acababa de ocurrir; y cuando la luz del día vino á iluminar la obra de las tinieblas, una horrible revelación aterró á los habitantes de la calle Nicasio.

—Pero nada prueba que esos jóvenes sean los asesinos—exclamó la señora Scuderi.

—Dispensad—repuso el presidente;—Cardillac era rico, y poseía una regular cantidad de piedras preciosas de mucho valor. Oliverio Brusson, su futuro yerno, pudo herirle para heredar antes, y tal vez haya dado el golpe por cuenta de otro bribón, conviniéndose los dos en repartirse los beneficios del crimen...

—¡Asesinar por cuenta de otro y repartir el precio de la sangre! ¿Es posible esto?—interrumpió la protectora de Oliverio.

—Muy pronto lo sabréis—prosiguió friamente la Reynie.—El asunto de Oliverio se relaciona con la historia de los crímenes secretos que hace tanto tiempo perturban inútilmente á la justicia. La herida que ha ocasionado la muerte á Cardillac es semejante á las que se observan diariamente en las personas asesinadas en las calles de París ó en las casas mal vigiladas. Otro hecho hay no menos grave á mis ojos, y es que desde la prisión de Oliverio los crímenes han cesado como por encanto, de lo cual deduzco, hasta tener prueba contraria, que á pesar de su juventud era instigador y cómplice de una parte de los desórdenes que han afligido á la ciudad. Hasta aquí ha contestado con negativas imperturbables á todas las preguntas, pero hay medios eficaces para hacerle hablar...

—¿Y Madelon?—preguntó la señora Scuderi.

Una pérfida sonrisa entreabrió los labios del juez, y mirando fijamente á su interlocutora, replicó:

—¿Por qué sería más inocente que Oliverio? No llora por su padre, sino por su amante. Acordaos, señora, de la marquesa de Brinvilliers, y no me acuséis de poca consideración respecto á vos, teniendo en cuenta que un austero deber me obliga á enviar esa joven á la Consejería.

Así diciendo, el presidente ofreció con la mayor cor-

tesía la mano á la señora de Scuderi para conducirla hasta su coche.

—¿Me será al menos permitido—preguntó la dama con cierta vacilación—visitar en su calabozo á ese infeliz Oliverio?

—Puesto que lo deseáis—contestó la Reynie con la siniestra sonrisa que le era peculiar—y ya que creéis descifrar mejor que nosotros los misterios de un alma criminal, no repugnándoos bajar hasta el antro donde la justicia guarda sus presas, de aquí á dos horas se os abrirá la Conserjería y veréis á Oliverio.

Llegada á la prisión, la señora Scuderi fué conducida á un gran patio, con mucha luz, y pocos momentos después, un ruido de cadenas arrastradas por el suelo la hizo estremecer; abrióse una puerta y apareció á su vista Oliverio Brusson. Su aspecto solo bastó para que cayera desvanecida; al volver en sí, y como el preso hubiera desaparecido ya, pidió con voz angustiosa que la condujeran á su coche para alejarse cuanto antes de aquella mansión de horrores. Había reconocido en Oliverio Brusson al joven que arrojó la carta en su coche al atravesar el puente Nuevo. Las dudas se habían desvanecido; la fatal previsión de la Reynie se justificaba; Oliverio Brusson era seguramente afiliado de una cuadrilla de malhechores que saqueaban la capital, y se le podía suponer capaz de todo. La pobre Madelon perdió también por esto su carácter interesante á los ojos de su protectora; y como sucede siempre en tales casos, la impresión desfavorable adquirió más consistencia; de modo que, de reflexión en reflexión, la señora Scuderi se convenció de la culpabilidad de ambos jóvenes. Parecióle que Madelon, apelando á la más refinada hipocresía para defenderse, daba pruebas de su depravación, repugnante en tan tierna edad; era una serpiente que había calentado en su seno, y que debía rechazar cuanto antes. Así

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
CALLE DE PALLARS.

pensaba con profundo sentimiento la noble y virtuosa dama, cuando al entrar en su domicilio, Madelon se arrodilló ante ella con las manos en ademán de súplica, y alterado el rostro por las lágrimas.

—¡Retiraos, retiraos!—exclamó la dama, apartando la vista;—más valdrá que os consoléis en vez de llorar á un asesino que muy pronto sufrirá el castigo de su crimen; y guárdeos Dios de ser llamada también para expiar la culpa.

—¡Ah! ¡Dios mío, todo ha concluído!—exclamó la joven, cayendo desvanecida en el suelo.

La señora Scuderi la dejó en manos de la Martinière y retiróse á su habitación para deplorar la perversidad de los seres que tan bien saben sorprender los más generosos instintos de los nobles corazones. Cuando reflexionaba con profunda tristeza sobre esta última decepción, las quejas dolorosas de la joven llegaron á su oído, y había en ellas tanta sinceridad y angustia, que de nuevo se produjo la duda en el ánimo de la noble dama, y volvió á creer que tal vez se acusara injustamente á Oliverio de la muerte de Cardillac.

En estas cosas pensaba, cuando de pronto entró Bautista muy agitado para decirla que Desgrais acababa de llegar: desde el terrible proceso de la Voisin, la presencia del agente en una casa era indicio de alguna persecución judicial. La señora de Scuderi mandó que se le dejase entrar.

—Noble dama—dijo Desgrais—monseñor la Reynie os ruega que permitáis á la Cámara Ardiente practicar una diligencia; no tiene derecho de exigírosla, pero os lo pide en nombre del país. Oliverio Brusson parece presa de un acceso de locura; pone á Dios y á los santos por testigos de su inocencia, y al mismo tiempo no deja de repetir que ha merecido justamente el último suplicio. Estas palabras prueban que el asesinato del diamantista no es su único crimen; pero nin-

guna influencia ha podido arrancar á ese hombre la menor confesión; ante las amenazas del tormento permanece impasible, y repite que sólo hablará con una condición, y es que se le permita veros algunos instantes sin testigos.

—¡A mí!—exclamó la señora de Scuderi.—¡Habría de servir yo de instrumento á vuestro tribunal de sangre, asociándome á los actos de inexorable rigor que envían á la muerte á tantos infelices!... ¡No, Desgrais, jamás consentiré en ello; y aunque ese joven fuese mil veces asesino, no le tenderé un lazo!

—Pues dada vuestra negativa, señora, no le queda á la Cámara Ardiente más que un recurso, el tormento...

La señora de Scuderi se sintió desvanecer al oir aquella palabra fatal, que el agente pronunció con esa indiferencia propia de los hombres de su estado.

—No temáis, señora—prosiguió Desgrais fríamente —que se os conduzca al fondo de esos espantosos calabozos que una vez visitaistes. Traeremos aquí á Oliverio Brusson por la noche, sin aparato alguno, pero bien custodiado. Así os podrá haceros las declaraciones más detalladas, y vos seréis dueña de revelar después los secretos que os haya confiado ó de guardar silencio si lo juzgáis conveniente. Nadie piensa en imponeros una obligación sobre este punto. Ya veis, señora, que nuestro paso os deja completa libertad de conciencia y de acción.

Estas palabras de Desgrais hicieron reflexionar profundamente á la dama; parecíale que una especie de fascinación se apoderaba de todas sus facultades, dominando su espíritu, y por un momento creyó que se la iban á revelar misterios de la más alta importancia.

—Dios me dará la fuerza y el valor necesarios—dijo; —traedme á Oliverio Brusson, que ya estoy dispuesta á escucharle.

A eso de la media noche oyéronse unos golpes secos en la puerta de la casa, como los que, en la misma hora fatal resonaron algún tiempo antes, cuando fué entregado el cofrecillo. El fiel Bautista, instruído de antemano, bajó para abrir la puerta; y la señora Scuderi, muy agitada, comprendió por el ruido que se oía fuera, que los arqueros cercaban la casa, y se colocaban centinelas en los sitios peligrosos.

La puerta de la habitación se abrió lentamente, y la buena dama vió entrar á Desgrais, seguido de Oliverio Brusson, que vestía un traje oscuro y llevaba las manos libres.

—He aquí el acusado—dijo Desgrais, con voz grave y solemne; y retiróse discretamente para que las dos personas pudiesen hablar con libertad.

Oliverio Brusson se arrodilló á los pies de la señora de Scuderi, elevó hacia ella sus manos suplicantes y comenzó á llorar.

—¡Vamos, desgraciado!—díjole la dama—habéis querido que os condujeran á mi presencia. ¿Qué deseáis revelarme?

Sin abandonar su actitud, el joven contestó suspirando:

—¿Con que es cierto que no os acordáis de mí?

La señora Scuderi le miró de nuevo con más atención, y parecióle hallar en las facciones del preso una vaga semejanza con una persona cuya memoria le era querida; y esta semejanza le inspiró un interés irresistible, lo cual excusaba, al parecer, la simpatía por Oliverio.

El joven se levantó, y con los ojos bajos y sombría la frente, murmuró:

—¿No os acordáis, pues, de una mujer que se llamaba Ana Guiot? Esa mujer tenía un hijo, á quien á menudo acariciasteis en su infancia; ese hijo soy yo...

—¡Cielos!—exclamó la señora de Scuderi, ocultando

su frente entre las manos, y dejándose caer en un sillón de encina, muda de estupor.

Ana Guiot, hija de un hombre del pueblo, debía á la noble dama esas atenciones que sólo una madre sabe prodigar, y que rodearon su cuna y su juventud; más tarde encontró y amó á un joven relojero muy hábil, y la señora Scuderi favoreció su unión. El cielo bendijo á los esposos y concedióles un niño que sirvió para estrechar los lazos de su mutuo afecto: era Oliverio, que al dejar su cuna, iba casi diariamente á recibir las tiernas caricias de la mujer célebre, cuya abnegación protegía sus jóvenes años. Más tarde, la envidia, que tantos males ocasiona, persiguió á Claudio Brusson; el desgraciado obrero, perdiendo poco á poco su trabajo, vióse reducido á la miseria, hasta el punto de no poder dar á su triste familia el pan cotidiano; y al fin resolvió marchar á Ginebra, para rehacer, á fuerza de trabajo, la humilde fortuna que ambicionaba. La señora Scuderi no quería abandonar aquella familia, cuya felicidad había labrado. Ana Guiot la escribió varias veces; después sus cartas comenzaron á escasear, y al fin cesaron del todo: su noble protectora pensó que alguna fortuna, obtenida por el trabajo en una ciudad extranjera, habría hecho olvidar los pasados beneficios, pues hacía ya veintitrés años que Claudio Brusson había salido de París para ir á establecerse en Ginebra con su esposa y su hijo...

—Ahora bien, querida protectora—dijo Oliverio—¿reconoceríais en el hombre á quien se acusa de asesinato á ese mismo niño á quien prodigabais en tiempos más felices las pruebas del más puro afecto? ¡Oh! ¡creedme, os lo suplico; aunque la Cámara Ardiente hubiese de agobiarme con todo el rigor que dicta sus sentencias, protestaré contra la sangrienta responsabilidad que ha herido al desgraciado Cardillac!

Al pronunciar estas palabras, Oliverio Brusson, sobrecogido de un temblor nervioso, parecía á punto de sucumbir á las violentas impresiones que le agitaban. La señora Scuderi, no menos conmovida, invitóle á sentarse á su lado para continuar su narración.

—No debo vacilar—prosiguió el joven—en confiaros como á mi verdadera providencia los lúgubres detalles de mi triste historia. Por extraño que os parezca cuanto oigáis, por mucha que sea vuestra sorpresa al descubrir un misterio que debió quedar siempre ignorado para vos, prometedme, yo os lo suplico, escuchar hasta el fin. Yo había heredado desde mi más tierna juventud todas las miserias que acosaban á mis infelices padres, y transcurrieron para mí algunos años en medio de las luchas y percances de la vida. Mi padre, hombre frío y poco sociable, había perdido una á una todas las esperanzas, y debilitado al fin por sus esfuerzos, murió precisamente cuando acababa de conseguir que se me admitiera en casa de un célebre platero. Mi madre hablaba de vos diariamente; su última esperanza era daros á conocer por algún medio su situación y vicisitudes; pero á sus valerosos impulsos siguióse muy pronto la más angustiosa desesperación; su vida se extinguía poco á poco, y no tardó en seguir á mi padre á la tumba.

—¡Pobre Ana!—exclamó la señora de Scuderi, poseída del más hondo pesar.

Oliverio fijó en la dama una mirada penetrante, y añadió con amargura:

—¡Bendito sea Dios por haber permitido que esa pobre madre no presenciase el suplicio que la suerte reservaba á su infeliz Oliverio!

En aquel momento resonó en la calle un ruido singular.

—¿Oís?—preguntó Oliverio;—es Desgrais que avisa á sus hombres para que cierren todas las salidas,

como si yo pensara en sustraerme á la suerte que me espera.

Y continuó en estos términos:

«—En casa de mi maestro se me trataba duramente, pero á fuerza de trabajo llegué á ser más hábil que él y que los otros obreros, á pesar de lo cual no se me recompensó. Cierto día un desconocido entró en la tienda para comprar unas alhajas de precio, y al ver un collar que yo concluía, dióme un golpecito en el hombro y me dijo afectuosamente examinando mi trabajo:

»—¡Vive Dios, amiguito mío, que esta obra os honra mucho! A fe mía, creo que sólo podría aventajaros maese Cardillac, el primer diamantista de la época. Deberíais ir á verle, pues seguramente os recibiría con gusto en su taller, y seríais para él un buen auxiliar, pudiendo vos en cambio penetrar los admirables secretos de su arte.

»Estas palabras del benévolo desconocido me conmovieron singularmente, y desde aquel momento la residencia en Ginebra me pareció insoportable; rompí todos los lazos que me retenían allí, y marché á París para probar fortuna. Maese Cardillac me recibió por lo pronto con frialdad, pero conseguí que me ocupase en su casa. El primer trabajo que me confió fué la montura de un pequeño anillo de alto precio, y le complació tanto mi obra, que fijando en mí una brillante mirada, cual si hubiese querido penetrar mi secreto pensamiento, me dijo:

»—Oliverio, reconozco en ti las cualidades de un hábil obrero; te quedarás en mi casa, y procuraré que estés contento en cuanto á tu jornal.

»Así pasaron algunas semanas, trabajando yo asiduamente desde la mañana hasta la noche, sin más ambición por mi parte que llegar á distinguirme en mi profesión..... Aún no conocía á la hija de Cardillac.

»Cierto día, aquella celeste aparición vino á iluminar mi vida aislada: sólo Dios sabe lo que pasó en mí en aquel momento; pero sí os diré que no hay hombre en el mundo capaz de experimentar el inmenso amor que se apoderó de mí entonces. Y ahora... ¡ay! ¡pobre Madelon!...»

Al llegar aquí el joven no pudo contener sus sollozos; cubrióse el rostro con ambas manos, dejó escapar un doloroso gemido, hizo después un esfuerzo sobrehumano, y levantando la cabeza prosiguió su relato.

«La hija de Renato Cardillac me miraba con benevolencia, y á menudo iba al taller sólo para dirigir algunas miradas al joven obrero. El amor que nació en nosotros hizo rápidos progresos, y pasó mucho tiempo sin que el diamantista lo sospechase. Yo no tenía más que un deseo y un pensamiento, y sólo soñaba en merecer á Madelon por los servicios que prestara á su padre; pero cierta mañana, al entrar en el taller á la hora de costumbre, Cardillac me salió al encuentro, con las facciones contraídas por la cólera y una expresión marcadamente desdeñosa.

»—Joven—me dijo bruscamente—vas á salir de esta casa ahora mismo, y te prohibo poner aquí más los pies. En cuanto á las razones que tengo para proceder así, no necesito manifestártelas; bástete saber que el fruto que tu codicia busca no madurará nunca para ti ni para tus semejantes.

»Quise contestar, pero señalóme la puerta con ademán imperioso, y como vacilara en obedecer, cogióme del brazo y me empujó fuera tan brutalmente, que fuí á caer casi desvanecido en los escalones de piedra de la casa contigua. Poseído de la mayor desesperación, comencé á correr por las calles, sin saber á dónde ir; pero llegado al arrabal de San Martín, encontré un amigo que me ofreció á la vez dinero, consejos y un refugio en el cuarto que habitaba. Desde aquel día no

tuve momento de reposo; á todas horas se me hubiera podido ver rondando por la inmediación de la casa de Cardillac, y vertiendo lágrimas, como si Madelon hubiera podido oir mis quejas y contestar sin ser observada por los ojos de lince de su padre. Yo formaba mil proyectos, tan extravagantes unos como otros.

»La casa de Cardillac, en la calle Nicasio, se apoya en un antiguo y alto muro, en el que hay varios nichos con estatuas de piedra corroídas por la acción del tiempo. Cierta noche que me hallaba junto á ese muro, mirando ansiosamente las ventanas de la casa del diamantista, parecióme observar una luz en el taller, y como era la media noche y la tienda de Cardillac se cierra muy temprano, porque éste suele acostarse antes de la hora de la queda, mi corazón palpitó, y mis miradas espiaron atentamente el menor movimiento que podría hacer una sombra.

»¿Quién sabe, murmuraba yo, si mi feliz estrella me habrá traído aquí á punto para encontrar ocasión de presentarme de nuevo honrosamente en la casa de maese Cardillac? Cuando hacía esta reflexión, la luz se extinguió, sin que al parecer la hubiesen llevado á otra parte; esto me inquietó; por un movimiento involuntario me oprimí contra una de las estatuas de piedra del antiguo muro, y, cosa extraña, suficiente para aterrar á los más valerosos, me sentí empujado hacia adelante, cual si aquella figura de piedra estuviese animada. En el mismo instante, el espanto me turba; veo girar la piedra lentamente, como sobre un eje, y de la cavidad que descubre precipítase una sombra, cuyas facciones no puedo distinguir á pesar de la luz de la luna... Acércome á la estatua y procuro moverla sobre su base, pero mis esfuerzos son inútiles, pues permanece inmovil, cual si estuviese incrustada en el muro. Sin embargo, deseoso de proseguir mis investigaciones, corro en la dirección que la sombra ha to-

mado, gano terreno, y fáltame ya poco para alcanzar al desconocido. Llegado junto á una imagen de la Santa Virgen, iluminada por una lámpara, aquél se vuelve al oir mis pasos; la fugitiva claridad que brilla á los pies de la santa imagen me permite ver rápidamente las facciones de mi hombre, y reconozco á Cardillac. No podría expresaros, señora, todo el horror que experimenté, todas las siniestras ideas que atormentaron mi pensamiento; pero una especie de fascinación me arrastraba en pos del diamantista. A unos cien pasos más lejos, maese Renato se pierde en la oscuridad; yo le sigo, guiado por una tos seca que no le abandona nunca, y al fin se detiene junto á una antigua casa; vigilo con inquietud sus menores movimientos, y ocúltome en la parte de la calle que la luna no ilumina con su pálida luz. Muy pronto aparece un caballero ricamente vestido, que entona una canción y avanza con paso vacilante, como si estuviese ebrio, haciendo resonar sus espuelas de plata. En el momento de pasar por delante del sitio donde se halla oculto Cardillac, éste salta como un tigre sobre aquella presa indefensa, y el pobre caballero es derribado al punto. Yo profiero un grito de horror y de alarma, mientras que el diamantista, inclinado sobre el cuerpo de su víctima, parece registrarle las entrañas.

»—¡Cardillac, Cardillac!—exclamo, poseído de terror—en nombre del cielo ¿qué hacéis?

»El maestro se levanta con un movimiento de cólera, prosigue su carrera, y déjame aterrado. La víctima yacía en tierra sin movimiento; acércome al infeliz, estremecido de horror, para ver si se le puede auxiliar aún; pero ¡ay! ya no da señales de vida.

»—Tal es mi estupor, que no veo una patrulla que me rodea.

»—¡Hola, tunante!—grita el jefe con voz de trueno. —¿Qué haces ahí?

»—Ved—le digo—es una nueva víctima de los asesinatos que afligen á París; este desgraciado acaba de caer á mi vista, y trato de auxiliarle.

»—¡Vamos, vamos, en marcha!—contesta el jefe de la ronda;—muy pronto te ajustarán las cuentas.

»Y sin dar tiempo para justificarme, los soldados me agarrotan y arráncanme brutalmente; uno de ellos aproxima su linterna á mi rostro y exclama:

»—¡Pardiez, este es Oliverio Brusson, el obrero del buen Cardillac! ¿Quién le habría creído capaz de mezclarse en semejante aventura? Vamos, joven, ¿has visto cómo ha sucedido eso? Habla y veremos lo que se puede hacer por ti.

»Me apresuro á referir los detalles de la escena de que acababa de ser testigo, pero sin revelar el nombre de Cardillac, mi bienhechor. Pocos momentos después hallábame en un calabozo, con un mísero jergón por único lecho.

»Al rayar el día, despertéme sobresaltado; la puerta de mi prisión se acababa de abrir, y el mismo Cardillac apareció á mi vista.

»—¡Gran Dios!—exclamé—¿qué venís á hacer aquí?

»El artífice, sin conmoverse en lo más mínimo, acercóse con la sonrisa en los labios, y, sentándose en un banquillo, hablóme con una calma y benevolencia que me causaron el mayor asombro.

»—¡Pobre muchacho!—me dijo—he sido algo duro contigo, y me he quedado sin mi mejor obrero; pero ¿qué le hemos de hacer? Tu amor á Madelon, que tan bien ocultabas, me había inspirado desconfianza, y de ésta á la cólera no hay más que un paso. Debía comenzar por despedirte, y lo hice así; pero después he reflexionado, acordándome de tus buenas cualidades, de tu celo y probidad. En una palabra, no podía hallar en parte alguna un esposo tan conveniente para mi

hija. Si quieres volver á mi casa, procuraré que algún día seas el prometido de Madelon.

»La perversidad de aquel hombre me confundía de tal modo, que no acertaba á contestarle.

»—Vamos—añadió—no contestas palabra, y vacilas; tal vez prefieras á mi protección una visita á la Reynie; pero ten presente que aquel que toca el fuego se quema muy á menudo.

»Al oir esta amenaza, no pudiendo contenerme más, contesté al maestro:

»—Á los que no tengan la conciencia tranquila se les podrá espantar con el nombre de la Reynie; pero yo, á Dios gracias, estoy libre de remordimientos.

»—Ten cuidado—interrumpió de nuevo Cardillac—yo no te digo más que esto, y sé muy bien á qué atenerme en todo. La calumnia cederá ante mi bien sentada reputación; si mi hija no te amase con locura, y su vida no me fuese más cara que la mía, seguramente no me verías en este momento aquí; pero ella te ama, y se muere..... he consentido en uniros para que ella viva, y ahora te espera.....

»—¿Qué os diré yo, señora? La emoción, la sorpresa, una dolorosa alegría, en la cual se mezclaba con tanto amor el recuerdo de los crímenes del padre, el temor que me inspiraba el porvenir, y las inquietudes del presente....; todo se confundía en mi cabeza, y perdí el conocimiento. Cuando abrí los ojos hallábame en casa de Cardillac; Madelon, de rodillas junto á mi lecho, arrojóse en mis brazos, dirigiéndome las más consoladoras palabras: aquella fué una hora de suprema felicidad...»

El pobre Oliverio no pudo continuar; los sollozos y las lágrimas ahogaban su voz; la señora Scuderi le había escuchado con religiosa atención, y cuando el joven hubo recobrado un poco de calma, rogóle que continuase, preguntándole si tenía algunos datos

sobre la cuadrilla de asesinos que afligía á la capital.

«Jamás existió en París una cuadrilla de asesinos organizada; Cardillac bastaba por sí solo para llevar á cabo esa sangrienta tarea, y esto mismo era lo que aseguraba su impunidad; pero escuchad el fin de mi relato, y conoceréis al más culpable y al más desgraciado de los hombres. Depositario del odioso secreto de Cardillac, sentíame acosado por los remordimientos, imaginándome á veces que yo era cómplice de sus infamias; sólo el amor de Madelon bastaba para cubrir de nuevo con una venda mis ojos, dulcificando el horror de los recuerdos. Durante las horas de trabajo en el taller, apenas osaba mirar á Cardillac, y no podía comprender la doble vida de aquel hombre: tierno padre, artista admirado, y artífice que se granjeaba el aprecio, ocultaba bajo sus virtudes la más espantosa conducta. Mi corazón se llenaba de angustia al pensar que su hija, aquella niña pura como los ángeles, podía quedar, de un día á otro, envilecida por la deshonra de su padre; este temor que me laceraba, era para Cardillac la más segura garantía de mi discreción; y en mis largos insomnios, atormentado por la necesidad de hallar algo que excusase una conducta cuyo secreto no podía penetrar, perdíame en conjeturas. Una circunstancia, al parecer indiferente, me puso en camino de descubrirlo todo. Cierto día, Cardillac entró en el taller más sombrío y preocupado que nunca; ocupóse algunos minutos en examinar varios diamantes, y, rechazando lejos de sí un adorno que contemplaba hacía un momento, dirigióse hacia mí bruscamente y me dijo:

»—Oliverio, esta posición es intolerable; eres dueño de un secreto que la policía de París no pudo descubrir nunca; has visto por tus propios ojos á qué me conduce todas las noches mi genio maléfico; y tu mala

estrella es la que te ha traído aquí para que seas mi cómplice forzoso.

»—¡Monstruo abominable!—exclamé.—¡Yo, tu cómplice! ¡No, jamás; antes morir mil veces!

»Cardillac se sentó, enjugó su frente, inundada de un sudor frío, y recobrando su calma ordinaria, me dijo:

»—Escucha; tengo que decirte muchas cosas, y cuando me conozcas mejor, en vez de maldecirme, creo que me compadecerás. Varios médicos famosos han escrito en sus obras que las impresiones experimentadas por las mujeres que están en cinta ejercen una profunda influencia en la moral de los hijos, produciendo á veces efectos contra los cuales todos los esfuerzos de la educación no pueden nada en el porvenir. Me han referido que mi madre, hallándose embarazada de mí, había acompañado á varias damas á Trianon, donde vió á un joven caballero, vestido á la española, que llevaba un magnífico collar de brillantes. Poseer tal tesoro fué al punto la idea fija de mi madre, la cual recordó de pronto que aquel caballero la había hablado de amor algunos años antes. Los dos se reconocieron casi en el mismo instante, y mi madre, que sólo había resistido por virtud, juzgó que era un hombre verdaderamente hermoso. El brillo del collar y de los brillantes, que lanzaban reflejos deslumbradores, la fascinaba; y ella y el caballero se sintieron atraídos mutuamente de una manera irresistible. El caballero condujo á mi madre á un salón retirado y desierto; y allí, cuando la estrechaba en sus brazos en un transporte de amor, como ella puso vivamente sus manos en el collar, en el mismo momento, bien fuera por un ataque de apoplegía, ó por cualquiera otra causa, el caballero cayó muerto, arrastrando á mi madre, que inútilmente se esforzaba para desprenderse de aquel cadáver; en aquella lucha horrible, sin em-

bargo, no podía apartar la vista de aquel rostro descompuesto por la muerte, y que, por una extraña fascinación, parecía fijar en ella sus ojos vidriosos. Al fin acudieron algunas personas, al oir sus gritos desgarradores, desprendiéronla y la condujeron á su casa en la litera; pero una larga y dolorosa enfermedad fué el resultado de aquella emoción. El restablecimiento fué muy incierto; temióse por ella y por la criatura que llevaba en su seno, pero al fin recobró la salud y yo vine al mundo sin hacerla padecer mucho. Sin embargo, el accidente tuvo una deplorable influencia en mi organización, pues recibí el germen de una pasión funesta. Desde la más tierna infancia manifestóse en mí una singular afición al oro, á los diamantes y á las joyas; y más tarde, cuando llegué á la adolescencia, lo que pudo parecer solo antes un capricho de criatura, convirtióse en una tendencia muy marcada, desarrollándose en mí el instinto del robo. Tenía una disposición natural para reconocer al primer golpe de vista las alhajas verdaderas y las falsas; y mi padre, echando de ver más de una vez mis malas inclinaciones, castigábame severamente á cada falta; esto combatió durante algunos años mis fatales tendencias; pero tarde ó temprano, la naturaleza triunfa al fin. Quise aprender el oficio de platero, imaginándome que esta clase de trabajo, poniendo á mi disposición ricos materiales de toda especie, cambiaría poco á poco mis inclinaciones; muy pronto llegué á ser una notabilidad de la época, y la fortuna vino en auxilio de mis rápidos progresos. La gente afluía á mi casa para hacerme encargos; pero muy pronto me atormentó la fatal necesidad de apropiarme todo cuanto se me confiaba. Comencé por el hurto y acabé por el asesinato. Gracias á mi profesión podía entrar en las principales casas; mi riqueza, bien conocida, era suficiente para que se confiara en mí; y por mi talento merecía las

atenciones de todos. Supe aprovechar estas ventajas; no hubo mueble ni cerradura que resistiese á mi infernal destreza, y así sustraje enormes valores. Mi codicia se acrecentó por el buen éxito, y comencé á experimentar un odio inconcebible contra todos aquellos que tenían oro y pedrerías: la sed de su sangre me acosaba sin cesar. En aquella época compré esta casa; el día en que firmé el contrato de adquisición, el vendedor me dijo:

»—Maese Renato, me habéis comprado la casa pagándola sin regatear, y por lo mismo voy á confiaros un secreto que podrá seros útil.

»Así diciendo, condújome á un armario practicado en la pared, corrió un tablero del fondo, que cerraba una especie de gabinete y después levantó una trampa, que daba paso á una escalera muy empinada y oscura, en cuyo fondo veíase un pasadizo que conducía á un postigo y á un patio; en la extremidad de éste, el muro de recinto alto y grueso, no tenía nada de particular; pero en la ranura de la piedra de los cimientos, ocultábase un botón de acero; mi interlocutor le oprimió, y al punto abrióse en el muro una puerta secreta, por donde se podía salir á la calle. Esta puerta, que era de encina, estaba cubierta de una capa de mortero, hábilmente aplicada; y por la parte de la calle, una estatua de madera se adaptaba con la mayor exactitud á la puerta; habíanla pintado de modo que parecía de piedra, y servía para ocultar la salida. Probablemente, aquello era obra de los monjes que ocuparon en otro tiempo la casa, y que de vez en cuando salían por allí para librarse de los enojos del Claustro. Como quiera que sea, aquel descubrimiento debía tener para mí fatales resultados: dueño del secreto de tan singular mecanismo, comprendí muy pronto el partido que podría sacar para favorecer mis planes. Precisamente entonces acababa de construir para

OLIVERIO BRUSSON

DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES

cierto caballero de la corte un magnífico aderezo destinado para una bailarina, y el instinto del robo y del asesinato se manifestó en mí con más fuerza que nunca. Cierta noche ví en sueños al caballero, que se deslizaba en casa de su querida con el precioso regalo; la fiebre enardecía mi sangre, despiértome sobresaltado, levántome, y después de vestirme rápidamente, salgo de la casa por la puerta secreta. Ya estoy en la calle Nicasio; un hombre pasa junto á mí ricamente vestido; es él; me abalanzo por detrás, le clavo mi daga en el corazón... y ya es mío el estuche... Y dominado por un espíritu infernal, en vez de arrepentirme del crimen que acabo de cometer, me quedo muy tranquilo saboreando la satisfacción que me proporciona mi robo... Mi fatal estrella me perseguía. Y ahora, Oliverio, ¿qué más podría decirte? ¿Soy ya un monstruo feroz? No. Tú sabes con qué repugnancia acepto los trabajos que me encargan, y también que no quisiera hacer nada para ciertas personas; y no ignoras, en fin, que gracias á mi fuerza atlética, me contento con aturdir de una puñada á los que mi irresistible pasión me impulsa á despojar.

»Después de este largo y terrible relato, continuó Oliverio, Cardillac me condujo á una cueva, donde había acumulado más riquezas de las que pudiera contener el tesoro de un rey: una nota fija en cada objeto indicaba el nombre de su primer propietario, y el medio de que se había valido Cardillac para sustraerla.—El día en que te unas con Madelon, dijo Cardillac con voz sombría, me jurarás por Jesucristo destruir, después de mi muerte, todas estas riquezas, pues no quiero que el precio de la sangre vertida sea una maldición entre mi hija y tú...

»Fluctuando entre el amor de Madelon, sin el cual no podía vivir, y el horror que me inspiraba su padre, vacilé largo tiempo entre la fuga ó el suicidio... ¡pero

Madelon estaba allí! ¡Compadecedme, señora, por haber sido tan débil! ¿No es suficiente expiación el suplicio que me espera?

»Cierta noche, Cardillac volvió á casa muy alegre; prodigó á su hija muchas caricias, y al cenar probó algunos vinos de los mejores, cosa que no hacía sino los días de fiesta. Madelon se retiró después, y yo iba á imitarla para evitar una nueva conversación; pero Cardillac me detuvo, y llenando nuestras copas, díjome alegremente:

»—Espera, muchacho, vamos á beber á la salud de la mujer más digna de París, y después me dirás qué te parece esta frase: «El amante que teme á los ladrones no es digno de amor.»

»Refirióme en seguida lo que había pasado en casa madama de Maintenon entre vos, señora, y el rey. Gracias á vos, cuyas elevadas virtudes veneraba, parecíale, según dijo, que su mala estrella se extinguiría, y que podríais llevar la más preciosa obra salida de sus manos, sin que su espíritu maléfico le inspirase la horrible idea de arrebatárosla por el asesinato ó el robo.

»—Escucha, Oliverio—me dijo además—hace largo tiempo que recibí el encargo de fabricar para la princesa Enriqueta de Inglaterra un collar y brazaletes. Ya sabes con qué cariño me entregué á esta obra, y que no economicé trabajo, ni tiempo ni estudio. El desgraciado fin de esta princesa, víctima de una infame traición, dejó en mis manos el aderezo, cuyos materiales había facilitado yo mismo. Pues bien: quiero ofrecer esta obra verdaderamente regia á la señora Scuderi, en nombre de los asesinos invisibles. Será á la vez un homenaje que me complazco en tributar á esa noble é ilustre mujer, y un chasco para Desgrais, Argenson, la Reynie y sus compañeros.

»Al oir vuestro nombre pronunciado por Cardillac, sentí en mi alma una indefinible impresión de gozo, y

una dulce esperanza disipó como una nube todos los sombríos presentimientos que me atormentaban. Cardillac, notando el efecto que vuestro nombre me había producido, añadió:

»—Mi idea te parece buena; esta es una razón más para adoptarla, y un medio de conjurar en cierto modo la mala estrella que rige hasta ahora mi destino; será el principio de la expiación necesaria para purificarme. Hace poco tiempo había imaginado hacer una corona de piedras preciosas para adornar la estatua de la virgen de San Eustaquio; pero cada vez que me proponía poner manos á la obra, una fuerza irresistible me paralizaba, asaltándome los más extraños terrores. He renunciado á ello, pero pienso que si la señora de Scuderi aceptase el homenaje que le preparo, seríame de gran provecho, para reconciliarme con el cielo, la intervención de tan virtuosa persona. Cardillac indicó el momento que debía escoger para entregaros el collar y los brazaletes. La convicción de que podríais salvar á Cardillac del abismo en que iba á precipitarse y librar á la inocente Madelon de las terribles represalias que la justicia ejercería tarde ó temprano contra la familia del artífice, me hizo acoger con entusiasmo el proyecto de llegar hasta vos; quería anunciarme como hijo de Ana Guiot y confesaros de rodillas todo cuanto sabía. Ya recordaréis, señora, cómo el estúpido terror de vuestros criados hizo francasar el éxito de mi plan. Esperaba aprovechar una mejor y próxima ocasión de acercarme á vos, pero en el malogro de mi primera tentativa había creído Cardillac ver un fatal presagio, y desde aquel día comenzó á estar más sombrío y reconcentrado que nunca. Una especie de irritación nerviosa le hacía estremecerse día y noche; sus ojos extraviados se inyectaban de sangre; de su boca, contraída por una fiebre lenta, escapábanse frases sin conexión, de las cuales no llegaba yo á comprender

sino palabras que me llenaban de inquietud. No ignoraba yo á dónde podía conducirle la influencia de su mal espíritu, y temblaba por vuestra vida. Bien recordaréis el día que os encontré en el Puente Nuevo y el billete en que os suplicaba devolviérais el aderezo á Cardillac, á fin de que su odiosa pasión no se convirtiera en pretexto para atentar contra vuestra vida. Al siguiente día de nuestro encuentro no habíais devuelto el estuche, y yo oía á Cardillac hablar consigo mismo, lamentarse de la falta de sus malditas joyas y acariciar sus antiguas ideas de asesinato. Quería yo salvaros á toda costa, aunque fuese preciso perder á Cardillac.

»Cuando se hubo encerrado en su casa para rezar, según decía, sus oraciones de la noche, y entregarse al reposo que tanto necesitaba, salí por la puerta excusada y fuí á ocultarme en un rincón del muro, donde ningún reflejo de luz podía descubrir mi presencia. No estuve mucho tiempo sin ver salir á Cardillac; seguíle á cierta distancia con precaución, y al llegar á la esquina de la calle de San Honorato desapareció como un espectro. Siendo mi único objeto protegeros y defenderos con mi cuerpo, fuí á situarme en el umbral de vuestra morada. Casi en el mismo instante pasa por delante de mí, sin verme, un oficial que vestía riquísimo traje; iba tarareando un aria y parecía muy contento. De repente una sombra negra se precipita detrás de él; síguese una lucha rápida como el rayo; pero esta vez la Providencia vela, y es el asesino, es Cardillac quien cae herido. Acudo, profiriendo un grito de horror; el oficial me toma por cómplice del salteador, me hace frente y se retira espada en mano dejando un puñal en el sitio. No me ocupo más que de mi desgraciado maestro: temiendo que una patrulla del prebostazgo me sorprendiera en tan semejante trance, cargo con el cuerpo casi inanimado de Cardi-

llac, y bajo el peso de tan triste fardo, sin olvidar el puñal que podía, más tarde, servir de testimonio del homicidio, consigo entrar no sin gran trabajo en nuestro taller por la puerta secreta. Ya sabéis lo demás... Soy inocente de todo crimen, pero ninguna tortura me obligará á confesar jamás el horrible misterio. Es preciso que la pobre Madelon no tenga por qué sonrojarse jamas de los crímenes de su padre. No quiero que la mano del verdugo arrastre los despojos del hombre á quien esa pobre niña debe la vida. Que la Cámara Ardiente haga de mí lo que quiera: estoy dispuesto á sufrirlo todo, y sólo os pido de rodillas una gracia: prometedme no abandonar á Madelon huérfana, cuando yo haya sufrido el último suplicio.»

La señora de Scuderi, conmovida hasta derramar lágrimas, hizo comparecer al momento á Madelon. La joven, poseída de un pesar profundo, presentóse trémula y desconsolada; pero al reconocer á Oliverio, una expresión celestial animó sus ojos y arrojóse en sus brazos exclamando:

—Ya sabía yo bien que tú no podías ser culpable; pero ahora estoy segura de ello puesto que te veo, puesto que la más noble de las mujeres te ha salvado para devolverte á mi amor!

Oliverio experimentó en este rapido instante una inmensa dicha; era inocente, amado y libre!... Las angustias del pasado se olvidaron en el éxtasis de los dos amantes...

Pero Desgrais llamó discretamente á la puerta del aposento, y dijo que era tiempo de separarse. Oliverio Brusson debía volver al calabozo antes de la salida del sol.

La señora de Scuderi deploraba la suerte horrible que amenazaba al pobre joven, cuya inocencia le parecía tan bien probada, y atormentaba su espíritu para hallar un medio de salvarle. Escribió por lo pronto al

presidente la Reynie para referirle los pormenores de su entrevista con Oliverio Brusson, desplegando en su carta todo el calor, toda la elocuencia que presta al estilo una convicción inquebrantable. El presidente se apresuró á enviarle á decir que se regocijaba sinceramente de la inocencia de su joven protegido, pero que era menester que la justicia siguiera su curso: si Oliverio persistía en negarse á revelar lo que sabía, el tribunal se vería obligado a triunfar de su resistencia por los medios extremos.

Presa de la ansiedad que estas palabras le produjeron, la señora de Scuderi, que conocía bien los sangrientos rigores de la Reynie, corrió á casa de Pedro Arnaud d'Audilly, el más célebre abogado de París. Esperaba, con su apoyo, conseguir que se aplazara la ejecución de la sentencia de la Cámara Ardiente. El legista, después de haber escuchado cortésmente á la dama, respondióle sonriendo con este verso de Despreaux:

Lo verdadero puede á veces no ser verosímil.

Probó claramente á la señora de Scuderi que todas las apariencias se reunían contra la veracidad posible de la confesión de Oliverio, y que en todo caso, las medidas que proponía la Reynie para llegar al descubrimiento de la verdad le parecían infalibles.

—Pues bien—exclamó la señora de Scudery—iré á arrojarme á los pies del rey.

—Guardaos bien de ello, señora—replicó el jurisconsulto.—El rey no indultará jamás á un hombre que se niega á revelar á los tribunales un misterio semejante: la seguridad pública está comprometida en ello. El pueblo entero se rebelaría contra tal abuso de la clemencia. Que vuestro joven hable con franqueza, que responda á todas las preguntas; y si no llegase á pro-

bar su inocencia para que le absuelvan, os quedará siempre, como último recurso, el derecho de apelar á la misericordia real.

Este prudente consejo merecía ser atendido. La señora de Scuderi se retiró á su casa muy afligida; pero rogando á Dios que venciera la obstinación de Oliverio Brusson, quien con una sola palabra podía evitar deshonra y patíbulo. Por la noche, su fiel Martinière entreabrió la puerta del tocador donde se había encerrado todo el día su señora, y anunció casi en voz baja que el conde de Miossens, coronel de guardias del rey, solicitaba el honor de ser recibido sin demora.

—Señora—le dijo así que estuvieron solos—me dispensaréis que me presente tan á deshora en vuestra casa cuando sepáis que vengo por Oliverio Brusson.

—¡Hablad! ¡oh, hablad pronto, caballero! os lo suplico—exclamó la señora de Scuderi.

—Todo París—continuó el coronel—está persuadido de la culpabilidad de Oliverio; pero vuestro excelente corazón, lo sé, os conduce á creer todo lo contrario. A decir verdad, señora, nadie mejor que yo puede reconocer la inocencia de ese joven en el homicidio de Cardillac... porque yo soy, señora, quien le mató en la calle de San Honorato, cerca de esta casa. Es preciso que desde hoy se declare á Cardillac autor único de los ataques nocturnos que han costado la vida á tantas honradas personas. Concebí la primera sospecha cuando ese miserable, al entregar un aderezo para mí á mi ayuda de cámara, le dirigió muchas preguntas para averiguar á qué hora de la noche iba yo á ver á cierta señora. Esta pregunta, que me fué comunicada al punto por un servidor fiel, parecióme ocultar algún misterio de iniquidad. Había oído decir que todas las víctimas presentaban igual herida; podíase inferir que la misma mano descargaba todos los golpes y que el asesino cifraba su confianza en una sola manera de em-

plear la daga. Por eso me ocurrió precaverme contra sus ataques, poniéndome bajo el traje una ligera coraza. Fuí atacado por un solo hombre, por Cardillac; su puñal, como yo había previsto, resbaló sobre el acero que cubría mi pecho; y aprovechándome de su sorpresa, tendíle á mis pies de un golpe seguro, al que no hubiera resistido un gigante.

—¿Y habéis guardado silencio á riesgo de que cayera la cabeza de un inocente? ¿Es noble, es levantado esto, señor conde?—exclamó la señora de Scuderi.

—Pero, señora—repuso el coronel—¿habéis olvidado ya que el mariscal de Luxemburgo fué encerrado en la Bastilla por haberse hecho decir la buenaventura? ¿No sabéis que la Reynie, cuyo oficio es olfatear la carne que se arroja al verdugo, habría podido, en un exceso de celo, tratarme como á otros muchos á quienes se tiene la pretensión de hacer justicia? Sí, ciertamente, me guardaré bien de entregarme á la voracidad de los buitres de maese la Reynie. Deseaba únicamente al venir aquí, señora, ofreceros una certidumbre más de la inocencia del pobre diablo que no tiene más esperanza que en vos. Aprovechaos de mi confidencia, sin abusar de ella en contra mía. Cardillac era un miserable: Oliverio Brusson no vale quizás mucho más que él; pero éste es un paralelo que ni vos ni yo tenemos gran interés en establecer.

La señora de Scuderi consiguió, no sin esfuerzo de M. de Miossens, que la acompañara á casa de Arnaud d'Audilly, á fin de comunicarle los pormenores de esta funesta historia y de concertarse sobre la manera de parar los golpes de la Reynie.

El célebre abogado se hizo repetir muchas veces una parte de las circunstancias más delicadas del asunto, y se aseguró de que el conde de Miossens podría, llegado el caso, establecer la identidad de Cardillac y

reconocer en Oliverio Brusson al hombre que se había llevado el cadaver.

—Hay más—repuso el coronel de los guardias;—entre las piezas de convicción depositadas en el bufete del presidente la Reynie, encuéntrase mi puñal; lleva en la empuñadura una cifra que puedo indicar: en cuanto á Oliverio Brusson, le reconoceré entre mil.

—Todos nuestros esfuerzos—repuso M. d'Audilly—no deben tener más objeto que obtener una prórroga; las confesiones de Oliverio no bastarían para salvarle. La sospecha de complicidad le hace incurrir en pena capital. Con todo, es menester que M. de Miossens se presente en casa de la Reynie y le diga: Tal día, á tal hora de la noche, he visto asesinar á un hombre en la calle de San Honorato; otro hombre, acudiendo á los gritos de la víctima, se ha precipitado sobre su cadáver, y creyendo reconocer en él un resto de vida, se lo ha llevado en brazos. Este hombre era Oliverio Brusson. Así se abrirá un nuevo interrogatorio, y en vez de ser sometido el reo á la tortura se procederá á una investigación jurídica. Sea cual fuere el resultado, os quedará, señora, un recurso casi infalible en la clemencia del rey. Á mi parecer, lo mejor y lo más breve sería pedirle una audiencia y contarle todo lo que sabéis. Todas las diligencias que la justicia practique sólo darán seguramente por resultado descubrimientos insuficientes para motivar una sentencia. La Cámara Ardiente, en las circunstancias críticas en que nos encontramos, juzga y condena un poco por indicios, pero el rey puede ejercer su prerrogativa y usará de ella si su conciencia no se opone.

El consejo de Arnaud d'Audilly fué aprobado. Lo mas difícil era acercarse á Luís XIV, pues madama de Maintenon rehusaba su intervención, creyendo que Oliverio Brusson era el capitán de los bandidos cuya persecución había costado ya tanto.

La señora de Scuderi, reducida á sus propias inspiraciones, tomó un partido animoso: vistióse de negro, se engalanó con el collar y los brazaletes de Cardillac, y cubierta con un largo velo, presentóse en casa de la favorita, á la hora que el rey estaba allí. Todos se inclinaban con respeto á su paso, y el mismo rey al verla, levantóse y le salió al encuentro. Al observar el brillo de las pedrerías exclamó:

—¡Dios mío! ¿Es ese el aderezo del pobre Cardillac?

Entablada así la conversación, la señora de Scuderi se aprovechó de todas las ventajas para referir lo que sabía; pintó con los más vivos colores la desesperación de Madelon, y no ocultó la protección que en su concepto debía dispensar á aquella pobre joven contra la brutalidad de los agentes de la justicia, refiriendo también las entrevistas con la Reynie, Desgrais, y Oliverio Brusson.

Luís XIV escuchaba con atención, y como su interés iba en aumento, antes de que tuviera tiempo de hacer la menor reflexión, la señora de Scuderi, arrodillándose á sus piés, le pidió el indulto de Oliverio.

—Por Dios, señora—exclamó.—¿Qué hacéis? ¿Cómo favoreceros? ¿No sería mi clemencia un acto de ciega debilidad?

—Pero, señor, las declaraciones del conde de Miossens, las diligencias judiciales, en cuya virtud se puede y debe registrar de arriba abajo la casa de Cardillac, el grito del corazón, ese grito que os conmueve ya, las lágrimas de Madelon, que ama á Oliverio; todo esto ¿no bastará para llevar á vuestro ánimo convicciones menos desfavorables al joven acusado, cuya inocencia quisiera yo demostrar al mundo entero?

Luís XIV, profundamente conmovido, iba á replicar, cuando un ligero rumor atrajo su mirada hacia el gabinete donde trabajaba el ministro Louvois, y al punto entró en él. Madama de Maintenon y la señora

de Scuderi quedaron solas, mirándose con ansiedad; aquella brusca salida del rey les parecía de mal agüero para el asunto de que se le acababa de hablar tan de improviso; pero al cabo de algunos minutos el monarca entró de nuevo en la cámara de madama de Maintenon, y acercándose á la señora de Scuderi con una sonrisa llena de exquisita galantería, díjole á media voz:

—Me agradaría ver á esa Madelon....

—¡Señor—exclamó la autora de *Clelia*—vuestros menores deseos son órdenes del cielo!

Y levantándose al momento, corrió tan presurosa como se lo permitía su edad, al salón de espera que precedía al tocador de la favorita, y exclamó:

—¡Madelon Cardillac! ¡venid á postraros á los piés del rey de Francia!

Cuando Luís XIV vió arrodillada ante sí en actitud desolada á la pobre hija del platero, admiró primero la deliciosa belleza de la joven: cogióla después las manos, y levantándola suavemente fijó en ella una profunda mirada, palideció ligeramente y dejóla caer de hinojos nuevamente.

Madama de Maintenon frunció el ceño, y acercándose á la señora de Suderi le dijo:

—Quisiera que esa muchacha estuviese ya lejos de aquí; se parece en un todo á la señorita de la Vallière, y este recuerdo acaba de producir en el rey una dolorosa emoción; pero vuestra causa está ganada.

—¿Había oído el rey algo de las últimas palabras de madama de Maintenon? No podría decirse. Fijó su mirada en el memorial que le presentaba Madelon Cardillac y no pronunció más que estas palabras:

—Después de la sentencia de la Cámara Ardiente, sabréis mi respuesta.

Y haciendo una señal con la mano, despidió á la pobre suplicante, que salió bañada en llanto.

Algunos días después, el texto de las declaraciones

del conde de Miossens ante la Cámara Ardiente circulaba por todo París: al horror que había inspirado en un principio Oliverio Brusson siguióse un sentimiento de piedad, y se hicieron algunas demostraciones bajo las ventanas del presidente la Reynie.

—¡Entregadnos á Oliverio Brusson!—gritaba la multitud.—¡Es inocente de todo crimen!

Fué preciso que el jefe del tribunal de sangre hiciese guardar su casa por un fuerte destacamento, para sustraerse á temibles vías de hecho.

Entre tanto, el proceso de Oliverio se instruía muy minuciosamente y con la más rigurosa investigación. El rey no hablaba, pero sabíase que había tenido con Mr. de Miossens una entrevista secreta; por su orden habíase practicado de noche un escrupuloso registro en la casa de Cardillac, y terminada esta diligencia, y reunidos todos los autos, Luís XIV hizo llamar á la señora de Scuderi á la cámara de madama de Maintenon y salióle al encuentro con la gracia con que sabía hacer todas las cosas.

—Os felicito, señora—dijo;—vuestro protegido queda libre; pero no debéis al rey la gracia de Oliverio Brusson, pues su inocencia ha sido proclamada por sentencia de la Cámara Ardiente. Se os entregarán de mi parte mil luíses que doy en dote á Madelon Cardillac. Que se casen, puesto que se aman; pero que se alejen para siempre de París y de Francia... ¡Yo lo quiero!

Oliverio Brusson y la hija de Cardillac marcharon á Ginebra para acabar sus días en una tranquila obscuridad, conservando hasta la muerte un dulce recuerdo de la abnegación de la señora de Scuderi.

Un año después de estos acontecimientos, fijóse una notificación pública en todas las ciudades del reino, con el sello de monseñor Harlay de Champvalon, arzobispo de París, y de Pedro Arnaud de Audilly abogado del parlamento, anunciando que un pecador mo-

ribundo había legado á la iglesia, bajo secreto de confesión, un rico tesoro compuesto de joyas adquiridas por el robo. En su consecuencia, avisábase á todos los que hubieran perdido, durante el año 1680, por hurtos ó ataques nocturnos, algunos objetos de valor, como diamantes, alhajas y pedrerías, que mediante las señas exactas, acompañadas de las pruebas de propiedad ó de herencia, se les devolverían inmediatamente los objetos sustraídos, joyas y adornos.

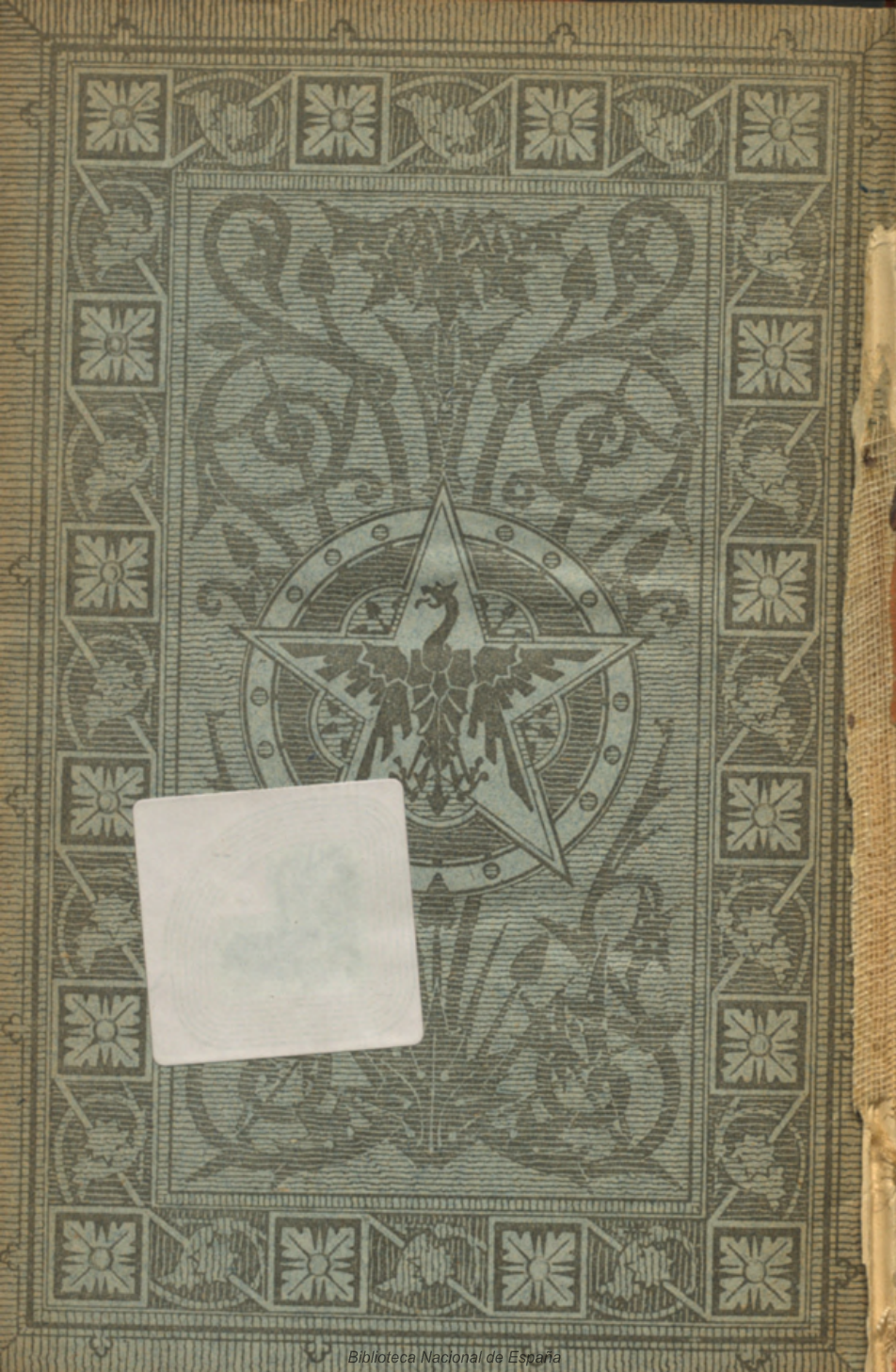
Todo lo que no fué reclamado, ingresó en el tesoro de la parroquia de San Eustaquio.

ÍNDICE

	Páginas.
La fascinación.	5
El canto de Antonia..	27
El misterio de la casa desierta..	55
El reflejo perdido.	83
Coppelius..	113
Annunziata.	151
La puerta tapiada.	201
Oliverio Brusson..	265

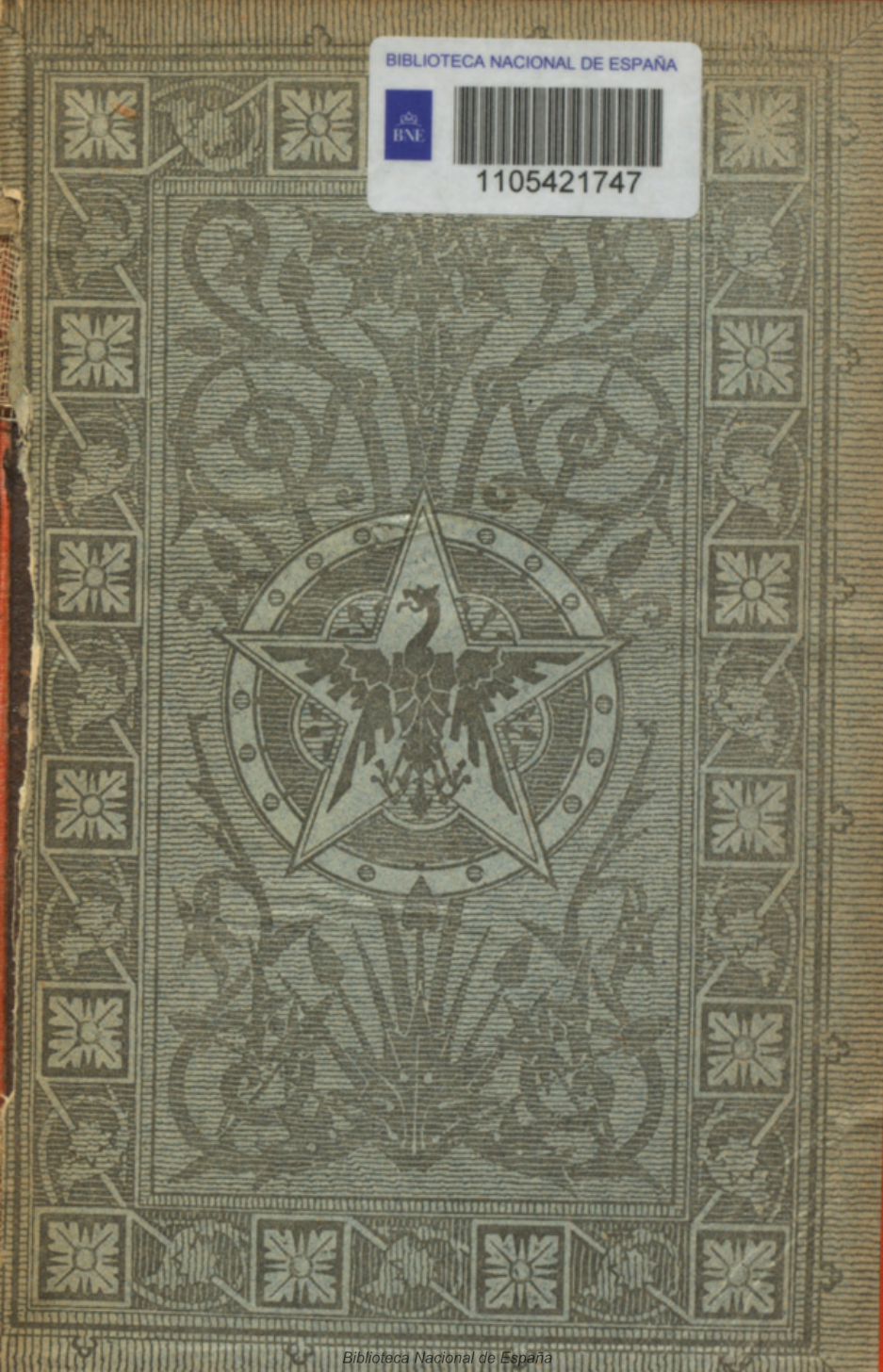
DANIEL CORTEZO Y C.ª EDITORES
C.ª DE PELLAYS
BARCELONA

42
36
252
126
1512



Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
1105421747



Biblioteca Nacional de España